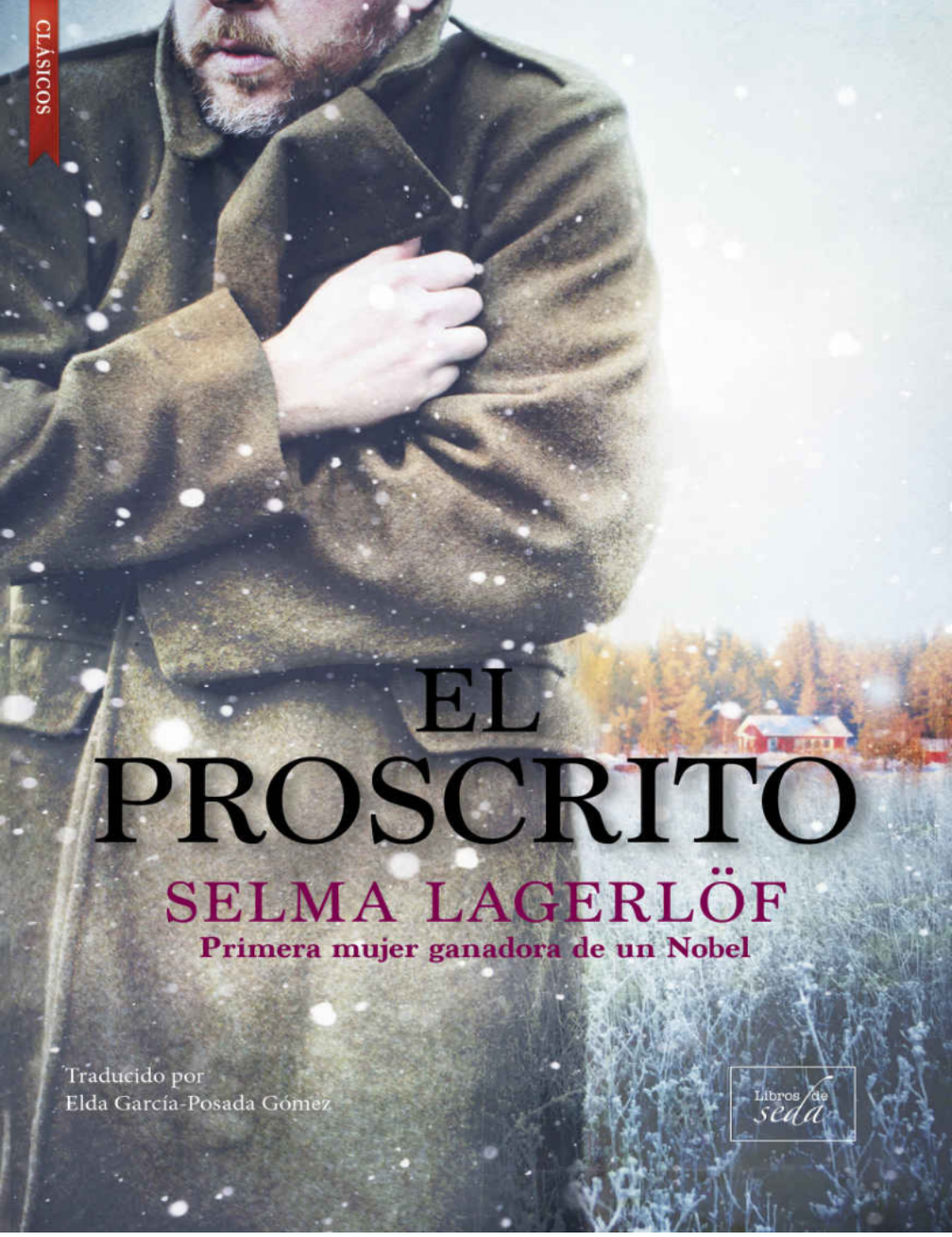
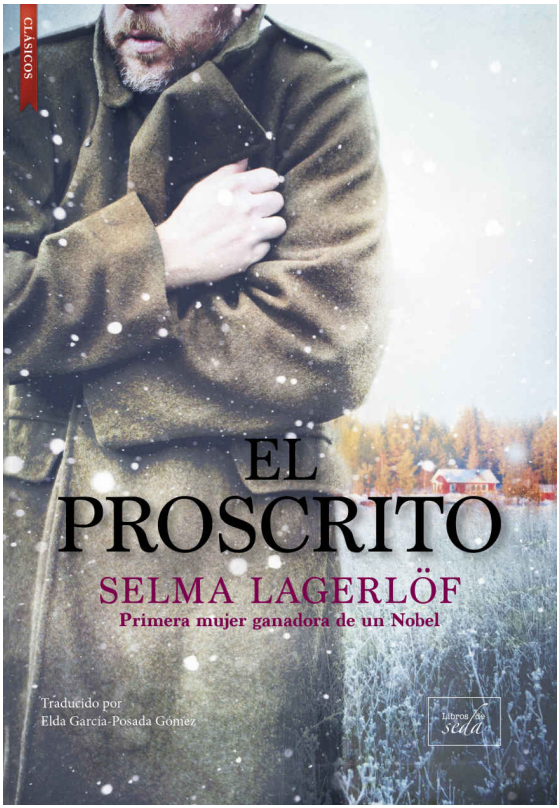

CLÁSICOS
EL
PROSCRITO
SELMA LAGERLÖF
Primera mujer ganadora de un Nobel
Traducido por
Elda García-Posada Gómez
Libros de seda

©Historic Images / Alamy Stock Photo

Selma Ottilia Lovisa Lagerlöf (1858-1940), autora sueca de cuentos y novelas, fue la primera mujer en recibir el Premio Nobel de Literatura (1909) y lo hizo «en reconocimiento a su idealismo, la vívida imaginación y la percepción espiritual que caracterizan a todas sus obras». También fue más tarde la primera mujer en formar parte de la Academia Sueca.

Conocía desde niña los cuentos de hadas populares de Suecia y en ellos se inspiraría para escribir las historias de realismo mágico que componen sus escritos. También fue una ávida lectora de la Biblia, al tener que permanecer muchas horas sentada por los problemas de movilidad en las piernas que tenía.

De adulta se dedicó a la enseñanza, trabajando como profesora en el sur del país hasta que publicó su primera novela, *La saga de Gösta Berling* (1891).



Una de las novelas menos conocidas y más complejas de Selma Lagerlöf sobre el horror de la guerra, la lucha por superar el pasado y el poder redentor del amor.

Sven Elversson se ve obligado a abandonar su tierra de adopción, Inglaterra, tras formar parte de una expedición fracasada al Ártico en la que, para sobrevivir, se rumorea que sus miembros llegaron a cometer canibalismo. Con la intención de empezar de nuevo, regresa al hogar paterno en su Suecia natal. Sin embargo, los rumores acaban llegando también a la pequeña parroquia del pastor Edvard Rhånge, quien decide excomulgarlo. Tan solo la joven esposa del pastor, Sigrun, que vive dominada por su marido en una relación que la asfixia, mostrará simpatías por él. Pero con la I Guerra Mundial de fondo, los celos de Rhånge y una serie de oscuros secretos revelados, todo acabará en tragedia.

EL PROSCRITO

SELMA LAGERLÖF

El proscrito

Título original: *Bannlyst*

Autora: Selma Lagerlöf (1858-1940)

© de la traducción: Elda García Posada

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
https://www.facebook.com/librosdeseda
@librosdeseda
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Gemma Martínez Viura

Maquetación: Isabel Arenales

Conversión en epub: Álvaro López López

Imagen de la cubierta: ©Mark Owen/Arcangel Images (hombre con abrigo);
@Mikadun/Shutterstock (paisaje de fondo)

Primera edición digital: junio de 2024

ISBN: 978-84-19386-68-7

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Grimön

En la isla de Grimön, que pertenece al archipiélago occidental de Suecia, vivía hace algunos años un matrimonio formado por dos personas muy diferentes entre sí.

El marido, unos quince años mayor que su mujer, se había caracterizado siempre por su físico poco agraciado y sus maneras torpes y lentas, y el paso del tiempo no había mejorado esas tachas. La esposa, en cambio, bella y grácil desde la juventud, conservaba el rostro, hermoso y delicado, en tan buenas condiciones que lucía casi el mismo aspecto a los cincuenta que a los veinte.

Una buena tarde de domingo, los cónyuges conversaban con toda tranquilidad a la entrada de su finca, sentados en una voluminosa roca. El marido, quien gustaba de escuchar su propia voz y tenía el don de la palabra, se explayaba ante su mujer sobre un artículo que acababa de leer en el periódico. Esta le oía sin prestarle demasiada atención.

«Ay, Joel, Joel», pensaba. «¡Que sea capaz de sacar tanta erudición de una simple gacetilla! La verdad es que tiene una cabeza extraordinaria. Lástima que no le dé por usarla para provecho suyo y mío, sino tan solo en beneficio de los demás».

Mientras estos pensamientos la rondaban, desvió la mirada hacia la vivienda principal del caserío, una construcción bastante grande que, sin embargo, ya no hacía honor a su antigua función, pues el deterioro la había dejado en condiciones inhabitables. En lugar de allí, el matrimonio se alojaba en una casita anexa que los habitantes que los precedieron, patrones de barco durante varias generaciones, habían utilizado como cocina y despensa.

«¡Ojalá Joel hubiera tenido vocación de marino!», prosiguió reflexionando la esposa. «Si hubiera sido capitán, como su padre y su abuelo, a buen seguro que habría acumulado suficientes ahorros como para que ahora afrontáramos una vejez tranquila. Pero no, siempre se ha empeñado en trabajar la tierra. Y así nos va».

Sin moverse de su asiento, mientras su marido seguía hablando, volvió la menuda cabeza con un movimiento tan ligero como el de un pájaro y se quedó contemplando los sembrados y patatales cercanos. Las pequeñas parcelas cultivadas emergían como islotes redondos de flora entre los peñascos inmensos que, en su mayoría, conformaban el terreno de Grimön.

Todas esas parcelas pertenecían a su esposo; de hecho, no era exagerado decir que él las había creado, a base de innumerables cargamentos de tierra y abono que fue llevando hasta la isla, con la firme convicción de que algún día sus esfuerzos serían recompensados.

«¡Cuántas molestias se ha tomado por estos terruños! Y basta que por Pentecostés se desate una tormenta de las buenas para que todo lo sembrado y plantado se vaya al traste. No; cuando se vive en un lugar como este, está claro que el alimento hay que tomarlo del mar».

De nuevo volvió la delicada cabeza. En el espacio que se abría entre la vivienda principal y la casita anexa se divisaba una franja de agua amplia y reluciente.

«Ay, el mar», suspiró. «Eso sí que merece la pena. Navegar, comerciar, ganar dinero. Si yo hubiera sido hombre, sé con certeza que me habría hecho a la mar. Por nada del mundo me hubiese dedicado a la agricultura. ¿Qué será de nosotros cuando nos hagamos mayores y ya no podamos ocuparnos del campo? Ninguno de nuestros hijos quiere quedarse aquí para ayudarnos con semejante tráfago, y no se les puede culpar por eso».

Acaso pronunciara en voz alta estas últimas palabras, pues su esposo, ocupado en narrar con todo lujo de detalles los peligros y horrores sufridos por una expedición inglesa que acababa de regresar del Ártico, se interrumpió en mitad de una frase:

—No me estás escuchando —observó, si bien a todas luces no era la primera vez que se percataba de estar hablando para oídos sordos, ya que no parecía sorprendido ni molesto.

—Claro que te escucho —le aseguró ella—. De hecho, estaba pensando en lo bien que te expresas: con ese pico de oro podrías hacerte predicador.

—No sé qué decir de ese elogio —le sonrió él afable—. Si no logro captar la atención de la única oyente que tengo ahora, ¿cómo voy a hacerlo con una congregación entera?

—¡Pero si me he enterado de todo! —La mujer empezó a incomodarse de veras—. Me has contado cómo perdieron el barco ya el primer invierno y cómo tuvieron que construirse un iglú y permanecer allí hasta el segundo año, de modo que se les acabó la comida y al final no les quedó otra que masticar correas de cuero para engañar al estómago.

Tenía resentimiento en la voz y se le acentuaba cada vez más la

leve torcedura del gesto, indicativa de que no faltaba mucho para que se pusiera de mal humor.

—Me pregunto, Thala, ¿cómo será tener entre los miembros de la expedición a uno de los tuyos que se muere de hambre en la nieve? —planteó él.

Ella le lanzó una mirada rápida. ¿Había detectado tal vez un énfasis especial en estas últimas palabras? Los viejos ojos llorosos de Joel, no obstante, miraban al frente, inexpresivos.

—Bueno, si te pones a pensar en toda la gente que lo pasa mal, no disfrutarás gran cosa de la vida —repuso—. En todo caso, estos al final tuvieron suerte: los rescataron.

—Sí —admitió él—. Un barco partió a buscarlos y ya han regresado a Inglaterra.

—Y de aquí en adelante los colmarán de honores y gloria, y serán felices y comerán perdices —concluyó la esposa, quien no acababa de ver qué había de triste en una historia con un final tan dichoso como ese.

Su marido, sin embargo, continuó sin cambiar el tono grave que había adoptado:

—Esta noche he soñado con Sven, nuestro hijo. He soñado cómo se acercaba a nuestra cama para reprocharme la gran injusticia que cometí contra él. No suelo tener sueños premonitorios y no sé si este lo será. Pero ¡qué curioso que justo hoy salga su nombre en el periódico!

Esto lo dejó caer como si careciera de importancia, como si se tratara de algo que solo le concerniera a él. A partir de ese momento, sin embargo, no hubiera podido quejarse de que su mujer no le prestara atención, pues esta se levantó como un resorte y, con timbre agudo, nariz roja y ojos lacrimosos, lo abrumó a preguntas: ¿dónde aparecía el nombre de su hijo exactamente?, ¿qué había soñado su marido?, ¿era posible que de verdad se tratase de su hijo Sven?

La reacción no habría sido tan emotiva si hubiesen estado hablando de alguno de sus otros vástagos, pero con Sven se daba una circunstancia especial: al cumplir los nueve años, lo habían entregado a un matrimonio inglés que navegaba por el archipiélago en su embarcación de recreo. Los forasteros se habían enamorado por completo de la criatura y, con tal de llevarlo con ellos, prometieron hacerlo su heredero y darle una educación esmerada.

Eran grandes perspectivas las que se abrían para un niño de Grimön. Los necesitados padres llegaron a la conclusión de que, por el bien del chiquillo, debían aceptar la propuesta. Si lo obligaban a quedarse con ellos, no saldría nunca de allí ni tendría opción de prosperar. Y el muchacho rebosaba inteligencia: solían comentar a menudo que podría llegar a ser alguien solo con que tuviera acceso a una buena formación.

Diecisiete años habían pasado desde su partida y en todo ese tiempo no habían recibido noticia alguna de él. Ni una carta, ni un saludo. Como si se lo hubiera tragado el mar.

—¡Mira! —El marido le pasó el periódico a su mujer—. ¡Aquí, en la

lista de los rescatados! ¿Lo ves? Sven E. Springfield.

—Sí, ya veo. Sven E. Springfield, sí, ahí está.

—No puede significar otra cosa que Sven Elversson Springfield. Su nombre de pila, nuestro apellido y el apellido de su padre adoptivo. Tiene que ser él.

La mujer se abrazó al periódico. En esos momentos se le antojaba que aquel hijo, al que había renunciado por voluntad propia, era para ella el más querido.

—¿Por qué no me has dicho desde un principio que la noticia nos atañía de cerca? —le reprochó a su esposo—. No estaba escuchando. Ahora tienes que contármelo todo otra vez.

Él la miró con expresión un tanto desconcertada. Su intención había sido referirle la historia completa antes de revelarle la implicación de su hijo en ella. Habría sido más fácil así, le habría permitido observar la reacción de su mujer y actuar en consecuencia.

No obstante, procedió a contarle a su esposa todo lo que quería saber y a explicarle las cosas que ella desconocía, como qué era aquello del meridiano 18 y demás. La madre, que iba enorgulleciéndose de su hijo a medida que avanzaba el relato, se preguntaba si acaso él y sus compañeros de expedición no habrían batido un récord al llegar más al norte que nadie con anterioridad. ¿Y de qué habían vivido después de perder el barco con todas las provisiones? El episodio de cómo la expedición de rescate los había encontrado aquel verano en la costa de la isla de Melville, medio muertos de hambre, hubo de serle narrado una y otra vez a petición suya.

—¡Que tuviera que pasar por tantas penurias! No, nunca has de apartar a un hijo de tu lado —exclamó antes de reponerse y continuar con alivio:— ¡Pero ahora tendrá sin duda la felicidad y la fortuna aseguradas! Le lloverán medallas y condecoraciones.

No tardó en preguntar cómo había sido el recibimiento que se le había dispensado en Inglaterra a su retoño:

—Oh, millones de personas se han desplazado al encuentro de los aventureros —contestó Joel.

La angustia y la preocupación crecían en el interior del esposo. Lo que pasara a continuación dependía de su capacidad de escoger las palabras adecuadas.

—¡Quién hubiera estado allí! —exclamó ella—. Ojalá hubiera podido verlo pasar desde algún rincón de la calle.

—No hubieras tenido que quedarte en la calle —repuso él—. Dice el periódico que se fletó a propósito un barco de vapor para padres y parientes.

El rostro de la esposa perdió de pronto su alegre expresión de felicidad.

—¡Oh, Joel! No habría servido de nada haber ido hasta allí. Ni a ti ni a mí nos hubieran permitido subir a bordo de ese barco. Ella nos hubiese vetado.

Al decir «ella», la señora Elversson se refería a la mujer inglesa que se había llevado a su hijo: no le perdonaba que le hubiera impedido al

niño escribirles a sus padres y, en su cabeza, la había convertido en un verdadero monstruo.

—Bueno, yo creo que sí nos habrían dejado ir a saludarlo —replicó él.

Lo cierto era que se alegraba de que su mujer se detuviera en esas naderías. Necesitaba tiempo para organizar sus pensamientos y encontrar la forma más suave de expresar aquello que tenía que revelarle.

«Nuestra vida en común a partir de ahora depende de esta conversación», se repetía para sus adentros, en un intento de agilizar sus premiosas cavilaciones.

—¡Eso lo dirás tú! —porfió ella alzando la barbilla—. ¡Cuando no nos ha dejado que recibiéramos ni una sola línea de él en todos estos años! Y supongo que él mismo tampoco nos tiene en ninguna estima. Ya era mayorcito cuando se fue, y bien espabilado, de modo que, si hubiera querido, podría habernos escrito a escondidas. Pero está claro que ella le ha metido en la cabeza que somos demasiado simples como para que un caballero como él nos preste atención.

Toda su alegría se había esfumado. Esos pensamientos que tan a menudo la atormentaran en el curso de los años volvían ahora con mayor fuerza.

—Bueno, debo admitir —concedió el marido—, debo admitir que es extraño que Sven no nos escribiera ni una sola vez. Y bien puede suceder que haya que reprochárselo a sus padres adoptivos. Hoy en la iglesia me han contado una cosa…

Su mujer permaneció en silencio, enmudecida por la indignación y el resentimiento.

«Dios, ¡qué mal va esto!», pensó él. «Si se pone de ese humor, estamos perdidos».

Decidió entonces agarrar el toro por los cuernos y hablarle del asunto que no quería sacar a relucir hasta que su esposa estuviera preparada y de buen humor: no veía otra salida.

—El pastor ha recibido noticias de Inglaterra. Me llevó consigo a la casa parroquial para informarme. Fue él quien me dio este periódico.

—¡El pastor!

—Sí, quería hablarme de Sven.

—Bueno, ¿y qué? Me da igual. Teniendo en cuenta en lo que se ha convertido, ya no me importa lo más mínimo.

No obtuvo réplica alguna a este comentario. Se produjo un largo silencio que ella rompió al fin con una explosión de genio:

—¡Eres el ser más despreciable sobre la faz de la tierra! ¿Te parece bonito matarme de incertidumbre? ¿Qué te ha dicho el párroco?

—Una cosa acerca de Sven. Vendrá él mismo esta tarde a contártelo.

—¿El párroco en persona va a venir? ¡Pero qué demonios! ¡Y me lo dices ahora! —La mujer se levantó de un salto y dio a toda prisa unos pasos hacia la casa. Tenía que asegurarse de que las habitaciones estaban lo bastante limpias y ordenadas como para recibir visita. Instantes después, sin embargo, se detuvo en seco—: ¿Por qué va a

venir aquí? Debe de tratarse de algo muy grave.

Clavó la mirada en su esposo, como para penetrarle en la cabeza y leerle el pensamiento, antes de continuar:

—¿El qué? ¿Que de estar tirado en el hielo, masticando correas, a nuestro hijo se le han bajado los humos? ¿Que quiere venir a visitarnos? Pues ahora a mí no me da la gana de verlo, que lo sepas. Si antes no éramos lo bastante buenos para él, ahora tampoco.

—Creo que será mejor que tengas cuidado con lo que dices, no sea que luego te arrepientas —le advirtió su marido.

En su fuero interno empezaba a enervarlo el temperamento ingobernable de su esposa, incapaz de tomarse nada con la misma templanza que él.

Ella, por su parte, había olvidado por completo su propósito de asear la casa. Las últimas palabras de Joel no podían significar otra cosa que lo que ella ya intuía.

—¿Qué noticias ha recibido el pastor? ¿Lo sabes?

—Algo sé.

—¿Fue él quien te pidió que me leyeras el periódico?

—Oh, no, creo que su idea era contártelo todo él mismo. Pero me pareció mejor prepararte un poco el terreno.

—¡Sí, mejor que no me haya pillado por sorpresa, porque entonces puede que le hubiera dado la bienvenida y lo hubiese invitado a pasar! ¡Y luego me habría subido por las paredes de rabia!

El hombre sintió la ira crecer dentro de sí. «Está dispuesta a arruinar toda nuestra vida futura», pensó. «No tiene enmienda, su carácter empeora con cada año que pasa».

—Creo que el párroco se alegrará al enterarse de que no sientes el más mínimo afecto por tu hijo. Así no le costará nada decirte lo que te tiene que decir.

—¿Cómo que no le costará nada? —preguntó su esposa con una aspereza aún mayor—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que parece que Sven ha caído en desgracia. La entrada en Londres el domingo pasado se celebró con todos los honores. El lunes también hubo fiestas y actos, pero de repente todo cesó. Habían llegado rumores horribles acerca de lo ocurrido en la expedición.

A Thala se le quedó el rostro petrificado.

—¿Ahora me vas a decir que ha hecho algo malo? —masculló.

—Quitaron todas las flores y banderas, se cancelaron todos los actos previstos. El lunes los exploradores apenas podían pasar por las calles, tanta era la gente que acudió a aclamarlos como héroes; el martes solo querían echarlos a patadas y puñetazos.

La señora Elversson levantó la cabeza cada vez más alto.

—¡Qué me dices! —exclamó—. Quizá hubiera sido mejor para él quedarse con sus verdaderos padres…

—Has de saber —prosiguió él con voz más firme— que no es la primera vez que ocurre algo así en el norte. El hambre los hizo desvariar, los enloqueció, no sabían lo que hacían. En su desesperación, uno de los hombres se cortó el cuello. Y entonces…

—Ya, se lo comieron —concluyó ella con gesto gélido e impasible.

Amargura y repugnancia infinitas la invadieron mientras pronunciaba estas palabras.

—Cuando lo hicieron no estaban más en sus cabales que los internos del manicomio —insistió el marido—. Además, según el periódico, no tomaron más que un brazo. No fueron capaces de seguir.

—¿Y Sven participó de aquello?

—Cuando ocurren cosas así, se intenta que todo el mundo participe. Lo obligaron a llevarse un trozo a la boca, como los demás. Pero eso fue todo.

—Claro —replicó su mujer con un indescriptible tono de desprecio —. Y ahora ya sé lo que el pastor quiere decirme. Sven ya no es lo bastante bueno para su madre postiza, así que ella seguramente le ha pedido que nos convenza de que le permitamos volver aquí. ¿No es eso?

—Eso sería lo mejor que podría haber ocurrido —contestó él.

—¡Pues me niego! —exclamó la esposa—. Me niego en redondo. No va a volver con nosotros solo porque nadie más lo quiera a su lado. Se olvidó de sus padres cuando las cosas le iban bien; que no se le ocurra ahora pensar que vamos a acogerlo con los brazos abiertos. Seremos pobres, viejos y desvalidos, pero no aceptaremos a alguien que se ha ganado el rechazo de todos los demás.

Su esposo le dirigió una mirada llena de indignación e impaciencia. Mayor y débil como estaba, traer a casa un hijo en edad de trabajar se le antojaba el colmo de la dicha. La aversión que su mujer mostraba le parecía injustificada e infantil; su reacción, terca y mezquina.

«¡Espera y verás!», pensó. «Verás cómo te alegran las noticias que voy a darte».

—No me equivocaba —declaró con voz severa—: al pastor no le va a costar nada contarte lo que decía la carta de Sven.

—¿Ah, es que no se trata de eso, entonces? —Su tono comenzaba a perder parte de la firmeza ante las evidentes cólera y desaprobación del marido.

Él volvió a mirarla con verdadera inquina.

—¿Quieres que te adelante lo que el párroco tiene que decirte o prefieres esperar a que venga? —Y sin aguardar respuesta, ávido por castigar la inclemencia de la madre para con su hijo, continuó—: Como ya sabes, sus padres adoptivos viven en Londres y él había vuelto bajo su amparo. Pero cuando se difundió aquel ignominioso rumor, el señor Springfield hizo que subieran a la habitación de Sven el periódico en el que se mencionaba el asunto. Junto a él le mandó un revólver. Cargado.

—¿Y la madre? ¿Estaba ella al tanto de eso?

—Lo estaba.

—¿Y qué pasó entonces?

—Entonces, por supuesto, se hizo la voluntad de ellos.

—¿Así que… ha muerto?

—Sí —asintió su marido—. Ahora ya sabes lo que el párroco tiene que decirte.

—Ella… —exclamó la desamparada madre—. Ella, que no lo trajo

al mundo, pero que lo ha tenido consigo durante diecisiete años, ¡ha permitido que se matase, sin ser él culpable de nada!

Acto seguido se volvió furiosa hacia su esposo.

—¡Mientes! ¡No es verdad!

—Eso mismo habría dicho yo hace una hora. No hubiese creído que una mujer pudiera ser tan implacable, pero ahora ya no me cabe la menor duda.

—¡Pero si no estaban solo sus padres adoptivos para ampararlo! ¡Nos tenía a nosotros!

—Quizá pensó que nos lo tomaríamos igual que ellos. Y no andaba del todo desencaminado.

La señora Elversson se alejó unos pasos y se desplomó en la gran roca. Las lágrimas le brotaban a raudales.

—¡Sven está muerto! —se lamentó—. ¡Sven está muerto! ¡Le tocó en suerte una madre con corazón de piedra que lo ha condenado a morir! —El llanto era incontenible. Con lamentos desgarradores prosiguió—: ¡Dios mío, ¿por qué lo entregamos a manos ajenas? ¡Increíble que lo haya enviado a la muerte sin razón alguna! Fueron los demás compañeros de expedición quienes lo forzaron a hacerlo…

—Será mejor que te calmes un poco —la conminó entonces su marido—. El párroco acaba de llegar. Está ya desembarcando.

—¡Dile que lo sé todo! ¡Que dé media vuelta ya mismo!

—No puedo decirle eso después de que se haya tomado la molestia de venir hasta aquí.

Él se levantó y marchó en dirección al embarcadero. Regresó tan solo unos instantes después, en compañía del pastor y de un joven que venía con él.

El primero se acercó a la desconsolada mujer:

—Joel me ha dicho que ya se lo ha contado todo, señora Elversson. Como usted sabe, su hijo Sven ha cometido un acto reprobable, de modo que ha sido repudiado por sus padres adoptivos.

La mujer se había levantado para saludar al pastor. Secándose aún los ojos con la punta del delantal y devastada por el llanto, vislumbró no obstante entre lágrimas al desconocido que lo acompañaba.

«Es Sven», le dijo una voz dentro de sí. «Es él».

Un millar de pensamientos la invadió. Comprendió entonces que Joel le había mentido, lleno de cólera al escuchar sus palabras acerbas y despiadadas. Pensó también que nunca podría olvidar la repugnancia que le provocaba el saber que su hijo había comido carne humana. Pensó en cómo Joel y ella iban a verse obligados a acoger en casa a una persona que nadie más querría a su servicio. Pero entonces, en medio de esas frías reflexiones, ante ella se apareció el rostro demacrado y pálido de su retoño, cuyos ojos le suplicaban compasión, y una oleada de piedad y amor le recorrió las entrañas.

«¡Ay, Joel, Joel!», consideró. «Qué portento de persona. Cómo ha hecho que comprenda cuáles son mis verdaderos sentimientos. Ahora soy consciente de que, aunque este muchacho haya estado lejos de mí durante diecisiete años, aunque nos haya desatendido, aunque haya vuelto cubierto de ignominia, no puedo dejar de amarlo».

Sin contestarle al párroco, mientras los ojos de los hombres la seguían con inquietud, se acercó a su hijo y le dio la bienvenida con voz henchida de ternura:

—Ya sé por qué ha caído sobre ti la desgracia: para que tu padre y yo te recuperemos.

Capítulo 2

En la iglesia

Sven Elversson, el hombre al que sus ancianos padres habían recibido con los brazos abiertos en Grimön, se hallaba sentado en la iglesia de la parroquia de Applum, dando gracias a Dios por haber encontrado un refugio donde no se le mirara con repugnancia y aversión.

En la solitaria, pobre y montañosa islita de dos habitantes no tenía por qué temer el encuentro con esa contracción del gesto, esa retracción de las comisuras de los labios, que denotaba el asco que ante él sentía quienquiera que tuviese enfrente. Su padre era incapaz de experimentar repulsión, pues la edad había abotargado en él, hasta hacerlas desaparecer, pasiones intensas como el deseo y el desagrado. Y su madre, a pesar de que conservaba las emociones a flor de piel, lo quería demasiado para mostrar aprensión alguna.

La iglesia que en esos momentos daba cobijo a Sven Elversson era un templo de madera, antiguo, con la techumbre adornada por un gran fresco del Juicio Final. Cada vez que levantaba la vista, de modo invariable, posaba los ojos en un enorme y sonriente diablo negro. La maligna criatura avivaba las brasas de una hoguera sobre la cual colgaba un caldero; dentro de este, un hatajo de pecadores se cocía en un burbujeante caldo amarillo. Sven Elversson reconocía a ese demonio; lo recordaba de su última visita a esa iglesia, diecisiete años atrás. Lo que había hecho que se le quedara grabado en la memoria era el largo rabo de tres puntas que la criatura poseía y que, con ingenio, usaba a modo de tridente para remover el contenido de la olla.

De niño, Sven había fantaseado a menudo con ese maestro cocinero

que con tanta habilidad se ocupaba al mismo tiempo del fuego y del guiso. Ahora la imagen le evocaba un único pensamiento: «Si los que vienen aquí cada domingo se enterasen, si los que cada domingo ven a este gracioso espíritu infernal cocinar su sopa macabra lo supieran… Bastaría que llegara a sus oídos que entre ellos hay alguien que de verdad ha probado la carne humana para que no soportaran mi presencia en este lugar sagrado».

Continuó reflexionando: «Hay una cosa, hay una sola cosa, o al menos a mí no se me ocurre ninguna otra, por completo prohibida para las gentes civilizadas. Pueden asesinar, cometer adulterio, robar, acometer todo tipo de actos crueles; no dudan en abandonarse a la embriaguez, la violación, la traición, el espionaje. Todos esos delitos se perpetran a diario; acaso causen repulsa, pero suceden. Sin embargo, entre los ancestrales pecados de la humanidad, hay uno que ha sido erradicado por completo en las naciones civilizadas, pues suscita más repugnancia que cualquier otro. Y yo he cometido ese pecado. Soy más aborrecible que el mismísimo diablo».

***

Aparte de sus padres, la única persona de la parroquia que conocía la razón del regreso de Sven Elversson era el pastor: el hombre que lo recibió con amabilidad el domingo anterior, que le mostró su comprensión, que se encargó de hablar con su padre y que lo acompañó hasta Grimön, donde se alegró ante la cariñosa bienvenida de su madre; el hombre que vio con buenos ojos que él quisiera quedarse en la casa de sus progenitores. Un hombre que en todos los sentidos había hecho gala de indulgencia y nobleza.

El presente domingo, no obstante, cuando el pastor entró en la iglesia y reparó en que entre los demás feligreses se hallaba Sven Elversson, el superviviente del campamento del hambre en la isla de Melville, una náusea le oprimió la garganta. Le había prestado su ayuda y brindado su apoyo; con gusto había contribuido a reunir al hijo con sus padres; a proporcionar asilo a aquel pobre infeliz condenado a sufrir el oprobio a causa de un acto cometido contra su voluntad, a ese desgraciado que de otro modo se habría quitado la vida. Con lo que no había contado era con encontrárselo en el templo.

«En mi propia casa no habría dudado en recibirlo», se dijo, «pero que haya entrado en la casa de Dios es algo que no me veo capaz de tolerar. No consigo olvidar que ha hecho algo tan impío, tan abominable, como comer carne humana. Tendría que haberse dado cuenta de que esto es demasiado».

Al momento se castigó a sí mismo: se acusó de desamor y pensó en cómo Jesús acogía en su seno a todos los pecadores; trató de avivar su sentimiento de compasión y se forzó a recordar el rostro afable y cordial del desventurado infractor. Se abstuvo entonces de enviar al sacristán para expulsarlo de la iglesia, como había sido su primer impulso. En su lugar, se concentró en conducir el servicio y dar su sermón como de costumbre. No logró, sin embargo, librarse del sentimiento de repugnancia.

Las palabras se le atragantaban. Tuvo que parar un par de veces a tragar saliva en mitad de la homilía para ser capaz de continuar. Con el figurado sabor de la carne humana en la boca, se le apareció en la cabeza la escena de la tropa hambrienta que se arrojaba sobre el cuerpo del suicida.

Si el sujeto causante de su aversión no hubiera acudido al culto, se repitió, no habría experimentado esas sensaciones abrumadoras que ahora lo invadían y ante cuyo poder se veía indefenso. Apretó los puños y, parapetado tras el púlpito de manera que Sven Elversson quedara fuera de su vista, continuó leyendo el sermón, obligando a sus pensamientos a acompañar a las palabras.

Por un momento, creyó haber superado su malestar. Pero se dio la circunstancia de que la homilía de ese domingo contenía una reflexión sobre la mentira piadosa. Y eso bastó para que sus pensamientos volviesen a Grimön y al benevolente engaño que Joel Elversson había utilizado para mostrar a su mujer qué era lo que de verdad sentía por su hijo. A menudo desde el púlpito solía contar anécdotas tomadas de la vida real para ilustrar sus palabras; historias que no llevaba escritas de antemano como el resto del sermón, sino que relataba a medida que le venían a la cabeza. Entonces se le ocurrió que el incidente del domingo pasado en Grimön podía servir como un ejemplo ilustrativo. Así pues, de manera improvisada, dejándose llevar por el entusiasmo del orador, se lanzó a narrar la historia.

Cuando llevaba un rato hablando, le acudió a la cabeza un pensamiento amonestador: «Tal vez no tenga derecho a exponer el tema delante de toda la congregación». Aunque lo cierto era que nadie le había pedido que guardara silencio, una desazón intensa se apoderó de él. Intentó sobre la marcha hallar una forma de retocar los hechos, pero, como no la encontró, todo salió a la luz. Intentó hallar una forma de ceñirse en exclusiva a la cuestión de la mentira benéfica, pero, como no la encontró, refirió todo aquello que tendría que haber evitado revelar. Les ofreció a los parroquianos en bandeja el relato completo de la historia infame.

Mientras se avergonzaba de sí mismo, lo invadió sin embargo de súbito un indomable sentimiento de júbilo por haber pisoteado a ese espíritu inmundo que se había atrevido a aparecer en su iglesia. «Detestable gusano», pensó, «¿por qué tenías que presentarte en la casa de Dios?».

El asco que a toda costa tratara de sofocar había acabado por asumir de modo furtivo el control sobre su persona.

***

Durante todo el día siguiente, el sacerdote se sintió a disgusto consigo mismo. Lamentaba no haberse comportado como un adulto acostumbrado a dominarse, sino como un niño, como un salvaje gobernado por el instinto.

Buscó una manera de deshacer lo ocurrido, pero fue en vano. Concluyó que no le quedaba más remedio que esperar a que se presentara alguna ocasión propicia para ello. De momento, cuanto

más removiera el asunto, más lo empeoraría.

Con todo, no podía evitar estremecerse: ¡qué poder, qué espantosa pujanza residía en aquel sentimiento que lo había poseído, en ese asco capaz de arrebatarle la autoridad a un hombre como él, de adueñarse de él en medio de un templo cristiano mientras se dirigía a su grey!

***

En el preciso instante en que el pastor bajó del púlpito, los tres moradores de Grimön abandonaron la iglesia.

Nada más salir, no pudieron sino detenerse un momento ante la puerta y mirar en derredor. En torno al santuario se extendía un paraje raro de ver en la comarca de Bahusia: una planicie del todo llana y abierta. Una planicie ni demasiado grande ni demasiado pequeña: su tamaño permitía abarcarla de un golpe con la vista y estar así siempre al tanto de lo que hacían los vecinos, pero al mismo tiempo era suficiente para dar cabida a la iglesia, la casa del cura y una veintena de caseríos y granjas.

Rodeaba la llanura un muro de colinas grises y rocosas. Un muro ni demasiado alto ni demasiado bajo: no impedía que tanto el bóreas como el poniente se abrieran paso a través de la barrera, pero al mismo tiempo bastaba para obstaculizar la visión de todo lo que había más allá.

Toda la planicie estaba ocupada por campos de cultivo que se sucedían uno tras otro. Unos campos ni demasiado pequeños ni demasiado grandes, sino de la extensión adecuada para sus dueños, agricultores acomodados. Y entre los campos se alzaban construcciones rojas, azules y blancas, asimismo de un tamaño y proporción equilibrados. No había grandes mansiones que sobresalieran del resto ni tampoco humildes casitas rústicas que, por contraste, realzaran el aspecto de las prósperas casas vecinas y llenasen de soberbia a sus habitantes.

Y en cuanto a la vegetación, no podía decirse que fuera demasiado exuberante, pues no se veían árboles de ningún tipo: ni formando bosques en las montañas, ni arboledas en la llanura, ni siquiera flanqueando en hileras los caminos. Pero tampoco podía negarse la fertilidad y fecundidad del terreno que los circundaba, en pleno esplendor otoñal, como un ondulante mar de grano, pasto, tréboles, habas y guisantes.

Hacia el centro de la llanura se levantaba la iglesia de la que acababan, en la práctica, de ser expulsados. El anticuado templo de madera no se podía tachar de feo, pues contaba con una torrecita esbelta que se elevaba con nitidez hacia el cielo para llevar los pensamientos hacia lo divino, pero cuya belleza tampoco podía alabarse, pues la oscura y pesada nave empujaba el alma de nuevo hacia lo terrenal.

Mientras los tres permanecían en la puerta, un gato gris atigrado deambulaba por encima de la albarrada que rodeaba la iglesia. Era un animal hermoso, de contornos bellos, pelaje denso e irisado y movimientos suaves y agradables. Pero, tras haberlo contemplado

unos momentos, comenzó a antojárseles que había algo desagradable en la forma en que los miembros del felino se movían bajo la esponjosa piel. Los incomodaba su caminar silencioso, así como la mirada velada e inexpresiva que les lanzaba con sus ojos veteados de verde. Les repugnaba que se mostrase tan escurridizo, dulce y juguetón cuando sus únicos instintos eran la depredación y la muerte.

El gato entonces creció y se estiró, aumentó de tamaño y de altura hasta ocultar el muro de montañas. Y mientras así se les agrandaba ante los ojos, el animal continuaba con su ronroneo y su arrullo, sus movimientos encantadores y retozones que lo volvían cada vez más abominable.

Comprendieron que el minino era el asco: el asco que acababa de ser despertado, el asco que crecería y se propagaría por la llanura. Allí, entre aquellos estrechos confines donde todo presentaba un aspecto uniforme y un tamaño homogéneo, había encontrado un suelo abonado a la perfección en que desarrollarse.

La señora Nathalia Elversson se volvió hacia la pared de madera roja y, rascando con la uña, arrancó unas cuantas astillas que colocó entre las hojas de su libro de oraciones.

—En esta iglesia me bautizaron una semana después de nacer. Y aquí recibí la confirmación a los quince años. Aquí me casé y aquí tal vez me enterrarán. Pero, hasta que llegue ese día, no volveré a pisar este lugar. No mientras persista la ignominia que hoy ha caído sobre mi ser.

Capítulo 3

Padres e hijo

Cuanto más se familiarizaban los dos ancianos de Grimön con su hijo regresado, más crecía su admiración hacia él.

—¿Sabes una cosa, Joel? —inquirió su mujer—. Me pregunto cómo me sentiría yo si estuviese en su lugar. Si hubiera sido educada como una dama y de repente hubiese tenido que abandonar mis refinadas costumbres; si, habituada a viandas mejores, debiese conformarme con el tipo de alimentos que aquí da la tierra; si todos los días tuviera que ir a ayudarte con las tareas del campo sin que me quedase tiempo para leer un libro; si mi compañía se redujera a la de un par de viejos besugos como tú y yo sin que nunca se me presentara la ocasión de hablar con gente más distinguida. Mucho me temo que, si todo eso me ocurriera, estaría avinagrada e irascible de la mañana a la noche. Creo que a ti te pasaría lo mismo.

Joel admitió de buena gana que también para él sería difícil sobrellevar una situación así.

—¡Y sin embargo, míralo! —continuó ella—. Es como si todo esto no lo afectara. No parece echar de menos el dinero, los amigos ni ninguna de las demás cosas que ha perdido. No le importa que no haya en su vida ni un momento de diversión. No se le caen los anillos por estar junto a nosotros, riendo y bromeando con su madre y charlando con su padre, sin anhelar otras amistades y distracciones. Todos los días se muestra tierno, humilde y feliz como un cordero de Dios. En realidad, no hay sino una sola cosa que lo aflija.

—Por mi parte, no puedo recriminarle que eso lo martirice tanto. El honor es sin duda lo más duro de perder.

—Sí, claro. Y por supuesto que es espantoso que la gente no sea

capaz de acostumbrarse a su presencia, que no pueda entrar en la oficina de correos o en un comercio sin que alguien lo mire con desprecio o lo insulte. Por mi parte, yo estoy segura de que nunca se comió ese pedazo de carne. El resto de nuestros hijos palidece ante Sven como la luna palidece ante el sol. Creo que su reconcomio no tiene razón de ser. Su hermano, Joel hijo, podría haber cometido ese pecado; Sven, jamás.

La escena se repetía todos los días. La madre no era capaz de quedarse a solas con su esposo sin deshacerse en elogios acerca del recién recuperado vástago.

—Creo que no te haces a la idea, Joel, de lo excepcional de su carácter. Si no en otra cosa, al menos tendrías que notar el efecto que su presencia ha tenido en mí. ¿No te das cuenta de que pongo mucho más cuidado en mi aseo personal y en la limpieza de la casa? ¿No has visto con qué esmero me lavo y me peino? ¿Con qué desvelo barro, friego y abrillanto? ¿Es que acaso piensas que lo hago por ti?

—Bueno, siempre has sido muy pulcra y hacendosa —repuso Joel, quien gustaba de ser cortés siempre que había ocasión.

—No es solo eso —insistió su mujer—. Además, se me han quitado los malos humores. Me he vuelto más suave que el plumón de pato salvaje. ¿Has visto alguna vez una sonrisa como la de Sven? Cuando los demás me sonríen, me pongo contenta, pero cuando es Sven quien lo hace, me desarmo tanto que, si él me lo pidiera, bastaría una palabra suya para que me tirase al agua en cueros.

Su esposo soltó una risotada.

—No sé por qué te iba a pedir que hicieras algo así. Pero creo que hay parte de verdad en lo que dices. Se me antoja que este hijo nuestro es como uno de esos guijarros que yacen a la orilla del mar y a los que rueda el oleaje. Los golpes lo están puliendo y suavizando tanto que pronto no le quedará ni una arista.

Lo cierto era que el señor Elversson sentía tanto interés y afecto por su hijo como su esposa. Ocurría, no obstante, que este para él no era solo causa de alegría, sino también de preocupación. Su malogrado vástago parecía inclinado a ceder a las coacciones que se ejercían sobre él y a evitar, en consecuencia, el contacto humano. Ya casi nunca quería salir de Grimön. Pero incluso en ese reducido entorno no le habría faltado ocasión de conocer gente si se lo hubiera propuesto. Joel había sido juez de paz durante treinta años y, en el curso de los muchos juicios a los que asistiera, había adquirido el conocimiento de abundantes leyes y reglamentos. La gente acudía a él sin cesar con el objeto de recibir ayuda para redactar contratos de compraventa, hacer inventarios y particiones de herencias, otorgar testamentos. Sven, sin embargo, nunca se acercaba a los visitantes en busca de charla, sino que, muy al contrario, se retiraba a algún lugar remoto de la isla en cuanto veía aproximarse una embarcación.

—¿Y qué quieres que haga? —replicó su esposa cuando él compartió con ella sus aprensiones—. Para empezar, todavía no se defiende bien en sueco, y, además, la gente lo rehúye como si fuera un tiburón devorahombres.

Joel echó la cabeza hacia atrás, inspiró con fuerza y pronunció unas palabras cuyo sentido profundo a su mujer le costó aprender:

—Si yo estuviera destinado a ser músico, tendría que contar con el permiso para hacerme con un instrumento.

—Sí, claro —asintió la señora Elversson—, pero ¿qué quieres decir con eso?

—Si, como yo creo, Sven está destinado a ser un espejo, un modelo y un ejemplo para los demás, no ha de estar confinado en este peñasco como un ermitaño.

La mujer miró a su esposo con un destello de ternura en los ojos.

—Tú mismo has vivido en Grimön toda la vida sin que ello haya impedido que la gente venga aquí a incordiarte sin parar.

Su marido hizo un gesto impaciente con las manos.

—¿Qué soy yo al lado de Sven? Yo no recibí instrucción alguna de joven. Sven, en cambio, ha tenido la oportunidad de empezar a tiempo. No hay nada que se interponga en su camino.

—Excepto una sola cosa.

—Sí, por supuesto.

—Algo que está en todas partes, donde uno menos se lo espera. Es un gato que lo acecha allá donde va y que, antes de que se dé cuenta, se le lanza al cuello.

—Cierto —admitió Joel—. Esa es su cruz. Y lo hecho, hecho está. No hay milagro que pueda parar el ataque de ese gato.

—Aunque no has de olvidar, Joel, que, si semejante desgracia no le hubiera ocurrido, nunca habría vuelto a casa con nosotros. Y además estoy convencida de que es inocente —añadió.

Esto era algo a lo que Thala volvía una y otra vez. La hacía tan feliz tener a Sven en casa que apenas podía entender por qué ella y su marido le daban tanta importancia a la hostilidad que la gente mostraba hacia él.

—¡No les hagas ni caso! —le repetía a su hijo—. Son estúpidos. Tú eres mucho mejor que ellos. Ese tipo que te lanzó una sonrisita socarrona el otro día en la oficina de correos falsificó una vez una letra de cambio. Así que no creas que tiene nada de lo que presumir.

Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, no podía sino admitir que Joel tenía razón y que su hijo pronto se convertiría en un ser del todo asocial. Y no solo eso: sus maneras sumisas ya rozaban el ridículo. Tan hundido estaba en su miseria que era como si quisiera desaparecer de la faz de la tierra.

«No, esto no puede ser», pensó. «Las cosas tienen que cambiar. Nuestro Señor no puede abandonarnos por completo».

***

La parroquia de Applum comprendía también (aparte de la llanura de la iglesia, en tierra firme, y de unas docenas de islotes y escollos esparcidos por el mar, entre los que se encontraba Grimön) el pueblo pesquero de Knapefjord, una villa que parecía asentarse tanto sobre la tierra como sobre el agua, con sus casetas varadero y sus cobertizos de pesca, sus largos embarcaderos, su edificio portuario, sus grandes

casas de baños y albercas, sus barcos y sus boyas.

A Knapefjord solía ir la señora Elversson en la barca de remos, cargada de mantequilla y huevos. Allí, con las amas de casa que habían sido sus clientas durante años y conocían todas sus circunstancias, hizo varios intentos de limpiar el nombre de su hijo retornado asegurando que alguien como Sven no podía haber hecho ningún mal. Mas pronto se dio cuenta de que sus denuedos eran en vano. No era que recibiera palabras groseras como respuesta; sus interlocutoras se limitaban a oírla como quien oye llover, igual que se hace con una persona por lo general sensata cuando de manera puntual suelta algún comentario desafortunado.

—¡Oh, esas puritanas impenitentes! —exclamaba al volver a casa —. Tienen el corazón tan preñado de fe y rectitud que no hay en él lugar para la misericordia.

Tampoco Joel lograba mayores éxitos. Por entonces, cuando la gente acudía a él en busca de ayuda, solía dejar caer que se estaba haciendo demasiado viejo para ese tipo de trabajo y que su hijo Sven pronto habría de tomarle relevo. Ante ello se topaba con un muro de incomprensión. Tanto los pescadores como los granjeros con los que hablaba hacían oídos sordos, igual que las severas matronas de Knapefjord.

***

Llegada la Nochebuena de aquel año, Joel y Thala, sentados junto a su hijo en la casita anexa de la finca, departían sobre el futuro.

—Escuche, madre —intervino Sven Elversson, que aquella noche se mostraba jovial y desenfadado, lo que resultaba inusual—. ¿No está cansada de esta vieja cocina desapacible y oscura? ¿Qué le parece si nos mudamos a la casa grande?

—¡Que Dios nos libre! —exclamó ella—. Si allí no hay suelo ni techo.

—Eso puede arreglarse —repuso él—. Les he echado un vistazo a las paredes y están intactas. Hay estancias luminosas y acogedoras con vistas al mar. Es una pena dejar que esa antigua casa se eche a perder del todo.

Su padre y su madre estuvieron, por supuesto, de acuerdo con él en ese punto, pero faltaba dinero para la restauración.

El hijo les explicó que él tenía un pequeño patrimonio que no había recibido de sus padres adoptivos, sino que él mismo había ganado con honradez. Cuando emprendió la expedición al Polo Norte, le habían prometido a su regreso mil libras, suma que acababan de abonarle.

Ocurrió entonces que su padre, el viejo Joel, quien hasta entonces no había sentido repugnancia ni por un segundo, vio cómo los viejos eméritos patrones de barco que en tiempos habitaran Grimön se revolvían de asco en sus tumbas.

—¡No con ese dinero! —profirió—. Estaría encantado de que se reformase la casa, pero con ese dinero no.

Madre e hijo lo miraron sorprendidos. Sin embargo, no tardaron en comprender el pensamiento que le había sobrevenido, así que dejaron

de lado el asunto.

El padre siguió pensando en aquellos viejos marineros de rostro ajado, de manos sucias de brea, de gaznate sediento; lobos de mar bonachones, divertidos, poco cuidadosos en la elección de las palabras, poco exquisitos en la elección de compañía. Pese a que sus antepasados habían sido a buen seguro de esa calaña, acababa de decirle a su hijo que no era lo bastante bueno para irse a vivir con ellos. Acababa de decirle que su dinero, el que había ganado arriesgando la vida en el mismo mar que ellos surcaran para ganarse el suyo, no era lo bastante bueno para rehabilitar su casa.

Aquella noche, una mueca resignada, dulce e indulgente se dibujó en el rostro de Sven Elversson. A menudo ese gesto le había revoloteado sobre los labios con anterioridad en los momentos en que se veía torturado por el asco, si bien no tardaba en desaparecer. Ahora, una vez que su padre hubo mostrado que podía sentir por él lo mismo que los demás, empezaba a asentársele en los rasgos.

El progenitor, al reparar en esa mueca que alteraba las facciones de su hijo sin ya querer abandonarlas, se levantó y pronunció unas palabras que intentaron reparar lo dicho. El hijo le dio una amable respuesta, pero la mueca no se le borró del rostro.

El padre se encolerizó consigo mismo por haber abierto la herida. Se daba cuenta de que Sven había ocultado la noticia del dinero hasta entonces con el ánimo de darles la sorpresa esa Nochebuena. La vergüenza lo sobrecogió de tal modo que, incapaz de quedarse allí dentro, se puso el sombrero y salió a la oscura noche. Tal vez la madre, a solas con su hijo, podría hablarle de cuán grande era el amor que a la hora de la verdad su padre sentía por él y, así, redimirlo de su torpeza.

Apenas había desaparecido en la oscuridad cuando siete tipos salvajes y borrachos irrumpieron en tropel en la cocina de Grimön. Iban en busca de Sven Elversson; querían que los acompañara para un rato de diversión. Habían hecho un esfuerzo especial para navegar hasta allá en su busca, declararon.

Cuando Thala le echó la vista encima a aquella tropa, vio que se trataba de una cuadrilla de pescadores formada por los hombres más salvajes, rudos y borrachos de aquella parte del archipiélago. Rezagado, como si quisiera permanecer oculto, descubrió ni más ni menos que a otro de sus vástagos, el que llevaba el nombre de pila de su padre, que trabajaba para un comerciante de Knapefjord.

Apartó la mirada de los tambaleantes beodos de sonrisa estúpida y la posó en el otro hijo, aquel a quien venían a insultar y castigar. El hijo esbelto y de constitución elegante, de ojos que se entrecerraban con una expresión casi acariciadora, de manos blancas y limpias. El hijo pulcro, bien peinado y afeitado, vestido con corrección. El hijo que no fumaba ni bebía, al que no se le escapaban ni un gesto ni una palabra groseros.

A los visitantes, que se habían plantado allí con el propósito de atormentar al atormentado, les daba igual que este hubiera recibido una mejor educación que ellos, que hubiera llevado una vida más

plena, que tuviera una mente más aguda. Se presentaban allí movidos por el asco, porque lo consideraban un gusano al que debían pisotear, un repugnante sapo que no tenía derecho a morar entre las paredes de una casa cristiana.

Al ver a los forasteros entrar en la cabaña, una extraña impotencia se apoderó de Sven Elversson. Sin llegar a desmayarse o a quedar inconsciente, se vio de pronto incapaz de mover un músculo. La sensación de hallarse ante el final lo sobrecogió por completo. Aquellas personas tenían el firme propósito de torturarlo hasta la muerte. Y era inútil resistirse. Dado el cariz que había tomado su vida, no merecía la pena que se esforzase en conservarla.

***

Ese mismo día, por la mañana, uno de los hombres había encontrado al borde del camino una culebra congelada que recogió y se llevó a casa. Luego se la enseñó a sus compañeros.

—Parece muy apetitosa —comentó uno de ellos.

—Sí, es una pena que nadie quiera zampársela.

—¿Y si le preguntáramos a Sven Elversson, de Grimön, que come carne humana?

—Seguro que a él le gustaría.

Así fue como se les ocurrió la idea de llegarse hasta Grimön, con el turbio convencimiento de que un criminal como Sven Elversson no merecía celebrar la Navidad en paz, sino que era menester causarle tormento y angustia.

Para que les indicara la ruta en la oscura noche, llevaron con ellos a Joel hijo. Este los acompañó de buena gana: aunque no estaba ni de lejos tan ebrio como los demás, sentía un desprecio similar por el retornado. Obligado a soportar las mofas e insultos de sus compadres a causa de su hermano, se preguntaba con qué derecho Sven había vuelto a casa, sabedor de que le acarrearía a su familia tales disgustos. Detrás de la ancha espalda de los demás, una sonrisa burlona se le dibujaba en el rostro al anticiparse a lo que estaba por venir.

***

—¡Joel! ¡Joel hijo! —le gritó su madre—. ¿Qué pretenden hacer con tu hermano?

Joel hijo contestó sin vacilar, habituado como estaba a responder a todas las preguntas que le planteaba aquella voz:

—Van a obligarlo a que se coma una culebra.

Sven Elversson percibió cómo la parálisis que se cernía sobre él lo atenazaba cada vez con mayor fuerza. Vio ante sí la escena que iba a tener lugar: aquellos tipos le ordenarían que comiera y él se negaría. Entonces lo golpearían, la emprenderían a patadas y puñetazos con él, quien seguiría negándose. Ya no había coacción alguna que pudiera hacerle tragar un bocado repugnante, de modo que lo torturarían hasta la muerte.

No obstante aún le quedaban unos instantes, aún no había llegado el momento en que se viera forzado a acompañarlos.

El hombre que había encontrado la serpiente por la mañana sacó el largo y reluciente bicho del bolsillo. Tambaleándose sobre una pierna, lo sostuvo ante las narices de Thala.

—Seguro que es plato de su gusto —dijo.

—¡Ah, tipejos que no pertenecéis al género humano! —gritó la madre—. ¿Acaso creéis que voy a permitir que os llevéis a mi hijo? ¿A mi Sven, a quien ninguno de vosotros le llega ni a la suela de los zapatos?

La tropa estalló en carcajadas.

—No nos lo llevaremos muy lejos —contestó el hombre que sujetaba la serpiente—. Basta que nos acompañe al barco, allí se la asaremos a la parrilla.

La impotencia que paralizaba a Sven Elversson empezó a ceder.

«Ya casi es la hora», se dijo para sus adentros. «Esta noche todo habrá terminado. No hay nada que lamentar».

Su madre posó los ojos en él y reparó en aquella mueca triste e indulgente que le curvaba los labios. No se apreciaba rastro de rabia ni de resistencia en su semblante, solo humildad y una pena suave y sumisa.

—¡Ni se te ocurra acompañarlos! —exclamó—. ¿Sabes quién es el de la culebra? Es Olaus, de Fårön, cómplice de infanticidio. Abandonó a su prometida cuando esta más lo necesitaba.

Los gañanes rugieron de risa.

—¡No se preocupe por su hijo, señora Thala! —dijo Olaus de Fårön —. Le dejaremos que sazone la cena a su gusto. Y no va a ser peor de lo que ya es por zamparse una culebra.

—Y ese —bramó la madre, señalando al más alto y de aspecto más desagradable— es Corfitzson, de Fiskebäck, culpable de innumerables maldades. Entre otras cosas, prendió fuego a un establo lleno de animales para estafar al seguro.

—¡Venga, apresúrate, muchacho! ¡Ponte el sombrero y ven con nosotros! —conminó Corfitzson, poniendo la mano en el hombro de Sven Elversson.

Mas Thala prosiguió a velocidad vertiginosa:

—Y ese otro es Bertil, de Strömsundet. ¿Quieres saber alguna de sus peores vilezas? Mató a su abuela a base de comistrajos; apenas dos meses aguantó la pobre después de que ella lo acogiese en su casa. Y ese de ahí de la esquina es Torsson, de Iggenäs, que nunca ha hecho otra cosa que robar pescado de las redes ajenas; y esos dos que ves allá, los más borrachos de todos, son Rasmussen y Hjelmfelt, que malgastan en alcohol todo lo que ganan mientras la mujer e hijos de cada uno de ellos se mueren de hambre.

Temblando de ira y de terror, la madre iba elevando la voz casi hasta gritar. Los hombres se sintieron por unos instantes tan apabullados por su rabia que callaron y dejaron de reír.

—¿Y sabes quién es el que está ahí al fondo, detrás de los otros? —continuó ella con tono cada vez más estridente—. Tu hermano, Joel hijo. De momento solo ha pecado de pensamiento al proponerse que sus viejos padres perecieran aquí en este pedrusco despoblado por

falta de ayuda. Dios sabe la cantidad de veces que le he suplicado que viniera a echarnos una mano sin que haya querido escucharme. Sí, Sven, esa es la clase de gente que tienes ante ti. Y ahora que lo sabes, no querrás seguirles el juego, ¿verdad?

Nada más concluir la madre, su hijo se levantó, tan gentil e indulgente como siempre, presto a la sumisión y al sufrimiento.

La tropa rompió de nuevo a reír con estruendo.

—Sí, haces bien, muchacho, en venir por tu propia voluntad —asintió Olaus, que resultaba evidente que era el líder—. Está claro que tú solo no puedes contra seis mozarrones.

Thala Elversson, sin embargo, no tenía intención de ver partir a su hijo sin oponer toda la resistencia posible. Con un rápido gesto le arrebató la serpiente a Olaus, la arrojó a la habitación contigua y se plantó ante el umbral para cortarles el paso.

En ese preciso instante se abrió la puerta de fuera y Joel entró como un relámpago:

—¿Qué está pasando aquí? ¿Qué jaleo es este? ¿Adónde queréis llevaros a Sven?

Dos de los gañanes se habían abalanzado hacia Thala para apartarla del umbral de la habitación donde había lanzado la culebra, mientras otros dos agarraban a Sven de los hombros y lo hacían avanzar a empellones.

Sin dudarlo un segundo, el anciano se situó en medio de ellos.

—¡Soltadlo! ¡Ni oséis tocar a mi hijo! —gritó.

De súbito sintió Sven Elversson que la impotencia dejaba de aferrarlo.

«Ahora es el momento, ahora tanto padre como madre luchan por ti», le dijo una voz en su interior.

—¡Joel hijo! —le gritó a su hermano, que seguía detrás de la caterva de intrusos ebrios—. ¡Abre la puerta de fuera!

Y cuando el hermano, acostumbrado a obedecer todas las órdenes que se le dieran en esa casa, hubo abierto la puerta de par en par, Sven agarró por la cintura a Olaus de Fårön y, en volandas lo lanzó fuera de la casa.

Corfitzson de Fiskebäck se abalanzó hacia Sven con la intención de reducirlo, mas de inmediato notó que unos fuertes brazos lo apresaban y lo ponían de patitas en la calle junto a su camarada. Joel hijo corrió entonces a colocarse del lado de su hermano.

Hubo unos momentos más de bullicioso tumulto, pero al fin la vieja cocina quedó despejada de enemigos. Joel hijo acudió a cerrar la puerta, dejando a todos los hombres a la intemperie. Luego, con cierta solemnidad, se acercó a Sven y le tendió la mano.

—¿Cómo diablos lo has hecho? —preguntó con la más sincera admiración—. Tienes que enseñarme ese truco.

El rostro del hermano mayor estaba enrojecido por la pelea. La mueca resignada que tenía había desaparecido de sus labios.

—¡Ten por seguro que esos de ahí fuera también se habrán quedado pasmados! —insistió Joel hijo—. Pero si eres tan duro de pelar, por los clavos de Cristo, ¿cómo es que has estado soportando

tanto desprecio sin rechistar?

Entonces perdió Sven Elversson por una vez la compostura. Se dejó caer en una silla y, escondiendo la cara entre las manos, prorrumpió en un llanto desesperado:

—¿Por qué habría de defenderme, cuando me aborrezco a mí mismo más de lo que ni tú ni ninguna otra persona podría llegar a aborrecerme?, ¿cuando mi propia compañía me produce más asco, más aversión, más repugnancia de los que jamás podrá causaros a los demás? Ninguno de vosotros es tan consciente como yo de lo que he hecho, del pecado que he cometido. Me odio. Me repelo. ¿De qué me sirve callarle la boca a un hatajo de miserables borrachos?

Capítulo 4

El Náyade

Pocos días después de Navidad, Joel hijo volvió a Grimön con un recado de Olaus de Fårön: este invitaba a Sven Elversson a que participase en la pesca del arenque en el barco a motor llamado *Náyade,* propiedad de su clan.

—Dice que no cree que puedas entrar en ningún otro clan de pesca —explicó—, pero, como eres mi hermano, tengo que advertirte: con Olaus no va gente de bien.

La madre opinó de inmediato que estaba fuera de lugar que su hijo se uniera a semejante manada, pero el padre parecía ser de otra opinión.

—A Sven no le vendría nada mal, después de todo, aprender el arte de la pesca que se practica aquí en el litoral —observó—. Y, como dice Joel, no le será fácil entrar en otro clan.

—¡No lo dirás en serio! —exclamó su esposa—. ¿Quién sabe qué intenciones albergan esos tunantes al venir a buscarlo? Apuesto a que no se trata más que de una nueva mezquindad que se les haya ocurrido.

—Bueno, lo único que quería decir era que es una pena que Sven no pueda salir a pescar —explicó su marido en tono complaciente.

Recordó entonces Sven Elversson las palabras de su padre en Nochebuena y en sus pensamientos se coló la sospecha de que este quería tenerlo lejos de casa.

—Dale las gracias de mi parte a Olaus por la invitación —le indicó a su hermano—. Me alegro de que quiera que los acompañe. Iré a Fårön en cuanto pueda.

—En ese caso, ¿por qué no te vienes conmigo, aprovechando que me vuelvo ahora? —sugirió Joel hijo—. Así podrás tomar aperos de mi cobertizo. Ha llegado un telegrama hoy temprano que avisa de que en las aguas de Smögen hay un cardumen de arenques bien majo. Mañana no quedará ni uno.

Tras unos momentos de intenso ajetreo ambos hermanos partieron, dejando a Joel y Thala solos de nuevo.

***

Un par de semanas transcurrieron sin que llegaran a Grimön noticias de Sven, hasta que un domingo Joel hijo hizo una visita.

Thala quiso saber de inmediato qué habían hecho los de Fårön con el hermano de Joel. ¡No lo habrían matado…!

—Lo único que sé —respondió Joel hijo— es que la gente comenta que en el *Náyade* hay un tipo reo de infanticidio, otro que dejó morir a su abuela, otro culpable de provocar un incendio, otro que no ha hecho en su vida más que robar pescado de las redes ajenas y dos más que se matan a beber. Y que a todos ellos se ha sumado hace poco uno que ha comido carne humana, de modo que la colección está completa y no se pueden pedir más malhechores a bordo de un barco. Del propio Sven no he tenido noticias, pero, por lo que oigo por ahí, parece todo va bien entre él y sus compañeros.

—Tú siempre de broma —se desesperó su madre con expresión de enfado, pero aliviada de que no hubiera ocurrido nada grave—. Escúchame bien, muchacho: en cuanto sepas algo de él, vienes corriendo a informarnos. Es el mayor favor que puedes hacernos a tu padre y a mí.

***

Al cabo de quince días, Joel hijo regresó otra vez a la isla.

—Vengo a decirles, madre, que nadie cree que la tripulación del *Náyade* pueda aguantar a Sven mucho más tiempo. Ahora se cuenta que la peor barca del archipiélago, la más sucia y apestosa, cada vez está más limpia y apañada; que el motor ya no se estropea justo cuando más se lo necesita, como pasaba antes; que han remendado la vela harapienta que a veces izan para afianzar el cascarón y le han puesto un par de parches grandes y cuadrados; que el banderín descolorido lo han reemplazado por uno nuevo y de colores llenos de viveza; que han dorado de nuevo el espejo de proa y que en él han pintado el nombre del *Náyade* completo, sin que falte ninguna letra; que el condumio a bordo empieza a guardar un increíble parecido con la comida que se toma en tierra firme; que las sartenes y los platos de la bodega relucen de puro limpios. Y ante eso, madre, dicen que siempre supusieron que los del *Náyade* no tendrían ningún problema en llevar un antropófago consigo, pero que no se pueden creer que vayan a soportar tener platos y sartenes limpios.

—¡Deja de tomarme el pelo! —protestó la madre, aunque al hijo no se le escapó lo que le alegraban las buenas nuevas—. Pero, bueno, en cuanto sepas algo de tu hermano, has de venir enseguida a avisarnos,

¡que no se te olvide! Porque él no ha hecho nada malo y tenemos que seguirle la pista para que no le ocurra ninguna desgracia.

***

Mas los que viven en un lugar apartado como Grimön han de armarse de paciencia. La señora Elversson tuvo que esperar otra quincena completa antes de que Joel hijo regresara con noticias de Sven.

—Bueno, sigo sin haberlo visto en persona —informó—, pero he oído decir que las cosas no pueden seguir así mucho más tiempo entre la tripulación del *Náyade* y Sven Elversson. Porque ahora Olaus, que es el patrón, empieza a insistir en que todo el mundo suba puntual a bordo y varias veces ha logrado que la barca parta al mismo tiempo que el resto de la flota, de modo que han llegado al caladero a buena hora y han conseguido un buen sitio y una buena captura. Y ahora que las redes están enteras, aseadas y bien cuidadas (en vez de como antes, tan podridas que se deshacían con solo mirarlas); ahora que llenan la jábega hasta los topes; ahora que el que maneja el cabestrante no vierte toda la captura al agua nada más subirla, porque ya no está borracho como una cuba; ahora que el *Náyade* comienza a ganar dinero…, nadie cree que Olaus de Fårön, ni Corfitzson de Fiskebäck, ni Bertil de Strömsundet, ni Torsson de Iggenäs, ni Rasmussen y Hjelmfelt vayan a pasar por el aro. Porque puede que no les moleste tener un antropófago a bordo, pero eso de navegar en un barco limpio, pescar como es debido y obtener un buen beneficio es algo que ninguno de ellos va a consentir en la vida.

La señora Elversson despotricó contra su hijo por no ser capaz de pronunciar una palabra seria, pero se quedó satisfecha con las novedades.

—Va a ir todo bien, ya verás —afirmó—. ¡Ay, Joel, Joel! No, no me refiero a ti, sino a tu padre. Es el hombre más sabio de toda la comarca de Bahusia. Sabía lo que hacía cuando envió a Sven en compañía de otras personas.

***

Unas semanas más tarde, Joel hijo volvió con un nuevo parte:

—Tampoco he tenido la ocasión de ver a Sven en persona, porque este año los arenques nadan muy al norte, pero se dice por ahí que las cosas no pintan nada bien para los del *Náyade,* ya que Olaus de Fårön se ha dejado convencer de que invierta las ganancias de la pesca en reformar su casa, y Corfitzson de Fiskebäck deposita el dinero en el banco en cuanto llega a sus manos, y Bertil le regala vestidos nuevos a su mujer, y Torsson se ha comprado otra barca, y a Rasmussen y Hjelmfelt les ha dado por llevar comida a casa para la familia. Porque a nadie le sorprendió que aceptaran a un antropófago entre ellos, pero quién se iba a imaginar que tolerarían un barco limpio y una buena pesca y que se avendrían a vivir como personas decentes.

—¡Mira que me irritas con tu modo de contar las cosas! —lo riñó su madre, aunque no cabía en sí de contento: estaba convencida, dijo, de que a Sven todo le iría bien a partir de entonces, de que acabaría por

ser aceptado.

—El escollo que tiene ante sí es algo muy antiguo y arraigado en el corazón de la gente —objetó Joel—, así que no cantemos victoria todavía. Con que él consiga aceptarse a sí mismo podremos contentarnos.

***

Unas semanas más tarde ambos hermanos llegaron navegando a Grimön. Nada más entraron en la casa, fue palpable el aspecto abatido que traían.

Ni su madre ni su padre le hicieron preguntas a Sven, pero Thala hizo por quedarse a solas con Joel hijo tan pronto como pudo.

—¿Qué diantres ha ocurrido? —inquirió.

—Bueno —contestó él con expresión soliviantada—, pues que no sirve de nada que Olaus, Corfitzson y toda la tropa del *Náyade* hayan hecho propósito de enmienda, ni que les guste tener el barco arreglado y que la pesca se haga como es debido y que las ganancias no se despilfarren cuando resulta que no pueden entrar por la puerta de su casa sin que los reciba una mujer llorando. ¿Qué has de hacer cuando tu esposa te dice que preferiría que volvieras a ser como antes a que sigas juntándote con tamaño pecador?, ¿cuando te advierte de que la repugnancia que siente por él es tal que impregna también a los que están en su compañía un día tras otro?, ¿cuando le dan igual las casas, los barcos, los vestidos, la comida, los enseres domésticos, el honor, el éxito, la felicidad?, ¿cuando está dispuesta a renunciar a todo lo bueno que le has traído para escapar del asco que le das? Ante eso, los hombres no pueden hacer otra cosa que pedirle a Sven que abandone el *Náyade* y aconsejarle que se quede en casa, en Grimön, donde no se encontrará con nadie y a nadie ofenderá con su presencia.

Capítulo 5

La escuela

Esa misma primavera, poco después de que su hijo regresara de pescar arenques, el pastor de Applum le preguntó al señor Elversson si le apetecía encargarse de la construcción de una escuela.

El viejo Joel había dirigido antes algunos proyectos de construcción en la parroquia y los había llevado a cabo a un coste tan bajo que apenas había obtenido ganancia alguna. A buen seguro, esta era la razón de que volvieran a solicitar sus servicios, a pesar de que muchos lo habrían considerado demasiado mayor para la tarea.

Al llegar la oferta a oídos de la señora Elversson, esta se apresuró a sentenciar que Joel no debía emprender un trabajo tan exigente. Su marido no la contradijo de manera abierta, pero sí intentó hacerle ver lo penoso que sería para la parroquia tener que recurrir a un contratista de fuera. Le explicó asimismo cómo le gustaría participar en la construcción de un nuevo edificio para los escolares, que hasta ahora habían tenido que conformarse con el viejo cuchitril oscuro y lleno de corrientes de aire donde se impartían las clases.

—Tendrías que haber visto los planos —le dijo—. ¡La de inventos y técnicas nuevas que han surgido para mejorar las construcciones y hacerlas más cómodas! En nuestros tiempos no había nada de eso.

—Sí que estás entusiasmado con la obra —observó su mujer—. Si no me equivoco, ya habrás dicho que sí.

El anciano adoptó una expresión turbada.

—No lo habría hecho si no tuviera un hijo adulto en casa —se defendió.

—Pero al menos podrías haberle preguntado antes.

Y es que Thala no salía de su asombro ante la iniciativa de Joel. Su

hijo llevaba varios días dando vueltas por la casa con un aspecto tan decaído que parecía imposible inducirlo a acometer ningún tipo de empresa.

—Creo que no le vendría mal familiarizarse con las labores de construcción —continuó Joel—. A cualquiera que pretenda vivir en su propia finca siempre le será útil saber algo de madera y cimientos. Pero, si no quiere ayudarme, ten por seguro que rechazaré la oferta.

—Entonces será mejor que lo hagas ya mismo.

La señora Elversson no acababa de entender por qué Joel quería persuadir a su hijo de que participara en un proyecto de construcción en la propia llanura circundante a la iglesia, donde era mayor que en ningún otro sitio el rechazo hacia Sven.

Este, presente durante la conversación, había hasta entonces permanecido en silencio. No obstante, comprendía muy bien lo que el padre pretendía con su propuesta: su único anhelo y ambición parecía ser sacarlo de allí, empujarlo a que tratase con la gente. Tras la fracasada aventura en el *Náyade,* se había limitado a decir que Sven había hecho progresos mucho mayores de lo que esperaba y le había dedicado los elogios más bellos. Igual que antes, ahora el hijo no deseaba otra cosa que recluirse en casa, pero le parecía que su padre no se lo permitiría hasta que hubiera visto borrarse la repugnancia que su persona suscitaba.

—No creo que padre deba rechazar el encargo —terció—. Intentaré ayudar lo mejor que pueda.

Encantado con la respuesta, Joel lo acompañó ese mismo día en una ronda de visitas a los madereros, carpinteros, canteros y albañiles de la comarca.

***

Casi contra su voluntad, Sven Elversson pronto se interesó del modo más vivo por el proceso de construcción, de manera que su padre le permitió asumir el mando: él se encargaría de supervisar el trabajo y decidir cómo debía edificarse la escuela.

Dado que Grimön se hallaba bien mar adentro, Sven, que no quería malgastar tiempo en ir y venir, decidió quedarse a pernoctar en tierra firme mientras durasen las obras. Joel, por su parte, pareció cansarse enseguida de las eternas travesías a la llanura de Applum, de modo que llegó a permanecer semanas enteras sin salir de Grimön y dejó que su hijo se ocupara de las labores de edificación como mejor le pareciese.

Las veces que se acercaba hasta allá, volvía muy satisfecho. A su regreso, Thala siempre le preguntaba ansiosa si alguien de Applum había manifestado su descontento por que que su hijo estuviera a cargo de aquella empresa, pero él solo tenía buenas cosas que contarle.

—Ayer me encontré con Israel Jönsson, que ya sabes que es el presidente de la asamblea municipal, y le pregunté su opinión acerca de las obras de la escuela. «No quiero negar, Joel», me dijo, «que al principio teníamos dudas de que tu hijo asumiera la tarea. Pero ahora

creo que tanto el consejo escolar como el comité municipal y todas las demás autoridades de la parroquia tendrían que pensárselo dos veces antes de apartarlo de los trabajos. Estamos encantados con lo que lleva hecho: ha colocado cimientos de granito en lugar de los de piedra corriente que prescribía el plano; y no se contenta con tablones de virutas para las paredes, como había previsto el arquitecto, sino que usa madera maciza. Ante ese modo de trabajar, no podemos sino llegar a la conclusión de que hemos de guardarnos las reticencias en el bolsillo y dejar que impere la razón».

En esos momentos empezó la madre a sospechar que Joel había aceptado el encargo de la construcción solo para darle a su hijo la oportunidad de distinguirse y hacer amigos. La intención era buena, tenía que admitirlo, pero ahora se mostraba más escéptica que antes y no creía que las cosas fueran a salir bien.

En la siguiente ocasión en que Joel fue a echarles un vistazo a las obras en curso, lo primero que le preguntó a su regreso fue si Sven seguía con la cabeza bien alta, si la gente no le hacía saber la aversión que en ellos despertaba.

—No te voy a decir qué es lo que yo pienso —contestó Joel— porque no te fiarías de mi criterio, pero te voy a contar palabra por palabra lo que Gunnar Markusson, que vive cerca de la obra, me dijo ayer por la tarde, cuando por casualidad nos encontramos allí: «No te voy a ocultar, Joel, que ha habido cierta preocupación en la parroquia al habérsele encargado a Sven Elversson la construcción de la escuela. Pero ahora creo que, en vista de su buen hacer, los contribuyentes vamos a ser capaces de controlar las emociones. Está revistiendo la casa con tableros machihembrados, a pesar de que en un primer momento se le dijo que bastarían tablas sin cepillar. Además, tiene intención de pintar la fachada con pintura al óleo aunque estaba previsto emplear pintura roja ordinaria. Ha cubierto el tejado con ladrillos pese a que el arquitecto consideraba que bastaría con planchas de cartón. Ha puesto escalones de piedra delante de la entrada aunque se había estipulado que se hicieran de mero cemento. Tu hijo es de los que no se conforman con un trabajo a medias y, aun así, parece que no piensa pedir por todas estas mejoras más dinero que si se hubiera ceñido a los planos y las especificaciones».

Si bien la señora Elversson se alegraba sobremanera de que a su hijo le fuera tan bien, tenía, sin embargo, el presentimiento de que ese asco que provocaba allá donde iba no remitiría con tanta facilidad.

***

Joel no volvió a las obras hasta septiembre. Estuvo fuera varios días y, cuando volvió, trayendo a su hijo consigo, anunció que la edificación ya estaba concluida. La casa había pasado la correspondiente revisión y a los inspectores les faltaban palabras para expresar su satisfacción con el resultado.

Thala compartió con ellos el sentimiento de bienestar y alivio. Su hijo tenía el aspecto de un preso recién liberado, de alguien que había recuperado un poco de honor y reputación.

No quiso perturbar su alegría y por eso esperó a quedarse a solas con Joel para preguntarle si de verdad no había nadie en todo Applum que hubiera hecho a Sven sentirse indigno de semejante trabajo.

—Ignoro lo que pueda ocurrir entre bastidores —repuso Joel—, pero te voy a contar lo que me dijo el director de la escuela ayer por la tarde, cuando hablé con él después de la inauguración: «Nunca se puede confiar en la gratitud de la gente, pero, si yo fuera el padre de los niños que van a ser educados en esta nueva escuela, no osaría por nada del mundo ponerle mala cara al constructor. Es imposible no quedarse con la boca abierta al ver con qué gusto ha decorado el aula, lo hermosos que resultan los colores que ha elegido, la calidad de los pupitres que ha puesto, lo claros que son los cristales de las ventanas que ha instalado. Basta con observar el equipamiento de la sala de manualidades y de la cocina, los aparatos del gimnasio, el sistema de calefacción y tantas otras cosas, producto de su iniciativa, para concluir que el artífice de todo eso es un verdadero benefactor de la infancia. Creo que a muchos les gustaría volver a ser niños para recibir instrucción en una escuela construida por Sven Elversson».

Al oír esto, Thala no pudo por menos que sentir un gran alborozo y se regocijó de que todas sus preocupaciones hubieran sido innecesarias.

Capítulo 6

Los cerros

Tras haber viajado a Gotemburgo para pagar los suministros de construcción destinados a la escuela, Sven Elversson tomó el tren de regreso que lo llevaba hasta la estación más cercana a Applum. Al apearse, se encontró con que el transporte que tenía apalabrado no había acudido a recogerlo.

Su población de destino quedaba a veinte kilómetros y, mientras pensaba en una forma de llegar hasta allí, una tartana enjaezada con dos caballos se acercó a los escalones de entrada de la pequeña estación. Sven se acercó a preguntar su procedencia y destino, y así supo que ese vehículo lo enviaba el posadero de Applum para recoger al pastor, quien días atrás había contraído matrimonio con la hija de otro clérigo en la región de Norlandia.

Sven Elversson esperaba también que fueran a buscarlo para ir en la misma dirección, pero estaba claro que su solicitud no había sido atendida, pues nadie le había enviado una cabalgadura. El cochero le sugirió que pidiera al pastor permiso para acompañarlos a él y a su mujer en esa calesa, sugerencia que Sven declinó: no quería causar demasiadas molestias.

Mientras en esto estaban, el pastor y su joven esposa salieron de la estación. Formaban una bonita pareja. El párroco, de unos treinta años, era de mediana estatura, complexión fuerte y torso recio. Una barba negra y crespa le revestía la tez lozana; de entre los rasgos bien esculpidos sobresalían la frente, amplia y hermosa, y los dientes, muy blancos. Habría sido difícil para una joven encontrar hombre más capaz de protegerla y quererla, de trabajar para ella y de darle una buena posición en el mundo. La esposa, por su parte, era de una

belleza que quitaba el hipo. A Sven Elversson le recordó a las esculturales modelos de algunos grandes pintores ingleses, por el cuerpo largo y esbelto, los hombros bien torneados, la cabeza ladeada, la abundante melena que le enmarcaba con armonía el rostro, las cejas rectas, las mejillas delicadas y unos ojos radiantes de los que emanaba una mirada celestial, ajena a los asuntos terrenales.

Después de observarlos a ambos durante un rato, Sven Elversson se sorprendió al comprobar que el novio parecía perder de modo gradual todo el atractivo que instantes atrás viera en él. El resplandor que emanaba de la muchacha, su dulce y distinguido aspecto, lo hacían parecer junto a ella tosco y rudo, casi desagradable, hasta el punto de que, de pronto, Sven Elversson dejó de considerarlo un marido adecuado para aquella refinada, frágil y joven criatura. Esperó que esa apreciación no fuese fruto de algún viejo rencor que pudiera albergar contra ese hombre por lo ocurrido aquella vez en la iglesia.

Aunque se apresuró a apartarse del carruaje cuando los dos se aproximaron, oyó que el cochero pedía sitio para él. El pastor se le acercó entonces de inmediato y lo invitó a que subiera con ellos.

***

Lo cierto era que el párroco siempre había sido amable con Sven, quien, nada más tomar asiento en el coche, vio que se disipaba esa última impresión que le acababa de causar. «Me he equivocado, como tantas otras veces», pensó. «Debo admitir que hace años que no veía a dos personas tan felices. Y tienen toda la razón para serlo. Seguro que él no cabe en sí de gozo al imaginar cómo la presencia de la joven esposa va a cambiarle por completo la vida en la pequeña rectoría de Applum, que llenará de vigor y alegría; y ella, a su vez, estará fantaseando con cómo hacer el hogar común tan acogedor que él nunca quiera abandonarlo y anhele siempre regresar cuando esté fuera».

Tan inmerso se hallaba en estas reflexiones que no pudo evitar sobresaltarse cuando, de pronto, oyó la voz a la vez fatigada e impaciente de la joven:

—¿Pero es que no se acabarán nunca?

¿Qué podía ser aquello que la recién casada deseaba ver acabarse? ¿Qué podía ser lo que, en día tan señalado, la hacía infeliz?

Sven miró hacia todos lados hasta que por fin cayó en la cuenta: los cerros. No podía ser otra cosa que eso.

Lo cierto era que el paraje por el que discurría la carretera era extraño. No podía decirse que fuera montañoso, pues no había ni crestas ni picos, pero tampoco se trataba de una llanura, pues todo el terreno se hallaba sembrado de cerros y lomas de diverso tamaño. Estos montículos a veces se apiñaban los unos junto a los otros y dejaban un hueco angosto por el que apenas lograba pasar el camino; a veces, entre ellos se abrían claros amplios donde tenían cabida campos y fincas rústicas. En cualquier caso, dondequiera que se dirigiese la mirada, allí se alzaban los omnipresentes cerros: a derecha e izquierda, al frente y a la espalda. Sven Elversson no podía sino

darle la razón a la joven desposada: parecían no tener fin. El sendero serpenteaba por las profundidades de aquellas colinas sin nunca llegar a un punto lo bastante elevado como para que se pudiera abarcar el paisaje con la vista. Por mucho que el coche avanzara, siempre se veían cerros que se alzaban uno tras otro sin más variación que la envoltura externa: mientras algunos de ellos mostraban una completa desnudez, otros se hallaban revestidos de brezo y matorrales, o bien cubiertos por un ralo velo de hierba.

En ocasiones clareaba lo bastante entre cerro y cerro como para que uno esperase encontrarse al fin con un campo abierto más allá de ellos. Pero, apenas esta esperanza se dibujaba en el pensamiento, una nueva loma venía a taponar el panorama.

«Claro; en Norlandia, de donde ella viene, el paisaje es muy distinto», reflexionó Sven Elversson. «Habría sido de desear que estos collados agrestes y sombríos no fueran lo primero que viese de Bahusia la bella joven».

En ese momento, oyó que esta le hacía saber a su marido lo desorientado que sentía el espíritu entre aquellas colinas, que le provocaban el mismo efecto que en el bosque más oscuro.

Poco después, sin embargo, desde el camino se divisó un rebaño de ovejas que pastaban, al cual siguieron unas cuantas vacas y por fin un par de muchachos que recogían bayas. Entonces la joven esposa declaró que era una suerte haber encontrado a su paso tales imágenes de animales y niños, pues de lo contrario habría creído hallarse en un andurrial dejado por completo de la mano de Dios.

—¡Pero, Sigrun! —exclamó su esposo—, ¿es que no te das cuenta de que Bahusia es mi tierra y de que amo cada una de estas piedras y matorrales? ¿Cómo habrías reaccionado tú si yo me hubiera quejado de lo desolados que son los bosques de abetos y los pinares de Norlandia?

Un efecto muy fuerte tuvieron, como era de esperar, estas palabras, y la recién casada guardó silencio durante largo rato. Luego empezó a susurrar algo con voz lastrada por las lágrimas: Sven Elversson comprendió que le pedía perdón a su marido por haber sido tan desconsiderada respecto a aquella comarca a la que él quería con todo su ser.

—Yo no soy así —añadió—. No sé qué me ocurre hoy.

Hablaba con tal franqueza y seriedad, con ese suave acento impregnado de un leve ceceo, que era una delicia escuchar cada palabra que le salía de la boca. «Dios mío, yo al menos no querría que ella cambiase nunca», pensó Sven. «Al fin y al cabo, ¿es de extrañar que se horrorice ante la fealdad? ¿No es algo hermoso?».

De nuevo hubo unos momentos de silencio que se prolongaron hasta que la joven lo rompió con voz temblorosa:

—Comprendo, Edvard, que para ti mis palabras sean un tormento, pero el miedo no es algo de lo que pueda deshacerme así como así. Llevo un buen rato intentando combatirlo, pero no he logrado ahuyentarlo. Y entonces he recordado que a partir de ahora no tengo por qué luchar a solas; ahora te tengo a ti para que me ayudes en mis

flaquezas.

La inflexión de su voz rebosaba tales ternura y adoración hacia su desposado que Sven Elversson se avergonzó de estar oyendo la conversación. No se sentía digno de compartir las emociones y pensamientos de la joven.

La recién casada intentaba explicarle a su esposo el enorme miedo que la sobrecogía. Creía haber visto aquellas colinas alguna vez en sueños, mientras huía de alguien que, en su pesadilla, la perseguía para matarla. O tal vez presentía que algún día se vería acorralada en aquel páramo, buscando despavorida un escondite entre el laberinto de cerros. O acaso tenía la sensación de que en ese preciso instante alguien acechaba detrás de una colina, presto a atacarlos. Había algo horrible cerca, algo que la llevaba a querer apearse del carruaje y escapar.

De su voz se desprendía con claridad que el pánico que la invadía era aún mayor del que quería admitir y que se tomaba muy en serio sus propias palabras. Sven Elversson, en todo caso, no pudo evitar esbozar una sonrisa; de igual modo, el joven esposo, incapaz de entender que ella pudiera asustarse así por nada, intentó quitarle hierro al asunto con una broma.

Esto no fue bien recibido. En un arrebato inesperado, la muchacha declaró que no soportaría vivir en Applum si su residencia había de ser un lugar tan frío y opresivo como aquel.

—Sé que es una impertinencia y un desaire que te diga hoy esto —continuó—, pero, durante todo este trayecto entre los cerros, no he dejado de pensar que si en Applum no hay nada hermoso, algo que me saque de mi angustia, allí también me perseguirá el mismo terror. Cada día despertaré con la sensación de que algo malo va a ocurrir.

A la cabeza de Sven Elversson acudió la imagen del entorno de Applum: la casa parroquial se alzaba detrás de la iglesia, justo en una hondonada del terreno, donde había sido colocada con la mejor de las intenciones, en busca de un lugar resguardado del viento y la intemperie. Se preguntó cómo reaccionaría la joven ante los uniformes sembrados; ante la imponente pared montañosa que tapaba la vista; ante la ausencia de horizontes; ante las construcciones rojas, blancas y azules; ante la llanura desarbolada.

«Difícil tarea la del hombre que tengo a mi lado», se dijo para sus adentros. «Yo en su lugar no sabría cómo tranquilizarla. Pero él la conoce y la quiere: eso cambia las cosas».

El pastor permaneció unos instantes en silencio, reflexionando. A buen seguro compartía su opinión.

—Quiero contarte un sueño que tuve el invierno pasado —habló al fin—. Un sueño que me alegró el día: vamos a ver si en ti causa el mismo efecto.

»Pues bien, soñé que recorría a caballo el camino que lleva a tu casa de Stenbroträsk, un día de finales de invierno. A mi alrededor no había sino tierra pelada y árboles desnudos; la calzada se hallaba embarrada y en condiciones deplorables; los puentes estaban destrozados, y mi montura era un pobre animal que apenas podía dar

un paso. Soplaba un áspero viento frío del norte y el entorno era gris y desapacible. Las pocas granjas que flanqueaban el camino se me antojaban pobres e insignificantes; había algo inhóspito y deprimente en toda la campiña.

»Pero por fin llegué a una pendiente desde donde divisé la orilla del río y, a su lado, la iglesia de Stenbroträsk con su casa parroquial. Al instante, todo se transformó: el aire se llenó de calor, el suelo reverdeció, los abedules florecieron, el camino recobró su firmeza y se hizo transitable. Todo se volvió hermoso, confortable y acogedor. Incluso el caballo cobró nueva vida y empezó a correr.

»Lo curioso, sin embargo, fue que sentí que la primavera y el calor provenían de mí. Los había hecho aparecer como por arte de magia allá donde antes brillaban por su ausencia: todo porque mi corazón ardió de gozo al ver tu casa. Y entonces, aún inmerso en el sueño, no me pareció nada raro, sino lo más natural del mundo. Así era como debía ser.

Llegado a este punto, el pastor hizo una pausa. Sven Elversson oyó que la esposa, con una voz por completo distinta, preguntó cómo continuaba el sueño.

—No ocurrió nada más —respondió él—, pues esa llama en el corazón me infundió una sensación tan grata que me despertó.

Con esas palabras concluyó su relato y se quedó callado de nuevo. Pero esa reflexión sobre el amor, ese pequeño destello de belleza, habían conmovido muy hondo a la joven esposa, quien, acto seguido, con voz casi ahogada por la emoción, le susurró a su marido:

—Entiendo lo que quieres decirme: si en mi corazón se encendiera esa misma llama, no vería sino encanto en tu tierra y en tu casa. Sí, incluso en estos espantosos cerros. —Luego prosiguió con voz henchida de júbilo—: No te preocupes por mí. Ya no veo nada que me asuste. Me siento igual que tú en tu sueño.

Sven Elversson sonrió para sus adentros: «¿Te das cuenta? Las apariencias engañan. El pastor Edvard Rhånge es un hombre que rebosa tanto inteligencia como afecto. ¿Dónde podría esta muchacha encontrar un esposo mejor? ¿Quién podría haberle dado una respuesta más hermosa?».

Capítulo 7

El mar

Si los recién casados habían llegado a casa un martes, el sábado de esa misma semana Sven Elversson acudió a la parroquia para entregarle al pastor unos documentos relativos a la escuela. Subió de un tirón las escaleras, atravesó el zaguán y se detuvo justo ante la puerta del despacho parroquial.

A pesar de que llegaba tarde, esperaba encontrar al párroco sentado a su escritorio, pues era día de despacho. Sin embargo, no fue así: la estancia estaba vacía, si bien los grandes libros, que el sacerdote siempre sacaba de los estantes los días que le tocaba atender las consultas de los feligreses, se hallaban abiertos sobre el escritorio y la pluma reposaba apoyada en el tintero, lo que indicaba con claridad que su dueño no podía andar muy lejos.

Con el propósito de hacer el menor ruido posible, como era su costumbre, Sven se abstuvo de cruzar de nuevo el zaguán para ir a la cocina a preguntar si el pastor estaba en casa; tampoco se le ocurrió recorrer las demás estancias en su búsqueda. No molestaba a nadie, pensó, si se quedaba a esperar junto a la puerta.

Mas, mientras allí aguardaba, oyó un murmullo de voces en la habitación contigua. Como la puerta estaba entreabierta, alcanzó a discernir cada palabra con toda claridad.

—¿Sabes, Sigrun? —oyó decir al pastor, muy alegre y despreocupado—. El correo suele llegar a esta hora, pero no puedo ir a recogerlo yo mismo, porque es día de despacho.

—¡Qué oportuno, querido! —respondió la joven esposa, igual de jovial y desenvuelta—. Malin va ahora mismo a hacer un recado a la tienda. Así podrá aprovechar y traerse el periódico de paso.

Por eso había salido del despacho un momento, para decirle aquello a su mujer, concluyó Sven Elversson, y supuso que volvería de inmediato.

La voz del pastor, sin embargo, siguió resonando en el interior de la estancia:

—Pero, Sigrun, ¿no querrías ir tú misma? Hace un tiempo espléndido esta tarde y el camino ya se ha secado después de las lluvias de estos días desde que llegamos. Te sentaría muy bien un poco de aire fresco.

Su tono, dulce y amable, no hacía sino expresar lo que consideraba mejor para su joven esposa. Esta respondió con la misma gentileza:

—Me encantaría traerte el correo, Edvard, pero fíjate qué lío tengo, con las cortinas esparcidas por toda la habitación. No puedo irme hasta que las coloque.

A Sven Elversson se le antojó que la voz del pastor, de ordinario viril y armónica, casi perdía su melódico timbre y sonaba tosca y vulgar en contraste con la entonación suave y templada de su mujer. En todo caso, confiaba en que la cuestión se resolviera pronto.

Tales esperanzas no se cumplieron: el pastor no parecía tener ninguna gana de dejar el tema.

—¿Acaso el ir a traerme el periódico supone para la princesa de Stenbroträsk rebajarse mucho? —inquirió.

La pregunta pretendía ser una broma, por supuesto, pero aun así resultaba evidente su enfado porque ella no hubiera querido seguir su sugerencia.

—No, Edvard, no es eso.

—¿O es que Applum se le antoja demasiado feo y aburrido? Claro, su señoría no va a molestarse en salir a menos que pueda contemplar ricas mansiones y opulentas fincas. Tal vez habría que pedirle fastuosos caballos y carruajes para que…

—¡Edvard! —gritó ella.

—Bueno, ya sé que para ti no hay nada como Stenbroträsk —concluyó su esposo con una risita resentida—. No obstante creía que al menos te dignarías a pisar el suelo de Applum.

—Esa no es la razón, Edvard. Es que no puedo salir.

—¿Cómo que no puedes? —repitió él boquiabierto.

Una réplica había seguido a la otra con tal rapidez que Sven Elversson no había tenido tiempo de reaccionar. Pensó que quizá no era apropiado que él oyese aquello; así pues, agarró el pomo de la puerta para cerrarla y volverla a abrir varias veces, dio algún que otro pisotón y carraspeó, todo con la intención de que los cónyuges se percataran de su presencia. Mas ninguno de los dos dio muestras de oír nada y la conversación continuó sin interrupción.

—¡No, no puedo! —repitió ella—. Hay algo aquí que me ahoga y me deja sin aliento. No es que eche de menos mi tierra, es otra cosa. Me siento bien y a gusto mientras permanezco dentro de casa, pero en cuanto salgo me asalta esa sensación.

Hablaba sin freno y de manera entrecortada, como soltando las palabras a trompicones.

—¡Pero, Sigrun! ¿Qué mosca te ha picado? No era mi intención que te pusieras así.

—¡Yo no soy una persona soberbia! —continuó ella—. ¡Pregúntale a quienquiera que me conozca y te dirá que nunca lo he sido! Y la razón que me impide salir no es tampoco que este lugar me parezca feo. No, no se trata de eso. ¡Ojalá supiera lo que es!

—Escucha, Sigrun —intervino él de nuevo—, necesito que me expliques qué significa todo esto. Es algo de lo que tenemos que hablar muy en serio.

Sven Elversson no sabía qué hacer. ¿No había oído ya demasiado como para hacerse notar ahora? Aun así, se acercó a la puerta del saloncito, si bien se detuvo nada más llegar y dio media vuelta. La inseguridad acompañaba siempre todos sus actos. Nadie se sentía tan perdido, nadie tenía tan poca confianza en sí mismo como él.

—No he querido decírtelo —la joven seguía jadeando con angustia — porque estoy segura de que en realidad no tiene importancia. Es solo algo que se apodera de mí en cuanto cruzo la puerta de casa. No se trata de nada concreto, sino de una sensación: la sensación de ser muy desgraciada porque aquí he de quedarme para siempre y jamás saldré. No concibo mayor condena que esa: hallarme atada al mismo sitio; al mismo lugar estrecho, asfixiante, monótono y desolado.

Sven Elversson no quiso tomarse en serio estas palabras. «Seguro que solo quiere arrancarle una respuesta tan hermosa como la de la última vez. A un hombre tan lleno de inteligencia y afecto no le costará hacerla sonreír de nuevo. Será coser y cantar».

—¡Oh, si al menos hubiera aquí algún sitio desde donde tuviera una vista amplia y despejada! ¡Si no viviera en un pozo, si ese muro de montañas no se alzara a mi alrededor! Sin duda, haber venido a parar aquí es un castigo por algo malo que he hecho. ¿No puedes decirme algo que me consuele?

«Ahora vamos a escuchar algo maravilloso», se dijo para sus adentros Sven Elversson, quien ahora no se sentía nada a disgusto desde su posición de oyente, deleitado con la inflexión de voz de la joven y esperando del pastor una réplica poética y conmovedora. «Tengo mucha curiosidad por ver qué se le ocurre esta vez».

—Una y otra vez lo he intentado, he tratado de salir a la calle —insistió ella—, pero no me es posible. No te haces a la idea de cómo me siento cuando hago el esfuerzo. Me ahogo. Se me hace un nudo en la garganta. Y rompo a llorar sin remedio.

—¡Vamos, Sigrun! —exclamó el pastor—. No hay ninguna razón para tu malestar. ¿Acaso el aire que sopla por estos lares trae algo raro e invisible? Son solo imaginaciones tuyas.

—No, aquí hay algo maligno. Algo cargado de odio, algo que quiere arrebatarme la felicidad. ¿Sabes lo que suelo hacer? Suelo quedarme mirando ese cuadrito chapucero de Stenbroträsk, el que pintó uno de mis primos y del que tanto me reí cuando me lo regaló. Tras un rato contemplando el río, la casa parroquial de mi padre y los grandes arces a la entrada, me parece recobrar las ganas de vivir.

—Me temo que se está fraguando en ti una idea fija, Sigrun. —Sven

Elversson percibió que el pastor caía en el habitual tono admonitorio y autoritario de sus sermones—. Y soy de la opinión de que ha de combatirse de raíz. Así que debo exigirte que vayas de inmediato a traerme el periódico.

—¡Pero es que no puedo! —gritó ella—. ¡No puedo!

Sven Elversson comprendía a la perfección que la intención del párroco era ayudar a su mujer, si bien había esperado que eligiera otro método. Aunque tal vez este fuera el correcto; en verdad, él no habría sabido qué hacer en aquella situación.

—¡Óyeme bien, Sigrun! —continuó el esposo—. Tú misma te darás cuenta de que no conviene alimentar este tipo de manías. Hay que resistirse a ellas. Eres una joven sana y fuerte: no dirás en serio que no te ves capaz de caminar el corto trecho que hay de aquí a la tienda. Sea como fuere, me veo obligado a pedirte que lo hagas, Sigrun, en nombre de nuestra felicidad compartida, para que no se reduzca a unos breves días de luna de miel, sino que nos dure toda la vida.

—Iré, te prometo que lo haré —se comprometió ella con un desesperado tono de súplica—, pero ¿tiene que ser hoy? Puedo probar dentro de unos días. Mañana mismo lo volveré a intentar.

Sven Elversson permaneció donde estaba unos instantes, deseoso de saber si el aplazamiento sería concedido. Cuando el pastor insistió en que quería su periódico sin más dilación, hizo lo que tendría que haber hecho mucho antes, lo que no había hecho a causa de su indecisión: abrió la puerta con sumo cuidado y se alejó sin hacer ruido. Caminó despacio hasta que hubo pasado la iglesia y entonces, en cuanto tuvo la certeza de que desde la rectoría ya no podían verlo, echó a correr.

***

La joven esposa del clérigo salió a la calle poco después. Avanzaba con pasos lentos y trémulos, con los ojos llenos de lágrimas tras esa discusión tan dura; iba desorientada, tambaleándose y tropezando, como una enferma que acabara de levantarse del lecho. No había recorrido mucha distancia cuando un joven se le acercó.

El muchacho la saludó y le recordó que pocos días atrás había ido con ellos en el coche desde la estación de tren. Ella, sin responder, se quedó mirándolo confusa. Él trató de explicarle que venía de la tienda y ella interpretó, pues el chico hablaba con tanta timidez e inseguridad que le habría costado entenderlo incluso si ella no hubiera estado en esas condiciones, que el tendero lo mandaba para que entregase el periódico en la rectoría.

Él le alargó el periódico y ella, aunque se lo recogió de las manos, prosiguió no obstante su camino, pues no era capaz de asimilar que ahora tuviera en su poder lo que la habían mandado ir a buscar y que podía, por tanto, volverse a casa cuando quisiera.

El desconocido la siguió y le dijo algo así como que en caso de que deseara dar un paseo, sería mejor que fuera en otra dirección. Debía disculparle, le pedía mil disculpas por tomarse semejante libertad, pero, dado que ella era nueva por aquellos lares, le aconsejaba que

aprovechase aquella tarde tan hermosa para ir a ver el mar.

Al oír a aquel hombre mencionar el mar, la joven —mareada y atenazada por el pánico, inmersa en esa sensación asfixiante que le apretaba la garganta— se detuvo y lo miró:

—¿Hay mar cerca de aquí?

—Claro que hay mar —respondió él. Y añadió que, si ella le hacía el gran honor de acompañarlo, no tardaría en verlo.

El joven la condujo por un sendero que iba derecho hacia poniente. Ella observó su vestimenta, propia de un trabajador acomodado, y su rostro atractivo y amable (aunque sus modales rozaban el ridículo de puro humildes) y no dudó ni un momento en seguirlo.

Se perfilaba una tarde radiante, en la que una asombrosa luz rojiza bajaba del cielo. A la muchacha se le antojó que el aire a su alrededor se hacía visible y tomaba color, que venía cargado de sutiles y delicados pétalos de rosa que caían cual copos de nieve escarlata y hacían que toda la llanura a su alrededor se asemejara a una novia ruborizada.

Al llegar a la frontera occidental de los cerros, vio que estos no formaban un muro continuo como creía: las peñas, aun enormes, no discurrían apretadas la una junto a la otra, sino que en varios puntos se abrían pasajes entre ellas.

Guiada por el joven, pasó entre los peñascos por un sendero en cuyo suelo vio arena blanca y alguna que otra concha marina. Luego, al doblar una esquina de la pared rocosa, tuvo que detenerse y respirar hondo.

Ante ella se abría un vasto y sereno espacio. Allí el rojo firmamento se hinchaba en todo su esplendor y la perlada agua del mar se extendía sin cortapisa alguna. El paisaje se desplegaba límpido y despejado hasta la línea del poniente, donde brillaba el sol crepuscular.

Frente a sus ojos no había más tierra que una estrecha franja de arena con un largo espigón de piedra y, mar adentro, algunos picos de rocas negras que sobresalían del agua nacarada.

Supo que aquello era su salvación. ¿Dónde iba a estar mejor que allí? ¿En qué otro lugar iba a tener a su alcance tanta belleza día tras día?

¡Y que nadie le hubiera hablado de esto! Se sentó en una piedra y permaneció allí largo rato, aspirando la luz con los ojos. Recorrió con la mirada la inmensidad del espacio, la dejó vagar a su antojo, cual pájaro liberado de una estrecha jaula. Y dio gracias a Dios por haberle dado ese hogar, por que el ancho y fresco mar estuviera tan cerca de ella, grande y poderoso.

Tanto tiempo estuvo sentada sin decir nada que, cuando por fin levantó la vista, se dio cuenta de que el joven se había marchado.

Mejor así. Ya le daría las gracias en otra ocasión. En esos momentos, se alegraba de estar sola. Se sentía esperanzada y fuerte. Ahora podía luchar con renovada energía contra aquel peligro aterrador que la acechaba tierra adentro.

Entonces recordó a su marido y pensó que acaso su larga ausencia

lo hubiera inquietado. Se puso en pie, dispuesta a volver a casa. Ardía en deseos de contarle lo feliz que era; quería mostrarle su agradecimiento por su rigor al haberla enviado a desafiar a su enemigo y curarla así de su aflicción.

Capítulo 8

El paseo en barco

Era una mañana de domingo de finales de octubre. Un fuerte viento llegaba del sur, de países donde aún moraba el calor, donde las rosas aún florecían, donde las uvas acababan de vendimiarse y el primer mosto fermentaba en las bodegas.

El austro, vigoroso, traía consigo un zumbido inquietante y temible. Si uno le prestaba atención durante mucho tiempo, acababa por sentirse confuso, como si escuchara a un extraño que hablase una lengua desconocida. No se sabía qué era lo que el viento quería contar, si ansiaba desvelar hondos secretos o si tan solo pretendía dar rumorosa cuenta de todo lo que había encontrado en su viaje: los árboles amarillentos, las alas desprendidas de las mariposas, los nidos de pájaros vacíos.

Aquel domingo, Sven Elversson acababa de llevar hasta Applum a su padre. Este se había apeado en el pequeño desembarcadero situado frente a la muralla rocosa con la intención de acudir a la iglesia a escuchar el oficio. En lugar de seguirlo, el hijo prefirió buscar una abertura justo a la derecha del muro, un rincón que conocía desde hacía tiempo, pues allí, sobre el verde lecho de brezo, solía tumbarse de niño.

Sven pasaba por el mejor momento desde que regresara a su tierra natal. Aquella sonrisa sumisa y resignada incluso había empezado a borrarse de su rostro, y el amargo pesar que antes habitara su alma apenas ya lo atormentaba.

Mientras permanecía tumbado en el saliente de la roca, tratando de descifrar el mensaje del viento y contemplando el vasto y vacío océano, recordó una visión que una vez tuviera, recostado, como

ahora, en una repisa rocosa a la orilla de un ancho brazo de mar.

Fatigado por el resplandor intenso del sol sobre las olas, había cerrado los ojos y se había quedado inmóvil durante largo rato. Cuando de súbito los abrió y dirigió la mirada hacia la inmensidad del agua, se le apareció la imagen de una sirena.

Fue solamente un brevísimo instante. En cuanto sus ojos la alcanzaron, la criatura se esfumó, se convirtió en una mota de niebla blanca que se alejó flotando sobre la espuma.

Pero la había visto, seguro, y eso lo había henchido de gozo, pues consideraba un privilegio y un honor haber vislumbrado a uno de esos hermosos seres naturales que pueblan el aire y el mar, y que, por lo general se ocultan con tanto celo de los hombres.

Tenía la certeza de que mientras él dormitaba había estado jugando en el agua toda una tropa de sirenas, criaturas que habían desaparecido al verlo abrir los ojos, salvo aquella rezagada, que no había logrado ocultarse a tiempo.

Nunca olvidaría ese suceso. A partir de entonces, cada vez que se sentaba a la orilla de un mar desierto, cerraba los ojos y se quedaba quieto un buen rato, a fin de que las sirenas, creyéndolo dormido, se aventurasen a salir de las profundidades. Pero nunca más había tenido la suerte de ver a ninguna de nuevo.

Ese día volvió a intentarlo, aunque con pocas esperanzas. Mas cuando, considerando que llevaba el tiempo suficiente allí tendido, abrió los ojos, lo que se mostró ante ellos habría de dejarlo estupefacto. No se mecía sobre las olas el cuerpo blanco de una doncella con cola de pez, pero allí, en la ribera, sentada sobre una piedra alta, había una mujer joven. Por el color claro de su ropa y la forma grácil en que se acurrucaba en lo alto de su pedestal, lo mismo podía haber sido una criatura terrestre que marina.

Enseguida se hizo evidente, no obstante, que quien estaba allí sentada no era uno de esos despreocupados espíritus de la naturaleza a quienes no aflige pesar alguno. La mujer se enjugaba una y otra vez los ojos con un pañuelo, lo que delataba que no era más que una pobre muchacha humana capaz de sentir dolor y derramar lágrimas.

Sven Elversson se sentó a mirarla y se preguntó qué pena la embargaba. ¿Eran de nuevo unos feos cerros o un claustrofóbico muro de roca? ¿Era eso lo que la acongojaba tanto como para, en vez de ir a la iglesia, estuviera llorando sola a la orilla del mar?

Vio cómo su cuerpo débil se agitaba, acalambrado por los sollozos, cómo se doblaba bajo el peso de su desgracia. Y comprendió que no tenía a nadie más a quien recurrir y que había bajado a la playa en busca de consuelo, pero que esa vez el mar no había podido ayudarla.

Un momento después, la joven sentada en la roca oyó un leve crujido tras ella. Al girarse y ver al hombre que bajaba de un saliente de roca, creyó reconocer al joven trabajador que le había enseñado el mar hacía unas semanas. Se secó los ojos y fue hacia él para darle por fin las gracias.

—La he visto aquí sentada —explicó él— y me he tomado la libertad de acercarme a usted. Tengo mi barca allí, en el embarcadero.

Es un velero sencillo, pero cumple bien su función. ¿Me haría el honor de permitirme que la lleve a dar un paseo?

Otro día ella quizá no habría aceptado su invitación, pero en aquel momento agradecía tanto cualquier pequeña muestra de amabilidad que no pudo negarse. Tampoco quería que el joven trabajador, tan apocado y amable, pensara que ella desdeñaba el ofrecimiento por proceder de él, con su humilde atavío de faena (botas de goma, abrigo tosco y capuchón semejante al casco de acero de un viejo jefe vikingo) y su barca de pesca simple, descubierta y sin engalanar.

Así que subieron a la embarcación y zarparon. El fuerte viento austral hinchó la recién izada vela mayor, haciendo que el barco se inclinara hacia un lado. Sven agarró con firmeza el timón para virar hacia el oeste y salieron a toda vela de la cala, rumbo a mar abierto.

La joven esposa del sacerdote, como decíamos, no había accedido a dar el paseo en barco porque esperase divertirse, ni mucho menos. No creía que hubiera diversión en el mundo que pudiese disipar el gran desconsuelo que la abatía aquella mañana. Sin embargo, tras navegar un rato, percibió que la sangre comenzaba a circularle con mayor viveza por las venas y que se aligeraba la pesadumbre que sentía.

Era un día de cielo despejado, con solo algunas manchas blancas de nubes. A pesar de ello, el aire rezumaba suficiente humedad como para que la luz se refractara y colorease las rocas e isletas —otrora desnudas y secas— de matices rojos, azules grisáceos o malvas.

La luz también los engrandecía y, de alguna manera, los elevaba, haciendo que esos escollos bajos de piedra gris emergieran del agua con majestuosidad y poderío; acentuaba la profundidad de las gargantas negras que se abrían entre las rocas; ensalzaba el aspecto sublime de los acantilados vertiginosos; y acrecentaba todas las distancias al dibujar con colores cada vez más suaves, elegantes y celestiales el paisaje de crestones que se sucedían unos tras otros.

Bastó otro breve rato para que la joven, que ya había adquirido una mirada llena de calma, beatitud y curiosidad, cruzara las manos sobre el regazo como en adoración hacia todas las cosas gloriosas que se extendían a su alrededor. Por unos instantes no pudo sino pensar que acababan de abrírsele las puertas al conocimiento de un milagro divino, al verdadero entendimiento del mar. Nunca habría imaginado lo que suponía acercarse tanto a él, sentir el susurro de su aliento en los oídos, contemplarle el rostro cambiante, acurrucarse en la cuna de su regazo y, bajo su arrullo, alcanzar la paz.

A un giro de timón se alejaron en dirección norte, entre los escollos. Al pasar por entre las escarpadas paredes rocosas divisó casitas rojas de pescadores que se alzaban bajo viejos perales rebosantes de pesados frutos bermejos, en las gargantas rocosas descubrió pequeños prados de un verde más intenso y vivo que en la mejor de las primaveras.

Él la llevaba de estrecho en estrecho. Al encuentro les salían blancos barcos de vapor y pesadas barcazas abarrotadas, así como embarcaciones livianas que se deslizaban por la superficie cual inmensas mariposas acuáticas.

Sven Elversson se mostraba extasiado ante aquel espectáculo de grandeza, color y excelencia que no todos los días les era dado presenciar. Se alegraba de que la joven hubiera podido ver el mar, los islotes, los barcos, las casitas, los prados, los perales y las demás cosas que se ofrecían en todo su esplendor, a buen seguro sabedoras, pensó, de cuánto amaba ella la belleza. El propio Sven Elversson, en simbiosis con la naturaleza circundante, mostraba su mejor cara.

La conversación entre ambos versó primero acerca del tiempo y de la hermosura que los rodeaba; acerca de las rocas e islas que hallaban en su camino, cuyos nombres él le descubría. Poco a poco fue discurriendo por otros derroteros hasta que, por fin, se encontraron, igual que dos amigos de toda la vida, departiendo sobre lo humano y lo divino.

Él, abandonada la actitud sumisa y tímida que lo inhibía, hablaba con naturalidad y arrojo. Ella lo contemplaba encandilada mientras reflexionaba sobre cómo aquellos jóvenes que crecían en el archipiélago y se hacían a la mar a una edad temprana debían de adquirir una educación y una experiencia del mundo en todo distinta a las de las personas que se quedaban en tierra, sin conocer otros países y culturas. La modestia, la inteligencia y las maneras refinadas de aquel muchacho le infundían una gran confianza: deseaba conocerlo mejor, saber quién era, tener a alguien como él a quien dirigirse en busca de consejo cuando ella sola no se bastara para afrontar los problemas.

Mientras con ella conversaba, se apoderó de Sven Elversson un extraño deseo: el de revelar su crimen a aquella alma cándida, a aquella joven pura que no conocía el pecado. Recordó que las personas que hasta entonces lo habían reprendido y condenado estaban bien familiarizadas con el vicio y la maldad. Todos habían, en alguna ocasión, engañado, mentido, hurtado o robado; todos habían sido soberbios, despiadados, perezosos, avaros, vengativos o malvados. Aquella muchacha, en cambio, tras vivir la vida tranquila y protegida de la hija de un clérigo, se hallaba aún sin contaminar por pasiones o deseos; todavía no tenía experiencia profunda de su propia pecaminosidad o de la de los demás. Nunca había albergado un mal pensamiento ni había querido hacer daño a ser humano alguno.

No era que esperase de ella un juicio demasiado benevolente, pues sabía que la extrema sensibilidad de la que hacía gala la joven le impedía contenerse ante cualquier cosa que le provocara repulsión. Pero, fuera como fuese, algo lo empujaba a suplicar su fallo. Ya que no podía acudir al rey para obtener una sentencia justa, acudiría a ella. Ella sería su tribunal supremo.

Durante un rato largo, no obstante, luchó contra ese impulso, dominado por la timidez e inseguridad que lo caracterizaban. Mientras se debatía entre las dudas, reparó en que su interlocutora había interrumpido la charla, como si hubiera algo que la muchacha también quisiera sacarse de dentro, pero le costara hacerlo. Al fin fue ella quien se decidió a romper de nuevo el silencio y, agarrando el toro por los cuernos, comenzó:

—Cuando hace un rato se acercó usted a mí, se daría cuenta de que estaba llorando, ¿verdad?

—Sí —respondió él—, no voy a negarlo.

—Bueno, lo cierto es que tampoco era para tanto —explicó ella—. Se trataba tan solo de una carta que he recibido. Me ha escrito una amiga, hija de un granjero adinerado, que acaba de casarse. Se ha casado con un hombre tan bueno, rico y distinguido que todos pensábamos que iba a ser muy feliz.

—¿Y esa esperanza no se ha hecho realidad, acaso? —Sven Elversson apoyó ambas manos en el timón y se inclinó hacia Sigrun, al parecer muy interesado en la suerte de la amiga en cuestión.

—No —respondió ella mientras volvía la vista mar adentro, como si no quisiera encontrarse con la mirada de él—. No es feliz. Me cuenta que su marido siempre está descontento con ella sin que alcance a entender por qué. Me pregunta si soy capaz de darle alguna explicación. Y no lo soy, desearía más que nadie ayudarla, pero tampoco entiendo nada. Se puede usted imaginar lo triste que me puso. Por eso estaba llorando, no lo he podido evitar.

—Lo comprendo —asintió Sven Elversson—. Pero, señora Rhånge, ¿por qué no le pregunta usted a su esposo? El pastor es un hombre colmado de experiencia.

Ella se ruborizó y le lanzó una mirada rápida y algo desconfiada. Pero al cruzarse con los ojos de él, claros y abiertos, sin el menor atisbo de doblez, repuso:

—No creo que ella quiera que se lo consulte a mi marido. —Y prosiguió—: Las cosas se estropean entre ellos sobre todo cuando vuelven a casa después de haber asistido a algún convite. Es entonces cuando él se pone de mal humor y apenas cruza palabra con mi amiga. Da igual lo que ella intente decirle: él solo le responde con desdenes y malos modos.

—¿Y está usted segura de que no hay en el comportamiento de la joven esposa nada que el marido pueda encontrar inapropiado? —tanteó Sven Elversson.

—No —replicó la recién casada con viveza—. Estoy segura de que no. Tanto ella como él son personas muy serias; solo se mueven en ambientes rectos y serenos, donde no hay cabida para bailes o juegos alocados. Pero, en cualquier caso, mi amiga debe de haber pensado lo mismo, que a lo mejor su marido la ha encontrado demasiado alegre y animada, de modo que la última vez que fueron de visita se quedó todo el tiempo entre cuatro paredes, conversando de cosas sensatas con las ancianas y respetables señoras. Solo se separó de ellas cuando vino el anfitrión en persona a buscarla para enseñarle los jardines. Este, por cierto, era un hombre mayor, que no hablaba más que de flores y árboles frutales, y que se quejaba de los pocos jardines que había en la comarca. Mi amiga se emocionó mucho con sus palabras, porque estaba de acuerdo en que por allí escaseaban los vergeles, y le preguntó si creía posible establecer uno pequeño en casa de ella. Entonces él le prometió que le prestaría a sus jardineros para que le acondicionaran un pedazo de terreno este otoño y que en primavera le

enviaría árboles y arbustos. Pero al volver a casa por la tarde, mientras ella le contaba todo esto a su esposo con la única intención de alegrarlo, vio que él agarraba el mango del látigo con tal fuerza que los nudillos de la mano se le ponían blancos; luego, cuando el caballo tropezó al bajar una cuesta, se enfadó tanto que se puso a azotar al animal sin parar. Entonces le dijo que su finca debía permanecer tal y como era en los tiempos de sus ancestros, sin ningún tipo de reformas, de modo que le pedía que nunca llegara a tales acuerdos sin antes pedirle permiso. En su carta, ella me refiere que se asustó tanto que no fue capaz de contestar nada; solo pudo apretar los puños y rezarle a Dios para que la ayudara a comprender por qué su esposo reaccionaba de esa manera.

La joven hablaba despacio, sopesando en todo momento sus palabras con gran cuidado. Sven Elversson la escuchaba con creciente interés. No pudo evitar pensar que la descripción de aquel anciano apasionado por la horticultura encajaba a las mil maravillas con un terrateniente que vivía en un promontorio a las afueras de Applum, el cual, por supuesto, había celebrado una recepción en su gran finca para el pastor y su flamante esposa. Se abstuvo, no obstante, de compartir esos pensamientos con esta última.

—Debe de ser muy guapa esa amiga suya —se limitó a decir.

Ella volvió a lanzarle una mirada furtiva, como intentado evaluar las intenciones de su interlocutor.

—Sí, creo que la gente la considera bastante atractiva —afirmó sin darle mucha importancia al asunto—. Pero ¿de qué le sirve, si su marido no para de encontrarle tachas y critica todo lo que ella hace?, ¿si siente que nunca se van a volver a tener en cuenta sus deseos y que toda iniciativa suya va a ser censurada?, ¿si no sabe nunca cómo obrar, qué es lo que le está permitido hacer y qué le está vetado?

Ocupado como estaba preparando la vela para virar en ese preciso momento, Sven Elversson no tuvo tiempo de hacer ningún comentario antes de que ella continuara:

—Antes, cuando aún vivía en casa de sus padres, nunca se le reprochaba nada. Allí ella estaba siempre a disposición de los demás. Era un modelo para sus hermanos pequeños, todo el mundo comentaba lo mucho que la echarían de menos cuando se casara y se marchase. Al recordarlo, no puede evitar sentir lástima de sí misma, porque, ahora que ha formado su propio hogar, no parece servir para nada y la reprenden por todo: por lo que dice y por lo que no dice, por lo que hace y por lo que no hace.

Los pensamientos se arremolinaban en el interior de Sven Elversson: «Dios mío, ¿qué puedo decirle? Está sola y no tiene a nadie en quien confiar; se siente indefensa en este lugar nuevo para ella. Y necesita hablar de su desgracia: la reconforta compartirla con alguien».

No pudo más que hacerle una única observación: que era evidente que la señora Rhånge estaba muy unida a su amiga de la infancia.

—Me gustaría ayudarla —asintió la joven esposa, las lágrimas de nuevo a punto de brotarle de los ojos— porque sé que es una buena

persona. Le gusta ir a ver a los pobres y a los ancianos, a consolarlos en su aflicción, pero tampoco se le permite hacerlo, y eso es casi lo peor para ella. Tampoco tiene permiso para sentarse en su banco favorito de la iglesia, el que está en el coro y algo por encima del resto, desde donde se ve a toda la congregación.

Sven Elversson recordó el pequeño banco de la iglesia de Applum destinado a la mujer del pastor, el cual, en efecto, se hallaba algo elevado, de modo que desde allí se tenía una buena visión de conjunto. «No puedo hacerle ver que son los celos lo que corroe a su marido, eso la lastimaría. Quizá se le acaben pasando. Mientras tanto, es mejor que no sepa nada».

Giró el timón para poner rumbo a casa. Más valía que el pastor encontrase a su joven esposa en el hogar cuando volviera de la iglesia. Mientras se lamentaba por no haberse atrevido a ayudarla, tal vez para alejarla de su propia pena, señaló un escarpado islote que se alzaba al fondo, en dirección oeste:

—Esa es la isla de Grimön. De allí es ese tipo llamado Sven Elversson. Habrá usted oído hablar de él, ¿verdad?

Ella asintió.

—Sí, conozco la historia. —Y entonces, a pesar de que no parecía que fuera a tirar de ese hilo de conversación, de repente añadió unas palabras que acabaron con el atisbo de felicidad de que Sven había disfrutado aquella mañana—. Está usted al tanto, ¿no? La escuela que ha construido cerca de la iglesia se incendió anoche.

—¿Se incendió? —exclamó él, soltando en su horror la caña del timón, con lo que el viento lanzó la vela y el barco estuvo a punto de zozobrar.

—Sí, ha quedado reducida a cenizas —le comunicó la esposa del clérigo con suma calma—. Por fortuna.

Al tiempo que efectuaba una maniobra para que el barco recuperase el rumbo, él masculló en respuesta:

—¿Por qué dice eso? ¿Se alegra de que el edificio se quemara? Tengo entendido que la gente de Applum estaba muy satisfecha con la obra.

—Yo también he oído decir eso —explicó ella—, pero ¿de qué sirve si los niños no querían ir allí?

—¿Los niños no querían ir a la escuela? —repitió él con impotencia —. Llevo sin bajar a la zona desde que empezó el curso, así que no estoy al corriente.

Ella reparó en que su comentario lo había enojado y le refirió, muy acalorada, que los niños se habían mostrado reacios a acudir a la nueva escuela desde el principio. Sabedores de que la había construido un antropófago, temían perder la gloria eterna por estudiar en aulas que olían a sangre cristiana.

Mientras hablaba, la joven debió de preguntarse por qué el hombre que tenía delante se quedaba tan callado, como aturdido; por qué la mirada se le volvía tan introspectiva; por qué los labios se le curvaban en una resignada mueca de mártir.

Para justificar aún más aquellas palabras que tanto habían alterado

a su acompañante, la muchacha añadió que el maestro de escuela y, sobre todo, la maestra del parvulario habían hecho todo lo que estaba en su mano: habían intentado razonar con los pequeños; les habían mostrado lo bien equipada que estaba la nueva edificación, cómo todo estaba pensado para su beneficio y disfrute. Pero los críos seguían cerrados en su obstinación: la escuela era impía porque la había construido un hombre de pecado.

Algunos habían tenido repentinos ataques de llanto durante las lecciones, a otros les había parecido ver visiones; el horror y la repugnancia crecían en ellos a cada día que pasaba. Al final, los padres se habían visto incapaces de hacer que sus hijos fueran a la escuela. Temían que los más impresionables perdieran la cabeza.

Sven Elversson miraba con fijeza al frente. «Ahora dictará sentencia, tal y como yo deseaba. Y me juzgará del mismo modo que los demás».

La mujer del pastor continuó diciendo que era en los niños en quienes ella estaba pensando al expresar su alegría por la quema de la escuela. El incendio en sí había sido provocado por un accidente: la mujer de la limpieza volcó sin querer una lámpara de aceite el sábado por la tarde. El fuego apareció de inmediato y se había apoderado de toda la construcción antes de que tuviera tiempo de pedir ayuda.

—Bien, Sven Elversson ha sido por fin juzgado tanto por Dios como por los hombres —afirmó el joven que manejaba el timón—. Ha de concluirse que no era del agrado del Señor permitir que un hombre tan impío construyera una escuela.

—La verdad es que casi parece que… —comenzó la joven antes de interrumpirse en seco.

Un repentino presentimiento le decía que aquel mozo, en cuya compañía llevaba ya dos horas enteras, debía de ser Sven Elversson.

¿No había oído mencionar ese nombre cuando subió con ellos al coche en la estación aunque entonces no se le hubiese quedado grabado? Ahora que lo miraba con más detenimiento, caía en la cuenta: se había dejado engañar por la sencillez de su atuendo sin reparar en que era el rostro de un hombre cultivado lo que tenía ante sus ojos. Y aquel acento foráneo, que le había llamado la atención, a buen seguro era una reminiscencia de su infancia en Inglaterra.

Él mantenía los ojos bajos y ella, al contemplar la resignada mueca que se dibujaba en sus labios, sintió un pesar infinito por haber acrecentado la carga de repulsión y desprecio que él ya llevaba sobre sus espaldas. «¿Voy a irme a casa con la sensación miserable de haber insultado a este pobre hombre sin querer?», se preguntó. «En ese caso tendré más motivos para estar triste que cuando he bajado hasta el mar esta mañana. Dicen que era un joven científico prometedor: ahora lo ha perdido todo. Y ha sacrificado dinero y esfuerzos en la escuela para recuperar el respeto de la gente. Qué duro debe de ser. No tendría que haber hablado de esa forma».

Durante todo el trayecto de vuelta, hubo silencio en la barca, sin que ni él ni ella hicieran amago de romperlo. Mas cuando atracaron en el embarcadero de piedra bajo el acantilado y él se levantó para

ayudarla, ella lo agarró de la mano:

—¡Perdóneme! No sabía que era usted.

Se inclinó entonces y con los labios le rozó la frente, que el casco de piel sin visera no cubría.

—¿Qué hace? —exclamó él con gesto encrespado, casi como si acabara de recibir un mordisco.

—Quiero que entienda que no siento por usted lo mismo que los demás —repuso ella.

Acto seguido salió corriendo por el embarcadero y, sin mirar atrás, cruzó la franja de arena para adentrarse en las rocas.

Antes de que se alejara demasiado, sin embargo, Sven Elversson le dio alcance y le asió un brazo para que se detuviera.

—¡Mi gratitud y mi bendición sean con usted! —exclamó en voz baja y quebrada—. Pero recuerde que nunca, bajo ningún concepto, ha de volver a hacer algo así. Y ni se le ocurra contárselo a su marido. Si él se entera, se pondrá tan celoso que podría matarla.

***

Tras separarse de Sven Elversson, la joven esposa del clérigo continuó su camino de vuelta a casa. Las últimas palabras de su acompañante le resonaban en la cabeza.

¡Celos! ¿Podía ser eso cierto? ¿Sufría su marido de celos?

«¡Oh, vamos!», se dijo para sus adentros. «Es imposible. Él sabe que le pertenezco con toda mi alma, con todas mis emociones y pensamientos».

Le parecía tan injusto, tan insultante incluso, que alguien pudiera tachar a su marido de celoso que los ojos se le llenaron de lágrimas.

«A saber de qué pasta está hecho el tal Sven Elversson. Aunque muchos sientan asco por él, todos dicen que debe de ser un buen hombre. Pero puede que su sufrimiento no esté exento de culpa. ¿Cómo podría Edvard estar celoso por mi causa? Así que eso es lo que ha sacado en limpio de lo que yo le he contado durante el paseo.

»Ojalá lo tuviera de nuevo delante para poder decirle la verdad. Y la verdad es que Edvard ha dejado de quererme; esa es su desgracia y la mía. Pero celos no. Ah, ¿cómo va a tener celos un hombre de su rango? ¡Y ese joven lo ha creído capaz de sentir celos incluso de él!

»Ha dejado de quererme. No es culpa suya si ya no me ama. Pero no puede haber dejado de confiar en mí y en mi amor por él. Sería injusto, sería miope, sería casi ridículo».

Cuando entró en el zaguán de la casa, la doncella se le acercó con cara de consternación. Le dijo que la misa ya había terminado, que el pastor había vuelto de la iglesia y, al no encontrar a su mujer allí, se había alarmado mucho. La había buscado por todas partes, incluso a la orilla del mar. Ahora estaba en su cuarto: sería mejor que entrara a verlo de inmediato.

Ella abrió la puerta del estudio. ¿Qué le ocurría, estaba enfermo?

Su marido, un hombre robusto y fuerte, se hallaba sentado al escritorio con la cara apoyada en los brazos, meciéndose de un lado para otro, sin parar de gemir y lamentarse.

Sorprendida, Sigrun se acercó a él y quiso saber qué le pasaba. Cuando él levantó la vista, apenas lo reconoció: tenía el rostro contraído; la mirada, desvaída y opaca; la barba negra, enmarañada. Nunca había pensado que un hombre pudiera sufrir semejante transformación en tan poco tiempo.

Él la miró con los ojos muy abiertos, como si no la reconociera. Acto seguido, se pasó las manos por la cara en un esfuerzo por reponerse; por recobrar la mesura, dignidad y seguridad en sí mismo que le caracterizaba. Pero, superado por la emoción, no tuvo más remedio que rendirse y, sin que pudiera hacer nada por evitarlo, las lágrimas comenzaron a brotarle de los ojos a raudales.

Alargó un brazo hacia ella y, sin levantarse, la acercó hacia sí. No la besó ni la acarició, sino que solo le apoyó la cabeza en el pecho mientras estallaba en un desgarrador llanto.

Pasó un buen rato antes de que él pudiera contarle qué era aquello que lo atormentaba, a pesar de las insistentes súplicas de ella. Por fin, le explicó que, al volver de la iglesia y no encontrarla en casa, se había puesto a buscarla por los alrededores, incluso había bajado a la playa, y que, al no hallarla en ningún sitio, había pensado que había huido de allí, que lo había abandonado.

Sigrun no pudo evitar soltar una pequeña carcajada llena de satisfacción y triunfo.

—No me dejes solo nunca más —imploró el pastor—. Has de prometerme que nunca me dejarás solo. Has de hacerme saber siempre dónde puedo encontrarte; de lo contrario, ya ves que pierdo la cabeza.

Ella accedió a todos sus ruegos. Le prometió que solo la muerte los separaría. Luego, sin alejarse de él, le acarició el pelo hasta hacer que recobrara su aspecto normal. El haber recibido una prueba de su amor la colmaba de alegría, aunque al mismo tiempo sentía cierta extrañeza y rechazo ante un amor que no acababa de comprender, un amor demasiado ardiente y salvaje para ella.

¿Cómo se le ocurría pensar que ella pudiera albergar deseo alguno de traicionarlo? El pastor respondió que, a sus ojos, ella era muy superior a él; pertenecía a otro mundo, rebosaba bondad sin tener que proponérselo. No merecía tenerla a su lado y vivía con el miedo perpetuo de perderla.

Sigrun no le tomó en serio: ¿cómo iba a hacerlo? Se dijo que era solo el amor que Edvard sentía por ella el que la elevaba hasta ponerla en un pedestal, como siempre hace el amor, de la misma manera que ella hasta entonces lo había elevado en su corazón.

Disipados el desconsuelo y el abatimiento que la afligieran aquella mañana, en ella se abría paso, sin embargo, un sentimiento de temor. De su viaje en barco con Sven Elversson no dijo ni una palabra.

***

Mientras tanto, Sven Elversson y su padre se dirigían a Grimön. El viejo Joel manejaba el timón mientras su hijo se arrellanaba en la proa buscando la postura más cómoda posible.

Joel había acudido a él con la noticia del incendio, del que se había enterado en la iglesia. El anciano iba encorvado y mustio, el desaliento pintado en el rostro. Pensaba que después de ese fracaso todas las puertas quedaban cerradas para su hijo.

Sven Elversson se acariciaba la frente despacio. Unas veces la recorría con lentitud con el dedo, otras con toda aquella mano distinguida y delgada. Sentía una libertad y una paz extraordinarias mientras hilaba pensamientos claros e irrefutables. Ante él se abrían nuevos caminos.

—Padre —prorrumpió al cabo de un rato—, creo que no hay nada tan poderoso como el asco. Vence a todo el mundo, nadie logra derrotarlo. Es algo que hay que tener presente desde el principio. Cualquiera que luche contra el asco lleva las de perder.

Con un leve encogimiento de hombros, su padre gruñó en respuesta algo que él no alcanzó a oír entre las olas y el viento.

Sven Elversson seguía allí tumbado, pensando. Cuando, al cabo de unos momentos, llegó a una conclusión que de nuevo le pareció clara e irrefutable, volvió a dirigirse a su padre en voz alta:

—Pero el asco no es malo. Es una señal de advertencia, una salvaguardia. Quien sepa hacer uso del asco y utilizarlo para algo de provecho puede hacer mucho bien entre los hombres.

El anciano levantó la vista y enderezó un poco la espalda encorvada. Una sutil chispa le brilló en los acuosos ojos grises.

Sven se levantó de un salto, salvó las bancadas y se sentó a su lado.

—Hoy me ha ocurrido una cosa —confesó—. Una cosa que me ha sido de gran ayuda. No me voy a desmoronar por el incendio de la escuela. Tengo otras cosas en que pensar.

Luego regresó a tumbarse en la proa y desde allí escuchó el pesado susurro del viento del sur, miró los coloridos islotes y se acarició de nuevo la frente con toda aquella mano distinguida y delgada.

Capítulo 9

Peor que el peor de todos

Tumbado en el calabozo del juzgado de Knapefjord, el acusado, Julius Martin Lamprecht, contemplaba el crepúsculo gris que se cernía sobre el mundo. Como tantas otras veces desde que fuera detenido, se convencía a sí mismo de que era inocente y de que no tenía motivo alguno para confesar.

«Si yo fuera de verdad el culpable de que a esos viejos les partieran la cabeza, no lo negaría», pensó mientras recordaba las declaraciones que había hecho durante el interrogatorio de la mañana, «porque sé que es ojo por ojo y diente por diente, y que ha de hacerse justicia. Además, mejor recibir el castigo en este mundo finito que dejarlo pendiente para el otro, donde el tormento será eterno».

El acusado, de unos cuarenta y cinco años, parecía casi un gigante ahí tendido sobre el camastro del calabozo. Tenía el pelo rizado y de un rubio casi blanco, como el de un niño; la tez conservaba la tonalidad clara de la juventud, con un toque de color en las mejillas; los bigotes eran también de color claro y de considerable longitud. El rostro resultaba en su conjunto armónico, con rasgos bien formados; tan solo los ojos, a pesar de ser asimismo bonitos, desprendían algo desagradable, con esa mirada que unas veces fijaba obstinada y que otras dejaba vagar indecisa de suelo a techo, de un rincón a otro.

«A cada uno lo suyo», siguió reflexionando el acusado. «Con los jueces y los fiscales ocurre que hay que contarles las cosas de otra manera, porque la verdad tal cual no les llega al corazón: hay que interpretársela».

Mientras se reafirmaba en la idea de que no había cometido crimen alguno, rememoró aquella noche de invierno en la que, hambriento y

muerto de frío, vestido con unos miserables harapos de vagabundo, llegó a una cabaña solitaria escondida entre un grupo de cerros pedregosos y estériles. La puerta no atrancaba bien a causa de la humedad: recordó la mirada consternada de los ancianos cuando lo vieron entrar y la prisa que se habían dado en cerrar el cajón de la mesa a la que estaban sentados. Él les habló con amabilidad, se sentó con ellos junto al fuego para entrar en calor y comió su comida sin ansia, pero no dejó de sentir que su presencia allí no era bienvenida y que habrían querido tenerlo a mil millas de distancia.

El acusado se repetía para sus adentros el discurso que aquel día se había permitido pronunciar ante el tribunal: «Cuando eres un exconvicto, cuando has estado condenado a cadena perpetua, aunque por tu excelente conducta hayas salido al cabo de veinte años, es fácil que recelen de ti. No puedes esperar otra cosa. Tú cometerías el mismo error».

Al tiempo evocó con claridad el momento en que él y la anciana pareja se fueron a dormir en rincones opuestos de la casa: ellos en su lecho y él en el suelo sobre un jergón de paja. El fuego seguía ardiendo en la chimenea después de que se hubiesen acostado, las dos cabezas blancas reposaban una al lado de la otra. Se vio a sí mismo de nuevo, tumbado de mala manera en el duro suelo, pasando frío y penalidades, y, sobre todo, soliviantado por que aquellos viejos descansaran en la cama, cuyo cobijo nocturno le negaban a él. El hacha, que el viejo había usado para cortar algunas ramas que poner bajo el caldero, seguía sobre el tajo. ¿Acaso la habían dejado allí, con la hoja relumbrando a la luz del fuego, adrede? ¿Querían tenerla a mano y a la vista?

Comenzaba a tener sueño, pero temía quedarse dormido. Si lo hacía, estaría a merced de sus anfitriones. El viejo se mantenía bastante en forma a pesar de sus setenta años. Y eran dos contra uno.

«Tendría que ser al revés: que quienes llevan veinte años de trabajos forzados a la espalda estuvieran menos sujetos a sospecha que otros que desconocen lo que es la cárcel», murmuró el acusado, que trajo de nuevo a la memoria algunas de las palabras que, en tono de amonestación y reprimenda, había dirigido al joven juez a cargo del interrogatorio aquella mañana. «Pero todos sabemos que no es el caso o que, al menos, no se actúa en consecuencia».

Al recordar su impecable alegato, el acusado se vio tendido en el suelo de la cabaña, esforzándose por escuchar los susurros de la pareja. El anciano insistía en algo a lo que su mujer oponía objeciones. «¡Primero déjalo que se duerma!», la oyó decir. El vagabundo se sintió cada vez más incómodo en el duro jergón de paja. Resultaba evidente que los ancianos tenían dinero en casa y que temían que él se lo robara. Es increíble la cantidad de peligros a los que se expone un pobre viajero.

Decidió entonces fingir, hacerse el dormido y ponerse a roncar con estruendo a fin de comprobar qué ocurría. Cuando lo único que ocurrió fue que la anciana se puso a leer en voz alta una oración vespertina, pensó que aquello era el colmo del disimulo: como si no

supiera lo que tenían en mente; como si no pudiera ver la hoja del hacha brillando a la luz de los últimos rescoldos, lista para ser agarrada. Se daba perfecta cuenta de que solo querían que él bajase la guardia.

«Pero no pretendas que un juez entienda estas cosas. No quieren ni oír hablar de legítima defensa, y menos cuando se trata de un pobre vagabundo que llega desprotegido y desarmado a una casa extraña. Me da igual: yo, por mi parte, no lo considero asesinato. Si no me hubiera levantado y no les hubiese partido la cabeza, ellos me la habrían partido a mí. No me creo que de verdad estuvieran dormidos, aunque yaciesen allí inmóviles: era puro teatro. Si me hubiera dejado engañar, si me hubiera dejado vencer por el sueño, así es como habría acabado: les hubiese faltado tiempo para salir de la cama y agarrar el hacha. En semejantes parajes no cuesta nada enterrar un cadáver, ocultarlo sin posibilidad de que nadie lo encuentre. Casi tendría que prohibirse que se sometiera a la gente a tales tentaciones».

Cuanto más repasaba los acontecimientos de la noche del asesinato, más crecía su convicción de haber matado en defensa propia.

Al principio ni siquiera había imaginado que llegaran a detenerlo. Por un lado, la cabaña donde dormían los dos ancianos, cada uno con un hachazo en la frente, estaba lejos de los caminos transitados, de modo que cabía la esperanza de que no se descubriera nada hasta que él hubiera tenido tiempo de ponerse a salvo. Por otro lado, siempre estuvo tan convencido de su inocencia que pensó que la justicia suprema lo protegería. Porque la justicia suprema era de un tipo diferente a la terrenal. La justicia suprema comprendía cuándo un pobre hombre estaba en apuros. Con la justicia suprema se podía, por así decirlo, razonar.

Lo que la justicia suprema podía reprocharle era, lo admitía de buen grado, un par de mentirijillas, que se había permitido durante la investigación, relativas a su paradero la noche del asesinato y los días posteriores a este. Pero, por muy escrupuloso que quisiera ser, por mucho que amara la rectitud, consideraba que tales cosas eran excusables en su caso. Porque cuando, contra toda justicia y equidad, te arrestan por la sola razón de llevar ya una condena a la espalda (y quizá también en parte porque se te encuentra en posesión de la libreta de ahorros de los asesinados), te ves obligado a apartarte un poco de la verdad. En ningún momento pretendió hacerles creer que hubiera obtenido la libreta por medios honrados, sino que reconoció que era robada: según su versión, se la birló en el tren a un pasajero y, como es natural, no sabía de dónde la habría sacado este. ¿Cómo iba a saberlo?

A fuerza de repetir los mismos argumentos, el acusado se sentía cada vez más libre de culpa. Momentos después, cuando se abrió la puerta de la estancia y el juez que había dirigido el interrogatorio por la mañana entró a verlo, acompañado por el carcelero de la prisión y por un joven vestido como un trabajador acomodado, se hallaba del todo convencido de que solo por una extraordinaria misericordia se había librado de que lo asesinaran.

El detenido se levantó de inmediato de su litera y adoptó una educada actitud de espera. Como le había asegurado al capellán de la prisión, observaría siempre buena conducta y demostraría ser amigo no solo de la justicia, sino también de sus servidores.

—He venido a comunicarle, señor Lamprecht —terció el joven juez —, que mañana se decidirá su caso. Y quiero instarle una vez más a que, antes de ese momento, se arrepienta con sinceridad y confiese su culpa, de modo que, además de limpiar su conciencia, se gane un castigo más leve.

El acusado negó con un enérgico movimiento de cabeza, si bien recibió la petición con comprensión e indulgencia.

—Me doy cuenta de que se encuentra usted en una posición difícil, señoría —declaró—. Yo mismo he aprendido a amar la justicia, que es la piedra angular de nuestra sociedad, lo único en lo que podemos confiar. Y entiendo las dudas que se le presentan a la hora de dictar sentencia. Uno no quiere condenar a un inocente ni dejar libre a un criminal.

Mientras hablaba, reparó en que el juez hacía ademán de interrumpirle, pero fingió que no se daba cuenta. Después de veinte años entre rejas, uno sabe por experiencia que hay determinadas cosas que conviene que oiga un juez bisoño.

Tras dejarle concluir su perorata, el juez continuó, sin haberse inmutado lo más mínimo:

—Tiene usted, señor Lamprecht, grandes dificultades para dar respuestas claras y sin ambigüedades. A la vista de ello, he establecido tres preguntas concretas que ha de responder.

El juez sacó un papel que sostuvo ante los ojos del acusado mientras recitaba su contenido:

—¿Reconoce el abajo firmante, Julius Martin Lamprecht, haber asesinado de un hachazo al campesino Jonas Mikaelsson la noche del 13 de febrero de 1909? ¿Reconoce el abajo firmante, Julius Martin Lamprecht, haber asesinado de un hachazo a la esposa de dicho labrador, Brita Gustava Mikaelsson, la noche del 13 de febrero de 1909? ¿Reconoce el abajo firmante, Julius Martin Lamprecht, que sabía que el matrimonio poseía una libreta de ahorros con un depósito de doscientas coronas y que cometió el asesinato para apoderarse de ella?

El juez dejó el papel sobre la mesa.

—Reflexione sobre esto, señor Lamprecht. Usted mismo sabe que no tiene posibilidad alguna de ser absuelto, pero una confesión voluntaria puede rebajar la pena. Aquí tiene el documento de confesión; voy a ordenar que le traigan tinta y pluma de inmediato.

El acusado, ofendido en lo más hondo por las críticas del juez a su forma de expresarse, se había puesto de mal humor. Su mirada se había vuelto fija e inexpresiva.

—¿Ha entendido lo que he dicho, señor Lamprecht? ¿Ha entendido que hay tres preguntas a las que ha de responder y que tiene a su disposición tinta y pluma?

El acusado se sintió tan insultado que ya no se vio capaz de

mantener el buen comportamiento, tomó aire y escupió sobre el papel. Luego volvió a tumbarse en el camastro y cerró los ojos.

—Se le traerá un nuevo documento —repuso el juez con la misma calma que había mostrado todo el tiempo—. Tiene usted una hora, señor Lamprecht. Ese es el tiempo que permaneceré aquí, en el juzgado, esperando que se decida a firmar. A usted le gustan los aplazamientos y las evasivas. Es mi intención demostrarle que ya no tiene nada a lo que agarrarse.

El acusado soltó un improperio por toda respuesta.

Poco después oyó abrirse la puerta, con lo que supuso que los visitantes habían abandonado el centro de detención. No se molestó en abrir los ojos para comprobarlo.

Creía haber salido victorioso del debate. «Ese chico no se atreverá a condenarme», pensó. «No mientras me mantenga en mis trece y siga negándolo todo. En cuanto al papel, no pienso firmarlo. ¿De qué me serviría?».

Tendido de nuevo en el camastro, se le aparecieron ante los ojos las mismas imágenes que antes; volvió a enfrentarse con la mente al juez y al fiscal con los mismos argumentos; se reafirmaba a cada minuto que pasaba en su absoluta falta de culpa con la férrea certeza de que los viejos de la cabaña, acostumbrados a tenderles trampas a los vagabundos solitarios, cargaban sobre su conciencia con la muerte de más de un viajero.

Al mismo tiempo, veía con agrado la visita del juez, sus intentos de persuadirlo para que confesara. Eso demostraba que lo tenían por alguien relevante, por un sujeto peligroso al que se resistían a dejar en libertad.

«¡Fíjate!», se dijo para sus adentros, hinchando el pecho. «Así están las cosas. A todo el país le preocupa que no condenen al asesino. Ya has visto qué abarrotado estaba el juzgado por la mañana. Se entiende que la prensa muestre tanto interés y que el juez se sienta tan inseguro. Sí, ya sabes lo que eso significa: quieren condenarte, pero no tienen suficientes pruebas. Quieren obtener tu confesión para poder fallar en tu contra. Saben que no se puede sentenciar a un acusado que lo niega todo con rotundidad cuando no se tienen pruebas».

La sensación de seguridad que le infundían estas cavilaciones era tan grande que se puso a silbar.

Tal vez resultaría que aquella difícil prueba no había sido en vano después de todo. «A partir de ahora», se dijo, «si entras en una casa solitaria, no tendrás que conformarte con patatas frías y unos restos de gachas pegados al fondo de la olla. A partir de ahora, bastará con que digas tu nombre, Julius Martin Lamprecht, para que todo el mundo sepa a qué atenerse. Pondrán cazuelas y sartenes en el fogón, te servirán lo mejor de la despensa. A partir de ahora, ni hablar de tumbarse en un mísero jergón. Serás tú, el huésped, el vagabundo, quien descanse en la cama; serán las gentes de la casa quienes duerman en el suelo, en la letrina o donde les plazca».

El hilo de pensamiento del acusado se interrumpió al oírse una voz suave y humilde que se dirigía a él:

—Han transcurrido cinco minutos del tiempo asignado.

Abrió los ojos. Junto a él, señalando con el dedo un reloj que sostenía en la mano, estaba el hombre que antes había entrado con el juez en la celda.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Quién es usted? —rugió ante la desagradable sorpresa de ver que no estaba solo, preguntándose si lo habría oído hablar en voz alta consigo mismo.

—Oh, da igual quién sea yo —respondió el trabajador—. Me llamo Sven y soy hijo de Joel Elversson, de Grimön. He pensado que igual se perdía usted en sus pensamientos o se quedaba dormido, así que le he pedido al juez permiso para quedarme aquí a intercambiar unas palabras con usted, no sea que se le pase el plazo que tiene para confesar.

A Julius Martin Lamprecht no le desagradó la presencia del joven. Había algo humilde en extremo en su sonrisa, en su tono, en su porte. La misma forma en la que se peinaba sugería humildad, su pulcro afeitado sugería humildad. No había en aquel hombre rastro de amor propio o confianza en sí mismo. «Este es uno de esos que van por ahí cargados de buenas intenciones», pensó el acusado. «Pues conmigo no llegará a ninguna parte».

—¡Ni por un momento se le ocurra creer que voy a firmar ese papel! —exclamó.

—¡Piénselo dos veces antes de decir que no! —repuso Sven Elversson al tiempo que posaba en su interlocutor una mirada amable y respetuosa—. Como usted bien sabe, ya que no es la primera vez que resulta encausado, no va a dictarse sentencia condenatoria: dado que usted niega los hechos y no hay más pruebas, será absuelto del asesinato. Pero antes de que eso le reafirme en su negativa, permítame comunicarle que hay varias personas que se comprometen a poner cinco mil coronas a su disposición si se aviene a confesar. Existen razones para creer que a usted no le desagradaría entrar en posesión de ese dinero aunque, por supuesto, no vaya a poder gastarlo por sí mismo.

El acusado no pudo evitar hacer una mueca al tiempo que sentía que un escalofrío le recorría el cuerpo desde los pies hasta la nuca. Enseguida, no obstante, se sobrepuso a dichos síntomas de debilidad.

—¿Qué diantres está diciendo? —profirió.

—Es cierto —aseguró Sven Elversson—: le haremos entrega de esa suma si confiesa. Comprenderá lo importante que para todos nosotros es su confesión. La gente de la comarca…, bueno, podría decirse que la gente de toda Suecia…, está asustada. Y todos coincidimos en que estamos obligados a no dejarlo en libertad: si lo hace, seguirá deambulando por los caminos y entrando en casa de personas indefensas. No, no podemos permitir que eso ocurra. Es una tentación demasiado grande para una persona como usted. Queremos que sea encerrado de por vida. No le deseamos ningún mal, no perseguimos su muerte ni causarle daño alguno, solo tenerlo bajo llave. Le hemos escuchado durante los interrogatorios. No es lo que se dice una mala persona, pero se imagina cosas extrañas, se asusta con facilidad, en

todo el mundo ve una amenaza. Y, si lo piensa bien, usted mismo se encuentra mejor entre los muros de una celda, pues ahí se siente tranquilo, sin tener que preocuparse por su seguridad. Así que creo que sería beneficioso tanto para usted como para todos los demás que aceptara las cinco mil coronas y firmara una confesión voluntaria.

—¡Ni aunque fueran cien mil! —replicó el acusado.

Según hablaba, Sven Elversson se le había acercado poco a poco, de modo que ahora se hallaba sentado en el camastro a su lado.

—¡Piénselo bien! —Sven Elversson le puso la mano en la manga del abrigo y se la acarició con suavidad—. No me irá a decir que cinco mil coronas no le parecen una buena suma, suficiente para el destino al que ha de servir. Más de eso sería demasiado para la persona que ha de recibirlo; menos, no bastaría. Cinco mil es la cantidad adecuada.

—No le entiendo. ¿Para qué cree que querría yo el dinero? ¿A quién piensa que querría dárselo?

—¡Me alegra que me lo pregunte! Justo de eso quería hablarle. Estos últimos días su nombre ha aparecido con frecuencia en los periódicos, como usted comprenderá, y entre otras cosas se ha dicho que allá donde va suele preguntar por su hija. Según parece, usted estaba casado antes de cometer su primer asesinato, hace unos veintidós años; cuando fue puesto en libertad, lo primero que hizo fue tratar de encontrar a su esposa, pero halló que había muerto. También tenía una hija, que ahora debe de rondar los veinte años: sabe que ella vive, si bien nadie ha podido darle cuenta de su paradero. Ha recorrido usted todo el país buscándola. Nada más entrar a una casa, pregunta si alguien conoce a una joven llamada Julia Lamprecht.

Sven Elversson continuó hablando con un tono de voz algo cohibido:

—Me parece un detalle hermoso. Debe de haber algo bueno en usted, ya que tanto empeño tiene en encontrar a su hija.

—Pero, por el amor de Dios, ¿qué tiene usted que ver con todo esto? ¿Por qué ha venido aquí a hablar conmigo? ¿No puede decirme qué es lo que le trae aquí?

—¡Gracias de nuevo! —exclamó Sven Elversson con su voz más suave, como si temiera la desaprobación de su interlocutor—. Son preguntas que le respondo de buena gana. Yo vivo, como ya he dicho, en Grimön, un lugar que está mar adentro, muy apartado, así que no he de temerle a usted, que suele rondar por tierra firme. Pero mi madre tiene sueños premonitorios y la mañana del 13 de febrero del invierno pasado me pidió que me acercara a ver a unos parientes nuestros que vivían en una casita en los cerros, lejos de la carretera y de los vecinos. Había soñado que algo malo les ocurría, de modo que no se quedaría tranquila hasta que alguien fuera a comprobar si se encontraban bien. Hice lo que me pidió. Y, así, fui la primera persona en ver lo que usted les había hecho la noche antes. No puedo negar que resultó un espectáculo muy duro de contemplar: desde entonces he deseado que usted nunca más anduviera suelto. Por eso he empezado esta colecta de dinero. Entienda que no le deseo ningún mal, se lo repito. Lo único que quiero es que sea recluido para el resto

de su vida.

Mientras esto le decía, se sentó más cerca de él y le pasó una mano de modo amistoso por la manga del abrigo. Era obvio que no quería que Julius Martin tuviera la impresión de que albergaba alguna inquina personal contra él. Si se hubiera tratado de un león escapado de la jaula por accidente, su cuidador habría usado la misma táctica para meterlo de nuevo entre los barrotes.

Sería inexacto decir que Sven Elversson no despertaba inquietud alguna en el acusado, pues para este todo el mundo era motivo de alarma: jueces, alguaciles, carceleros, oficiales de justicia y testigos. No obstante, sin que pudiera evitarlo, Sven Elversson se le antojaba un tipo bastante inofensivo, incluso un poco bufonesco. «Es de los que van por ahí cargados de buenas intenciones», se repitió. «Es un benefactor de la humanidad».

—Creo que ahora lo capto. Al enterarse de que buscaba a mi hija, creyeron que podrían utilizarla como señuelo para meter de nuevo en chirona a un desgraciado como yo.

El acusado pronunció estas palabras riéndose en la cara de Sven Elversson. El león quería a toda costa conservar su libertad y hacía caso omiso del trozo de carne arrojado como cebo ante él.

—¡Gracias! —Sven Elversson esbozó su sonrisa más humilde—. Eso me lleva a lo que quería decirle. Verá, el verano pasado construí un edificio en el condado. No para mí, como comprenderá, sino por encargo del consejo comarcal. Para ello pedí piedra de una cantera ubicada justo encima del pueblo pesquero de Knapefjord, donde ahora nos encontramos, y de ese modo entré en contacto con la gente que trabajaba allí. Entre ellos vivía una joven llamada Julia Lamprecht. Es un apellido poco corriente, de modo que en cuanto leí su nombre en el periódico me acordé de ella.

El acusado se levantó. Volvía a sentir un temblor que le subía desde una pierna hasta la espina dorsal. El rostro se le crispó, los ojos echaban chispas. A todas luces quedaba claro que algo se removía en su interior en cuanto se mencionaba a su hija, a pesar de que lo que hasta entonces lo hubiera llevado a buscarla no hubiese sido tanto un impulso afectuoso como la esperanza de que a ella le fueran bien las cosas y pudiese ofrecerle un hogar a su padre.

De un empujón y sin ningún miramiento, apartó a Sven Elversson y se colocó en el centro de la estancia.

—¿Está aquí? Quiero verla.

Su tono era el de un hombre que no duda ni por un momento de que sus órdenes van a ser obedecidas. Sven Elversson, sin embargo, se atrevió a plantarle cara.

—La verá. Tendrá la ocasión de verla y de hablar con ella —aseguró en tono humilde y afable, si bien no exento de firmeza—. Tan solo con una condición previa. Usted ha de contestar a las preguntas de ese papel. Ya, nos tachará usted de malvados por separarle de su hija, pero primero necesitamos que firme ese documento.

El acusado se puso rojo de ira. No estaba acostumbrado a que le negaran una exigencia razonable. Desde que lo detuvieran, lo habían

tratado con el mayor tacto posible para mantenerlo de buen humor, para que se sintiera cómodo en su jaula e hiciera la confesión que lo retendría allí para siempre. Aunque le entraron ganas de arrojarse sobre Sven Elversson para darle una paliza, logró contenerse. Se volvió a tumbar en el catre, bocabajo, de modo que su interlocutor no pudiera verle la cara. No sabía muy bien por qué, pero le pareció prudente ocultar sus emociones.

—Se lo agradezco, le agradezco mucho que reconsidere la cuestión —insistió el visitante—. Tendría que saber que a Julia Lamprecht no le va muy bien. Perdió a su madre muy joven, casi podría decirse que ha crecido en la calle. Vino aquí en compañía de un trabajador de la cantera. No estaban casados, pero no es habitual que los canteros contraigan matrimonio, así que nadie le dio demasiada importancia a ese hecho. Y Julia es una buena chica, hay en el mundo gente mucho peor que ella. Sin embargo, hace unos días, cuando el hombre se enteró de que era familia suya, sintió tanta repulsión que la abandonó. Así que ahora está sola. Es guapa; se parece a usted, con ese pelo tan rubio. No faltará quien quiera estar con ella, pero nunca de una manera decente. En cambio, si tuviera cinco mil coronas, podría comprarse una pequeña vivienda y casarse como es debido. Cinco mil es la cantidad precisa. Más sería demasiado, menos no bastaría. En fin, ese es nuestro plan, ahora ya lo sabe. Tan pronto como haya respondido a las preguntas, podrá usted reunirse con Julia y entregarle las cinco mil coronas. Sería un gesto hermoso de su parte, una prueba de su afecto por ella. Para su hija, usted, con independencia de lo que haya hecho, seguirá siendo su padre.

El acusado guardó silencio un largo rato. Se revolvió en el camastro, atormentado por las tribulaciones. Algo dentro de él llamaba a gritos a su hija, a su hermosa hija rubia que tanto se le parecía y que tal vez estuviera ahí fuera, en el pasillo, esperando.

Se incorporó de súbito, se apartó el flequillo de la frente y miró con fijeza a Sven Elversson.

—¿Puede darme una razón por la que me convenga firmar el papel? ¡Si mañana van a absolverme!

—Sí, es probable que sea absuelto del asesinato —respondió el visitante—, pero está también ese pequeño asunto de la libreta de ahorros. En cualquier caso, no será usted puesto en libertad de inmediato. Puede que transcurra un año, más o menos, antes de que el caso haya pasado por todas las instancias y a usted lo suelten. Tal vez lleve incluso más tiempo. ¿Qué ocurrirá con Julia mientras tanto? Quizá su vida esté ya arruinada por entero cuando usted salga, no es fácil ser hija de un hombre de su calaña y temo que vaya de mal en peor. Sería una gran ayuda para ella recibir ahora esas cinco mil coronas. ¡Déselas ya y tendrá usted un motivo de felicidad para el resto de sus días! Será una forma de redimir la culpa que sobre usted pesa. Los periódicos se desharán en elogios hacia su persona.

El acusado se levantó.

—¡Cállese! —gritó con un pisotón en el suelo—. Hace que la cabeza me dé vueltas.

Su invitado guardó silencio al instante.

El acusado se examinó, buscó ese amor paternal que todos creían que atesoraba. Querían atarlo en corto explotando el cariño que se suponía que le profesaba a su hija. Le pedían que sacrificara todo lo que le quedaba de vida por amor a Julia. Él, que no poseía nada más que su libertad, ¡renunciaría a ella para siempre por el bienestar de su única descendiente!, por el amor que le tenía. Pero ¿existía de verdad ese amor dentro de él? Se rebuscaba en el alma sin encontrar nada, o tal vez un atisbo, si bien del todo insignificante. ¡Sacrificarse, sacrificarse! No es tan fácil hacerlo. El charlatán que tenía delante quería con su labia encerrarlo, meterlo entre rejas: ¿estaría él, por su parte, dispuesto a sacrificar algo para conseguirlo?

—Haré lo que usted me pide —declaró al fin—. Responderé a las tres preguntas. Con una condición. Bien está que Julia reciba esa cantidad. Pero ¿de verdad el dinero va a serle de ayuda? Lo mejor para ella sería que consiguiera un buen marido. Si me promete que se casará con mi hija, firmaré el papel.

Sven Elversson puso cara de consternación.

—Esto no me lo esperaba —murmuró.

—Le estoy preguntando si quiere casarse con mi hija —insistió burlón el acusado—. ¿Qué dice a eso? Me pide que arruine mi vida por ella, pero usted mismo no quiere hacer nada a cambio.

—Pero es que es su hija. Es por usted por quien está en el mundo —se defendió Sven Elversson—. Yo apenas he alcanzado a cruzar unas palabras con ella.

—Pues entonces las tres preguntas se quedarán sin contestar. Hay algo especial en usted. Me habría gustado que fuera mi yerno —concluyó el acusado con una estruendosa carcajada.

Sven Elversson se tapó los ojos con la mano y respiró hondo varias veces: «Entiendo», pensó. «El que quiere tener poder sobre los demás ha de estar siempre dispuesto a crucificarse. No se le puede pedir menos».

Contempló con una mirada larga y escrutadora al hombre que tenía ante sí.

«Busca una manera de librarse y cargarme a mí con la culpa. Está seguro de que rechazaré su proposición. Pero no voy a hacerlo. Lo tengo acorralado y no voy a dejarlo escapar».

—Sea como usted quiere —admitió sin rodeos—. Si su hija me acepta, me casaré con ella. Firme, por favor.

El acusado vaciló:

—Reciba mi agradecimiento en nombre de Julia. Pero ¿cómo sé que cumplirá su palabra?

—Ah, sí —replicó Sven Elversson—. Esperaba esa pregunta y me alegro de que me la haya hecho. Si se para usted a pensarlo, sabrá que en un lugar como este las paredes oyen. Hay testigos de que he prometido hacer de Julia Lamprecht mi esposa si ella me acepta. Siendo como soy un hombre de honor, no tengo escapatoria. Así que siéntese a la mesa y rellene el documento, hágame el favor.

El acusado, en efecto, se sentó a la mesa, agarró la pluma y la mojó

en el tintero con un gemido.

Allí sentado, pluma en ristre, trató de nuevo de encontrar dentro de sí aquel amor por su hija. Acaso hubiera estado presente antes, mientras la buscara con la esperanza de que ella le diese cobijo, pero ahora, cuando se le pedía que prescindiera de su libertad por ella, no quedaba rastro de él.

Inclinó y enderezó la pluma; la mojó una y otra vez en el tintero, salpicando tinta a su alrededor, hasta que por fin terminó.

—Lo único que le he prometido es que respondería a las preguntas —dijo mientras entregaba el papel a Sven Elversson.

Sven Elversson leyó el documento: las tres preguntas del juez habían sido respondidas con tres noes torcidos y titubeantes. Debajo figuraba el nombre de Julius Martin Lamprecht, y al final una frase entera: «Admitiría los hechos si fuera culpable, pero no lo soy».

—Bueno, esto no le da derecho a las cinco mil coronas —le advirtió Sven Elversson en voz baja.

—No, ya lo sé —repuso el acusado—, pero sí a que usted cumpla su palabra y se case con Julia. Lo único que le he prometido es que respondería a las preguntas si usted desposaba a mi hija. Y así lo he hecho. Me libro de la condena y le he conseguido a Julia un buen marido.

Hinchando el pecho, se levantó, ufano por su victoria.

Rojo de ira, Sven Elversson volvió a inclinarse sobre el papel para escrutarlo con detenimiento. Su habitual comedimiento lo abandonó y perdió los buenos modos con que hasta entonces había tratado al reo:

—¡Sí, esto es lo que cabía esperar! —exclamó encolerizado—. ¡Tendría que haber sabido con qué tipo tan miserable estaba tratando! ¿De qué me sorprendo, si vi lo que hizo con los cadáveres? ¿Por qué los profanó de esa manera? ¿Por qué tuvo que sacarles los ojos?

—¿Cómo que les saqué los ojos? —gritó el acusado—. ¡Eso no es cierto! Eso lo haría otra persona. Cuando yo los dejé…

Se interrumpió. Mordiéndose la lengua, avanzó a tumbos hacia la pared de la celda, pálido como la muerte.

—¡Gracias! —espetó con sequedad Sven Elversson—. Sabía desde el principio cómo hacerle cantar y aun así he esperado todo lo posible. Quería mejores condiciones para usted.

Instantes después, el asesino se postraba de rodillas frente a él:

—¡No he dicho nada, no he dicho nada! —gimió—. ¡Haga como que no lo ha oído, por favor! Ha sido usted quien me ha engañado.

De súbito aquel hombre era todo arrepentimiento y desesperación. Su coraza de petulancia y engaño, sus evasivas y excusas se habían esfumado, reemplazadas por míseros y lastimosos gimoteos.

—Sabe que aquí hay testigos —dijo Sven Elversson—. Ya se lo advertí.

—¡Deme otro papel! ¡Déjeme rellenarlo de nuevo! Hablaré. Lo confesaré todo. Quiero ayudar a Julia.

Sven Elversson levantó un poco la voz:

—Voy a rasgar este documento y a pedir que traigan otro. Si lo responde y firma como es debido, supongo que las paredes no habrán

oído nada de este primero. Volvemos a empezar desde el principio. El plazo no ha terminado. Julius Martin Lamprecht, está aún a tiempo de hacer una confesión voluntaria.

***

Momentos después, el asesino se hallaba sentado en una silla frente al juez. Su aspecto había cambiado, parecía como recién lavado y aseado, a pesar de que no se le había aplicado ninguna medida higiénica externa. La confesión había obrado el cambio. No solo había contestado por escrito a las preguntas del formulario (con un sí a las dos primeras y un no a la última), sino que también había ofrecido un completo y sincero relato de los hechos. Doblegado por el esfuerzo extenuante, fue preciso proporcionarle asiento para que no se desplomase en el suelo. Pero al mismo tiempo se le veía feliz y satisfecho. En aquel momento no guardaba rencor a nadie. Se sentía purificado, libre de culpa. No recordaba haberse sentido tan bien desde su primera comunión.

Junto al juez, en la celda estaban también presentes el carcelero, el magistrado del condado, el alguacil, Sven Elversson y Julia Lamprecht. El preso los amaba a todos, en especial a su hija, a la que hacía unos momentos había entregado cinco mil coronas. La contempló, lleno de admiración: era hermosa, de rubísimo pelo ensortijado, de modales suaves y modestos. Aún no habían tenido la ocasión de hablar a solas, pero, según la promesa del juez, se le permitiría quedarse con él en la celda todo el tiempo que deseara.

A ratos, el asesino volvía los ojos hacia el hombre que lo había obligado a confesar: un hombre que, debía admitirlo, le inspiraba lástima.

Bastaba mirarlo, allí apoyado contra la pared de la celda, con aspecto abatido, los ojos fijos en el suelo y gesto adusto, para sentir compasión por él. El asesino parecía comprenderlo mejor que nadie. Él, reo de asesinato, podía confesar su pecado y expiarlo, pero aquel hombre nunca podría librarse de la mancha que se aferraba a él como una lapa.

El criminal había presenciado cómo el juez y todos los demás servidores de la justicia estrechaban la mano de Sven Elversson y le daban las gracias. El juez en particular había dado muestras de hondo agradecimiento, aliviado de no tener que dictar sentencia sin pruebas concluyentes. Mas eso no había disipado la expresión sombría y subyugada de Sven Elversson; antes al contrario, su actitud apocada no había hecho más que aumentar. Daba la impresión de no poder soportarse a sí mismo.

Al entrar Julia Lamprecht en la celda y recibir la suma de dinero acordada, el tal Sven Elversson le había referido la promesa que hiciera a su padre de pedirla en matrimonio. La hija lo había rechazado. No se casaría con un hombre de esa ralea. Y en palabras llanas describió la ignominia que lo cubría.

El rechazo pareció destrozar a Sven Elversson. Se retiró sin decir palabra, se tambaleó hasta la pared de la celda y se quedó allí inmóvil.

El preso se sintió desagraviado.

Su hija, a la que no había visto hasta ese día, había vengado su derrota. Ahora sí que la consideraba sangre de su sangre, ahora sí que la amaba.

No era que se arrepintiera de su confesión. Se sentía aliviado, puro, dichoso, respetado, casi como un hombre del todo honorable. Y le había sido dado ver a su hija, a la que amaría toda la vida y quien lo amaría a él para siempre, puesto que por ella había sacrificado su libertad.

Lo que de verdad había ocurrido en la cabaña aquella noche pasó a segundo plano, se le borró de la memoria. El acusado era un hombre que necesitaba verse a sí mismo bajo una luz hermosa, así que le faltó tiempo para elaborar una bella y conmovedora historia sobre cómo, si había confesado y pedido perdón a Dios y a los hombres, lo había hecho solo por el bien de su hija. Esa era la historia que contaría y que él mismo creería hasta la muerte, la que le serviría para preservar su amor propio durante los años difíciles y largos que le esperaban.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 10

Lotta Hedman

Un día de finales de septiembre de 1915, una joven viajaba en un compartimento de tercera clase del tren que hacía el trayecto desde Norlandia hacia el sur del país. Iba ataviada de forma muy modesta y sencilla, con un vestido negro y un sombrero del mismo color sin apenas adornos. Hablaba animada con los pasajeros y, como gustaba de alzar la voz, de por sí ya un poco chillona, se la oía en todo el vagón. Resultaba evidente que era su primer viaje en tren: la fascinación de salir al mundo y conocer gente nueva y amable parecía haberla sumido en una especie de éxtasis. Los pensamientos y emociones reprimidos durante años de confinamiento brotaban ahora sin freno en una incesante verborrea acerca de sí misma, pues no quería desaprovechar la ocasión de dar a conocer quién era y qué extraordinario mensaje tenía que transmitir al mundo.

—Yo no he estudiado más que la Biblia —decía—. No tengo la cabeza sobrecargada de conocimientos ni confundida por falsas doctrinas. Soy como un folio sin escribir, como una hoja en blanco en la que Dios mismo anota sus pensamientos. Además, nací en lo más recóndito del norte, en Laponia; y vivo en una pequeña aldea; y voy todos los días a trabajar a una fábrica de cajas; y soy pobre y estoy sola, sin marido ni hijos. A nadie le importa si vivo o muero, nadie viene a cuidarme cuando estoy enferma y no hay nadie a mi alrededor con quien pueda compartir aquello que para mí es lo más importante del mundo. Me doy cuenta de que la gente se burla de mí a mis espaldas y empieza a darme vergüenza mostrarme en público.

Una amable señora situada frente a la joven, que era quien primero había entablado conversación con ella y la había animado a hablar, le

puso una mano en la rodilla para calmarla. Pero la muchacha continuó, como impulsada por una irresistible compulsión interior:

—Durante toda la vida, la Muerte me ha perseguido como un lobo furioso; innumerables han sido sus ataques contra mí. Ya incluso antes de que yo saliera del seno materno quiso llevarme consigo y envió a aquel demente a darle a mi madre tal susto que mi nacimiento se adelantó y vine al mundo en extremo desvalida. Más adelante intentó ahogarme mientras me bañaba, y otra vez en el bosque hizo caer sobre mí un árbol, y otra mandó a una serpiente para que me picara en un pie mientras yo recogía bayas silvestres, y otra más me arrojó desde lo alto de un edificio. Y, con una crueldad sin límites, no ha dejado de torturarme con enfermedades y padecimientos.

Además de la amable señora, también un granjero y su mujer que viajaban en el mismo compartimento seguían todas y cada una de sus palabras con gran atención. Como el tono de su voz y el vocabulario que empleaba les traían recuerdos de los sermones de las casas de misioneros, mostraban un semblante casi devoto.

—Ya en mis años mozos extendí los brazos hacia Dios —continuó la oradora, que no podía tener más de veintiséis o, a lo sumo, veintisiete primaveras—. Y le pregunté por qué le concedía a la Muerte el derecho de perseguirme con heridas, golpes y dolencias. Pero en los últimos tiempos he dejado de hacerle esa pregunta. He comprendido que, si la malvada segadora anhelaba maltratarme, no era sino porque Dios quiere hablar por mí: por mi boca quiere Dios manifestarse para poner freno a su crueldad.

Se paró a tomar aire un momento y miró a su alrededor; como no vio más que la amable atención y reverencia de quienes la rodeaban, continuó:

—También antaño me preguntaba por qué me veía obligada a vivir en el remoto norte, a hollar una y otra vez la misma calle del mismo pueblo sin nunca tener la ocasión de contemplar las maravillas de este mundo. ¿Por qué se me ha concedido un entendimiento tan limitado que me impide valerme por mí misma? ¿Por qué las cosas que les agradan a los demás me proporcionan a mí tan poco placer? ¿Por qué el capataz de la fábrica nunca me dice una palabra amable, no importa cuán duro trabaje? ¿Por qué me cuesta tanto conseguir mi ración diaria de leche y por qué estoy condenada a vivir en un cuchitril que nadie más quiere por morada?

»Todos esos interrogantes ya no me torturan, pues ahora sé que es Dios el responsable de mi existencia solitaria y desdichada. Debo alegrarme de que no me envíe a los pinares o a las montañas, de que no me destierre a una choza lapona perdida en medio de la nada y me haga pastorear renos. Debo agradecerle que al menos me permita vivir en una comunidad no del todo despoblada.

En ese momento ya no eran solo las tres personas más cercanas quienes seguían el discurso de la joven: algunos de los que estaban sentados más lejos se habían levantado para escuchar mejor.

—¿Qué está diciendo? —murmuró uno de ellos—. ¿Quién es la que da esos gritos que se oyen en todo el vagón? ¿Es alguien del Ejército

de Salvación?

—Porque es la voluntad de Dios que mis pensamientos sean para Él y nada más que para Él —prosiguió la mujer de negro—. Él quiere que me siente a reflexionar, que interprete los escritos de los profetas y extraiga sabiduría del libro del Apocalipsis. Así que, por las noches, cuando los demás salen a bailar y a pasarlo bien, Lotta Hedman se queda en casa junto a su Biblia, se pone a investigar los caminos del Señor y entonces accede a misterios que nadie más en el mundo tiene la posibilidad de conocer.

Por todo el vagón se extendió un murmullo de asombro que no pasó desapercibido para la joven. La atención que sabía estaba suscitando la empujó a continuar. Ni aunque lo hubiera deseado habría podido dejar de hablar; los labios que habían estado sellados tanto tiempo se movían ahora, independientes de su voluntad, decididos a llegar hasta el final.

—Y en las noches de invierno, cuando el reloj da las doce y toda Suecia se ha retirado a descansar, cuando todas las luces se apagan y el vasto paisaje blanco yace en un sueño silencioso, entonces yo, recluida en un cuartucho tan miserable que nadie lo querría para sí, veo cómo el dedo de Dios me señala las palabras y las prédicas de las Sagradas Escrituras. Entonces me es revelada la suerte que han de correr todos los que reposan dormidos en la noche invernal. Me es revelada a mí, a alguien insignificante y arrinconado, en vez de a personas de importancia, instruidas y llenas de experiencia.

Su voz se elevaba cada vez más. La amable dama volvió a apoyarle la mano en la rodilla. Un revisor que hacía su ronda habitual por el vagón se detuvo para comprobar si alguno de los viajeros había sufrido un repentino ataque de locura.

—Todo lo que he visto y vivido lo he puesto por escrito, en palabras claras, en una carta que he sellado y he enviado al rey. Al gran palacio real de Estocolmo ha llegado un escrito remitido por la humilde trabajadora de la fábrica de Stenbroträsk, por aquella a la que los muchachos persiguen por la calle y a la que hostigan como si fueran perros lapones a la caza de la loba salvaje.

»Llevo muchos días esperando una respuesta del rey que no ha llegado. Así que he vuelto a escribir la carta y la he enviado al periódico, pero el periódico no quiere saber nada de ella y me la ha devuelto. Eso me ha colmado de angustia, pues mi mensaje es de gran importancia. Porque sé cuándo terminará la Gran Guerra, y sé que a ella seguirá la Gran Destrucción, y sé que después de la Gran Destrucción vendrá el Glorioso Milenio. Y sé que un tercio de la humanidad perecerá en la Gran Guerra, y otro tercio sucumbirá en la Gran Destrucción, pero el tercio restante vivirá en el Glorioso Milenio, el Reino del Señor en la tierra.

Estas vigorosas palabras atravesaron como acero frío a muchos de los oyentes, quienes sintieron que un estremecimiento de horror les recorría la médula. Unos años antes, un discurso tan extravagante habría sido objeto de escarnio, pero corría el segundo año de la guerra mundial y la gente se hallaba sumida en el espanto y la expectación.

Los días venían cargados de incertidumbre; todo el mundo se preguntaba qué estarían haciendo los rusos allá arriba, cerca de Haparanda, la ciudad fronteriza con Finlandia.

—De todo esto y mucho más hablo en mi carta al rey. Le he indicado cómo tiene que actuar para que él y todos sus súbditos escapemos del tiempo de ira que se avecina; le he explicado que tendremos derecho a vivir en el Glorioso Milenio, el Reino del Señor en la tierra.

»Como nadie quiere prestarme atención, le he pedido ayuda a Dios; le he preguntado cómo difundir mi mensaje en el mundo. Y Dios me ha indicado qué he de hacer, pues hay un pecado que cometí y que debo expiar antes de que mi mensaje pueda llegar a conocimiento de todos. Y es para cumplir ese mandato divino y expiar mi pecado por lo que ahora viajo hacia el sur.

La expectación creció entre los pasajeros hasta niveles máximos. Esa mujer afirmaba tener la respuesta a lo que todos querían saber: cuándo tocaría a su fin la contienda. Se oyó una voz lejana formular la pregunta: «¿Cuándo acabará la guerra?». Otras muchas la secundaron: «Sí, ¿cuándo terminará? ¡Si lo sabe, díganoslo!».

Parecía como si, de pronto, el final de los atroces temores que se cernían sobre la humanidad se vislumbrara como una posibilidad palpable. Acaso estaba por llegar una vez más el momento en que cesaría la matanza más allá de las fronteras; el momento en el que volverían a poder pensar en otra cosa que no fuera la guerra; el momento en el que no se verían acosados día y noche por las imágenes de ancianas que lamentaban la pérdida de sus hijos, de refugiados presos del terror, de prisioneros agonizantes.

Los campesinos, quienes no veían el día en que ya no tuvieran que enviar a sus hijos o mozos a salvaguardar la neutralidad del país; los pequeños comerciantes, quienes habían hecho negocios jugosos al principio de la guerra, pero que ahora se veían amenazados por la escasez de mercancías; los obreros, quienes sabían que se cernían sobre ellos la subida de los precios y la escasez de alimentos…, todos se preguntaban con una sola voz: «¿Cuándo terminará? ¿Cuándo acabará este tormento?».

La profetisa de Stenbroträsk parecía no haber esperado ese efecto de su prédica.

—¡Lo he escrito en mi carta! —exclamó—. Se dará a conocer cuando yo haya borrado mi pecado y cuando Dios permita que mi mensaje llegue a todo el mundo.

La pérdida de interés entre los viajeros del vagón fue manifiesta. Aquella persona sabía tan poco como los demás. Los que se habían levantado volvieron a sentarse. Aparte de la amable dama que había iniciado la conversación, casi nadie alcanzó a oír el final del discurso de la joven obrera, las breves palabras que hiló a modo de conclusión:

—No encuentro otro momento para escribir que por la noche, después de salir del trabajo, cuando tengo los dedos tan rígidos que no me obedecen. Además, me cuesta usar el sueco, una lengua que no es la mía materna, pues allá de donde yo vengo se habla otra. Escribir

me deja exhausta.

Hizo una pausa antes de continuar:

—Existo en una gran miseria. Soy pobre y enfermiza, vivo sola en una morada que nadie más quiere y me estremezco ante todo lo que está por venir.

Por completo consciente de cómo había desaparecido el interés que antes suscitaran sus palabras, la voz se le apagó y ella pareció caer en un estado de ensoñación. Pronunció las últimas frases con los ojos entrecerrados y en un susurro, de modo que tan solo la persona sentada más cerca de ella pudo oírlas:

—Pido a Dios que me perdone la vida y me permita estar entre aquellos que se salven, que me incluya en ese tercio que sobrevivirá al exterminio. Que yo, designada para proclamar su advenimiento y soportar por esa razón el escarnio general, pueda también vivir en el Glorioso Milenio del Señor; que me sea dado estar entre los elegidos y ver cómo en la tierra brilla la justicia.

Capítulo 11

Música celestial

El largo tren procedente del norte rodaba sin cesar de estación en estación. Los compañeros de compartimento de Lotta Hedman fueron bajándose: primero, el granjero y su mujer; luego, la amable señora que la había alentado a contar su historia. Cuando esta hubo desaparecido, un hombre con aspecto de predicador laico entró y ocupó un asiento confortable en una esquina. Llevaba ya un buen rato en ese tren, pero hasta entonces había ido sentado de forma incómoda en el centro de un banco de madera.

El hombre se puso a conversar con Lotta Hedman de inmediato. Le preguntó si ya tenía visiones antes de la guerra mundial o si habían comenzado tras el estallido de esta. Hablaba con voz suave, baja y cordial, y mostraba un vivo interés, si bien su rostro no reflejaba ni credulidad ni duda. A otras personas las maneras inclinadas de él les parecían risibles, pero a Lotta Hedman le agradaba que se dirigieran a ella de un modo casi reverencial ahora que por primera vez había revelado sus dotes ante gente desconocida.

—Me haría muy feliz que me contara alguna de sus visiones —la invitó el hombre—. No sé si tengo derecho a pedírselo, ya que usted no me conoce, pero esté segura de que lo consideraría un gran honor.

Sin poder resistirse a esa invitación, la joven se puso a relatarle cuál había sido una de sus primeras experiencias místicas. Ahora, sin embargo, se expresaba de una forma reposada, por completo distinta de la de antes. Cierto que alzó la voz, con lo que, aparte de su interlocutor, eran varias las personas que alcanzaban a oírla, pero el hombre que tenía delante ejercía sobre ella tal influencia tranquilizadora que de modo inevitable se le acabó atenuando el

nerviosismo.

—No contaba entonces más que catorce años —comenzó— y acababa de recuperarme de una grave enfermedad que mi perseguidora, la Muerte, me había provocado, así que estaba muy débil y todo el cuerpo parecía que se me fuera a marchitar y a venirse abajo. Pero no vivía sola, como ahora, sino que residía en casa de mis padres. Aunque ellos no eran más que unos pobres campesinos, me dejaron quedarme allí con ellos, en consideración a mi fragilidad, sin enviarme a servir en casa de extraños. Mi madre no me pedía nada salvo que la ayudara con pequeñas tareas, que le hiciera algún que otro recado y que le leyera en voz alta un capítulo de la Biblia todos los días.

»En aquella época aún no había aserradero en Stenbroträsk, ni fábrica de cajas, ni viviendas para obreros, ni atisbo alguno de una comunidad municipal. En nuestra margen del río no existían más que algunas pequeñas granjas, pues la iglesia, la casa parroquial y las fincas más grandes estaban en la orilla opuesta, donde siguen hoy en día.

»Un domingo por la tarde, mi madre me mandó a llevar leche a la rectoría, porque en verano todos los demás tenían sus vacas pastando en los prados, de modo que nuestra granja era la única que podía proveer de leche a la casa del párroco.

»Cuando subí a la barca y empecé a remar hacia allá, me di cuenta de lo fácil y poco trabajosa que me resultaba la tarea. Era como si el pesado cascarón de roble se hubiera transformado en una balsa pequeña y estrecha; como si el agua se hubiera convertido en un aceite suave y denso; como si los remos se hubieran vuelto alas de pájaro ligeras y juguetonas. A mi alrededor reinaban un silencio y una quietud totales: los remos no chirriaban, nada chapoteaba en el agua, no venía ningún ruido de la orilla. Ni siquiera se oía algún cencerro. La ribera estaba desierta, sin muchachos ni mozas charlando, y todas las golondrinas que solían construir sus nidos en las arenas escarpadas junto al río, y que siempre revoloteaban por allí, se habían esfumado sin dejar rastro.

»Una vez hube cruzado las aguas y me encaminé con la lechera a cuestas a la casa parroquial, no me costó nada subir la colina, a pesar de lo empinado de la pendiente y de que el sol me daba de lleno en la cara. El astro no me quemaba y la lechera no pesaba nada. Me dije entonces que debían de estar esperándome como agua de mayo y que de algún modo la suerte iba a sonreírme, pues nunca me había resultado tan fácil llegar a la rectoría. Al entrar en la cocina de la casa, también allí me encontré todo en silencio. Como no salió nadie a recibirme para recoger la leche, me quedé esperando en el umbral.

»Casi al mismo tiempo que entré, una música empezó a sonar en la planta de arriba: la oía tan bien que parecía incluso que proviniese de la propia estancia donde me encontraba. Y era tan melodiosa y bonita que me alegré de que tanto las criadas como el ama de llaves se hubieran marchado, así me quedaría ahí escuchando. No tenía prisa por irme. Podría haber permanecido allí toda la noche sin cansarme

de aquella música.

»Yo nunca había oído otra cosa que no fueran tonadas de armónica o las notas del viejo órgano de la iglesia de Stenbroträsk, así que no sabía qué instrumento era el que sonaba de modo tan hermoso. Tampoco reconocía la melodía, que brotaba con acordes sostenidos semejantes a intensas ráfagas de viento, un sonido tan rico y claro que era como si me acariciara las mejillas al pasar junto a mí. Me llené de pensamientos hermosos y placenteros hasta el punto de que me pareció que empezaba a levitar, que abandonaba este mundo y me elevaba hacia el cielo.

»Pero entonces entró gente en la cocina y al mismo tiempo cesó la música. Cuando el ama de llaves hubo vaciado la lechera, me puso comida en la mesa y me pidió que me sentara. Por lo visto, aquel día habían celebrado un funeral en honor de la anciana madre del pastor, de modo que habían tenido invitados. Y ahora me ofrecía probar las viandas que habían sobrado del banquete. Como se mostraba tan gentil y amable conmigo, me atreví a preguntar quién tocaba de modo tan maravilloso en la planta de arriba.

»El ama de llaves se quedó tan boquiabierta que apenas fue capaz de articular palabra en respuesta:

»—¿Qué dices, criatura? No puedes haber oído a nadie tocar allá arriba. El piano está en la otra punta de la casa, desde aquí no se oye. Además, como tú comprenderás, a nadie se le ocurriría tocar el mismo día en que han enterrado a la señora.

»Se hizo entonces el silencio en la cocina. Yo estaba segura de haber oído aquella música, pero no quise llevarle la contraria. El ama de llaves se quedó pensativa y luego empezó a hablarme de nuevo:

»—Es la habitación de la difunta la que está justo encima. El último lugar del mundo donde alguien querría hoy ponerse a tocar.

»Se me llenaron los ojos de lágrimas, pues comprendí que me consideraba una mentirosa. Habría deseado salir corriendo, pero ¿cómo iba a marcharme sin haber probado bocado de la comida que con tanta generosidad me habían servido?

»Sin embargo (¿se lo puede usted creer?), mientras yo estaba allí queriendo poner tierra de por medio se abrió la puerta y el pastor asomó la cabeza: ¿no habían oído la llamada a la oración vespertina? Las sirvientas, avergonzadas, se apresuraron a disculparse:

»—Ha sido Lotta Hedman, aquí sentada, quien ha hecho que nos despistemos por completo, pues nos ha contado algo increíble. Según ella, cuando hace un rato ha entrado en la cocina y no había nadie, ha oído música allá arriba, pero no entendemos cómo puede ser eso, porque sabemos que nadie en esta casa tocaría una sola nota en día de funeral.

»Yo, pobre de mí, no sabía qué hacer al verme así señalada. Dejé el cuchillo y el tenedor, aparté el plato y me dispuse a correr hacia la puerta.

»—Ah, ¿de verdad? —dijo el pastor—. En ese caso, todos hemos de arrodillarnos ante Dios, pues esto es un gran acto de gracia. Yo sabía muy bien que mi amada madre se despediría de mí si estaba en su

poder hacerlo. Ella no se alejaría de mí para siempre sin darme una señal, una señal que me sirva de guía mientras permanezco en la oscuridad y la incertidumbre.

»Entonces se acercó a mí y me puso una mano en la cabeza:

»—Así que eres una de las elegidas. Una de esas personas capaces de transmitir mensajes de los muertos a los vivos. Sí, tal vez el Señor mismo venga un día a hablar por tu boca.

»Eso fue todo lo que dijo. Luego me agarró de la barbilla, me miró a los ojos y exhaló un suspiro antes de marcharse.

»Mientras remaba de vuelta a casa, reflexioné sobre lo ocurrido. Me di cuenta de que, de alguna extraña manera, me había transformado y nunca podría volver a ser la misma que antes.

»Esa fue la primera vez que experimenté algo fuera de lo común, la primera vez que alguien me dijo que yo había sido elegida para oír y ver cosas que están ocultas a los sabios y entendidos. En aquel momento creí que me convertiría en uno de los profetas del Señor, de los que hablan las Sagradas Escrituras. Creí que llegaría a pronunciar palabras que perdurarían tanto como los cielos y la tierra; creí que me vería ensalzada por el resto de la humanidad. Ni se me pasó por la cabeza que mi destino sería convertirme en una pobre peona de una fábrica de cajas.

Capítulo 12

La compañera de confirmación

El desconocido le agradeció de corazón a Lotta Hedman el relato.

—Estoy más que contento de haber tomado el tren justo hoy —le aseguró—. Ay, se nos debería permitir oír música celestial con mayor frecuencia. Cuántas cosas cambiarían en el mundo si así fuera.

Una vez hecha esta observación, se retiró a su esquina del vagón y se cubrió los ojos con el sombrero. Lotta Hedman, sin embargo, tenía la convicción de que no lo hacía para dormir, sino solo para reflexionar con tranquilidad acerca de lo que acababa de escuchar. Transcurridos unos instantes, sintió un fuerte deseo de continuar la charla. «Has de hablarle de Sigrun. Has de pedirle consejo a este hombre sobre el viaje que has emprendido», la conminó una clara voz en su interior. «Pero ¿por qué tendría que hablarle de Sigrun a alguien que es un completo desconocido tanto para ella como para mí?», se objetó a sí misma. Un momento después, sin embargo, el deseo volvió a surgir. «¡Háblale de Sigrun! Míralo ahora que se le ha caído el sombrero hacia un lado. Es una buena persona que ha sufrido mucho. Posee un corazón tan humilde que se considera inferior a cualquier persona que le salga al paso, por degenerada y pecadora que sea. Con este hombre se puede hablar de todo. ¡Háblale de Sigrun!». De nuevo otra voz en su interior opuso resistencia: «¡No, Lotta Hedman, ten cuidado! Ahora no estás en Stenbroträsk, donde conoces a todo el mundo. ¿Cómo sabes que este hombre es tan maravilloso? ¿Y si por dentro se está riendo de ti?».

El tren seguía rodando de estación en estación; la gente bajaba y subía. En una parada donde confluían varias líneas de ferrocarril, todos los pasajeros del vagón de tercera clase se apearon, salvo Lotta

Hedman y el hombre sentado frente a ella.

Apenas se quedaron a solas, él se enderezó en su asiento, colocó el sombrero en el portaequipajes de arriba y comenzó a hablar.

Era amable, inteligente, jovial y, sobre todo, sumiso y dulce. Justo esa dulzura hacía que nadie pudiera estar en su presencia más de cinco minutos sin arder en deseos de confiarle todas sus tribulaciones. «Este va a comprender mis debilidades», pensaban todos los que trataban con él. «Me vendría bien hablarle de mis problemas. Él entendería lo mal que lo estoy pasando».

Así pues, Lotta Hedman, que para desviar la atención había iniciado una conversación sobre las condiciones de trabajo en la fábrica de cajas de Stenbroträsk, no tardó en interrumpirla a la mitad:

—Me gustaría pedirle consejo sobre una cosa. Hay algo que me preocupa y ya sabe que vivo sola y no tengo a nadie a quien consultar.

—¡Pedirme consejo a mí! —exclamó él—. No soy quién para darlo. Pero cuénteme en cualquier caso qué le ocurre. Es usted una gran oradora y el viaje es largo. Voy a continuar hasta la comarca de Dalia. Me quedan un par de etapas para llegar a casa.

—Bueno, pues ocurre que tiempo atrás fui muy amiga de la hija mayor del pastor de Stenbroträsk —comenzó Lotta Hedman—. Fuimos compañeras de confirmación.

La voz se le quebró y se le enrojecieron los ojos.

—Nunca le he tenido a nadie tanto cariño como a ella —añadió, después de un momento de lucha contra la emoción.

El hombre permaneció inmóvil, sin hacer amago de meterle prisa ni empujarla a continuar. Parecía más bien estupefacto.

—Me gustaría contarle cómo fue la primera vez que ella se dirigió a mí, para que entienda qué clase de persona era.

—¡Adelante! —la animó él—. Será lo mejor. Y tómese el tiempo que necesite. Tenemos todo el día por delante.

—Pues bien, en aquellos días, cuando preparábamos la confirmación, sucedió que una mañana, durante un descanso, estábamos once o doce de los confirmandos en un rincón del patio de la iglesia hablando de un pasaje del catecismo. Recuerdo que uno de los muchachos observó que Dios, con toda seguridad, amaba a los seres humanos. Al fin y al cabo, Él nos había creado y, por tanto, tendría que estar satisfecho con su obra.

»Se daba el caso de que los que estábamos hablando en aquel rincón éramos los más pobres y los más jóvenes de la clase. Los demás, mejores y más refinados que nosotros, paseaban de un lado para otro en grupitos y a veces se arremolinaban en torno a la hija mayor del pastor, que también recibía la catequesis de confirmación aquel año. Era hermosa y tenía algo que atraía a los demás sin remedio. Casi no podías apartar los ojos de ella cuando estaba presente. Pero los que sabíamos que era del todo imposible que la hija del pastor nos quisiera como amigos nos quedábamos en un rincón e intentábamos consolarnos debatiendo acerca del catecismo.

»—Si fuéramos como ella —dije, señalando a la hija de pastor—, seguro que Dios estaría satisfecho con nosotros.

»De súbito, todos nos volvimos y nos quedamos contemplándola. El precioso y suave cabello castaño se le ensortijaba en pequeños rizos a la altura de las sienes y le caía en suaves ondas por el cuello. Tenía un rostro alargado, de mejillas delgadas, y mirarla a los ojos enmarcados en largas pestañas era como asomarse a un pozo profundo. Parecía hecha de un material más delicado que el resto de nosotros, como el de una grosella transparente. Era bastante alta y caminaba con la cabeza inclinada hacia un lado, lo cual nos parecía que cuadraba a las mil maravillas con el aspecto y el porte de la muchacha en su conjunto.

El oyente se inclinó de pronto hacia delante mientras se cubría los ojos con la mano. Ante él apareció la visión de un rostro que amaba desde lo más hondo tal y como lo recordaba de aquel día en el mar, cuando todo rebosaba belleza. Un rostro joven e interrogante en un grado extraordinario.

—Se llamaba Sigrun —añadió Lotta Hedman—, un nombre fuera de lo común, como todo en ella. Aquel mismo día, cuando la vi a la luz del sol junto al muro de la iglesia, comprendí por qué era imposible quitarle los ojos de encima. Pues, si bien era cierto que mostraba apariencia humana, como todos nosotros (tenía ojos, nariz y boca; había nacido en la rectoría de Stenbroträsk y sus padres no diferían de los del resto), había que estar ciego para dejarse engañar por aquello. Sigrun pertenecía a una categoría distinta a la de la gente corriente, no era de este mundo.

El hombre, que seguía tapándose los ojos con la mano, asintió de modo involuntario. Esa era la descripción más exacta: como un ser proveniente de otro mundo, como un ave migratoria extraviada que se hubiera separado de sus compañeros y se hubiera unido a una bandada de pájaros de otra especie.

—Y es que hay otros mundos —continuó Lotta Hedman—, hay muchos otros mundos aparte del que nos rodea. De uno de ellos era Sigrun. Pero quizá no entienda lo que quiero decir, ¿verdad?

—Claro que lo entiendo —replicó él antes de añadir, como si hubiera hablado con demasiada seguridad—: al menos, eso creo. Yo mismo conocí en una ocasión a una persona que también parecía provenir de otro mundo.

—Entonces me refugié en un rincón bajo el campanario. —Lotta Hedman reanudó su relato cubriéndose los ojos con ambas manos—. Tenía que reflexionar sobre lo que significaba eso, que Sigrun no fuera una persona corriente. Si ella venía de otro mundo, ¿acaso no se daría cuenta de que yo era una elegida para hablar en nombre de Dios? ¿Acaso no se dignaría a dirigirme la palabra? ¿Acaso aquella que era superior a los demás no haría gala de una mayor sabiduría y sería capaz de elegir mejor?

»No me permitieron estar a solas con mis pensamientos mucho rato. Mis compañeros, los doce muchachos que no se atrevían a acercarse a la hija del pastor, vinieron y se unieron a mí.

»—Lotta Hedman está triste porque Sigrun no le hace caso —observó uno de ellos.

»—Comprenderás, Lotta, que, con esas pintas que tienes, Sigrun no se interese por ti —saltó otro, en un intento de hacerme entrar en razón—. ¡Con ese pelo que te gastas, que parece un matojo silvestre!

»Me quedé quieta escuchándolos. Pensé que ojalá no hubiera nada más que nos separara, aunque lo más grave era que Sigrun procedía de otro mundo.

»—¡Y con el cuerpo ese tan raro y contrahecho, que hace que toda la ropa te quede mal! —continuaron mis compañeros—. ¡Y con esos ojos saltones y esa voz tan chillona!

»Hasta ese momento no había tenido ganas de llorar, pero ahora las lágrimas hacían amago de brotar ante los duros y crueles comentarios de los demás, a pesar de que con ellos intentaban ayudarme a que no me hiciera ilusiones. Entonces, sin embargo, me pareció de pronto ver una luz suave y acogedora ante mí, como un rayo de sol que entra en una habitación cerrada un frío día de invierno. Una mano fresca y aterciopelada me apartó las mías de la cara y, cuando levanté la vista, contemplé a Sigrun delante de mí: me sonrió y me preguntó si yo querría llevarla a la otra orilla en mi barca por la tarde, cuando hubiéramos terminado la catequesis.

»Aunque me daba cuenta de que los demás le habían hablado a Sigrun de mí, de lo pobre y achacosa que yo era, y aunque sabía que se acercaba a mí por compasión, experimenté una dicha indescriptible. No se puede imaginar el bienestar que me invadió y el amor que desde ese instante sentí por ella.

«El amor que desde ese instante sentí por ella», repitió para sus adentros el oyente, mientras rememoraba el momento en que unos labios le rozaban la frente, seguidos de una risita tintineante. «Aunque sabía que no lo hacía sino por compasión, aunque me daba perfecta cuenta de que solo era la compasión lo que la movía». Acto seguido, él murmuró unas palabras casi audibles:

—Sigrun, ¿por qué vuelves hoy a mí de esta manera? Pensé que te había alejado de mí para siempre. ¿Por qué vuelves?

—Por la tarde, cuando íbamos en la barca —siguió Lotta Hedman —, ella me preguntó si era yo quien había oído aquella música maravillosa en su casa el día del funeral de su abuela y quiso que se lo contara todo. Le conté eso y mucho más: le hablé de todas mis visiones, de las voces que oía, y no le oculté mi convencimiento de que llegaría a ser vidente y profeta de Dios. Sigrun no se burló de mí; solo dijo, con mucha humildad, que, aunque ella nunca sería capaz de ver tales cosas, también tenía una vocación muy clara: ser enfermera. Pero no quería ocuparse de los enfermos comunes, sino de los infectados por la peste o los leprosos. Y, si eso no era posible, cuidaría de los retrasados o enseñaría a los ciegos a leer o a los sordos a hablar. Su pena más honda, decía, era que no creía que sus padres le permitieran dedicarse a un trabajo de esa clase. Todavía recuerdo lo guapa que estaba mientras se confiaba a mí.

El hombre que tenía delante levantó la vista un momento; le centelleaban los ojos.

—Me deleita oír esa historia. No se imagina cuánto.

—Es muy amable por su parte. Creía que a estas alturas estaría harto de escucharme.

—Ni mucho menos —le aseguró él—. No me cansaré nunca de lo que me cuenta acerca de la hija del párroco de Stenbroträsk; por mí, puede seguir hablándome de ella hasta que nos separemos. Entiendo que después de ese paseo en barca se hicieron buenas amigas, ¿no es así?

—Sí, ya lo creo que nos hicimos buenas amigas. Salíamos a remar casi todas las tardes mientras duró la catequesis, porque a Sigrun le encantaba ir en barca, de ribera en ribera, sin propósito alguno. No le gustaban los barcos de vapor, ni los ferrocarriles, ni montar a caballo, pero sí pasear en una barca de remos. Y lo que más ansiaba era salir a mar abierto.

El hombre sentado frente a ella había vuelto a inclinar la cabeza y a cubrirse los ojos con la mano. «Sí», pensó, «llevaba mucho tiempo deseando salir al mar, según me dijo; era su anhelo desde los quince años. Y fui yo quien hizo realidad su deseo. He hecho algo bueno en mi vida, al fin y al cabo».

Como no necesitaba que la animasen a continuar, Lotta Hedman prosiguió sin pausa con su relato.

—Creía que en cuanto terminásemos la catequesis no volveríamos a vernos, pero llegado el verano Sigrun bajaba casi todos los días a la ribera, donde yo la esperaba con la barca, y remábamos río arriba y río abajo durante horas. Esto se repitió verano tras verano; fue la época más feliz de mi vida.

El hombre sentado enfrente exhaló un hondo suspiro: «¿Por qué vuelves a mí, Sigrun?», susurró. «¿Por qué vuelves así, tan joven, tan buena, tan hermosa, tan inexperta e inmaculada? He intentado imaginarte como una mujer madura, una madre con hijos, una esposa cariñosa y devota. ¿Por qué te me apareces en el más fresco esplendor de tu juventud?».

—Ahora voy a contarle qué fue de aquella amistad —prosiguió Lotta Hedman—. Pues bien, pasados cuatro años, una tarde primaveral de domingo, yo estaba en casa contemplando por la ventana que daba al oriente un magnífico caserío que se alzaba en el horizonte. Ante mí se mostraban todas sus edificaciones rojas, una tras otra, y yo me preguntaba de qué finca se trataba y por qué se erigía tan espléndida justo aquella tarde.

»El día tocaba a su fin y empezaba a oscurecer. Padre y madre habían ido a la iglesia por la mañana y en ese momento estaban sentados a ambos lados de la estufa, fumando y charlando, mientras yo seguía junto a la ventana mirando aquella finca, que se recortaba contra el cielo gris del atardecer.

»La construcción principal era una casa roja de dos plantas, situada en lo alto de una loma, por cuya ladera crecían un buen número de manzanos centenarios. Junto al manzanar se veían un establo y unos graneros, y al otro lado había cuadras, cobertizos y una gran bodega de piedra con una única pequeña recámara construida en el tejado. Al lado de la bodega crecía un árbol que yo no reconocía, de grueso

tronco rugoso y amplias ramas blancas. Parecía tener muchos años y había en él algo hosco y amenazador.

»Padre y madre, sentados junto a la estufa, no necesitaban apenas decirse nada, pues se leían los pensamientos de tan bien que se conocían.

»—¡Ah, qué lástima me da Lotta! —suspiró madre.

»Y padre asintió, sin preguntarle a qué se refería, ya que, por supuesto, estaba pensando lo mismo que ella.

»Yo me dije que eran palabras necias, pues ¿cómo podían compadecerse de mí cuando yo era tan feliz con mis visiones y las voces que me hablaban?

»El gran caserío seguía apareciéndose con nitidez ante mí. Se me antojaba que en cualquier momento me sería posible cruzar la verja para visitar la casa. Veía las herramientas abandonadas en el patio, el cubo junto al pozo, la caseta del perro, el palomar: supuse que se trataba de una importante heredad, pues todo era opulento, pero también estaba impregnada de un aire rancio y anticuado. Se hallaba desierta y sumida en una quietud y un silencio totales, no había rastro alguno de hombre ni bestia.

»Entonces me fijé en algo que me sorprendió más que ninguna otra cosa: una albarrada separaba la finca de los sembrados y en el centro de ella se abría una cancela. Uno de los puntales se mantenía recto y firme, pero el otro se veía grisáceo de casi podrido: se habría caído al suelo si no lo hubieran sostenido varios travesaños y listones.

»En cuanto le eché la vista encima a ese poste viejo, sentí un escalofrío y me asusté tanto que no quise seguir mirando. Me tapé los ojos y me retiré de la ventana, pero el caserío no se me borraba de la cabeza. Cuando un rato después me asomé de nuevo, allí seguía, igual de hermoso y resplandeciente, recortándose con esplendor contra las negras colinas que se alzaban tras él. Era un gozo contemplarlo y de su aspecto se deducía que en él vivía gente rica y poderosa. Todo estaba bien conservado, excepto aquel poste. Intenté no detener la vista en él porque me daba miedo, pero, justo cuando aparté la mirada, reparé en que, al contrario de lo que yo pensaba, allí había alguien. Una persona se hallaba sentada en la ventana de la recámara construida sobre la bodega y miraba hacia abajo, hacia el poste que se hallaba a sus pies.

»Era una anciana de rostro severo pero bello y pelo blanco recogido bajo un tipo de gorro que yo nunca había visto llevar a nadie. Tenía los brazos cruzados y los ojos fijos en el poste, al que miraba como petrificada.

»La visión de esa mujer me infundió aún más espanto que el deteriorado poste, así que me aparté de la ventana e intenté alejarla de mi cabeza pensando en Sigrun. Pensé en lo buenas amigas que habíamos sido y que seguíamos siendo. No había nada que pudiera separarnos. El invierno anterior Sigrun había estado fuera, en el sur, de visita a unos parientes, durante varios meses, pero, cuando regresó, volvimos a ser uña y carne.

»Solía bastarme con invocar la imagen de Sigrun para desterrar de

la cabeza cualquier pensamiento sombrío. Pero esa vez no me sirvió de nada. Cuando me giré de nuevo hacia la ventana, la vieja quinta continuaba allí y la anciana permanecía sentada en idéntica actitud, dirigiendo con terquedad la mirada lúgubre hacia el mismo lugar. Y padre y madre, junto a la estufa, tampoco habían cambiado de postura ni de tema de conversación.

»—Sí, va a ser duro para Lotta —reflexionó madre—. Pero tiene la vida por delante y, cuando se es joven, uno olvida.

»Sí, cuando eres joven, es fácil olvidar —asintió padre.

»Y dicho esto suspiraron y dieron profundas caladas a sus pipas.

»Un cúmulo de negros pensamientos se apoderó de mí. Empecé a imaginarme que mis padres tenían razón. Tal vez iba a pasarme algo malo. Así que lo intenté de nuevo: pensé en Sigrun; me acordé de ella cuando, unos meses atrás, vino a contarme que estaba prometida con un pastor al que había conocido mientras visitaba a sus parientes.

»Mostraba una gran alegría por el hecho de que su prometido fuera sacerdote: siendo ella misma hija de un pastor, le iba como anillo al dedo. ¿Podría creer que ya estaba a cargo de su propia congregación, con solo treinta y pocos años? Se trataba de una parroquia pequeña, pero tampoco se quedaría allí mucho tiempo, pues con su talento no pararía hasta llegar a obispo. En cualquier caso, era una suerte que tuviera su propia casa, porque así podrían casarse ya en otoño.

»Al principio me sorprendí un poco, ya que siempre había dado por sentado que ella acabaría siendo enfermera, pero me explicó que ser la esposa de un sacerdote venía a ser lo mismo, o incluso mejor para su vocación, porque ahora tendría toda una parroquia a la que asistir y socorrer.

»Mientras pensaba en ello, miré hacia fuera, confiando en que el miedo se hubiera disipado. Pero lo que vi entonces me aterrorizó aún más: la anciana se había puesto de pie y me encontré con su mirada, cargada de una cólera tenebrosa y un odio feroz. A continuación, levantó una mano encallecida y con ella me hizo un gesto amenazador, mientras que con la otra señalaba el poste de la puerta. Era como si quisiera decirme que me guardara de tocar aquel poste si no quería que sobre mí cayese la desgracia.

»La anciana tenía un aspecto tan temible que me hacía estremecer, pero al mismo tiempo se la veía vieja y desvalida hasta un punto tan desgarrador que casi me echo a llorar de lástima.

»Sin embargo, en cuanto levantó la mano, todo desapareció. Todo, tanto la finca como la propia anciana y el poste. Era como si nunca hubieran existido. Sentí un gran alivio. ¿Por qué había de inquietarme que Sigrun tuviera a su prometido de visita unos días? ¿Por qué padre y madre habían de estar preocupados por haberlo visto aquel día en la iglesia?

»Y entonces, por fin, divisé un par de cabezas que se acercaban por encima de la orilla del río. Me puse tan contenta que llamé a mis padres de inmediato:

»—¡Mirad, esos que van caminando a la vera del río deben de ser Sigrun y su prometido! ¡Seguro que viene a presentármelo!

»Madre entonces se apresuró a guardar la pipa y se puso a colocar todas las sillas en su sitio y a fregar unas gotas de agua que se habían derramado por el suelo. Padre, en cambio, se situó ante la ventana, junto a mí, y ambos nos quedamos mirando a los visitantes. En ese momento vi por primera vez al novio, que venía con su prometida bajo el brazo. No era muy alto, pero sí de complexión fuerte, fornido y ancho de hombros. Y tenía un torso bello y bien formado. No se apreciaba ningún defecto en él, aparte de una miopía que lo obligaba a llevar gafas.

»Entraron en casa con semblante orgulloso y feliz. Yo también estaba encantada con el novio de Sigrun y me alegraba que hubieran venido a verme. Parecía un hombre capaz de cuidar de su mujer y luchar por ella contra viento y marea; mientras tuviera un apoyo así a su lado, nunca se sentiría desdichada ni caería en la desesperanza.

»El prometido saludó con gran amabilidad a padre y a madre. Pero cuando se acercó a mí, entornó los ojos miopes y adoptó una expresión burlona:

»—Bueno —repuso—, así que aquí tenemos a la gran profetisa de Stenbroträsk. Miedo me da: capaz como es de ver el interior de la gente, ¡imagínense que ve algo que le disgusta y no me da su aprobación!

»Se echó a reír, secundado por Sigrun, y padre esbozó una sonrisa. Al parecer, yo era alguien risible y digno de burla.

»Primero, una oleada de sangre me inundó el rostro y me puse roja como la grana. Luego sentí cómo me tensaba, cómo todo el cuerpo se me quedaba agarrotado. No era capaz de entender que alguien osara hablar de modo tan abierto de aquello que era mi secreto más sagrado. ¿Y cómo podía Sigrun haberle revelado a su prometido lo que yo le había contado en la más estricta confidencia?

La voz de Lotta Hedman se elevó en un tono cortante, igual que cuando les hablara de su solitaria y dura existencia a los viajeros del tren. Un dolor agudo le resurgía en el interior. El hombre que tenía delante levantó la vista con una sonrisa melancólica:

—Tendría usted que habérselo imaginado. Sigrun estaba entregada a él en cuerpo y alma, compartía con él todos sus pensamientos y experiencias.

—Sí, tal vez —repuso la narradora—, pero fue un golpe muy duro. Madre intentó responder por mí al darse cuenta de que yo me había quedado muda.

»—Aquí la muchacha tiene una madre muy simple —intervino—, pero Dios ha escuchado mis plegarias. Me ha dado una hija que ve y comprende más que los demás.

»Pensé que era muy valiente al salir en mi defensa. Me hubiera gustado arrodillarme y darle las gracias, pero entonces ella también se calló: el pastor se ajustó las gafas, le lanzó una mirada severa y empezó a hablar con voz grave, solemne y trascendental, como si predicara desde el púlpito:

»—Nosotros, los cristianos, hemos de tener mucho cuidado de no volver a caer en el paganismo. Porque aquel que intenta adentrarse en

lo sobrenatural, lo que quiere es seguir su propio camino en vez del camino de Cristo. Quiere fabricar sus propios dioses, tal vez convertirse él mismo en Dios.

»Continuó con su sermón un buen rato sin que ya nadie se atreviera a contradecirlo. ¿Dónde quedaba todo lo que yo había visto y oído? Era como si se lo hubiera llevado el viento desde el momento en que aquel hombre entrara en casa. Me vi obligada a permanecer allí sin rechistar, oyendo impotente cómo me enmendaba la plana delante de Sigrun y de mis padres.

»Ella miraba a su prometido con una expresión radiante de honda y sumisa admiración. Vi lo contenta que estaba de que él se tomara la molestia de ponerme en el buen camino; ahora ella compartía su parecer, consideraba que todas las cosas que antaño compartiéramos eran perjudiciales y peligrosas. Si él me reprendía, lo hacía por mi bien y yo no tenía más remedio que apartarme de la senda equivocada y tratar de ser como los demás.

»Me sentí destrozada. Habría preferido morir a ver cómo Sigrun me traicionaba.

El oyente volvió a levantar la cabeza:

—Bueno, resulta conmovedor que ella no tuviera opiniones propias, sino que se hubiera arrogado las de él —intervino—. Justo eso es lo hermoso de ella.

Lotta Hedman continuó su relato sin responder a esa observación:

—Los prometidos se quedaron un buen rato con nosotros y, por supuesto, no solo hablaron conmigo, sino también con padre y madre. Todo lo que él decía rebosaba sensatez y amabilidad; se notaba que era un hombre muy cabal. Cuando abandonaba el tono de sermón, su voz sonaba fresca y alegre. No era difícil comprender que Sigrun se hubiera enamorado de él.

»Yo no dije esta boca es mía durante el resto de la velada. Sigrun a veces me miraba con expresión sorprendida y acabó por preguntarme si me encontraba mal. Me limité a negar con la cabeza; para ella era inconcebible que yo pudiera reaccionar de otra forma que no fuera dando saltos de alegría.

»Me sentí muy aliviada cuando al fin salieron por la puerta. Pero al cabo de unos minutos volvió a entrar Sigrun sola: venía a buscar sus manoplas, que había dejado olvidadas.

El interlocutor de Lotta Hedman asumió una expresión atribulada. «¿Qué derecho tienes a estar escuchando toda esta historia sobre Sigrun?», se interrogó. «¡Cuidado, cuidado! Vas a volver a añorarla, a sufrir por ella; la antigua y dolorosa pasión se va a despertar de nuevo. Volverás a pasar por lo que pasaste hace seis años, ¿recuerdas? Cuando día tras día ibas a las rocas a soñar con su amor».

—Y entonces —continuó Lotta Hedman— aprovechó para preguntarme si su prometido no me parecía el ser más extraordinario y maravilloso del mundo. ¿No era increíble que existiera alguien así? Al ver que yo seguía sin decir nada, se le acabó la paciencia:

»—¿Qué mosca te ha picado? ¿Por qué estás tan callada y hosca? Pensé que te vendría muy bien hablar con un pastor. Y mi prometido

tenía muchas ganas de conocerte. Le he hablado mucho de ti y le he contado lo excepcional que eras. ¿Qué va a pensar ahora?

»Permanecí inmóvil sin responder hasta que Sigrun salió de nuevo; entonces corrí tras ella.

»—No te cases con él, Sigrun —exclamé—. Te va a hacer desgraciada.

»La que hasta entonces había sido mi amiga me miró con los ojos abiertos como platos. Yo añadí, llena de angustia:

»—Matará tu alma como ha matado la mía.

»Ella se puso seria:

»—¿Cómo puedes ser tan mezquina? ¿Cómo eres capaz de hablar así de él solo porque no te sigue la corriente y se atreve a decirte lo que no te gusta oír?

»Y dicho esto, se marchó, esta vez para no volver.

»Yo me alegré de que ni padre ni madre hicieran ningún comentario, de que no trataran de consolarme ni de aclarar lo ocurrido. Me retiré a la estrecha y gélida cocina y rompí a llorar; lloré sin parar durante horas. Lloré por aquella hermosa amistad rota; lloré por mi alma, que me había sido arrebatada y que nunca recuperaría; lloré por la afrenta sufrida, por haber mordido por primera vez el amargo fruto del escarnio.

Igual que cuando concluyera su largo discurso acerca de la carta enviada al rey y el advenimiento del Glorioso Milenio, Lotta Hedman bajó la voz. Acusando aún el dolor que aquella antigua humillación le había causado, el semblante le adquirió una expresión de sufrimiento lacerante.

Capítulo 13

Hånger

¡Ah, qué contenta estaba Lotta Hedman de poder referir todo aquello! ¡Qué placer le proporcionaba hablar de Sigrun! ¡Cómo se esforzaba por expresarse en un correcto sueco! ¡Qué empeño ponía en darles a sus palabras un aire tan solemne como el de un devocionario! ¡Cuán agradecida estaba a aquel oyente, que seguía allí sentado escuchándola con paciencia inagotable!

—Ahora solo me queda contarle una cosa para que pueda darme el consejo que necesito —solicitó.

—¡Por supuesto, adelante! —replicó él—. ¡Cuénteme lo que crea conveniente! Tenemos tiempo.

Lotta Hedman retomó de inmediato el tono narrativo.

—Bueno, pues un día de otoño de ese mismo año —comenzó— estábamos padre, madre y yo y se puso a llover con tal fuerza que tuvimos que entrar corriendo a casa para no empaparnos. Apenas entramos, la puerta volvió a abrirse de un tirón e irrumpieron un par de hombres enormes. Con amabilidad nos pidieron permiso para guarecerse con nosotros mientras durara el chaparrón. Padre les dio la bienvenida y madre y yo les pusimos sendas sillas junto a la entrada.

»Uno de ellos, que era muy hablador, le preguntó a padre si creía que podrían encontrar trabajo en el nuevo aserradero que se estaba construyendo en Stenbroträsk. El otro, en cambio, guardaba silencio y miraba por la ventana que daba al oriente.

»Y justo fue esa ventana la que el aguacero comenzó a azotar con furia. Caía tanta agua por los cristales que apenas se podía ver nada de lo que había detrás de ellos.

»Me pregunté qué sería lo que aquel hombre contemplaba, porque no se me escapaba que no eran solo las gotas de lluvia y el granizo lo que absorbía su atención. Me acerqué y me senté en mi sitio de

siempre, en la silla junto a la ventana, y me puse a mirar por ella yo también, pero no se me aparecieron ante la vista nada más que casitas grises y el agua que caía de todos los tejados. Estaba tan nublado y oscuro que era imposible ver más allá de la orilla del río, donde la gris nube de lluvia se cernía como un telón espeso.

»Recordé que antaño me había sentado ante aquella ventana en noches oscuras o en días de copiosas nevadas sin que ni la oscuridad ni la nieve hubieran sido obstáculo para mis visiones: había visto barcos que surcaban las aguas y trenes que pasaban como una flecha, reyes que partían hacia hermosas ciudades, cortejos nupciales que desfilaban con boato, ángeles que bailaban y jugaban ante mis ojos.

»¿De qué me servía ahora sentarme allí? El ojo con el que antes veía todas esas cosas me había sido arrancado del rostro y ante mí no se aparecían más que granjas, cobertizos y lluvia torrencial. Ya no me llegaban mensajes, advertencias ni revelaciones. Contra el muro ceniciento de nubes me parecía que se recortaban algunas casas rojas y bosques de altos árboles, si bien las imágenes eran borrosas e indistintas.

»Me había convertido en una persona normal, igual a todas las demás; intenté congratularme por esa circunstancia, pero me pesaba la pobreza de esa nueva vida en la que no me era dado ver ni oír nada que no perteneciese al mundo de lo real. No experimentaba ninguna alegría de vivir. Me sentía como alguien que, tras haber estado largo tiempo convidado a un copioso banquete de bodas, ahora no tuviera ni una migaja de pan que llevarse a boca.

»No había nadie a mi lado que pudiera consolarme, pues Sigrun estaba a punto de casarse e irse a vivir con su marido a la parroquia de Applum, en la comarca de Bahusia. Ella me había pedido que la acompañara a su nueva casa para ayudarla, pues así lo habíamos acordado hacía tiempo. Pero yo le contesté que prefería quedarme en Stenbroträsk con padre y madre. No quería saber nada de Sigrun, quien no había vuelto a ser la misma desde que me oyera hablar mal de su prometido. Yo ya no podía seguir viéndola como un ave extraviada; a mis ojos, se había creado un hogar nuevo en el mundo terrenal.

»En medio de mis pensamientos más sombríos, oí pasos: hacia mí se acercó uno de los dos caminantes, el que hasta entonces había permanecido callado, y contempló la lluvia en los cristales.

»—¡Qué ventana tan peculiar! —exclamó, y me tocó un brazo para hacer que girara la cabeza hacia el cristal—. ¿Ve usted lo mismo que yo?

»—No veo nada —respondí—. Pero ¿por qué le parece tan peculiar esta ventana?

»—Tiene que serlo. Si no, ¿cómo es que desde una casa de campo en Stenbroträsk se ve la quinta de Hånger, que está en la comarca de Dalia?

»—¿Se refiere usted al caserío que está en lo alto de una loma, con la ladera llena de manzanos? —pregunté—. ¿Hay en él una bodega con una recámara en el tejado y una cancela con un poste viejo y

podrido? ¿Ve a una anciana sentada en la ventana de la bodega?

»—Sí —El hombre se inclinó para ver mejor—. Eso es. Hay una anciana sentada en la ventana de la recámara, en efecto.

»—¿Y está la anciana mirando el poste de la puerta? ¿Como si no pudiera quitarle ojo de encima?

»—Pues claro —contestó con la respiración entrecortada—. Está vigilando que el poste no se caiga. Está condenada a hacerlo hasta el fin del mundo.

»Me di cuenta de que la visión lo atormentaba. Grandes gotas de sudor le resbalaban por la frente, se había puesto lívido y le costaba articular las palabras. Apartó los ojos de la ventana y se volvió con rapidez hacia mí.

»—¡Pero si usted ha dicho que no veía nada!

»—Hoy no veo nada —repliqué—, pero una vez, la primavera pasada, vi esa misma finca.

»Reparé entonces en que tanto padre como madre y el otro forastero se habían acercado a nosotros y estaban allí escuchándonos.

»—A muchos en nuestra familia les pasa eso —oí que el otro hombre le decía a mi padre en voz baja—, pero, que yo sepa, mi hermano no había visto nada hasta hoy.

»El que me había hablado dirigió de nuevo la vista hacia la ventana y enseguida retrocedió horrorizado:

»—¡Me ha mirado! ¡Ha llegado mi hora!

»Resultaba de lo más extraño ver tan asustado a un hombre tan grande y fuerte como aquel. Pero ni siquiera madre, que tenía la risa fácil, hizo amago de sonreír.

»—Cantemos un salmo —le susurré. Y madre y yo entonamos la primera estrofa que se nos ocurrió.

»Mientras cantábamos, dejó de llover. La nube gris ya no se alzaba como un muro sobre la orilla del río y un rayo de sol se filtró en la estancia. El que había tenido la visión se había sentado en una silla y se llevaba las manos a la cara. No se atrevía a levantar la vista ni a moverse. Su hermano, ahora que el día se había despejado, intentó hacerlo entrar en razón:

»—Vamos, Jon, ha escampado y podemos seguir nuestro camino. Mira hacia fuera y verás que ya no hay nada de lo que has visto.

»Pero Jon se agachó con la cara entre las manos y levantó el codo para indicar a su hermano que se apartara:

»—¡No, Anders, no! ¡Déjame en paz! No me atrevo.

»Anders nos miró a los demás y negó con la cabeza:

»—No es de extrañar que tenga miedo —explicó—. Lo que ha visto es algo que existió en el pasado. El caserío del que habla es donde nació nuestro bisabuelo.

»—Ha dicho que se trataba de la quinta de Hånger —me aventuré a intervenir, ya que nadie reaccionaba.

—Sí —asintió—, Hånger lleva por nombre, está en la comarca de Dalia y a los de allí nos llaman «los gigantes de Hånger». Somos más corpulentos que los demás y la gente afirma que es peligroso tratar con nosotros. Yo no sé qué es lo que tenemos de especial, aparte de

que todos acabemos quitándonos la vida. Mi padre lo hizo, y mi abuelo, y el padre de mi abuelo.

»Acto seguido, volvió a hacerse el silencio. Un escalofrío nos recorrió; nos vimos incapaces de preguntar ni de decir nada. El forastero, dado que ya nos había hecho tal revelación, pareció verse obligado a contarnos el resto:

»—Se dice que todo tiene su origen en una historia muy antigua. En los viejos tiempos vivían en Hånger hombres ricos y altivos que no se inclinaban ante nadie y que a casi todas horas andaban a la gresca con los clérigos. Se cuenta que uno de ellos mató a un párroco por celos, pero nunca se descubrió quién fue el responsable del asesinato. Como no se expió el pecado, desde entonces todos los que pertenecen a la estirpe de los Hånger han de sufrir una muerte violenta, por mano propia o ajena.

»—Pero eso no es justo —terció mi madre—. Los inocentes no tienen por qué pagar las culpas de otros.

»—No será justo, pero ocurre —replicó el hombre—. A veces es difícil entender por qué las cosas son como son. Parece que en Hånger había una mujer, la madre del que mató al pastor. Se dice que ella lo sabía todo y que ayudó a su hijo a enterrar el cadáver bajo uno de los postes de la cancela. Mucho después de muerto él, se sentó a vigilar ese poste para que nadie lo tocase, para que no pudieran quitarlo y reemplazarlo por otro. Se acomodó en una habitación cercana a la cancela y ahí se sentó a vigilar día y noche, y se cuenta que ahí sigue. Ahora Hånger ya no pertenece a la familia y los gigantes andamos dispersos por todas partes, pero todos los que guarden parentesco con la anciana tendrán el don de verla. Según dicen, ella nos persigue allá adonde vayamos para cerciorarse que todos y cada uno de nosotros seamos castigados por el atroz crimen.

»Mi madre no se contentó con la explicación:

»—Eso no puede continuar así. ¿No van a hacer nada para ponerle fin?

»—Tiene mucha razón. Algunos lo han intentado. A dos de ellos les pareció buena idea dedicarse al sacerdocio. Pero no sé si eso fue del agrado de la vieja comadre. Uno de ellos nos ha dejado muy joven; el otro aún vive.

»El terror crecía en mí mientras yo ataba todos los cabos. Antes de formularla, ya sabía cuál sería la respuesta a mi pregunta:

»—¿Se trata del pastor Rhånge?

»—Pero, hija, ¿qué quieres decir? —gritó madre.

»El mozo me contestó sin demora:

»—Sí, así es. Rhånge lleva por apellido: un anagrama de Hånger. Es párroco en Applum, en Bahusia, y creo que está a punto de casarse con la hija de un pastor de Stenbroträsk.

El hombre que escuchaba a Lotta Hedman hizo un movimiento brusco.

—En fin, no me atrevo a decir que por fuerza se les deba hacer caso a leyendas tan antiguas —concluyó ella—. Pero tal vez haya algo de verdad en todo ello y tal vez fuera un error por mi parte no haber

acompañado a Sigrun a Bahusia cuando me enteré. Y tal vez esa es la razón de que sobre mí haya caído la desgracia. Porque, aunque he recuperado el poder de ver y oír, el hecho de que nadie quiera escucharme quizá se deba a haber faltado a mi deber para con Sigrun. ¿Hago lo correcto ahora al…?

Se interrumpió de pronto. El semblante, tan expresivo hasta ese momento, se le quedó petrificado.

—Veo algo —anunció—. Veo vastas llanuras nevadas. Una luz cegadora. Y una tienda de campaña, una tienda negra, y un trineo alargado…

En ese preciso momento el tren entraba en una estación. El compañero de viaje de Lotta Hedman se levantó a toda prisa de su asiento y levantó el brazo hacia el estante para bajar su equipaje. Lotta Hedman no se dio cuenta, inmersa en la visión que se aparecía ante ella.

Cuando el hombre se apeó y se alejó por el andén, se oyó la voz de Lotta que lo llamaba. Él siguió adelante sin volverse.

Lotta tiró con todas sus fuerzas de la correa de cuero para bajar la ventanilla, pero, cuando por fin lo consiguió, el hombre había desaparecido.

Capítulo 14

El encuentro

Dos días después, Lotta Hedman iba subida a un coche que traqueteaba a lo largo de un camino pedregoso por la parroquia de Algeröd, la cual se halla situada en la parte oriental de Bahusia, lejos del mar, lindando con la comarca de Dalia.

«¡Que Dios nos guarde!», pensó mientras miraba a su alrededor. «Esto es peor que Laponia. Nunca en mi vida había visto tanta roca pelada. ¿Cómo puede nadie vivir y procurarse el sustento en semejante desierto de piedra?».

El camino discurría, en efecto, por una amplia llanura de tierras rocosas. En algunos puntos brotaban enebros, brezo, abetos y musgo que no llegaban nunca a cubrir la desnuda superficie pétrea. Cuanto más contemplaba ese paraje, más se le caía el alma a los pies.

«¿Cómo demonios se les ocurriría a Sigrun y a su marido trasladarse a un lugar así? Por lo que parece, antes estaban mejor situados: cerca del mar, en una parroquia próspera, con gente alrededor. ¿Por qué se han retirado a un páramo como este?».

Aquella zona pedregosa le recordaba su propia desesperanza.

«Aquí no hay quien se gane la vida, ni el párroco ni nadie. Tendré que volverme a casa si no pueden permitirse alojarme».

En ese momento ya no le parecía tan buena idea ir al encuentro de su compañera de confirmación Sigrun Rhånge sin que nadie la esperara ni se lo hubiera pedido. Pensó que tendría que haberle enviado un mensaje por medio de los padres de Sigrun o haberla informado de su llegada de alguna otra forma.

«¡Dios mío! Desde que Sigrun se marchó de Stenbroträsk hace seis años, no sé casi nada de ella. Me escribió algunas veces el primer año

y el verano que vino de visita a casa la vi en un par de ocasiones, pero ni ella ni yo hicimos nada por reavivar nuestra antigua amistad.

»No debo olvidar las hermosas cartas que me envió cuando nació su pequeña. Me alegraron mucho. Incluso quería que me mudara a su casa para ayudarla a cuidar de la niña. Pero yo no podía dejar a mis padres y además no tenía ganas de atender sus ruegos. Se me hacía cuesta arriba la idea de convertirme en la criada de Sigrun y le tenía miedo a su marido. ¡Cómo me he arrepentido después! Cuando la niña murió, no pude evitar pensar que igual habría sobrevivido si yo hubiera estado allí. Quizá Sigrun piense lo mismo. Desde entonces no he vuelto a saber nada de ella».

Empezó a sentir una fuerte opresión en el pecho. Todo el viaje se le antojaba ahora superfluo.

«Bueno, que sea lo que Dios quiera», se dijo para conjurar la creciente desazón. «No ha pasado día sin que haya oído voces que me ordenaban partir. No tuve paz para reflexionar con sensatez. Yo les pedía a aquellas voces respuestas sobre la guerra y el Glorioso Milenio, pero ellas insistían: "Lo primero es Sigrun, Sigrun ante todo". Y una vez muertos padre y madre, con mi hermano como nuevo dueño de la casa y yo relegada al miserable cuartucho del sótano, ¿por qué no iba a venir a ver si mi antigua amiga me necesita? ¡Vamos, Lotta Hedman, arriba ese ánimo! Cuando menos, verás algo de mundo. No habrás malgastado tu dinero en vano».

Mientras con estos pensamientos se esforzaba por recuperar su menguante confianza, el cochero levantó el látigo y señaló la torre negra y puntiaguda de un campanario que se alzaba entre los árboles.

—¡Ahí está la iglesia! Ya casi hemos llegado.

Poco después, la carretera comenzó a descender hacia un estrecho valle. Al fondo serpenteaba un río junto al que se divisaban granjas, casas, campos, arboledas y una pequeña iglesia blanca.

Pero antes de llegar allí, el granjero volvió a levantar el látigo.

—Me parece que esa que camina delante de nosotros es la mujer del pastor.

Al oír esto, Lotta Hedman sintió que el peso que le oprimía el pecho aumentaba hasta casi impedirle respirar. Todo el coraje le desapareció.

«Oh, ¿por qué se me ha ocurrido venir?», se lamentó para sus adentros. «Puede que Sigrun ni siquiera se acuerde de mí. ¿Por qué me he lanzado a esta aventura? ¿Para ser objeto de burla y escarnio?».

Cuando el cochero, que creía que su pasajera iba a la rectoría a servir, le preguntó si quería parar para saludar a su nueva señora, la confusión de apoderó de ella.

—¡Santo cielo! —suspiró—. Lo único que querría es dar media vuelta.

Cuando Sigrun se hallaba a tan solo unos pasos, la angustia creció hasta hacerse insoportable. Viendo cómo toda su fe en las llamadas y en las voces la abandonaba, Lotta alargó la mano para tomar las riendas:

—¡Demos la vuelta, por favor! —gritó—. No sigamos adelante. Creo

que me he equivocado de lugar.

Sin embargo, estaban ya tan cerca que Sigrun alcanzó a oírla y giró la cabeza. Cuando vio a la mujer del coche intentar apoderarse de las riendas, una leve sonrisa se le dibujó en su semblante serio. Un segundo después, sin embargo, la sonrisa se le borró de los labios y, llevándose una mano al corazón, se precipitó hacia la viajera.

—¿Eres tú, Lotta? ¿De verdad eres tú? —exclamó con lágrimas en los ojos.

Al verla llorar, Lotta no pudo sino pensar que lo hacía por su pequeña, muerta a causa de que ella no había ido a cuidarla. Se arrojó entonces del coche con la intención de arrodillarse a sus pies y pedirle perdón. Mas antes de que le diera tiempo a hacerlo, Sigrun la atrapó entre sus brazos: ¡cómo se alegraba de verla!

Lotta comprendió entonces que las lágrimas de Sigrun eran de alegría por tenerla allí y ella misma se vio invadida por la dicha: aquello era lo más grande que le había ocurrido nunca. Al mismo tiempo, sin embargo, un pensamiento le cruzó la cabeza: «¡Qué desgraciada debe de ser Sigrun! No se alegraría tanto de ver a su pobre compañera de confirmación si fuera feliz».

Capítulo 15

La rectoría

Una tarde de noviembre, cuando los días eran cortos y las noches parecían no acabar nunca, la paz y el silencio envolvían la rectoría de Algeröd y sus alrededores. Los caballos descansaban en el establo tras la jornada de faena, las vacas ya habían sido ordeñadas y las gallinas dormían en su percha.

En la sala de calderas, o, mejor dicho, en la pequeña recámara anexa, se hallaba Lotta Hedman reflexionando ante la Biblia. Pertrechada de una pluma, tinta y papel, estudiaba a fondo su querido libro del Apocalipsis.

En la cocina de la vivienda principal, donde el fogón ya se había apagado, la cocinera y la doncella estaban sentadas a la máquina de coser, tratando de dilucidar cómo arreglar una blusa con la cual la costurera no se había esmerado demasiado, mientras en la casa de labranza el bracero se repantingaba en un banco en espera de la cena.

El pastor estaba en su despacho, si bien no sentado al escritorio, sino arrellanado en una mecedora colocada en un rincón, leyendo el periódico a la luz de una lámpara. Si levantaba la vista, alcanzaba a ver la habitación contigua, donde su esposa, sentada en un pequeño taburete y con las manos apoyadas en el mentón, miraba el fuego que ardía dentro de la estufa de cerámica.

Junto a Sigrun se hallaba el achacoso exjuez de distrito, a quien el pastor había acogido como inquilino para aliviar algo la acusada penuria económica que sufrían desde que se trasladaron a esa exigua parroquia en lo alto de las montañas. Era aquel un hombre de cincuenta años que, tras haberse pasado la vida de jarana, ahora había sido puesto bajo tutela y enviado al campo para evitar que arruinara

el escaso patrimonio y la poca salud que le quedaban. Se notaba que había sufrido una ligera apoplejía, porque tenía la cara un poco torcida y el ojo izquierdo entrecerrado, no le era fácil abrirlo; pero, aparte de eso, era un caballero apuesto y de buen porte. Tenía mucho mundo, pues había viajado a tierras lejanas, y hacía gala de una conversación entretenida e inteligente.

El exjuez había acercado un sillón a la estufa y le hablaba a Sigrun del extranjero, de esos países que ella nunca había visto ni vería, enterrada como estaba en una pequeña y pobre casa parroquial sueca. Sigrun, mientras tanto, se hallaba sumida en sus propios pensamientos y anhelos ansiosos, y dejaba correr el torrente de palabras de su interlocutor. Hubiera deseado poner mayor atención a las historias que este le contaba, pues tal vez eso la habría ayudado a distraerse de sus inquietudes, pero no se veía capaz de seguir el hilo.

El pastor levantaba la cabeza de vez en cuando y los miraba desde su habitación. Al detenerse a escuchar, reparó en que su inquilino estaba hablando de grandes ciudades que pertenecían a naciones donde la guerra hacía estragos. Le pareció que el que su mujer aguantara toda esa larga charla mostraba lo sufrida y paciente que era.

***

En la sala de calderas, la criada dio por terminada la jornada tras haber enjuagado las lecheras con agua caliente. Como ese espacio ya no se iba a utilizar más por aquel día, Lotta Hedman se trasladó allí con su lámpara, su mesa y su Biblia. Ante las enormes calderas encastradas corrió unas cortinas de color rosa que ocultaron el rincón ennegrecido y ahumado, y que casi lograron que aquello pareciera una sala de estar.

Había allí una cómoda silla de mimbre a la que añadió otra que sacó de su habitación y colocó junto a la mesa. Porque Lotta estaba acostumbrada a que Sigrun acudiera a hacerle compañía durante algunas de aquellas largas veladas. A veces, también el exjuez residente iba a verla y se quedaba con ella largo rato, tentándola a que hablase de Sigrun; en alguna ocasión, incluso el pastor se acercaba a tomarle el pelo preguntándole si había descifrado el enigma de los siete sellos y del Glorioso Milenio.

El párroco y su mujer le habían ofrecido a Lotta Hedman quedarse con ellos para cuidar de las gallinas y otros animales de corral, si bien debía contentarse con vivir en la casa de calderas. Ella aceptó encantada. La propia Sigrun había empapelado la recámara y le había puesto cortinas, también le había llevado bonitos muebles. Lotta había hecho traer sus pertenencias de Stenbroträsk; seguía su propio régimen de comidas, independiente del resto del personal, y por las noches tenía toda la casa de calderas a su disposición. Se sentía dueña de unos magníficos aposentos.

***

Casi al mismo tiempo que Lotta se trasladaba de la recámara a la sala,

el bracero salió de la casa de labor y fue a la cocina en busca de alguien con quien charlar. Allí se encontró con la lechera y se pusieron a hablar de sus señores: ¿es que el pastor no se daba cuenta de que el inquilino estaba enamorado de su mujer?

—Parece ser que antes tenía tantos celos —comentó la criada— que se mudó a nuestra parroquia para que su esposa no tuviera trato con nadie más que con él. Pero que el señor juez esté encaprichado de ella le da igual.

—Supongo que no cree que merezca la pena preocuparse por él —apuntó el bracero—. ¡Si no es más que un viejo medio inválido!

En la sala de estar, junto al fuego, el achacoso juez emérito seguía sentado en su butaca, pero ya no hablaba, sino que se había acomodado en el asiento y reflexionaba en silencio. Sabía que Sigrun no lo escuchaba. ¿Qué tema debía abordar para obligarla a hacerlo? Le había hablado de cómo era la vida allende los mares, del papel que las mujeres hermosas desempeñaban allí. Ellas solas bastaban para que uno se reconciliara con el mundo, le había dicho. Los hombres se volvían bondadosos y mansos al toparse con la belleza encarnada en la figura de una mujer joven. Quien poseyera el don de la hermosura tenía que considerar su deber el usarla para sanar y mejorar a los seres humanos, para expiar sus pecados. Lo cierto era que no sabía si ella había captado una sola palabra de todo eso.

Le resultaba más fácil atraer su atención cuando el marido estaba presente. Entonces, en lugar de hablarle a Sigrun, se dirigía en exclusiva a este, pues de tal modo, le parecía, la obligaba a establecer comparaciones entre, por un lado, un hombre de mundo como él mismo, que había vivido cosas trascendentes y conocido a personalidades relevantes, y, por otro, el simple clérigo que era su esposo, sepultado en un páramo, que no estudiaba, que no progresaba, que nunca iba a pasar de ser un capellán rural ramplón. Sabía que el pastor, que a menudo lo trataba de forma desdeñosa y burlona, lo despreciaba. Él soportaba los desaires sin rechistar, consciente de que nada lo hacía quedar peor delante de su mujer que esa falta de tacto y sensibilidad.

Tras haber guardado silencio durante unos minutos, sacó a relucir un tema muy propicio en plena guerra mundial: arrancó a hablar de la Cruz Roja, de su fundador, de su organización y de los logros de las valientes enfermeras en el frente. De inmediato reparó en cómo la bella mujer que estaba a su lado aguzaba el oído, se desprendía de sus propios pensamientos y le prestaba atención.

***

En el mismo momento en que el huésped conducía la conversación por estos derroteros, Lotta Hedman levantó los ojos de la Biblia. Un cúmulo de agitados pensamientos le impedía concentrarse. «¿Será que Sigrun ya no está enamorada de su marido? », se preguntó. «Apenas habla de él. Los criados dicen que él la atormenta con los celos. ¡Qué equivocación tan grande por su parte, si eso es verdad! No sé si ella sigue sintiendo lo mismo por él, pero es seguro que no ama a ninguna

otra persona».

De pronto, una sonrisa se le dibujó en el atribulado rostro: «¡Y el viejo renqueante que tienen como inquilino también se pavonea delante de ella e intenta cortejarla! Pero da igual, porque ella no le hace ningún caso. Sea como fuere, está claro que es una desgracia ser tan guapa como Sigrun. Tú no tienes ese problema, Lotta».

Bajando de nuevo los ojos hacia la Biblia, trató de no pensar más en su amiga. «Espero que esta inquietud mía no signifique que le va a pasar algo», susurró para sí.

***

El párroco, mientras tanto, seguía sentado en su despacho, leyendo junto a la lámpara. Les había echado varias miradas a los dos sentados junto a la estufa, contemplándolos con la mayor indiferencia y tranquilidad, del mismo modo que a ellos, por su parte, no les preocupaba lo más mínimo que él pudiera verlos desde donde estaba. De repente, sin embargo, notó un cambio. No acertaba a discernir de qué se trataba: acaso un tono más fuerte y caluroso en la voz del orador, acaso un cambio en la actitud de su joven esposa. Dejó el periódico, se levantó y se quedó observándolos, inclinado hacia delante, con todos los sentidos alerta.

El huésped prosiguió con su discurso sobre las enfermeras y las obras de caridad en tiempos de guerra. Al cabo de un rato, reparó en que una lágrima rodaba por la mejilla de la joven y le caía en el regazo, donde se quedó brillando durante un segundo antes de desaparecer. A esta la siguió un flujo de lágrimas que brotaban una tras otra. Él continuó hablando largo y tendido, como si no se hubiera dado cuenta de cómo se estaba emocionando su interlocutora hasta que, de súbito, se inclinó hacia ella hasta casi rozarla.

—¡Así que esto es lo que usted desea! —concluyó—. Este es su anhelo: ser partícipe de esa labor.

Ella cruzó las manos y se las tendió.

—¿Cómo no iba a anhelarlo con toda mi alma? —estalló—. ¿No es horrible estar aquí sin hacer nada, ajena a todo ese sufrimiento?

—Pero podría usted salir de este encierro, ¿no?

—No habría nada de malo en ello. —Levantó las manos entrelazadas hacia su interlocutor—. ¡Si tuviera la libertad de salir durante un tiempo al menos! Después de todo, soy un ser humano. Se me ha de permitir que decida por mí misma de vez en cuando.

El desvalido juez le agarró las manos y se las acercó al propio pecho:

—Por supuesto, tiene usted derecho a vivir su vida, como todos los demás.

En ese preciso instante se oyeron unos pasos por detrás y un rostro desencajado apareció en la puerta. Ambos dieron un grito, sobresaltados, y, acto seguido, el pastor se abalanzó hacia ellos, alterado de modo tan violento que no cabía la posibilidad de darle explicación alguna.

El juez perdió por completo la entereza, se agazapó en su silla y se

quedó inmóvil, Sigrun se lanzó hacia su esposo para cortarle el paso.

—¡Deprisa, váyase! —le gritó al juez.

El huésped reaccionó y corrió hacia la puerta. Ella consiguió contener a su marido unos instantes.

—Pero, Edvard, ¿qué pasa? ¿Qué te ocurre?

Sin responder, él la apartó a un lado con furia. Sigrun se dio un fuerte golpe contra una esquina de la mesa, cayó al suelo y se quedó allí tendida. El pastor, en lugar de atenderla, salió disparado en pos del fugitivo, que bajaba corriendo las escaleras como alma que lleva el diablo y cruzaba el patio despavorido.

Lotta Hedman, recluida en la sala de calderas con su Biblia, oyó de pronto unos fuertes gritos, varios portazos y estruendo de pies a la carrera. Se levantó a toda prisa, abrió la puerta de la casa y se asomó. Dos hombres pasaron delante de ella a toda velocidad antes de desaparecer en la oscuridad de la noche.

Lotta permaneció atónita en el umbral de la casa de calderas escuchando el menguante rumor de las zancadas de los hombres. Mientras, el mozo y las doncellas, que también habían oído el portazo y los fuertes gritos, se levantaron de un salto. Entonces vieron que la mujer del pastor venía corriendo hacia ellos con el pelo y la ropa revueltos y una herida sangrante en la sien. Cuando los cuatro se acercaron prestos a ayudarla, ella apartó las manos con impaciencia.

—¡No os preocupéis de mí! ¡Id a buscar a Edvard y al otro! ¡Id corriendo a buscarlos para que no se maten entre ellos!

Al ver que, paralizados por la confusión, no obedecían sus órdenes, prorrumpió en un grito feroz:

—¡No os quedéis ahí mirándome! ¡Corred tras ellos para que no se maten!

El criado salió entonces disparado de la cocina seguido de la fuerte y robusta lechera. Los otros dos se quedaron allí para atender a su señora, quien andaba tambaleante, como si el suelo a sus pies cimbreara. Mientras intentaban hacerla sentarse en una silla, ella, al sentir que las fuerzas le fallaban, empezó a quejarse como una niña:

—¡Llevadme con Lotta Hedman! ¡Llevadme con Lotta Hedman!

Las dos criadas la tomaron del brazo y la condujeron por el patio hasta la casa de calderas. Cuando Lotta Hedman, que seguía en la puerta, las vio llegar, corrió hacia Sigrun y la llevó a la silla de mimbre que la había estado esperando toda la tarde.

—Yo no he hecho nada malo, Lotta —aseguró Sigrun—. No he hecho nada inapropiado. Solo estábamos charlando. Él leía en la habitación de al lado y de pronto se nos echó encima.

Mientras esto decía, se puso lívida y dio muestras de ir a desmayarse, pero se recuperó cuando Lotta le echó agua fresca en la frente. Su antigua compañera de confirmación se apresuró a lavarle la herida y vio que no era profunda ni preocupante; lo que la asustó, en cambio, fue que Sigrun no parecía estar del todo lúcida. Hablaba sin cesar; repetía una y otra vez la misma idea con un tono chillón y ronco, nada que ver con su habitual voz suave. Se notaba que intentaba contarle lo que había ocurrido, pero, sin parar de temblar y

con unos ojos muy abiertos y asustados que iban erráticos de un sitio a otro, solo era capaz de pronunciar las mismas palabras una y otra vez:

—Yo no he hecho nada malo. Solo estábamos charlando. Él leía en la habitación de al lado y de pronto se nos echó encima… Yo no he hecho nada malo, Lotta. Solo estábamos charlando. Él leía en la habitación de al lado y de pronto se nos echó encima…

—¡Oh, ya lo sé, Sigrun, ya sé que no has hecho nada malo! —replicó Lotta, tuteándola como en los viejos tiempos.

—Créeme, Lotta —insistió Sigrun de nuevo—. Yo no he hecho nada…

Su amiga intentó interrumpirla:

—Me temo que te estás poniendo enferma. Vamos a decirle a Malin que te haga la cama para que puedas acostarte.

La verborrea de Sigrun se cortó entonces en seco.

—¡No, allí no! ¡No voy a volver junto a él! —se negó la enferma, breve y rotunda.

—¡Pero, ángel mío! No lo dirás en serio.

—Quiero quedarme a dormir aquí, Lotta. En tu cama. Siento que me estoy enfermando. Quiero reposar en un lugar donde me sienta segura.

Acto seguido, retomó su letanía:

—Yo no he hecho nada malo. Solo estábamos charlando. Él leía en la habitación de al lado y de pronto se nos echó encima…

Miraba con ojos desorbitados a las mujeres que la asistían, como preguntándose por qué no seguían con interés sus palabras.

Lotta deliberó en voz baja con las dos criadas. Tras concluir que lo mejor era que se hiciera la voluntad de la aterrorizada esposa, la doncella corrió a la casa principal y volvió con sábanas, almohadas y mantas. Sigrun se apresuró a desvestirse. Apenas habían tenido tiempo de hacer la cama cuando ella ya estaba lista para acostarse.

Mientras se metía en el lecho todavía continuó entonando su desesperada jaculatoria, esta vez con voz tan alta que debieron de oírla en toda la finca:

—¡Yo no he hecho nada malo! ¡Solo estábamos charlando! ¡Él leía en la habitación de al lado y de pronto se nos echó encima!

Una vez bajo las sábanas, sin embargo, recuperó su voz habitual:

—No te vayas a la cama, Lotta —conminó—. Has de quedarte sentada a la mesa leyendo la Biblia. Y por nada del mundo dejes que nadie me saque de aquí.

Lotta obedeció y se sentó con su Biblia, la cocinera y la doncella se marcharon a ver cómo estaban las cosas. Una de ellas regresó poco después para informarlas: por fortuna, no había llegado la sangre al río. El huésped había escapado y el pastor se había caído en una zanja durante la persecución. Creían que tenía una pierna rota, lo cual resultaba de lamentar, pero no era ni de lejos lo peor que podía haber pasado.

Aunque Sigrun seguía gritando a viva voz su cerancia de culpa, cuando Lotta le hubo asegurado varias veces que la cosa no había sido para tanto pareció por fin calmarse y se sumió en un sueño profundo.

Capítulo 16

Preparativos

Aquellos que, de una u otra forma, tuvieron conocimiento del suceso desgraciado que acaeció una semana después en la rectoría de Algeröd quisieron echarle toda la culpa a Lotta Hedman. «Si la esposa del clérigo no hubiera tenido cerca de ella a una criatura de ánimo tan trastornado, que le volvía la cabeza loca con sus visiones, no habría ocurrido ninguna desgracia», decían.

Lo cierto era que eso resultaba injusto para con Lotta, quien nunca en toda su vida se había mostrado más serena y sensata que en aquella época. Sus amigos del otro mundo la dejaban en paz por el momento, sin hacerle revelación alguna de lo que estaba por venir.

Era comprensible que la primera noche, mientras velaba a Sigrun, la angustia y el miedo la invadieran. «¿Cómo acabará esto?», se preguntaba una y otra vez. «¿Cómo podrán ellos dos reanudar la convivencia? Sigrun está aterrorizada y él, por su parte, debe de haber perdido la razón del todo y se comporta como una bestia salvaje».

A continuación, intentaba consolarse: «Al menos solo han sido celos. Y, aunque Sigrun le tenga un poco de miedo, está claro que le quiere. Mientras haya amor, seguro que todo puede arreglarse».

Hacia la una de la madrugada, Sigrun abrió los ojos, se incorporó y observó sorprendida aquel entorno que no reconocía. Parecía un poco confusa al principio, pero enseguida volvió en sí y se dirigió a Lotta con voz por completo serena:

—Ya puedes irte a la cama, Lotta, pero no apagues la lámpara ni te quites la ropa. Has de estar preparada para defenderme.

Acto seguido, se hundió en la almohada y volvió a dormirse. «Sigue asustada, pero ya no delira», pensó su amiga. «¡Menos mal! Mañana

estará recuperada del todo».

Cumpliendo los deseos de la convaleciente, Lotta se tumbó en un pequeño sofá-cama y durmió hasta las siete, momento en que se levantó para ir al corral a atender a los animales. Pero nada más abrir la puerta para salir oyó que Sigrun la reclamaba de nuevo entre lloros y temblores, creyendo que tenía la intención de abandonarla. Otra vez se la veía muy alterada y, cuando Lotta le dijo que el pastor estaba lesionado y no podía moverse, fue incapaz de asimilar la información. Así que a su amiga le tocó permanecer junto a la ventana, mirando la gris oscuridad otoñal, hasta que vio pasar a la lechera. La llamó y le explicó que la señora seguía muy enferma y no podía quedarse sola, de modo que tenía que pedirle que la reemplazara en sus tareas esa mañana.

La criada, a su vez, le dio las últimas noticias. El juez no había regresado, sino que se había refugiado en casa del capillero de la iglesia, que vivía un poco al sur de la casa parroquial. Había pasado allí la noche, esa mañana el criado había ido a recoger sus cosas. A nadie le apenaba este hecho; todo el pueblo se alegraba de que el hombre se hubiera marchado. Lo del pastor, en cambio, era grave: él mismo pensaba que se había roto una pierna. Habían telefoneado al médico, quien prometió acercarse a verlo ese mismo día.

—Eso es lo que pasa por perder el sentido común —concluyó la criada—. Todos sabíamos que el inquilino estaba enamorado de la señora, pero hay que estar chiflado para creer que ella le haría caso a un viejo pocho como él.

A Lotta Hedman, por su parte, no le daba demasiada lástima lo de la pierna del pastor. Así se vería obligado a guardar cama y Sigrun tendría tiempo de superar su miedo. Casi podía considerarse un acto de misericordia divina.

—¡Gracias a Dios! —suspiró—. Todo irá bien. Quizá sean más felices que antes cuando esto pase.

Un poco más tarde esa mañana, el mozo del capillero llegó con una carta, pero Lotta Hedman se la devolvió sin abrir. Por lo demás, fue un día tranquilo y apacible. Sigrun no se levantó, sino que durmió hora tras hora. Y no solo ella dormía: toda la casa parecía haber caído en el mismo letargo que su señora.

—Esto está tan tranquilo que asusta —comentaron la cocinera y la criada cuando acudieron a la casa de calderas a preguntar por la convaleciente—. Parece que alguien se estuviera muriendo.

El pastor, que quería saber cómo se encontraba su mujer, mandó llamar a Lotta. Esta fue a verle y le dijo, sin faltar a la verdad, que Sigrun solo estaba descansando, que no tenía fiebre y que la pequeña contusión en la frente no era nada del otro mundo. Cuando él, sin embargo, sugirió que la trasladaran a la casa principal, Lotta se negó en redondo. Era mejor que se quedara donde estaba, en vista de que aún temblaba del susto.

—Me tiene miedo —murmuró él.

Se le reflejaba en el rostro un gran sufrimiento que no se debía solo a la fractura en la pierna.

—Volverá por su propio pie en cuanto recobre las fuerzas —se apresuró a contestar Lotta.

El enfermo suspiró:

—Nunca volverá conmigo, nunca. No tendrá el valor de volver.

Lotta Hedman no esperaba sentir compasión por el hombre que había destrozado sus hermosos sueños de juventud. Sin embargo ahora al menos hizo un esfuerzo por consolarlo:

—Oh, la felicidad volverá a esta casa, ya verá.

Lo cierto era que ella no albergaba la menor intención de separar a marido y mujer; muy al contrario, se mostraba dispuesta a hacer todo lo que estuviera en su mano para que se reconciliasen.

Cuando el médico llegó a última hora del día para examinar a Sigrun, dio un diagnóstico parecido al de Lotta: no tenía ninguna enfermedad en particular y se pondría bien con solo guardar reposo. Tenía los nervios destrozados y había sufrido una especie de crisis. Debían tratarla con cuidado, no contradecirla ni presionarla. Que hiciera solo lo que le apeteciese, que nadie intentase obligarla a nada.

—No acabo de entender muy bien lo que le pasa —terminó el doctor—. Puede que sea otra cosa. Tal vez la señora Rhånge haya contraído alguna infección y tenga en su interior el germen de una enfermedad grave que estalle de pronto. Pero por ahora no puedo asegurarlo.

Estas palabras, que oyeron varios de los sirvientes, iban a ser después de gran ayuda para Lotta, quien no dejaría de sorprenderse del modo en que había hablado el médico, como enviado por un poder superior.

***

Así transcurrió una semana entera. Todos los días acudía alguien con la intención de entregar a hurtadillas un mensaje del nuevo huésped del capillero y todos los días se volvía sin haber cumplido el encargo. Todos los días Lotta era convocada para darle al pastor el parte del estado de salud de su mujer. Todos los días los pasaba Sigrun durmiendo de la mañana a la noche.

Tiempo después, Lotta habría de recordar aquellas jornadas de sueño ininterrumpido: «Había dentro de ella algo que sabía lo que iba a pasar. Si dormía tanto no era porque estuviera cansada o agotada. Estaba reuniendo fuerzas».

Incluso cuando se despertaba, Sigrun permanecía inmóvil y en silencio. Entonces fruncía el ceño y a veces asentía con la cabeza, como diciendo que sí a algo que se sugería a sí misma. Debía de estar haciendo planes para el futuro, pensaba Lotta, aunque hasta el momento ella no tenía conocimiento de cuáles eran.

Un día le pidió que fuera a la casa principal a buscar setecientas coronas que guardaba en un cajón.

—Es todo mío —explicó—. He ido ahorrando el dinero que mis padres me envían cada cumpleaños. Comprenderás que no quiero perderlas y me inquieta que estén ahí, sin vigilancia, en la casa vacía.

A Lotta la pareció correcto y fue a por el dinero.

Otro día le llevó un periódico, pues Sigrun tenía ganas de leer. Se pasó un buen rato leyendo anuncios de barcos de vapor y viajes en tren antes de soltar la gaceta. Lotta habría de recordar después ese detalle que en su momento le pasó desapercibido.

Durante aquella tranquila semana llegó de verdad el invierno. No hacía mucho frío, pero nevó tanto que el suelo se cubrió de blanco y comenzaron a circular los trineos.

El manto albo que se contemplaba por las ventanas y que le recordaba a Sigrun los largos inviernos de su pueblo natal pareció revivirla. El mismo día en que cayó la primera nevada, se levantó y comenzó a vestirse.

—Haces bien, ángel mío —aprobó Lotta Hedman—. Recuperarás antes las fuerzas si te incorporas un poco. Ahora estoy segura de que para Navidad estarás bien.

La joven se detuvo mientras se vestía:

—¿Queda poco para Navidad? Se me había olvidado.

Resultaba evidente su apuro al recordar la proximidad de las fiestas. Parecía haber caído en la cuenta de la imposibilidad de pasarlas en otro sitio que no fuera su hogar.

—Si hago algo, he de hacerlo antes de Navidad —murmuró—. Tiene que estar todo listo antes de Navidad.

Al oír estas palabras, su amiga y cuidadora creyó que se refería a un regalo de Navidad que debía tener preparado para Nochebuena.

***

Una noche, Lotta Hedman le habló a Sigrun del hombre que había conocido en el tren. Le describió su aspecto, su voz suave y melodiosa, su humildad.

—Fue muy amable conmigo, pero justo cuando tuve una de mis visiones huyó de mí como alma que lleva el diablo.

—¿Qué visión tuviste? —preguntó Sigrun.

—Eran unas imágenes del norte —respondió—. Vi un terreno helado, una tienda de campaña negra y un trineo alargado.

Sigrun guardó silencio unos momentos, tratando de poner en orden sus recuerdos.

—Sabes, Lotta, eres extraordinaria —dijo al fin—. Ese hombre del que me hablas no puede ser otro que Sven Elversson. Era justo como lo describes y no sería nada raro que él huyera al oírte hablar de tierras heladas que le recordaban a su expedición polar.

—¿Quién es Sven Elversson? —preguntó Lotta.

Sigrun despertó un poco de su letargo y le contó una buena parte de su historia.

—Ojalá supiera dónde está ahora —suspiró—. Era un hombre muy bueno pero muy infeliz. Creo que se sentía tan aborrecido, tan pisoteado, que consideraba su deber el hacer cosas a las que los demás no se querían rebajar. Una vez se avino a encerrarse en la celda de un asesino para inducirlo a confesar. Se casó con una maestra de parvulario que era una de las personas menos agraciadas que he visto en mi vida: supongo que lo hizo también a causa de su falta de amor

propio. Cuando vivíamos en Applum, todo el mundo hablaba de él, pero se fue antes que nosotros.

Lotta Hedman recordó la suave voz de su compañero de viaje y la gran confianza que le había infundido.

—Ten por seguro que Dios tiene un propósito para ese hombre —afirmó—. ¡Si lo hubiera sabido cuando lo conocí!

—Ojalá supiera dónde encontrarle. Todos los miserables y desamparados solían acudir a él en busca de ayuda. Desde que se marchó de Applum no se sabe nada de él. Quizá se haya escondido en algún lugar remoto donde nadie conozca su pasado.

Esa tarde, mientras hablaban de Sven Elversson, Sigrun se arregló e incluso abandonó la recámara para salir a la sala de calderas contigua. Lotta había sacado la mesa y las sillas de mimbre, y las cortinas rosadas ocultaban el enorme horno. La doncella trajo una bandeja con té y pastas para ambas, que parecían estar muy a gusto. Sin embargo, cuando aquella le preguntó a la señora si no se sentía ya lo bastante fuerte como para volver a acomodarse en la casa principal, a Sigrun le faltó tiempo para contestar:

—No sé qué me pasa, Malin. Creo que me estoy poniendo muy enferma. Esta tarde me duelen la cabeza y la garganta. Se me ha puesto rojo todo el cuerpo. Me está saliendo una especie de sarpullido.

«¿Por qué dice eso?», se preguntó Lotta para sus adentros. «Si está como una rosa. No tiene sarpullido alguno». Se dio cuenta entonces de que su amiga no quería ni oír hablar de la posibilidad de celebrar la Navidad en su propia casa.

Su inquietud se reavivó: «¿Qué va a pasar? ¿No superará nunca el miedo a su marido? Siempre le ha ocurrido lo mismo. Cuando alguien la asusta, no hay manera de calmarla. No hay más que ver que, con las ganas que tiene de cuidar enfermos, no se atreve a entrar en casa de él para atenderlo. ¡Si ni siquiera pregunta cómo se encuentra! Son muy malas señales».

Contempló a su amiga en silencio. Se la veía muy lánguida y desorientada, como suele estar la gente cuando lleva unos días en cama. «¿Qué desventurado sino la persigue? ¿Por qué ella, que es pura e inocente, más bella y refinada que nadie, tiene que estar en un cuartucho no mucho mejor que una letrina?».

En efecto, la belleza refinada de la joven esposa del pastor no casaba bien con las paredes desnudas de la sala de calderas, el suelo áspero y astillado y el techo cubierto de hollín.

«La verdad es que los dos son de compadecer», se dijo. «Él tampoco lo está pasando demasiado bien, postrado en su lecho de enfermo sin dejar de añorarla» .

Había tristeza en el aire. Al poco rato, Lotta vio que su amiga se tapaba la cara con las manos y empezaba a mecerse hacia delante y hacia atrás.

—¡Ojalá estuviera muerta! —gimió—. Eso sería lo mejor. ¡Ojalá me muriera!

—Estar en la casa de calderas es demasiado triste y sórdido para ti, Sigrun —se apresuró a decir Lotta—. Mañana nos vamos a la casa

principal.

Sigrun se levantó de un salto, con el rostro lívido:

—¿Qué quieres decir? ¿Qué estás diciendo? ¿Te ha sobornado?

—¡Pero, Sigrun! ¿Te has vuelto loca?

—Sí, así es, Lotta. Estoy loca, estoy destruida por el miedo. Oh, no sabes bien por lo que he pasado.

Y entonces comenzó a contarle lo que había sido su vida con el pastor. No dio muchos detalles, solo los suficientes para que su amiga lo entendiera.

—¿Cómo voy a volver a eso?

—Bueno, pero al fin y al cabo es prueba de lo mucho que te quiere, Sigrun.

—Yo le quiero a él —repuso ella—. Créeme, Lotta: nunca, jamás de los jamases, le he sido infiel, ni siquiera de pensamiento. Pero él nunca ha confiado en mí y eso me duele. Me duele más que cualquier otra cosa.

Lotta intentó consolarla diciendo que los celos eran algo propio de la juventud. Desaparecían por sí solos cuando uno maduraba.

—No —objetó Sigrun—, en él no van a desaparecer. Es algo hereditario, todos los de su familia son así. No sabes la cantidad de veces que me ha prometido cambiar. Pero ¿de qué ha servido? Nos trasladamos aquí, a este páramo desolado, para que él tuviera paz. Ya ves que no hemos avanzado mucho a pesar de eso.

»¿Es que crees que no siento pena por él? Nadie mejor que yo sabe cómo sufre. Y va a peor, Lotta; su trabajo se resiente cada vez más y ha perdido el interés por todo. Me da una lástima enorme.

»Pero ¿y yo qué? Vivo en un terror perpetuo. Me ha dado tantos motivos para temerlo que el valor me ha abandonado por completo. Tendrías que encadenarme y arrastrarme a la fuerza para hacerme volver allí. Y no creo que vayas a hacerlo.

—Pero…, si no te ves capaz de volver con él, ¿qué vas a hacer?

La joven esposa se levantó.

—Lo que vamos a hacer es lo siguiente —expuso con una pequeña risa amarga—. Nos vamos a ir a la cama. Son las once y mañana tienes que levantarte temprano para darles de comer a los animales.

Capítulo 17

La huida

Al día siguiente, Sigrun se quedó en la cama con la excusa de que tenía dolor de garganta. Solo Lotta pudo entrar a verla: a ella le pidió que informara a su marido de que su enfermedad iba para largo.

Tras pasar acostada todo el día, después de la cena, cuando el servicio se hubo ido a dormir, se levantó, se vistió y salió a la sala a ver a Lotta.

—¿Ya te encuentras mejor?

Esbozó una ligera sonrisa:

—Sí, Lotta, mucho mejor.

Su amiga había tenido un día difícil. Consciente de que Sigrun estaba planeando irse de casa, se preguntaba cómo evitar tamaña desgracia.

—He pensado una cosa —le dijo—. Creo que tendrías que irte a Stenbroträsk para las fiestas. Sería mucho mejor y más adecuado que quedarte aquí en la casa de calderas.

A pesar de que al principio dijo que no, Sigrun no pareció del todo reacia a esa idea: cuando Lotta empezó a hablarle de las maravillosas Navidades que solía pasar en casa de sus padres, se la vio dispuesta a considerar la sugerencia.

Esa noche también se hizo tarde. Sigrun estaba en silencio, dándole vueltas a algo que no acababa de resolver, y Lotta no se atrevió a molestarla.

Unos minutos después de las once, la puerta se abrió de golpe y entró una persona dando tumbos; caminó unos pasos y luego se arrodilló en el suelo con las manos extendidas.

—¡Que alguien me ayude, por favor! ¡Si hay un alma caritativa

aquí, que me ayude! —gritó—. Estoy enferma, muy enferma. Me arde el cuerpo.

La actitud fatigada e impotente de Sigrun se desvaneció por completo: sin más demora, se acercó a la mujer, la ayudó a ponerse de pie y le ofreció el brazo para que se apoyara.

—¡Venga conmigo! —le ordenó con voz suave—. Acompáñeme bajo la luz, que pueda ver qué le ocurre.

La mujer tiritaba de fiebre. Avanzó arrastrándose, pues no podía levantar los pies, y se habría caído de no haber estado Sigrun allí para sostenerla. Cuando la tuvo a la luz de la lámpara, observó que tenía la cara hinchada y en extremo desfigurada, repleta de supurantes ampollas oscuras. Y lo mismo le ocurría en las manos.

—¡Lotta! —llamó Sigrun en voz baja y temblorosa—. ¿Qué es esto?

No aguardó la respuesta de su amiga: comprendía tan bien como ella de qué tipo de enfermedad se trataba. También sabía que entrañaba un peligro mortal tocar a la pobre vagabunda, pero aun así empezó a arrancarle la ropa con determinación y, mientras Lotta preparaba la cama y extendía sábanas limpias, frescas y suaves para acoger aquel cuerpo calenturiento y dolorido, le puso un camisón limpio. Pronto la tuvieron tendida en la cama, gimiendo y temblando.

Intentaron ofrecerle agua, pero parecía incapaz de tragar. La mujer del pastor se volvió entonces hacia Lotta para agarrarla de la mano y ambas se quedaron allí mirando a la doliente en silencio mientras se retorcía y agonizaba, conmovidas en extremo por su sufrimiento, aterrorizadas ante el poder del espantoso mal.

Al cabo de unos momentos, respiraron con cierto alivio, pues les pareció notar que la enferma se tranquilizaba y que el dolor remitía. Y otro rato más tarde, alrededor de una hora después de su llegada, se quedó del todo inmóvil y en calma. Los jadeos cesaron.

Las dos amigas se levantaron, acomodaron a la recién fallecida en la cama y luego volvieron a acurrucarse como antes, muy juntas, como petrificadas ante el espantoso rostro de la muerte.

«Dentro de unos días tendré el mismo aspecto», pensaron las dos. «Al igual que a ella, nadie me reconocerá. Nadie sabrá que soy yo».

—¿Quién será? —susurró Lotta.

Sigrun le respondió, también en un susurro, que debía ser alguna pobre vagabunda sin hogar.

—No vestía como una mendiga, pero su ropa estaba muy raída; las botas, mojadas y gastadas. Ha caminado un largo trecho por la nieve. La enfermedad debió de sobrevenirle en el camino y ha estado vagando entre el delirio de la fiebre por las llanuras desoladas. Tal vez ha sido la luz de nuestra lámpara lo que la ha traído hasta aquí.

De nuevo se quedaron en silencio contemplando a la difunta. En ese momento fue cuando la horrenda idea despertó en la mente de Sigrun. «¡Ojalá fuera yo quien yaciera sin vida en su lugar!» pensó. «¿Por qué no puedo arreglarlo para ser yo la muerta?».

Fue como si Lotta Hedman le hubiera leído el pensamiento, ya que se volvió hacia su amiga con expresión espantada, conteniendo la respiración.

—Nadie sabe quién es —expuso Sigrun con una voz que ya no era baja y susurrante, sino firme y decidida—. Nadie sabe de dónde viene. Nadie puede haberla visto llegar hasta nosotras. Es una pobre vagabunda sin casa ni hogar.

Lotta guardó silencio, sin querer revelar lo que sospechaba. Si no era eso en lo que estaba pensando Sigrun, mejor callar. Su amiga continuó con el mismo tono:

—Sabes muy bien, Lotta, que ha sido la viruela lo que la ha matado. El lecho en el que ha muerto y toda la casa han de ser fumigados. Tendremos que desalojar el lugar y trasladarnos a la rectoría. Y puede ser que yo me haya contagiado y muera también, lo cual sería bueno para mí; pero también puede ser que siga viviendo, lo que significa volver a mi miserable existencia.

—Pero las cosas irán mejor ahora, después de todos los malos tragos que habéis pasado —objetó Lotta con viveza—. Tu marido comprende que ha sido injusto contigo. Tendrá más cuidado a partir de ahora.

Sigrun se levantó, agarró la lámpara y la llevó a la sala de calderas.

—No la molestemos —ordenó.

—Tenéis muchos años buenos por delante —continuó Lotta—. Basta con que os hagáis un poco mayores y todo se calmará. ¡Con el formidable hombre que es él, tan capaz y distinguido!

Lotta Hedman no pudo evitar sorprenderse ante la imagen de su amiga iluminada por el resplandor de la lámpara. En pocos minutos había recuperado toda su hermosura. Y eso no era todo: había esplendor, grandeza y poder en ella. A sus ojos, Sigrun se presentaba de modo irresistible como un ser superior que debía ser protegido y amado por encima de todos los demás.

—Lotta, ¿te das cuenta? Por esta razón fuiste enviada desde Stenbroträsk. Para ayudarme con lo que me propongo hacer.

Aunque acababa de hablar justo en el lenguaje que le agradaba oír a Lotta, esta no iba a dejarse convencer con tanta facilidad.

—También puede ser, ángel mío, que haya venido a detenerte —repuso.

Sigrun hizo sentarse a su compañera en una de las sillas de mimbre; luego se arrodilló frente a ella, le tomó las manos y declaró, llena de convicción:

—Una vez le prometí a Edvard que solo la muerte nos separaría. Por ese motivo no le he dejado antes. Toda la semana le he estado pidiendo a Dios la muerte, pues prefiero morir antes que tener que faltar a mi promesa, esa promesa que me sigue reteniendo a pesar del miedo que me empuja a escapar. ¿Lo entiendes, Lotta?

Lotta asintió a su pesar.

—Y ahora Dios ha escuchado mis plegarias. Me ha enviado a la Muerte. Así puedo marcharme sin faltar a mi palabra. ¡Tú más que nadie, Lotta, has de comprender que esta es la voluntad de Dios!

—Se acabó, Sigrun, no quiero oír una palabra más. —Lotta intentó levantarse de la silla, pero la mujer del pastor la retuvo.

—Es Dios mismo quien ha acudido en mi ayuda, Lotta. Me ha

proporcionado la manera de desaparecer sin hacer sufrir a Edvard. Sí, no quiero decir que no me vaya a llorar durante un año o quizá dos, pero no habrá amargura en su dolor. En cambio, si huyera de él, ¿crees que lo aceptaría? No, me buscaría sin parar hasta encontrarme y entonces lo más probable es que me matara. ¿Y si me separara de él? En ese caso lo mataría yo del disgusto. Pero si me marchara de esta vida…, para él sería solo un duelo. No tendría motivos para estar celoso de la muerte. ¿No te das cuenta, Lotta, de cuánto mejor sería esto para él que cualquier otra cosa?

—Para él, puede ser. Pero ¿y para ti?

—Lo que sea bueno para él —respondió la joven con una sonrisa semejante a un reflejo celestial— lo será para mí.

—Lo mejor para él sería que te quedases a su lado —porfió Lotta.

—¡Eso es lo que no puedo hacer! —exclamó Sigrun con tono desesperado—. No sabes lo que significa estar vigilada a todas horas sin tener nunca libertad. No sabes lo que es aguantar todas esas lamentables escenas y peleas, las promesas de enmienda que nunca se cumplen, los malos humores y el desconsuelo. No sabes lo que es vivir con el miedo constante de que suceda alguna fatalidad. No sabes lo que es tener siempre que andar con mentiras y disimulos aunque no estés haciendo nada malo ni inapropiado. Si lo supieras, no me pedirías que volviera con él.

—No, no, ángel mío. No sabía que lo hubieras pasado tan mal. Nunca me habías hablado de esto hasta ayer. Pero ¿no hay otra salida?

La joven esposa se levantó:

—Hay una salida —replicó con marcado énfasis—. Una salida que me ha enviado Dios. Pero Lotta Hedman no me permite usarla.

Imposible describir el aplastante poder de la belleza de Sigrun al pronunciar estas palabras. De ella emanaba un poder mágico del que era del todo consciente, si bien acaso nunca se había atrevido a ejercerlo de forma tan implacable y triunfante como esa noche.

—No quiero hacer nada malo, Lotta —continuó—. Solo quiero ir a la guerra y ayudar a los heridos. Ese es mi único anhelo. Me avergüenza quedarme en casa sin hacer nada por los demás. Sabes que es lo que he deseado toda la vida. Dios ha acudido en mi ayuda, Lotta. ¿Por qué no quieres ayudarme tú?

¿Qué podía decir la pobre Lotta Hedman? Nunca había amado a Sigrun tanto como aquella noche. Si todavía oponía resistencia era porque sabía que su marido pertenecía a una estirpe de suicidas y que podía quitarse la vida si perdía a su esposa. Pero no se atrevía a decirle nada de todo esto, pues pensaba que con ello solo aumentaría su miedo hacia él.

—Sigues teniendo a tus padres —fue lo único que acertó a balbucear.

—Me he contagiado de la viruela. No puedo ir a casa de mis padres.

Sigrun se le acercó y la hizo sentar de nuevo en la silla de mimbre.

—Lotta, no te imaginas lo desgraciada que soy. Cada día me supone

un tormento. ¿He de sufrir así el resto de mi vida?

—Pero, Sigrun, ¡cómo vas a causarnos a todos tanto dolor!

—¿Dolor? ¿Qué dolor? ¡Llorar por un muerto! ¿Qué es eso en comparación con llorar por un vivo? Tengo que hacerlo por el bien de Edvard, Lotta. ¿No recuerdas cómo era cuando lo conocí? Un hombre feliz, dueño de sí mismo, deseoso de llegar a algo en la vida. Era un buen predicador, sus feligreses lo adoraban. ¿No ves cómo ha cambiado? Está pereciendo aquí en la pobreza y la soledad. Debo alejarme de él, Lotta. Si yo muriera, él se trasladaría a otra parroquia. Volvería a presentársele la posibilidad de cumplir todo aquello que ambicionaba cuando tuvo la desgracia de conocerme.

—Nunca podrás hacerme entender que sea necesario hacer algo tan atroz.

Sigrun se encogió de hombros.

—Tampoco quiero que creas que solo lo hago por su bien. Lo hago también porque soy infeliz y quiero dejar de serlo. ¡Oh, Lotta! ¡Por qué no me muero de verdad! Sé que eso sería lo ideal. Pero, a falta de ello, lo mejor es que desaparezca. Si no, me hundiré, me volveré loca. Tal vez haya perdido ya la razón.

—¿Intentas convencerme de algo que significa no volver a verte nunca más? —se lamentó en su desesperación Lotta, quien no quería hablar de sí misma, pero que tenía que utilizar todas las excusas posibles.

—¿Por qué no vas a poder verme? Basta que pasen un año o dos. ¡Te diré lo que pienso hacer! Recorreré los primeros kilómetros a pie hasta llegar a una parroquia donde nadie me conozca. Allí pediré que me lleven a la estación de tren más cercana. Tomaré el tren a Gotemburgo y desde allí viajaré a América. En América me uniré a un cuerpo de enfermeras e iré al frente. Como ves, nada que sea imposible. Y cuando haya pasado al menos un año, te escribiré.

—No trates de persuadirme. Me vería obligada a contar un montón de mentiras y no puedo hacerlo.

Sigrun respondió con una amargura indescriptible:

—Yo me he visto obligada a mentir todos los días desde que me casé.

Invadida por la compasión, Lotta Hedman se desmoronó. «¡Que sea como ella quiere!», concluyó, rindiéndose. Al mismo tiempo, la desazón que le causaban los planes de Sigrun era tal que se echó a llorar.

—Es increíble que Dios quiera ayudarme y en cambio mi amiga no —insistió Sigrun.

Lotta se secó una lágrima con el dorso de la mano:

—¿Vas a obligarme a que te deje ir a la destrucción? Lo que quieres hacer es algo tan espantoso que me estremezco solo de pensarlo. Tu nombre se borrará de entre los vivos. Quieres marcharte al extranjero sin amigos, sin padres, sin siquiera poder hablar de tu pasado. Si te sales con la tuya, lo pasarás muy mal; si te descubren, te verás manchada para siempre por el escándalo y el oprobio.

Los ruegos fueron en vano: la joven seguía decidida con la misma

firmeza. Pero, cambiando su estrategia, dejó de implorar y de persuadir para pasar a la amenaza abierta:

—¡Recuerda una cosa, Lotta! Si esta noche no me ayudas, mañana iré a verlo, al que me espera en casa del capellán.

—Tú nunca harías eso.

—Yo haría cualquier cosa con tal de no volver a lo de antes.

Antes de que Lotta pudiera responder a eso, se oyó un ruido, unos pasos que se acercaban a la casa de calderas, cautelosos aunque pesados y nítidos. No se detuvieron cuando llegaron a la entrada, sino que continuaron alrededor de la casa. Volvieron a oírse varias veces y por fin desaparecieron.

Sigrun hizo una señal a Lotta, quien se apresuró hacia una ventana, descorrió la cortina y miró hacia la noche nevada.

—Era el bracero —dijo.

La hermosa mujer se enderezó. Tenía el ceño fruncido, la cabeza levantada y unos ojos que miraban de forma desoladora a alguien que no estaba presente.

—Ha hecho esa ronda todas las noches desde que me trasladé aquí. Por orden de su señor. Viene aquí a vigilarme. Para averiguar si tengo algún amante conmigo.

Lotta Hedmand no dijo nada. Empezaba a abandonar toda resistencia.

—Dices, Lotta, que Edvard cambiará. ¡Ahí lo tienes, mandando al criado a espiarme! ¿Confía en mí ahora más que antes?

Había levantado la voz, insultada por aquella desconfianza de su esposo que la hería en cada fibra de su ser.

«Es imposible que se lleven bien después de esto», se dijo Lotta para sus adentros. «Él ha matado el amor que ella le tenía. Mejor dejarla marchar».

Eso fue lo que acabó por doblegarla: la súbita convicción de que el amor de Sigrun se había acabado o estaba a punto de hacerlo aunque ella misma no quisiera admitirlo o acaso ni siquiera fuera consciente de ello. Sin llegar a asentir de forma explícita a las peticiones de Sigrun, dejó de oponerse a ellas.

Siguieron unos momentos de apresurados preparativos. Sigrun se quitó los anillos y tomó prestada de Lotta una muda de ropa, así como un bolso de viaje de cuero en el que metió algunas prendas interiores y las setecientas coronas. Su amiga le proporcionó asimismo un abrigo y una toca. Toda su propia ropa debía quedarse allí.

Cuando casi había acabado de prepararse, Sigrun le dijo a Lotta:

—Comprende que todo esto es la voluntad de Dios. No te preocupes ni por ti ni por mí.

Su valor y presencia de ánimo eran admirables. No había en ella ni rastro de vacilación o miedo. Cuando estuvo del todo lista, sin embargo, no pudo evitar aflojar unos instantes:

—¡Y pensar que dejo atrás todo lo que quiero tanto! —Las lágrimas le corrían por las mejillas; parecía ser consciente por primera vez del irrevocable paso que se disponía a dar—. Ya no volveré a ver el cuadro de la rectoría de Stenbroträsk, que tanto me ha reconfortado. Y

tampoco me atrevo a llevarme el medallón con el retrato de mi hija.

—No veo por qué no has de llevártelo —dijo Lotta—. Pero no tienes por qué marcharte…

—Ay, Lotta, ¿sabes cuál es la vaca a la que le tengo tanto cariño? Procura darle buen pienso cuando puedas.

Se dirigió a la puerta.

—¡Y no te olvides de poner el crisantemo en el escritorio de Edvard cuando florezca!

Acto seguido, besó a Lotta Hedman por primera y única vez y se marchó.

***

Sigrun no llevaba fuera ni quince minutos cuando Lotta Hedman volvió a oír pasos fuera de la casa de calderas. Esta vez se trataba de pasos ligeros y suaves, no las pesadas zancadas del bracero. «¡Qué bien!», pensó nada más oírlos. «¡Gracias a Dios! Sigrun vuelve».

Sin embargo, apenas descorrió el cerrojo para abrir la puerta, se encontró cara a cara con un hombre desconocido. No fue de extrañar que de inmediato se viera presa del pánico: nunca en su vida había sentido tanta culpa.

«¡Ay, ay, ay, Lotta!», se dijo. «Ya empieza el calvario».

El tipo lleva un gran sombrero de ala ancha e iba mal vestido. Se veía que era una especie de vagabundo.

—¡Oh, por favor, no pase! —Lotta se interpuso en su camino—. La viruela ha entrado en esta casa. Hay un cadáver en la recámara.

Lejos de salir corriendo, como Lotta esperaba, el hombre se quedó en la puerta y oteó dentro del edificio. Luego, antes de que Lotta pudiera imaginar sus intenciones, la apartó a un lado y alcanzó en pocos pasos la puerta de la recámara, desde donde vio a la mujer muerta.

Lotta, sin embargo, no le iba a permitir contemplarla largo rato: corrió tras él, lo agarró de la cintura con ambos brazos, lo hizo retroceder a la sala de calderas y cerró la puerta de la habitación.

El hombre no opuso resistencia. Creyó que ella quería protegerlo del contagio.

—No se preocupe por mí —le indicó—. Lo más probable es que ya me haya contagiado. La que está aquí es mi mujer. Cayó enferma hace unos días y esta mañana huyó de mí delirando.

Resultaba obvio que decía la verdad y que todo el plan de Sigrun había fracasado. A Lotta le pareció que todo el tejado de la casa se le desplomaba encima.

—Pero ¿quién es usted? —preguntó.

—No soy un completo desconocido para la rectoría —respondió el hombre con voz tranquila y tenue—. Soy afilador y estuve aquí afilándoles tijeras y cuchillos hace unos ocho días. Voy de finca en finca con mi carro, mi caballo y mi piedra de afilar, así que no dispongo de un lecho donde descansar. Mi intención ahora, cuando Ruth enfermó, era bajar con ella a un hospital, pero la pobre criatura se me escapó. Llevo todo el día buscándola. Me pregunto cuándo

habrá llegado aquí.

En ese momento no solo el tejado, sino también las paredes y los cimientos de la casa se derrumbaron sobre Lotta Hedman. En medio de su confusión, sin embargo, hizo un intento por salvar a Sigrun.

—Pero si no es su mujer la que está ahí dentro, sino mi querida señora.

—¡Oh! —exclamó el afilador—. ¿La bella esposa del pastor ha muerto? ¿La han dejado morir aquí en la casa de calderas?

—Ella misma así lo quiso —replicó Lotta Hedman.

—Bueno, entonces debo disculparme por entrometerme. Tendré que buscar a Ruth en otra parte.

Era un hombre ajado, de constitución menuda y tez morena. Tenía un hombro encogido de manera permanente, lo que contribuía a darle un aspecto resentido y algo malhumorado. Lotta recordaba bien que en su última visita a la casa parroquial se había mostrado grosero y bullicioso. Ahora, en presencia de la enfermedad y la muerte, sus maneras eran reposadas y humildes.

Para su alegría, vio cómo se dirigía a la salida. Pero enseguida se detuvo en seco. En su camino había un par de botas mojadas y muy desgastadas por el uso.

—¡Pero si son las botas de Ruth! ¿Qué significa esto?

Aquí se acabó la inventiva de Lotta Hedman, quien no vio otra salida que decir la verdad.

***

Sigrun había pasado la iglesia y el cementerio de Algeröd y se hallaba cruzando el puente sobre el arroyo cuando oyó la voz de Lotta Hedman llamándola. Poco después, su amiga apareció junto a ella, subida a un trineo tirado por un caballo y conducido por un hombre. Lotta se apeó y le explicó lo ocurrido. No obstante, le comunicó también que el afilador había prometido guardar silencio.

Este permaneció en el trineo. Aunque se le veía enojado, hablaba de la misma manera reposada y pacífica que antes:

—Verá, señora, no puedo aceptar que Ruth no sea enterrada con su verdadero nombre. Por lo demás, mantengo lo que he prometido. Puede usted subir conmigo, yo la llevaré de vuelta a la rectoría y aquí no habrá pasado nada. Seré una tumba.

Sigrun se acercó al hombre. Se echó hacia atrás la toca negra que llevaba en la cabeza.

—¿Es esa suficiente razón para que yo deba volver a mi vida miserable? —preguntó.

El hombre pareció ponerse nervioso; le dirigió una rápida mirada y luego apartó la vista.

—Ella está muerta. ¿Cree que le importa bajo qué nombre sea enterrada? —continuó Sigrun intentando persuadirlo, la voz temblando de desesperación.

—No creo que sea justo para Ruth —porfió el hombre.

—No —replicó Sigrun—. No está bien, ya lo sé. Pero si cree que después de esto yo voy a volver a casa, se equivoca. No voy a hacerlo.

Señaló el arroyo, cuyas aguas oscuras brillaban entre las orillas nevadas.

—Ahí es donde pienso ir.

Permaneció en actitud firme y decidida ante el hombre. Él, viendo la severa gravedad de su rostro, comprendió que hablaba en serio.

—Bueno, entiendo que Ruth tendrá un funeral mejor y todo eso. —Volvió la cara, como si tuviera miedo de mirarla—. Y tampoco es que me importe tanto, porque en realidad no estábamos casados, aunque ha sido mi compañera estos últimos meses. Pero sigo pensando…

Lotta pegó un grito: Sigrun se había alejado del hombre en dirección a la barandilla del puente y ahora se agachaba para pasar por debajo.

—¡Oh, por el amor de Dios! —gritó el afilador corriendo hacia el puente—. ¡No lo haga! Será como usted desea.

—¡Recuerde que jamás volveré a mi vida anterior! —repitió Sigrun.

—No, no tendrá por qué. Mantendré la boca cerrada.

«Sigrun tiene un poder extraordinario esta noche», pensó Lotta. «No hay quien se resista a ella. Puede hacer con nosotros lo que le plazca».

Esa parecía ser la verdad. El pequeño hombre malhumorado no sabía el afecto que le tenía.

—Esta noche no he traído el carromato —reflexionó—. He tenido que pedir prestado el trineo esta mañana para ir a buscar a Ruth. Pero, ya que estamos, podría llevarla un trecho. Caminar por la nieve es muy duro para quienes están acostumbrados al calor del hogar.

Capítulo 18

El día eterno

El día que comenzó con la huida de Sigrun de casa se convirtió para muchos en una jornada pesada y fatigosa, tan larga que parecía que no iba a terminar nunca.

Así fue para Lotta Hedman, quien, al regresar a la casa de calderas a las tres de la mañana y encontrarse con que todo seguía igual, trató de prepararse lo mejor que pudo para la que se avecinaba. Tras recoger la ropa de la difunta y meterla en el horno, echó un haz de leña, lo prendió y dejó que todo se redujera a cenizas. Luego limpió el horno a conciencia y corrió las cortinas, de modo que la sala de calderas quedó con el mismo aspecto que al anochecer.

A continuación, entró temblando en la recámara donde seguía la difunta. Por lo general, no temía a los muertos, pero pensaba que lo que Sigrun y ella habían hecho suponía una grave afrenta contra la que ahí yacía. A pesar de ello, aun estremeciéndose al acercarse a ella, hizo lo que se había propuesto: sacó una sábana, la extendió sobre el cadáver para amortajarlo y luego leyó unas oraciones, sobrecogida por la emoción. Mientras lo hacía, experimentó una sensación de sosiego y se vio inundada por la certeza de que la muerta no les guardaba rencor ni a ella ni a su señora, sino que era su más fiel ayudante y aliada, de quien nada debían temer.

Intentó asimismo elaborar la historia que contaría al pastor y a los demás habitantes de la rectoría. Recordó que nadie había visto a Sigrun en todo el día anterior, de modo que podía decirles que la enfermedad había comenzado la víspera. Sigrun no había querido que llamaran a un médico, creyó que se trataba solo de un inofensivo sarpullido. Y después…, sí, ¿qué diría después?

Al principio recorría toda la estancia de una punta a otra mientras cavilaba. Pero enseguida cundieron en ella el desánimo y el cansancio, y tuvo que sentarse en una silla. Como tampoco se sentía cómoda así, al cabo de unos momentos se levantó y se apoyó contra una pared. Por último, se agachó junto al lecho mortuorio y se quedó allí sentada en el suelo.

«Tendría que ir a ver al pastor», pensó. «Tendría que despertar a los criados». Sin embargo, no hizo ni una cosa ni la otra. Permaneció sentada repitiéndose para sí sus explicaciones, rumiándolas una y otra vez en su cabeza.

«De un modo u otro todo se descubrirá», concluyó. «Caeremos en desgracia Sigrun y yo. ¡Qué horrible estar aquí esperando sentada a que eso ocurra!».

Por unos momentos, no obstante, sus preocupaciones y temores iban a disiparse, para su enorme alivio. Mientras seguía allí, a los pies de la difunta, abrumada por la angustia, el alma se le separó del cuerpo, se elevó y emprendió un vuelo ascendente hacia el espacio.

Pronto llegó tan alto que fue capaz de ver las cosas terrenales en su contexto. En lugar de ver, como antes, solo una pequeña parte de ellas, se le aparecían ante los ojos en toda su amplitud. En lugar de ver partes de los ríos y arroyos, podía seguirlos con la mirada desde el nacimiento hasta la desembocadura; en lugar de ver solo una pequeña área de un bosque o de un monte, percibía los vastos parajes arbolados en su totalidad, contemplaba de un vistazo las cadenas montañosas en toda su longitud. Las llanuras se extendían a sus pies y la forma de las tierras se destacaba sobre la superficie reluciente del mar.

Lotta Hedman se extasió ante un espectáculo tan hermoso y edificante, pero, lejos de detenerse allí, su alma se elevó aún más. En unos instantes alcanzó un punto desde el que le era dado contemplar los destinos humanos en su conjunto; podía seguir el trayecto vital de las personas por el valle de la existencia en imágenes que pasaban ante ella en lo que se le antojó un fugaz lapso, apenas unos segundos. Los veía entrar en la vida, recorrer su corto camino y salir de nuevo, rumbo a lo desconocido. Vio el viaje de su amiga Sigrun, el camino trazado para ella y los senderos que se cruzaban con el suyo.

También vio el camino que había recorrido la mujer que yacía muerta a su lado. Era un camino oscuro, pobre y fatigoso que ya se estaba borrando, si bien no cubriéndose de oscuridad, sino desapareciendo bajo un resplandor de luz. Al final del trayecto, la difunta seguía mirando hacia atrás, hacia la ruta que había transitado y que ahora se había transformado en una franja de luz. Lotta observó cómo su espíritu se regocijaba.

La difunta señaló el camino de Sigrun y uno de los caminos que lo cruzaban.

—¡Mira! —exclamó—. ¡Lo que más deseaba yo en el mundo se cumple ahora con mi muerte!

Dicho esto, la muerta desapareció en una gran claridad, tan cegadora que el alma de Lotta Hedman no pudo seguirla, sino que se

vio obligada a permanecer en el umbral de esa masa de luz para, un instante después, regresar a su cuerpo. Por un momento su dueña se sintió libre de todo temor, con la firme convicción de que lo sucedido era lo que debía y tenía que suceder.

Permaneció en ese estado de calma hasta que se abrió la puerta de la casa de calderas y alguien le preguntó si sabía que ya eran las siete y media.

Cuando quiso levantarse, reparó en que toda la seguridad en sí misma había desaparecido. Abrumada por el difícil trago que tenía que afrontar, se vio incapaz de moverse de su sitio.

La puerta se cerró, no entró nadie y pasaron unos minutos en silencio.

«Enseguida se descubrirá todo», se dijo para sus adentros, sintiendo de golpe todo el peso de la ignominia que recaería sobre Sigrun y sobre sí misma. «No puede ser de otra forma».

Poco después entró la doncella con la bandeja del desayuno para la señora. Vio la lámpara con la mecha a punto de consumirse y encontró la sala de calderas llena de humo y casi a oscuras. Al llamar, nadie respondió. Comprendió entonces que algo iba mal. Dejó la bandeja, encendió una cerilla y distinguió a Lotta agazapada en el suelo junto a la cama: la cama en la que reposaba alguien cubierto por una sábana, como amortajado. Se acercó, levantó una punta de la tela y divisó un par de manos hinchadas.

Entonces Lotta volvió a la vida.

—¡Cuidado, por el amor de Dios! Ha sido la viruela.

La muchacha soltó la sábana y retrocedió unos pasos.

Fue ella quien a continuación se encargaría de difundir la noticia, de informar al pastor y al resto de la casa. A Lotta Hedman, protegida como estaba por el miedo que todos tenían al contagio, apenas le preguntaron qué había pasado. Se envió a buscar al capellán de la iglesia, un hombre autoritario y robusto, quien tomó las decisiones pertinentes. Ordenó que Lotta permaneciera en la casa de calderas y que nadie fuera a su encuentro. Incluso si el párroco la mandaba llamar, no debía atender la citación.

Fueron él y Lotta quienes colocaron el cadáver en el ataúd antes de llevárselo a una tumba improvisada. No hubo investigación, apenas preguntas. Toda la rectoría quedó durante un tiempo aislada por completo del resto del vecindario. ¿Quién iba a sospechar algo tan increíble como que la mujer del pastor hubiera fingido su propia muerte?

—Ha sido ese afilador que ha estado rondando por la zona las últimas semanas quien ha traído consigo la infección desde Noruega —dijeron—. Su mujer también está enferma y en su delirio se ha escapado.

Se tuvieron muy en cuenta las palabras del médico:

—La mujer del pastor llevaba mucho tiempo con la enfermedad en el cuerpo.

El día más largo y angustioso que Lotta Hedman jamás hubiera vivido tocó a su fin sin que el secreto saliera a la luz.

***

Sigrun le lanzaba una mirada de vez en cuando al conductor del trineo. Todavía era noche cerrada, de modo que apenas alcanzaba a distinguir con vaguedad los contornos de la silueta del hombre: el sombrero de ala ancha, los hombros encogidos hacia arriba, la nariz chata y la boca apretada en un gesto hosco. «No es una persona lo que tengo a mi lado», pensó. «Es la Muerte. Veo el mango de la guadaña asomar bajo el abrigo».

Los sombríos pensamientos continuaron: «Eso es. Cuando vino, al principio no lo reconocí, pero ahora sí. ¿Quién más podría ser? Me he puesto a su merced. Ha venido a buscarme y a llevarme a su reino».

Atravesaban cadenas montañosas vastas y desoladas, cubiertas de un manto blanco de nieve. Unos pocos árboles y arbustos deformes aquí y allá hacían resaltar aún más la pobreza de la zona.

«Este es el reino de la Muerte», se repitió para sus adentros.

Ella, que acababa de mostrarse tan ansiosa, tan combativa, tan dominante, se sintió invadida por una tranquila calma. Sus deseos y esperanzas habían desaparecido, ya no le pesaba el esfuerzo que implicaba tener voluntad.

Acaso sea peligroso para una persona viva aliarse con la Muerte. Puede que esta se lo tome en serio.

Creyó percibir cómo de verdad sufría una transformación. Todos los lazos que la ataban a su vida anterior se iban disolviendo uno a uno. Todo lo que hasta entonces le ocupaba el pensamiento (el amor por su marido, lo desgraciado y tormentoso de su matrimonio) se esfumó. En su interior se formó un gran vacío donde no existía sensación de pérdida o amargura alguna.

«Así es como se sienten los muertos. Así se liberan de lo terrenal; su amor y su tristeza los abandonan».

De golpe habían desaparecido muchos sentimientos: la vergüenza que siempre la acompañaba por pequeñas tonterías dichas de niña, los pequeños disgustos que la habían atormentado durante tanto tiempo, las pequeñas humillaciones que nunca consiguiera olvidar. En adelante pensaría en todo ello como en asuntos que no le concernían.

Al recordar a sus padres, el apoyo que siempre había recibido de ellos, se dio cuenta de que ya no necesitaba su ayuda. Todo era nuevo a su alrededor, se adentraba en un mundo diferente. «Aquí no pueden localizarme. Hasta ahora me han ayudado todo lo que han podido, pero estoy separándome de ellos para siempre. Voy al país de la Muerte».

Se sentía como una enredadera que hubiera colgado de una reja sostenida por muchos zarcillos que ahora se desprendían uno tras otro. La planta no tardaría en caer al suelo.

«Así debe de sentirse uno al morir. No es algo penoso ni duro, es solo un gran descanso».

Poco a poco fue clareando. El hombre que conducía el trineo recuperó su aspecto de vulgar vagabundo de rostro enfurruñado y hosco. El paisaje se convirtió en un paraje pedregoso, yermo y pobre, pero del todo terrenal, y la propia Sigrun despertó a la vida con sus

severas exigencias de coraje y fortaleza de ánimo…

El caballo no había descansado durante la noche, de modo que avanzaba con gran lentitud. Tuvieron que dejarlo reposar varias horas en el cobertizo de un pegujal para que comiera y recuperara fuerzas. Por fin, sin embargo, avistaron un pueblo donde había una posada. Puesto que se acercaba el final del trayecto, el conductor empezó a hablar con Sigrun:

—Cuando eres afilador como yo y tienes que recorrer todo el país de punta a punta, ves cosas increíbles y te pasa de todo. Pero yo diría que lo de esta noche sigue siendo la mayor aventura que jamás haya vivido.

—¿Ah, de verdad? —Sigrun giró la cabeza hacia el hombre menudo de tez morena y le dedicó una sonrisa amable.

—Juraría que nunca me había sucedido nada tan extraordinario. Ni yo mismo entiendo por qué he sido tan blando como para prestarme a ayudarla. No sé qué me ha pasado.

—No, yo tampoco acierto a entender cómo ha ocurrido todo —dijo Sigrun—. Pero una cosa está clara, y es que nunca se arrepentirá usted de su gesto.

—Bueno, de eso nunca se puede estar seguro —repuso él—. En cualquier caso, creo que no puedo dejarla marchar sin preguntarle cuál es su destino y cómo va a arreglárselas.

—Pues… me voy a América.

—Pero cuesta dinero ir a América.

—No habrá creído que iba a emprender un viaje así sin dinero —contestó ella.

Tras obtener esta respuesta, el afilador tiró de las riendas, se apeó y se puso a quitarle los arreos al caballo.

—La verdad es que no tengo gran cosa que hacer —confesó al cabo de unos momentos—. Tal vez sería mejor que dejáramos atrás esta posada y siguiéramos unas millas más. Puede que aquí haya gente que la conozca.

Era justo eso, la posibilidad de que la reconocieran en la posada, lo que había tenido inquieta a Sigrun durante la última media hora. La oferta fue una grata sorpresa.

—Así soy yo, me gusta hacer bien las cosas —se ufanó el hombre mientras volvía al trineo.

Sin embargo, recorrer esas siguientes millas resultó una tarea muy ardua. El caballo tuvo que volver a detenerse para descansar y pastar. Enseguida comprobaron que las nevadas no habían sido tan abundantes en las regiones que ahora cruzaban, de modo que costaba hacer que el trineo se deslizara y se vieron obligados a salvar largas distancias a pie.

El tiempo iba pasando. Eran casi las doce cuando divisaron la segunda posada. Sin embargo, cuando habían avanzado lo suficiente como para avistar sus dependencias, se encontraron con un hombre que conducía un carro de leche:

—¡Cuidado, Gustavsson! —le gritó al afilador—. Han avisado a los posaderos de que se guarden de vosotros. Dicen que viajáis por ahí

contagiando a la gente. La mujer del pastor de Algeröd murió anoche de viruela y, según cuentan, fuisteis tú y tu mujer quienes trajisteis la enfermedad de Noruega.

Hubo una nueva pausa, una nueva deliberación. Decidieron dar media vuelta. Ninguno de ellos quería acercarse al peligro que representaba esa nueva posada.

El afilador sugirió que tomaran la carretera que subía hacia el este, rumbo a la provincia de Dalia:

—Nadie la conocerá por esos lares y de allí también sale un tren para Gotemburgo.

Así que tomaron un desvío en dirección este, desvío que de nuevo los condujo por la ladera desnuda y desolada de la montaña. Aunque el trineo circulaba mejor por esa zona, el pobre caballo daba muestras de un agotamiento total. Descansó y comió por tercera vez, pero ya el saco de avena estaba en las últimas.

El afilador sacó pan y mantequilla y se puso también a comer. Sigrun no llevaba nada de comida, pero lo cierto era que tampoco tenía apetito.

Cuando tiempo después recordara aquel día, habría de maravillarse de sí misma. «Qué extraño. Me encontraba del todo serena, no sentía ni padecía. No tenía angustia, ni cansancio, ni hambre. En todo momento supe que las cosas iban a salir bien. En cierto modo estaba aletargada, pero también me hallaba muy fuerte y obstinada. Sin duda, había alguien cerca de mí que me ayudaba».

Durante el largo descanso en la meseta de la montaña, le hizo una pregunta a su compañero de viaje:

—¿No dijo usted esta mañana que la difunta no era su esposa?

—Sí, lo dije y es verdad. Ella ya estaba casada, tenía un buen marido y un buen hogar, pero prefirió venirse conmigo.

Sigrun siguió preguntando, no porque el asunto le interesara, pues nada en este mundo le interesaba aquel día, sino porque la conversación hacía que el tiempo pasara un poco más rápido.

—¿Así que le quería a usted más que a su esposo?

—No sé qué decir al respecto. Estaba casada con un hombre llamado Sven Elversson. No sé si habrá oído hablar de él.

Sigrun asintió con la cabeza.

—Al principio pensé que lo había dejado por eso que usted sabe —supuso el hombre—. Luego me di cuenta de que lo hizo porque pensaba que él no la quería.

—Es que era muy poco agraciada —observó Sigrun—. Él se casó con ella por piedad.

—Sí, era fea, pero muy buena persona —dijo el afilador—. La clase de mujer dispuesta a hacer cualquier cosa por el hombre al que amaba.

A pesar de su enorme abotargamiento, Sigrun reparó en que había algo en aquellas palabras que le desagradaba, así que dejó de preguntar por la mujer del afilador.

—¿Sabe dónde está ahora Sven Elversson?

—Vive en una finca de Dalia llamada Hånger. Antes era una quinta

impresionante, pero en ella ocurrieron tantas desgracias en el pasado que nadie quería vivir allí, así que quedó abandonada. Sven Elversson la consiguió casi gratis. Desde que su esposa se marchó, vive allí solo con sus viejos padres y se dedica a socorrer y a dar cobijo a niños y a otra pobre gente, a todos los que se puede permitir.

Lo cierto era que aquel día el afilador parecía, al igual que Sigrun, estar bajo algún tipo de poder desconocido. Él, de ordinario un buscarruidos que siempre andaba peleando y discutiendo, hablaba ahora bien de todo el mundo, en actitud tranquila y sumisa.

Tras ponerse en marcha de nuevo, Sigrun bien acomodada en el trineo y el conductor al borde, como de costumbre, con las piernas colgando fuera, de pronto este resbaló y cayó al camino. El caballo se detuvo de inmediato. El hombre se levantó y se sentó en la misma posición. Pero poco después volvió a resbalar.

—No sé qué me pasa —admitió—. Me da vueltas la cabeza.

Sigrun lo instó a acomodarse a su lado. Él así lo hizo y reemprendieron la marcha. Sin embargo, al cabo de unos momentos perdió las riendas.

—Debo de estar enfermo. —Su rostro mostraba un completo abatimiento—. Supongo que me pasa lo mismo que a Ruth.

Sigrun se apresuró a tranquilizarlo.

—Anoche no pegó usted ojo. ¡Recuéstese aquí y échese a dormir! Yo conduciré mientras usted descansa.

De nuevo había alguien que le infundía valor. «No está enfermo, solo cansado. Mira, ¡ya duerme!», le pareció que le susurraban al oído.

Al cabo de un trecho, el caballo se detuvo y se negó a dar un paso más.

Sigrun agarró del brazo al dormido compañero de viaje y lo zarandeó.

—¿Sabe si hay algún lugar cerca donde podamos parar? El caballo ya no puede más y está oscureciendo.

El hombre levantó la vista, aturdido y confuso.

—¿Cree que me he contagiado de la viruela?

—No. Le falta sueño, eso es todo —le aseguró Sigrun.

—Pues yo creo que es la viruela.

Poco después, aunque con gran esfuerzo, se recompuso.

—No queda más remedio —declaró—. A media milla de aquí hay un sitio, un «refugio de vagabundos» lo llaman. Hemos de intentar llegar hasta allí.

—Tenemos que ponernos a cubierto —asintió Sigrun.

—Sí, no queda más remedio —repitió el hombre—, aunque preferiría no volver a dejarme ver por ahí. Ya hemos pasado la frontera, estamos en Dalia. Una vez hayamos subido el próximo cerro, el camino va cuesta abajo. Gire a la izquierda en el cruce y siga hasta el primer caserío que vea.

Tras por fin conseguir que el caballo echara a andar de nuevo y subiera la cuesta, Sigrun vio, a la agonizante luz del día, un gran paraje que se extendía a sus pies en suave pendiente: un paisaje hermoso, lleno de lagos y vastas cumbres boscosas que se perfilaban

nítidas contra la densa atmósfera nevada. Arrebatada ante la gloriosa imagen, arreó al caballo con más fuerza, encontró la encrucijada y giró a la izquierda.

Aunque aquel panorama volvió a aparecerse ante sus ojos varias veces, la zona que recorrían seguía igual de deshabitada. Por fin, sin embargo, avistó una finca. El edificio principal, casi una casa solariega, destacaba por su considerable tamaño, si bien las demás dependencias eran pequeñas y discretas, apenas más notables que las de una pequeña granja. Despertó de nuevo a su compañero.

—¿Ya hemos llegado? —le preguntó.

—Sí —respondió él, sacudiéndose el sueño de los ojos—. Esto es Hånger. Nunca me imaginé que volvería aquí.

—Pero… —exclamó Sigrun, sintiéndose por un momento como un náufrago arrastrado por las olas— ¿no era en Hånger donde vivía Sven Elversson?

—Sí, yo tampoco quería venir aquí, mas no quedaba otro remedio.

—¿Y si le pregunta qué ha sido de su esposa?

—Pues habrá que inventarse algo.

—¡De todos los sitios del mundo ha de vivir aquí! —suspiró Sigrun con un atisbo de desesperación en la inflexión de la voz.

—Bueno, ha elegido este lugar porque está muy apartado y no hay vecinos. La gente corriente nunca se deja caer por aquí; son los vagabundos y mendigos los que suelen venir a hospedarse.

Sigrun bajó por una cuesta en dirección a la finca. Su desesperación desapareció casi de inmediato, reemplazada por la falta total de emociones, cuando alguien le susurró al oído que no debía preocuparse. Todo iría bien.

Justo al lado del camino de entrada a la quinta se alzaba una casita roja.

—Este es el albergue. Aquí puede usted quedarse —le indicó el afilador, espabilándose—. Yo voy a entrar en la finca para llevar el caballo al establo. Usted de momento vaya pasando al refugio, parece que está vacante. Encontrará la llave escondida bajo el umbral.

Sigrun entró en una casita dividida en dos mitades por un pasillo que se abría en el centro. A cada lado del pasillo había un dormitorio. Ambos estaban decorados y amueblados del mismo modo: paredes desnudas, camas abatibles con jergones de paja, una estufa, una mesa grande y maciza, y algunas sillas a juego. También contaban con un cubo de agua y un haz de leña; en cambio, no se veían cosas como almohadas, sábanas, sartenes, platos, toallas o jofainas: en definitiva, nada que fuera posible llevarse. Uno de los dormitorios albergaba un armario enorme al que le habían retirado la llave. Las habitaciones no estaban del todo frías, pues debían de haberlas caldeado por la mañana, y se notaban limpias y ventiladas.

«Tengo que intentar encender la estufa», se dijo Sigrun.

Mientras se ocupaba de ello, entró el afilador, quien ya casi no podía tenerse en pie. Sin decir una palabra se dejó caer en una cama y se durmió enseguida.

«De verdad que no creo que esté enfermo», se repitió. «Se pondrá

bien tras descansar esta noche. No hace falta que pida ayuda».

Encendió la estufa también en la otra habitación y se sentó frente a ella a hacer planes. De pronto le sobrevino un cansancio tan enorme que a punto estuvo de caerse de la silla, también comenzó a sentir hambre. «Tendría que haber tomado la precaución de echar algunos bocadillos en el bolso», murmuró mientras sus pensamientos se dirigían hacia este último. ¿Dónde estaba? En el dormitorio no lo veía. Debía de haberlo dejado olvidado en el trineo.

Se apresuró a salir. El trineo se hallaba aparcado a la puerta de la cabaña y el bolso seguía dentro. Lo recogió y estaba a punto de volver a entrar cuando oyó una voz:

—¿Eres tú, Ruth?

Había oscurecido con mucha rapidez. Con dificultad distinguió la encorvada figura de un anciano que caminaba despacio hacia ella.

—¡No se acerque! —gritó—. Llevamos la enfermedad con nosotros.

—Sí, ya lo sé —repuso el hombre—. Nos han avisado, pero no esperábamos que llegaran hasta aquí. Sí, está claro que la necesidad hace a la vieja trotar.

«Este es Joel Elversson, el padre de Sven», adivinó Sigrun. «Está muy viejo y chochea. Me toma por su nuera».

—Sven no se encuentra hoy en casa —declaró Joel con su habitual estilo solemne—. Pero Thala y yo queremos darte el mismo trato que él te habría dado si hubiera sabido que ibas a venir aquí desesperada y en peligro de muerte. Aquí tienes la llave del armario: sabes que ahí encontrarás todo lo que necesites. Te bajaremos comida y te la dejaremos delante de la puerta.

Le entregó una llave pequeña que ella recibió sin decir nada. Tampoco el anciano parecía esperar una respuesta.

—Aquí no hay nadie que te guarde rencor, Ruth —continuó—. Entendemos qué fue lo que te empujó a marchar. Ahora ponte lo más cómoda que puedas y duerme en paz.

Tras verlo alejarse, Sigrun volvió a entrar corriendo a la cabaña. En el armario había sábanas y almohadas, todo lo necesario para una habitación de invitados. Poco después le trajeron la cena.

Sigrun dejó un juego de ropa de cama y algo de comida en la habitación donde dormía el afilador; luego, cerró bien la puerta, cenó y se fue a acostar.

«Debo dormir unas horas. Luego partiré. Debo irme de aquí antes de que alguien me reconozca».

Cayó en un profundo sueño sin haber terminado de darle forma a esta idea.

Capítulo 19

La mañana

Cuando Sigrun despertó, un rayito rojizo de sol invernal se filtraba en la modesta alcoba. Al darse cuenta de que había dormido no solo unas horas, sino toda la noche, le entró una prisa enorme por levantarse y asear la habitación para poder seguir su camino.

Fortalecida por el sueño, se sentía resuelta y vigorosa, no lamentaba lo más mínimo el paso que había dado. Lo único que le preocupaba era el miedo a ser descubierta. Tan solo con que lograra alejarse de Hånger sin ser reconocida, el peligro habría pasado.

Una vez más encontró una bandeja de comida ante la puerta, junto a una hoja de papel con unas líneas escritas: «Entendemos que quieres quedarte con nosotros, ya que el afilador se ha marchado solo. Eres bienvenida, no lo dudes».

Entró en la habitación contigua y comprobó que el afilador había desaparecido. Una cosa menos de la que preocuparse. Ahora estaba bien descansada y le resultaba mucho más cómodo caminar que montar en trineo. Lo único que tenía que hacer era llegar a un pueblo desde donde pudieran llevarla en un vehículo decente hasta el tren. La estación más cercana no debía de quedar muy lejos, de modo que antes del anochecer llegaría a Gotemburgo.

Se ató la pañoleta negra a la cabeza, se puso el abrigo de Lotta Hedman, agarró el bolso de viaje y se dispuso a partir. Sin embargo, antes de salir de la habitación, abrió el bolso para asegurarse de que el dinero y el resto de sus cosas seguían allí. Un momento después, dio un grito de horror. Sus setecientas coronas habían desaparecido.

Buscó en el bolsillo del abrigo y en el vestido. El dinero no estaba. Comprendió enseguida que se lo habían robado. El afilador lo había

sacado del bolso cuando se lo dejó olvidado en el trineo.

Tuvo que tomar asiento para no caer desplomada ante el horrible revés. Ya no podía ir a América y, ¡oh, Dios del cielo!, todos los caminos quedaban cerrados para ella.

Apoyó la frente en la mesa y trató de recordar. Sí, el día anterior le había revelado a su compañero de viaje que tenía dinero. Seguro que desde entonces a él no se le quitó de la cabeza la idea de robárselo. A pesar de la fatiga y el agotamiento, no había desistido de su propósito. Y así le había arruinado a ella la vida.

«El mundo es muy duro para los que están solos y sin dinero», se dijo. «Muy duro».

No fue exactamente arrepentimiento lo que la invadió, sino la constatación de la imposibilidad absoluta de seguir adelante con su empresa.

«Cierto que podría ponerme a mendigar por la carretera. Pero ¿con qué propósito? No he dejado mi hogar para convertirme en una trotamundos».

Igual de imposible le parecía volver a casa. ¿Admitiría ante su marido que había fingido su propia muerte para alejarse de él? Era una locura, no quería ni planteárselo.

Sabía que en esos momentos estaba con buena gente. ¿Habría de pedirles ayuda? Seguía presentándose el mismo problema: suponía admitir su engaño y su infamia. Aquellas personas de recta conciencia se verían obligadas a informar de inmediato a su marido de que ella estaba viva.

«Lo de ayer no fue una alucinación», concluyó. «Era la Muerte quien iba sentada a mi lado, al borde del trineo. La Parca no suelta a los que han osado traspasar sus dominios».

Sus atribulados pensamientos continuaron:

«La Muerte no es, sin embargo, un severo amo. Soltó los lazos que me sujetaban a lo terrenal de una manera muy suave. ¿Por qué no habría de confiar en ella?».

Permaneció sentada a la mesa cerca de una hora, intentando hacerse a la idea de que iba a morir.

«Dios tendrá piedad de mí. Él lo sabe todo. Sabe que no era mi intención hacerle daño a nadie. También sabe que esta era mi única salida».

En ese momento, alguien entró en la habitación. Ella, no obstante, siguió sin moverse de su sitio: ya le resultaba por completo indiferente quién la viera; su decisión estaba tomada y sabía qué camino la esperaba. Al continuar inclinada sobre la mesa con la cara entre las manos, no pudo ver al que entraba. Sin embargo, por el ruido de las pisadas percibió que se trataba de un varón; y no un anciano, sino un hombre joven.

«Aquí está el mismísimo Sven Elversson», pensó.

Oyó que el recién llegado primero se acercaba a ella, pero luego se retiraba; oyó cómo se dirigía a la cocina, encendía el fuego y volvía a la mesa donde ella estaba sentada.

—¡Qué duro debe de ser para ti, Ruth! —le dijo—. ¿No puedo

enviarte a alguno de los niños? ¿No hay nada de aquí que desees volver a ver?

Mientras él decía esto, ella levantó la cara de la mesa y le clavó en los ojos una mirada rígida y desesperada.

—No soy la persona que usted cree. Soy Sigrun Rhånge, la esposa del pastor de Algeröd.

Él retrocedió unos pasos. Ahora bien, acostumbrado como estaba a mostrarse imperturbable fueran cuales fuesen las noticias que le llevaban, ni siquiera lanzó una exclamación; se limitó a empalidecer de golpe. No obstante, el hecho de que empezara a pensar en voz alta evidenciaba lo confuso que aquella revelación le había dejado.

—Sigrun Rhånge está muerta. Murió anteayer por la noche. Cuando me enteré de su muerte, fui a Algeröd para volver a verla, pero era demasiado tarde. Ya estaba metida en el ataúd y enterrada en su tumba.

Ella lo miró con fijeza. Había en sus palabras una tristeza solemne que casi la conmovía. Estaba convencida de que él no era consciente de haberlas dicho en voz alta.

—¡Sí, ojalá fuera así! —exclamó ella en respuesta a su pensamiento —. ¡Ojalá Sigrun Rhånge estuviera de verdad muerta y enterrada!

—Sigrun Rhånge está muerta —repitió él en voz baja y monótona, incapaz de recomponerse—. Nunca más volveré a verla en esta vida.

—De acuerdo —admitió ella—. Se podría decir que así es. Sigrun Rhånge ha muerto. Pero yo, pobre de mí, sigo viva.

Dentro de él, sin embargo, se activó algo que percibía el estado de las cosas con más rapidez que el intelecto y que hizo que el corazón comenzara a latirle desbocado. Se le colorearon las mejillas y empezaron a brillarle los ojos.

Se acercó a ella y le estrechó una mano entre las suyas. Con la otra mano le acarició la mejilla en un movimiento veloz e instantáneo. Se diría que intentaba convencerse de que quien estaba ante él era de verdad un ser viviente.

—¡Está usted viva! —Alzó la voz en un grito de júbilo para, acto seguido, volver a su habitual volumen tenue y suave—. ¡Y ha aparecido en mi casa! ¿Cómo es posible?

La reacción sorprendió desde luego a Sigrun, si bien al mismo tiempo le levantó un tanto el ánimo. Al menos él no era alguien que se tomara su desgracia con fría indiferencia.

—Qué hermoso es lo que le ha escrito a su esposa esta mañana — balbució ella con voz temblorosa—. Siempre he oído hablar muy bien de usted. ¿Querrá ayudarme? Me hallo en la mayor de las miserias.

Las lágrimas le brotaban a raudales. En su tremenda desesperación, en su desmesurada necesidad de ayuda, cayó de rodillas a los pies de Sven Elversson. Él no la ayudó a levantarse de inmediato, sino que le puso las manos en los hombros y se inclinó hacia ella, acercando el rostro al de la mujer.

—Usted me ayudó en una ocasión, cuando yo me hallaba hundido en la miseria. ¿Cree que dudaría en devolverle el favor apenas tuviera la ocasión de hacerlo?

Tras este arrebato, Sven Elversson se quedó de pronto inmóvil. Se apartó de Sigrun, agarró una silla y la acercó a la mesa.

—¿No querría usted explicarme cómo ha ocurrido todo?

Ella se levantó y empezó a hablar vacilante:

—¡Hay tanto que contar…! —Mientras hablaba, luchó contra la emoción que amenazaba con hacerla hundirse en un llanto incontenible—. No sabría por dónde empezar. Todo se resume en que mi marido y yo no hemos sido felices en nuestro matrimonio.

Él no pareció darse cuenta de que ella estaba de pie mientras él permanecía sentado, pero sí de que su interlocutora necesitaba un empujón para poder continuar con su relato.

—Mi mujer tampoco era feliz conmigo —admitió.

Apoyó el codo en la mesa y se inclinó hacia delante para taparse los ojos con la mano. Sigrun entendió que con ese gesto quería animarla a continuar.

—Hemos sido sin duda la comidilla de todos —siguió ella—. Si estuvo ayer en Algeröd, le habrán contado quizá lo de nuestro inquilino…

—Oh, sí, desde luego que me lo han contado, pero no había malicia en las palabras de la gente. Tan solo vi pena, nada más que pena —respondió él casi sollozando.

Sven Elversson volvía a sentir el lacerante dolor que lo atormentara. Le producía una agonía indescriptible hablarle de esa forma contenida cuando lo que en realidad deseaba era reclinar la cabeza en el regazo de ella y darles rienda suelta a las emociones: hablarle de la desgarradora tristeza que lo había invadido el día anterior al enterarse de su supuesta muerte, así como del sufrimiento que sintiera esa mañana cuando sus padres lo informaron del regreso de su mujer justo en el momento en el que su corazón solo quería llorar por otra.

—¿No encontró a nadie que dudara de mi muerte? —preguntó Sigrun.

—No, nadie dudó de que fuera usted quien había muerto de viruela.

Entonces Sigrun se apresuró a agarrarlo de un brazo:

—En ese caso, no sabe quién es la que ha muerto de verdad. Creo que es… —Se interrumpió y se quedó con la boca abierta, sin atreverse a continuar.

—¿Mi esposa?

—Sí, creo que… que debe de ser su esposa.

Sin decir nada, él se levantó y dio unos pasos por la estancia; esta vez fue Sigrun quien se desplomó en una silla. «La Muerte», pensó, «la Muerte no me dejará escapar. Le he pedido a Sven Elversson que me ayude, pero he olvidado que la difunta es su mujer».

Permaneció llorando en silencio mientras retorcía un pañuelo entre las manos. La extraña y adormecedora atmósfera de la muerte volvió a invadirla.

El *impasse,* sin embargo, no duró mucho: al cabo de unos instantes, Sven Elversson volvió a sentarse a la mesa en la misma posición que

antes.

—¡Ahora ha de contármelo todo, por favor!

Sigrun obedeció. Procedió a referirle todo lo ocurrido desde el momento en que la moribunda había entrado en la casa de calderas hasta que ella misma había ido a parar allí, al refugio de vagabundos de Hånger.

Él la escuchó con toda su alma, embargado por el dolor ante el acto que ella, en su desesperación, había cometido; por toda la desgracia que se había irrogado a sí misma. Comprendía mejor que la propia Sigrun que todos los caminos quedaban cerrados; que, si quería permanecer en este mundo, sería a costa de vivir en una constante desazón, una constante angustia, un constante arrepentimiento, una constante vergüenza. No obstante, en medio de su pena y de su profundo sentimiento de compasión, no podía evitar oír dentro de sí una voz de alegría que le repetía una y otra vez lo mismo: «Lo importante es que está viva y que ha acudido a ti. Está sentada a tu lado, hablándote. ¿Qué es todo lo demás al lado del milagro de que ella siga con vida?».

Hacía rato que Sigrun había puesto punto final a su relato y Sven Elversson permanecía callado, reflexionando sobre qué decir y cómo actuar ante aquella situación. A pesar de su silencio, algo era indiscutible: un hombre como él no podía hacer otra cosa que enviarla de vuelta con su marido. «Yo soy así: nadie podrá nunca empujarme a cometer un acto reprobable», pensó.

«Todo esto ha sido en vano», se dijo por su parte Sigrun para sus adentros. «No servirá para nada. La Muerte no tiene intención de soltarme». Encaró su destino con valor y no trató de influir en Sven Elversson mencionando la decisión que había tomado.

—Se trata de algo muy grave —dijo él, sorprendiéndose al oír que ahora le hablaba a Sigrun en el mismo tono que a las demás personas a las que acogía—, pero si una cosa está clara es que no ha de ir por ahí propagando la infección. Así que, antes que nada, tendrá que quedarse aquí, en Hånger, por el momento.

Ella le miró. Era tan sencillo que ni lo había pensado. Se le concedían unos días de aplazamiento. Los pensamientos acerca de la muerte se retrajeron.

—Conmigo solo viven mis padres —continuó Sven— y no creo que tengan mucho miedo del contagio. Es cierto que aquí también se alojan algunos niños de fuera: he de llevarlos al pueblo. Y tendremos que cerrar el albergue por un tiempo. Puede usted trasladarse a la casa principal, a una de nuestras habitaciones de invitados.

—¿Y luego qué? —inquirió ella en un tono casi áspero.

Él agachó la cabeza e intentó encontrar las palabras. La amaba de tal forma que era capaz de leerle el pensamiento y sabía que la vida o la muerte de esa mujer dependían de su respuesta.

—Habremos de dejarlo en manos de Dios —fue lo único que tuvo el valor de decir.

«No puedo arrastrarla a la desesperación», reflexionó. «Pero acaso la disposición de su ánimo cambie. El amor por su marido puede

renacer; estoy seguro de que lo hará. Todo va a ir bien».

Ella, aun percatándose de que solo le habían dado una prórroga, suspiró aliviada.

—Verá, esto es lo que yo pienso —añadió él—. No es bueno mentir ni ocultar nada. No lo es. Pero tampoco se puede torturar a una persona de esa forma; no, eso tampoco está bien. El corazón, sin embargo, puede cambiar; o, mejor dicho, puede volver a ser el mismo. De ese modo el problema se resolvería solo. ¿Por qué no?

Ella negó enérgica con la cabeza sin articular palabra.

—Oh, sí, confiemos en que sí—insistió él—, tengamos fe. Y ahora, ¿me da usted permiso para contárselo todo a mi padre y a mi madre? Ellos no son, ni mucho menos, de los que se van de la lengua. Tampoco hay que tomarse todo esto tan a pecho. Es mejor pensar que las cosas se arreglarán.

Sigrun se dio cuenta de que él le quitaba hierro al asunto. En otras circunstancias, esa actitud la habría molestado, pero ahora le resultaba tranquilizadora y benéfica hasta un punto indescriptible. Le daba la impresión de que aquel hombre había absorbido todas sus preocupaciones y toda su desgracia, y de que ahora las soportaba en su lugar.

TERCERA PARTE

Capítulo 20

Duelo

A primeros de mayo de 1916, la madre de Sigrun, la anciana mujer del pastor de Stenbroträsk, les hizo una visita a sus parientes de Bahusia y, aprovechando que estaba por los alrededores, creyó conveniente acercarse a Algeröd para ver cómo se encontraba su yerno.

Cuando llegó a aquella rectoría pequeña y pobre, halló que el párroco había llevado a su madre para que se encargara de los quehaceres domésticos. Esta era una persona sencilla y directa, viuda de un humilde práctico, que había hecho muchos esfuerzos y sacrificios para que su hijo pudiera llegar a ser sacerdote. La madre de Sigrun vio que estaba orgullosa y feliz de vivir con él y llevar su casa, y lo comprendió muy bien. No tenía nada que objetar a ello.

Sin embargo, como los ingresos de la menesterosa parroquia eran exiguos hasta un punto tan lamentable, la nueva ama de casa resolvió también tomar inquilinos. Así, había hospedado a dos muchachas jóvenes pero de salud delicada a cuyos debilitados pulmones les iba muy bien el aire fresco de las montañas de Algeröd. Las chicas al principio se habían sentido un tanto intimidadas por aquel taciturno y sombrío casero que guardaba luto por su esposa, pero, cuando la suegra de este llegó a la parroquia, ya habían superado del todo ese recelo. El desconcierto fue mayúsculo: en lugar de una casa ensombrecida por la aflicción y el sentimiento de pérdida, la señora se topó con un hogar rebosante de risas, bromas y diversión.

La primera tarde se le hizo tan larga que temió perder la paciencia antes de que terminara. La imagen de su difunta hija se le aparecía dondequiera que fuera y no podía sino sentir perplejidad ante el hecho

de que su yerno tolerara a esas dos joviales muchachas que de forma tan ostensible se pavoneaban ante él, algo que, si el pastor hubiera seguido siendo la persona que fue, lo habría indignado y molestado en grado sumo.

Pero ya no era la persona que fue, en todo se le notaba. Se había convertido en un hombre por completo distinto. Su habla y su risa habían adquirido un tono chillón y estridente, y de él se había apoderado el extraño impulso de presumir de su propia excelencia ante la suegra. Si antes se caracterizaba por una conducta en todo momento impregnada de dignidad y por unas maneras solemnes (uno no podía pasar dos minutos en su compañía sin darse cuenta de que era un clérigo), ahora toda esa formalidad había desaparecido. Si antes parecía esperar que la gente se apercibiera por sí misma de su distinción y talento, ahora se sentía obligado a subrayar esas virtudes. Hablaba sin parar del excelente alumno que había sido, de lo rápido que se había graduado, de cuántas cosas maravillosas había hecho y conseguido en las distintas parroquias por las que había pasado: su verborrea no tenía fin.

Las dos chicas juntaban extasiadas las manos y mostraban, sin que cupiera duda, su admiración por él. Daba la impresión de que a él le gustaba que su suegra lo viera: que viera cómo las tenía a sus pies, cómo podía tratarlas como se le antojara. Se conducía como alguien que, tras sufrir un grave fracaso, tiene que buscar por todos los medios una compensación.

No se mostraba nada cortés ni educado con las dos jóvenes; cada palabra que les dirigía rezumaba desprecio. Pero no hacía nada para mantenerlas a distancia. Aunque solía decir que tenía trabajo esperándolo, no evitaba su compañía. La anciana se había entristecido al principio, al concluir que su yerno ya había olvidado a Sigrun. Sin embargo, en el transcurso de la velada algo le dijo que aquel comportamiento obedecía a razones muy distintas: el dolor que el párroco experimentaba por la pérdida de su mujer era tan intenso que estaba a punto de llevarlo a la ruina física y moral.

Cuando por fin llegó la hora de irse a la cama, pues iba a pasar la noche allí, no pudo evitar decirle unas palabras: comprendía que no quisiera tardar en casarse de nuevo, pero confiaba en que fuera cuidadoso en su elección y no se conformara con la primera que le saliera al paso.

Él, entonces, le pidió a su suegra y solo a ella que lo acompañara a su cuarto. Allí procedió a mostrarle todas las pertenencias de Sigrun, que había reunido en esa habitación, tanto las que ella había traído de su casa como las que se habían añadido después del matrimonio. Repartidos por la estancia se hallaban retratos de la difunta esposa en todos los tamaños, sus libros se alineaban en la primera fila de la estantería.

Había uno que la reverenda reconoció de inmediato, un pequeño devocionario que le regalaron a su hija con motivo de su confirmación y que ahora reposaba sobre la mesita de noche, junto a la cama.

—Lo leo todas las noches —confesó el pastor—. Es mi única

lectura.

Acto seguido, abrió el cajón central de un gran secreter, donde guardaba un par de cajitas de marfil que regalaran a Sigrun de niña. Las sacó y se las pasó por las mejillas en una tierna caricia.

—¡Cómo le gustaban! —exclamó—. Ahora no permito que las toque ninguna mano que no sea la mía. Nadie más tendrá acceso a todos estos recuerdos.

Le mostró entonces el cuadrito de la parroquia de Stenbroträsk cuya contemplación tanto reconfortara a Sigrun. Se hallaba envuelto en varios pliegues de papel de seda, enrollado a su vez en un paño y escondido al fondo de un cajón, como un preciado tesoro.

—No creerá usted que voy a dejar que lo vean unos ojos que no sean los míos…

A continuación, le enseño un pequeño tapete que su mujer había bordado para él.

—Lo tengo siempre en esta mesa porque fue la propia Sigrun quien lo colocó allí. Pero guardo otro paño que pongo encima cuando hace sol. ¿Ve como no está descolorido?

Sigrun le había cosido un cojín para la mecedora, rematado por unos flecos que ahora estaban sueltos en varios puntos. Había intentado arreglarlo él mismo, remendándolo con hilo grueso y unas grandes puntadas. Era consciente de lo tosco del resultado, pero no se había visto capaz de confiarle el trabajo a otra persona. Su suegra se ofreció a llevarse el cojín a su habitación para reparar el pequeño defecto como era debido. Aunque al final se lo permitió, se abrazó con fuerza al objeto y le dio varias vueltas antes de soltarlo.

En una bolsita de cuero amarillo tenía guardados los que para él eran los objetos de mayor valor: las dos sencillas sortijas de Sigrun, junto con otro anillo y un par de pequeñas joyas de oro.

—De día la llevo en el bolsillo del chaleco y de noche la pongo bajo la almohada. No me separo de ella en ningún momento.

La anciana se compadecía muchísimo de él, consciente de cómo su dolor lo desgarraba y amenazaba con hacerlo pedazos. Entendió que su yerno luchaba contra ese dolor cuando estaba entre la gente intentando en vano ser como antes: por eso el instrumento emitía notas tan falsas.

Se sentó en un sofá y le hizo una seña:

—Ven aquí, siéntate a mi lado —le pidió con voz maternal y suave —. Cuéntame tus penas.

Él rompió en un llanto desgarrado.

—Oh, no sé, no sé qué va a ser de mí. No tengo nada que hacer en esta vida desde que Sigrun me dejó. —Hizo una pausa antes de continuar—: Ha desaparecido de mi lado, pero no tengo la sensación de que esté muerta. Para mí es como si me hubiera abandonado por miedo.

»No fui capaz de hacerla feliz, pero era solo porque la quería sin medida. La quería solo para mí, así que la encerré y la asfixié. ¡Cómo me tortura haberla hecho sufrir! Si hubiera sabido que iba a dejarme tan pronto, quizá me habría contenido. ¿Qué me habría importado

hundirme yo mismo con tal de que ella hubiera podido ser feliz durante tan corto viaje?

»Dicen que murió de viruela, pero no me acabo de creer que así fuese. Y no me atrevo a preguntar cómo estaba cuando se marchó. Tengo miedo de que me digan que murió porque yo la había hecho tan desgraciada que no podía quedarse a mi lado.

La anciana permaneció en silencio, dejando que él se desahogara. Nada de lo que su yerno decía podía sorprenderla, pues la edad le había enseñado esto: jamás persona alguna ha estado junto a la tumba de un ser querido sin que el remordimiento y el cargo de conciencia le roan las entrañas.

Capítulo 21

Carta de Hånger

Pocos días después, Lotta Hedman entró en el despacho del pastor a media mañana con una carta en la mano. Llevaba la frente alta y el pelo tan liso y peinado como nunca. Su rostro irradiaba luz, como si el cielo se hubiera abierto y derramado sobre ella algo de su gloria.

El propio pastor se sorprendió un poco al verla entrar con tanta calma y serenidad para hablar con él, pues Lotta Hedman se había comportado de forma extraña y confusa desde la noche en que Sigrun había fallecido, siempre intranquila y a menudo hablando sola en voz alta. Todos pensaban que veía visiones y los que alcanzaban a oír algo de sus soliloquios se daban cuenta de que en ellos aparecían temas recurrentes: la devastación total de la faz de la tierra, el jinete a lomos de un caballo rojo, las setenta semanas, la gran bestia, la desoladora destrucción del mundo.

Ella evitaba mezclarse con la gente más allá de lo estrictamente necesario y ante nadie se mostraba tan esquiva como ante su señor, quien muchas veces había reparado en los rodeos que daba para no encontrarse con él cara a cara. Tenía el pelo revuelto y los ojos en blanco, descuidaba el vestir y a duras penas atendía sus tareas. Cada vez que se encontraba con las dos jóvenes inquilinas, les dirigía severas palabras sacadas de las Sagradas Escrituras que sonaban casi como amenazas.

La madre del pastor había tratado de convencer a su hijo de que enviara a Lotta de vuelta a su tierra, pero él, que comprendía que era el dolor por la pérdida de Sigrun lo que la atormentaba, se había puesto de su parte y la había mantenido a su servicio.

Aquel día, al notar el cambio en su aspecto, se dijo: «Ya veo que su

duelo ha terminado. Ahora ya nadie más que yo se acuerda de Sigrun».

Pero Lotta le rogó que la escuchara con paciencia, pues tenía muchas cosas que decirle. Y ella, que solía mostrarse en extremo solemne y seria, empezó contándole un cuento:

—Había una vez una granja en la que vivía una honrada familia campesina, pero cerca de ella se alzaba una montaña en la que habitaban gigantes. La mujer del granjero había acudido una vez a la morada de aquellas criaturas para ayudar a la giganta en el parto. Mientras bañaba al recién nacido, le cayó una gota de agua en el ojo y esa gota le dio el don de la videncia en ese ojo, de modo que desde entonces fue capaz de seguir todos los movimientos de los seres mágicos, incluso cuando se colaban en su propia casa para hacer alguna fechoría. Muchas veces los sorprendió robando o tendiendo trampas a hombres y animales, pero nunca los delató.

»Un día la mujer del campesino fue a la feria de la cosecha de otoño y, mientras paseaba entre las casetas, se encontró con el gigante de su tierra. Sin darse cuenta de lo que hacía, fue a saludarlo. "Buenos días, vecino", le dijo mientras le estrechaba la mano. "Qué buen sayal has comprado". "Pues sí", respondió el gigante, "y bien barato que me ha salido. Había dos aldeanos peleándose por la pieza; mientras ellos reñían, yo me he hecho con todo el paquete y me he largado".

»Luego se quedaron un rato hablando con tranquilidad, hasta que de repente el gigante preguntó: "Oye, vecina, pero ¿cómo es que puedes verme?". "Bueno", contestó ella, "la última vez que fui a vuestra casa me cayó una gota de agua en el ojo y desde entonces puedo veros, os guste o no". "¡No me digas! ¿En qué ojo fue?". "En el izquierdo", contestó la mujer. Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, el gigante levantó la mano y le sacó el ojo izquierdo. Se lo arrancó entero, sin dejarle ni un pedacito. Y después de eso ella nunca fue capaz de ver nada fuera de lo común.

Lotta hizo una pausa antes de decir con voz aguda y chillona:

—Eso fue lo que su reverendo señor me hizo la primera vez que nos vimos. Me sacó el ojo que poseía el don de la videncia y desde entonces mi vida ha sido una eterna confusión. Veo cosas, pero se me aparecen borrosas; oigo, pero sin claridad, y no consigo avanzar, no encuentro a nadie que me escuche. Soy una desgraciada sin hogar que nunca pasará de ser una pobre trabajadora.

El pastor la escuchaba sereno y sin interrumpir. Cuando Lotta se detuvo un momento para tomar aire, le dijo, sin rastro de ira:

—Continúe con lo que tenga que decirme, Lotta. Estoy seguro de que no ha venido a verme solo para remover agua pasada.

—No —repuso ella—, pero quiero que su reverendo señor lo recuerde, porque yo a mi vez he cometido una grave falta contra usted. Está bien ser de vez en cuando consciente de las viejas deudas que uno tiene pendientes. Aun así, me hallo en gran necesidad de misericordia y perdón.

Su interlocutor negó con la cabeza.

—No entiendo adónde quiere llegar, Lotta.

Lotta respondió sin el menor atisbo de confusión:

—No se me olvida para qué he venido y no es una confesión fácil la que he de hacer, pero, antes de llegar a eso, debo decirle una cosa más.

Tomó aire.

—No soy de las chismosas —prosiguió—, así que nunca le dije ni una palabra a Sigrun al respecto, pero sé que existe un lugar llamado Hånger. Conozco toda la historia del pastor que fue asesinado allí, del poste de la verja, de la anciana de la ventana y de la maldición que pesa sobre los hombres de Hånger. Y me parece que un hombre que sabe que procede de una raza fuerte y salvaje, con la que siempre ha sido difícil llevarse bien, y que es consciente, además, de qué clase de muerte le espera…, creo que ese hombre debe de preguntarse a veces si hizo bien en tomar por esposa a una muchacha tan inocente y delicada como una hoja recién abierta, que desconocía el oscuro secreto que él llevaba dentro.

—¡Lotta Hedman! —La voz del pastor se mantenía aún bastante tranquila; no hacía más que advertir a Lotta que no fuera demasiado lejos.

—¡Déjeme continuar, reverendo pastor! —suplicó ella—. Porque esto no lo digo a modo de reproche, sino tan solo para recordarle que nadie está libre de culpa, aunque nuestra culpa, la de Sigrun y mía, es mucho mayor, tanto que necesitará añadir mucha misericordia y perdón en su lado de la balanza para equilibrarla.

»Ya solo me resta contarle cómo fue que Sigrun nos dejó. Y lo hago a petición de ella misma. Hoy he recibido una carta suya en la que me pide que lo haga, y eso me ha liberado de mi ignominia y me ha quitado de encima el peso de la mentira, de modo que ahora puedo volver a mirar a mis semejantes a la cara.

El hecho de que fuera Lotta Hedman la que hablaba hizo que aquellas palabras no sorprendieran al pastor tanto como cabía esperar. Pensó que lo que iba a referirle a continuación era que Sigrun no había muerto de viruela, sino que se había quitado la vida y que ella creía haber recibido algún tipo de permiso por su parte para contárselo ahora.

Lotta comenzó su relato.

Pero, a medida que avanzaba, su arrojo se fue desvaneciendo al observar cómo el hombre que tenía ante ella se oscurecía como se oscurece el cielo ante la llegada de una gran tormenta. Las nubes surgían de todas partes. Un frío y unas tinieblas espantosas la envolvieron. Al final, apenas podía pronunciar palabra.

A pesar de ello, se las arregló para trasmitirle que había recibido varios mensajes de Sigrun y que esta, después de su llegada a Hånger, había enfermado de viruela. Su estado no había sido grave, pero tardó en recuperarse. Durante toda su larga enfermedad, y después, había permanecido con la buena gente de Hånger. Un solo día había salido al mundo por su cuenta y las cosas que se había encontrado entonces la habían aterrorizado de tal modo que ya nada podría persuadirla para que dejase la protección de sus amigos y se aventurara a lo

desconocido.

En cambio, las elocuentes palabras con las que Lotta había querido describir su propia contrición y vergüenza, así como su alegría por el hecho de que Sigrun hubiera cambiado de opinión y regresara a casa, todo esto quedó en su mayor parte sin decir. En su lugar, se limitó a poner ante el pastor la carta recibida aquel día, fechada en Hånger el 15 de mayo de 1916, en la que se leían estas pocas líneas:

«Lotta, tienes que ir a ver a Edvard y contarle todo. Y pídele que venga aquí a Hånger a buscarme si me considera digna de volver a ser su esposa».

Dentro había un sobrecito dirigido al pastor en persona. Al abrirlo, se encontró con una única palabra:

«¡Perdón!».

Nada más verla, él soltó una carcajada amarga y desgarradora. Era la primera ráfaga de la tormenta que irrumpía entre las nubes y las apartaba para comenzar su desenfrenado baile.

—Lotta, hágame el favor de telefonear a Hånger y decirle a Sigrun que iré a buscarla mañana —ordenó—. Hoy tengo que ir a atender un examen.

Lotta hizo lo que le pedían. Y poco después del mediodía el pastor partió a solas. Tenía por delante un largo viaje a una escuela lejana. Pero al llegar al cruce, no se desvió por el camino que llevaba a esta. En lugar de eso giró hacia el sol naciente, hacia la frontera de la región de Dalia, en dirección a Hånger.

Capítulo 22

Los gigantes de Hånger

Oh, no hay por qué creer que actuara ninguna influencia sobrenatural. Pero a quien alguna vez haya sentido cómo los seres queridos que ya no están le susurran al oído; o haya notado, bajo una angustia tan fuerte que pareciera que el corazón fuera a estallarle, cómo un lento oleaje de dulces pensamientos le ha anegado el alma; o, hundido en la niebla de la fatiga, haya percibido que una suavísima mano le guía el exhausto lápiz hacia la meta le resultará difícil creer que ese día no había una multitud de seres invisibles en torno al desdichado que recorría la ancha y desolada cordillera.

Porque, por muy traicionado y herido que se sintiera, por muy engañado y humillado, por mucho que sus pensamientos giraran en torno al castigo y la venganza, dichos pensamientos regresaban una y otra vez a una región que parecía atraerlos con mayor fuerza aún.

Y lo que tanto los cautivaba era Hånger, la heredad de sus ancestros, que nunca había visto, cuyas casas rojas se alzaban allá en lo alto, rodeadas del bosque que antaño conformara frontera entre reinos, dominando un paisaje en el que se podían ver diez largas lomas, diez altas cumbres, diez lagos resplandecientes, diez parroquias, pero apenas una decena de caseríos en medio de todo ello.

A él todavía nunca se le había aparecido la vieja quinta de Hånger, como sabía que solía aparecérsele a otros miembros de su familia, con su poste, su manzanar y su bodega. Pero no por eso había dejado de ejercer un poder mágico sobre su persona. En sus pensamientos se vio transportado a los años de su infancia, cuando soñaba con llegar a ser aquel que acabaría con la maldición de los moradores de Hånger. Recordó la lógica de sus reflexiones: puesto que era el asesinato de un

sacerdote lo que les acarreara aquella maldición, se librarían de su yugo si uno de los Hånger se hacía pastor y se convertía así en un santo varón de Dios. Aunque más tarde, durante su juventud y madurez, había olvidado ese razonamiento, la idea original había seguido determinando la dirección de su vida.

Cuando comenzó los estudios y el viento soplaba a su favor, había dejado de creer que a los hombres de su familia los acechara alguna desgracia en particular. Bastaba con ser inteligente y saber dominar aquellos rasgos que estaban en el origen de su mal: el temperamento difícil e incontrolable, la intensa angustia de perder lo que era suyo. De ese modo, los pensamientos suicidas remitían. «Seré yo quien les demuestre que un Rhånge de Hånger puede morir del mismo modo que los demás», pensaba en ocasiones. «Y de ese modo quizá sea yo, después de todo, quien acabe con la vieja superstición».

También había conseguido resistir todas las tentaciones de la juventud y llevar su vida con mesura y sin tacha…, salvo en las relaciones con su mujer.

Un sobresalto lo sacudió en ese momento, como si fuera un durmiente al que hubieran despertado de forma brusca. Durante unos instantes había olvidado su desventura, pero ahora la imagen de su esposa la traía de vuelta con todo el horror aparejado a ella. Justo por su condición de eclesiástico, obligado a llevar una vida intachable, se le hacía aún más insoportable el oprobio que se le venía encima; sentía todas las habladurías y las burlas inminentes sobre las carnes, lo laceraban como los azotes de un látigo rematado en hierro. «Habría sido mejor que ella no hubiera regresado nunca», pensó en su resentimiento. «Me ha hecho imposible seguir viviendo aquí. Supongo que nos veremos forzados a emigrar».

Curiosamente, sin embargo, los pensamientos enseguida abandonaron a su esposa y volvieron a encaminarse hacia la vieja y excepcional quinta.

Había sido su padre quien le hablara de Hånger y sus relatos incluían mucho más que asesinatos y condenas. Le había contado, por ejemplo, que nadie sabía de dónde procedían los Hånger. En la parroquia donde se ubicaba la finca habían aparecido de repente cinco hermanos, todos grandes, fuertes y guapos, pero de ascendencia desconocida, oriundos de un país ignoto en el que se hablaba una lengua extraña. Se creía que eran los descendientes de un gigante y de una mujer por él secuestrada: y, en efecto, su aspecto indómito y su combatividad, su valor y astucia, sus peculiaridades y su temperamento inquebrantable, así como, sobre todo, la suerte que los acompañaba en el acopio de bienes y propiedades, hacían de aquella una explicación no del todo inverosímil.

Estos hombres, que habían llegado a la vecindad como pobres jornaleros, en pocos años se habían hecho dueños primero de Hånger, donde se había quedado a vivir el hermano mayor, y luego de otras cuatro fincas.

Lo reconfortaba pensar en sus antepasados. Ellos nunca habían sido como los demás granjeros. Vestían con pulcritud y tenían un porte

orgulloso. Podrían haberse convertido en señores, pero nunca habían aspirado a ello. Necesitado en aquellos momentos de algo que le reforzara la autoestima, encontró cierto alivio en saberse perteneciente a un linaje ilustre y muy dotado.

Al fin y al cabo, quizá no era tan distinto de ellos. Lotta Hedman lo había comparado con un gigante y le había recordado que pertenecía a una raza salvaje. ¡Ojalá no se hubiera hecho sacerdote, ojalá no se hubiese obligado a tener siempre bajo control su vigorosa naturaleza! Recordó aquella noche en que había salido corriendo a la caza del exjuez de distrito mientras este huía despavorido. Sin duda, fue la sangre mágica que corría por sus venas la que lo espoleó.

De nuevo los pensamientos se trasladaron a su hogar y a su esposa. Un dolor angustioso volvió a penetrarle el alma. Pensó en cómo durante toda la primavera pasada se había dejado atormentar por la tristeza y el remordimiento. Pero, por duro que hubiera sido ese sufrimiento en sí mismo, era aún más amargo saber que Sigrun lo había condenado a padecerlo a sangre fría y sin ninguna razón de peso. No, lo más amargo y lo peor era que ella se hubiera rebajado a engañarlo; que se hubiera librado de él de un modo tan horrible; que hubiera confiado en un miserable vagabundo para al final caer en manos de un hombre de la calaña de Sven Elversson, un hombre a quien él mismo había excomulgado de su iglesia. Era el colmo de la vergüenza.

«Acudió a la persona más apropiada», pensó. «Ella una muerta y él un proscrito que no se atreve a mostrarse entre sus congéneres».

El recuerdo de la finca de sus ancestros, sin embargo, vino una vez más a rescatarlo de ese furibundo dolor. En las llanuras sin bosques por donde transitaba, el poniente, el fuerte viento procedente del mar, soplaba acerado y cortante. «Vaya frío hace aquí arriba», pensó. «Seguro que el tiempo es mejor al otro lado de las montañas. En Hånger, al resguardo de la vertiente oriental, debe de hacer un calor primaveral en una tarde como esta».

De ahí sus pensamientos volvieron a centrarse en sus antepasados. Todos ellos habían tenido cierto rasgo que los había hecho distinguirse de su entorno. Uno de ellos había poseído un caballo al que amaba más que a nada en el mundo, rara vez no se le veía a lomos de su corcel. Hacía su trabajo a caballo y a caballo pasaba sus ratos de asueto; incluso un domingo había entrado en la iglesia, exigiendo recibir la comunión, sin bajarse de su montura.

Una leve sonrisa cruzó el rostro del pastor al imaginar la peculiar escena. En el pasado le había divertido recrearla, aunque nunca había creído que tal historia fuese cierta, estaba convencido de que se trataba de una fábula inventada.

Aquel jinete había tenido una vez una disputa con su mujer. «A veces más vale maña que fuerza, sería mejor que lo tuvieras en cuenta», le había dicho la esposa. El marido, encolerizado, la había tomado en brazos y la había colocado a horcajadas sobre una viga del techo: «Con fuerza te he puesto ahí arriba. ¡A ver si con maña te las arreglas para bajar!». A buen seguro no era fácil estar casada con uno

de los viejos gigantes de Hånger, dado su natural violento, celoso y testarudo. Cierto que eran capaces y enérgicos en extremo, hospitalarios y magníficos, pero también estaban dotados de un tosco sentido del humor que podía ser muy difícil de aguantar.

A uno de ellos se le había ocurrido la idea de que debía poseer todo a pares. No bastaba con tener un reloj en una habitación, tenía que haber dos. No podía haber una sola ventana en la casa, tenía que haber dos o cuatro o seis. Dos chimeneas, dos puertas, dos establos, dos graneros. No se debía nunca contar con tan solo un labrador o una criada, sino con dos o con cuatro. Ese fervor, que podría parecer inocente, lo había llevado a destruir toda Hånger con reconstrucciones y cambios. En el corral debía haber tantos toros como vacas; a su mujer le había exigido que le diera un niño, una niña, un niño, una niña, y así sucesivamente, en ese orden alterno. Si ella no lo complacía, él no se andaría con chiquitas. De nuevo el pastor sonrió. No, desde luego que ser la señora de Hånger no era siempre miel sobre hojuelas.

Otro de sus ancestros cantaba a todas horas. Venía a la iglesia cantando, salía de ella cantando, cantaba en respuesta cuando alguien le hablaba, cantaba tanto al acostarse como al levantarse. Pero, a pesar de su constante canturreo, se trataba de un hombre rudo y retorcido, y fue con él con quien sobrevino la desgracia. Después de que intentara engañar a la viuda de su hermano en un asunto de herencia, su propia mujer descubrió el fraude y le pidió al párroco del lugar que fuera a Hånger para hacerlo entrar en razón. Pero el cabeza de familia de Hånger creyó que la visita de su esposa al pastor obedecía a otra razón muy distinta, de manera que, en un ataque de celos, había atacado al sacerdote cuando iba de camino a su casa y lo había matado.

No cabía duda: el matrimonio con uno de los viejos Hånger no siempre era un camino de rosas. Pero, aun así, ninguna de las consortes se había dado por muerta para librarse de su desgracia.

Soltó una breve y fuerte carcajada. Parecía que él era el peor de todos. ¿Por qué, si no, habría tenido su mujer que recurrir a un medio tan desesperado?

¿Qué era lo que ella podía reprocharle? Solo un exceso de amor. Lo único que le había pedido era que le perteneciera a él, solo y exclusivamente a él. Pero ¿y si hubiera sido esta una exigencia demasiado penosa? ¿Y si hubiese resultado más difícil de cumplir que cualquiera de las desquiciadas demandas de los antiguos? ¿Puede una persona pedir esto, poseer a otra en plenitud y por completo?, ¿poseer no solo su amor, sino todo su ser en cuerpo y alma?

El pastor recordó que Sigrun se le había antojado a menudo una criatura de una especie distinta a los demás seres humanos. Le parecía que tenía una naturaleza particular a la que, sin embargo, ella nunca había sabido dar expresión.

Y esa peculiar naturaleza propia era, bien lo sabía, la misericordia. La predisposición a hacer el bien, a sacrificarse por los demás, a cuidar de los enfermos. Él se había opuesto a todo aquello que la

naturaleza de su esposa demandaba para desarrollarse como persona. Queriendo poseerla por completo, no soportaba la idea de tener que compartirla con otros.

Y lo que había ocurrido, lo que le había parecido tan abominable, ¿no era acaso nada más que lo que era inevitable que ocurriese? Un muelle comprimido se había desenrollado en el mismo momento en que ya no se ejercía presión sobre él.

«Sigrun es la misericordia en persona», concluyó. «Socorrer a los demás es su misión en la vida. Yo tendría que haberlo entendido».

Esa repentina toma de conciencia de su propio error le hizo bien. Ya no le parecía que su mujer hubiera caído tan bajo, que su actitud hubiese sido dura y desalmada en un grado tan inimaginable. Le dio vueltas una y otra vez a la idea. «Sí, por eso nunca fuimos felices. Le impedí dar rienda suelta a su naturaleza».

De pronto, no obstante, todo el calvario regresó de nuevo con estas reflexiones. «El tal Sven Elversson encaja mucho mejor con ella que yo. También se dedica a obras de caridad. Por eso ella se ha quedado en su compañía».

Hasta ahora nunca había tenido celos de Sven Elversson. Estaba convencido de que Sigrun jamás podría amarlo, pues sabía bien el pecado cometido por él. Ahora todo le parecía más que sospechoso. ¿Por qué Sven Elversson no lo había informado de inmediato de que Sigrun había llegado a Hånger? ¿Acaso la amaba y pretendía quedársela?

En medio de la ira, sin embargo, surgió uno de esos pensamientos que parecían flotar en el aire sobre el desolado páramo y que templó el alma de aquel ser desgraciado como una fresca lluvia estival.

«¿Tienes de verdad derecho a esperar el favor y la ayuda de Sven Elversson?», le dijo el pensamiento.

El pastor recordó cómo había ofendido a Sven Elversson, cómo le había arruinado la vida y lo había condenado a una indecible miseria. Pero su propio sentimiento de culpa resultó tener un efecto extrañamente tranquilizador y atemperante en medio de la ira por lo que otros le habían hecho. Como una bebida refrescante durante una fiebre aguda, aplacó su enardecimiento, generó en su interior humildad y autocontrol.

Ya no se sentía como el vengador dispuesto a castigar los agravios ajenos, con toda la justicia de su parte. Ahora estaba preparado, si no para perdonar, sí para examinar en detalle los argumentos y las pruebas antes de dictar sentencia final.

Capítulo 23

El poste

El conductor tiró de las riendas para detener el caballo. Hånger yacía a sus pies bajo el resplandor del atardecer.

Por un momento dudó de haber llegado al lugar correcto. Las descripciones que había oído de Hånger siempre la pintaban como una gran quinta con casas alargadas. En cambio, allá abajo, si bien la casa principal parecía desde luego de buen tamaño, todo lo demás era de pequeñas dimensiones.

Pero ahí estaba el manzanal: en la ladera de la colina, entre las casitas, crecían imponentes manzanos centenarios que justo en esos momentos se hallaban en plena floración y cubrían la finca con un toldo blanco y rosa.

Y ahí estaba el viejo roble, aún semidesnudo, pero en camino de tener sus ramas arrugadas y nudosas de nuevo revestidas de un suave follaje.

Y ahí estaba la vista. La vista de un paisaje extraordinario, bello, luminoso y dibujado con delicadeza, donde las diez lomas y los diez lagos se engalanaban a la hora del ocaso de todos los colores imaginables; donde un monte se alzaba blanco brillante y otro de oscuro amenazador; donde un lago se extendía como un disco relumbrante de acero, mientras que su vecino, detrás de la siguiente colina, se cubría de destellos dorados.

Era inconcebible que las personas que habían tenido ante sí semejante cuadro durante toda su vida siguieran siendo unos ásperos y rudos salvajes sin otro pensamiento que conseguir poder y propiedades. Allí, en aquella belleza, creyó encontrar la explicación de esa alegre inclinación al esplendor y la magnificencia de la que

parecían haber hecho gala sus antepasados.

Permaneció un buen rato contemplando todo aquello. Por fin bajó del coche y condujo el caballo hasta el bosque circundante. Allí lo ató al tronco de un árbol, le puso comida y se encaminó con pasos lentos y pausados hacia la quinta.

Cuando se acercó lo bastante como para ver el espacio que se abría entre casa y casa, reparó en un hombre y una mujer que se hallaban sentados bajo el viejo roble, a ambos lados de una mesa de jardín, en la tibia y luminosa tarde de primavera. El hombre leía en voz alta mientras la mujer bordaba. Ninguno de los dos advirtió su presencia.

Se detuvo, dio un rodeo por detrás de una de las casitas y se acercó a ellos desde otra dirección. Justo debajo del lugar donde se encontraba la pareja había un denso y alto seto de coníferas. Pasó por debajo con pasos sigilosos, con cuidado de no ser visto. Cuando llegó a un punto desde el que era capaz de percibir con claridad la voz del lector, se tumbó despacio en el suelo y dobló con suavidad algunas ramas del seto para poder ver la escena sin obstáculos. Ni por un momento sintió cargo de conciencia por querer escuchar a escondidas. «Está en juego todo nuestro futuro, el de Sigrun y el mío», se dijo. «Me es imprescindible tener conocimiento de la verdad de la manera que sea».

Al principio, sin embargo, todo lo que tuvo ocasión de escuchar fue un breve poema de Snoilsky. Relataba la historia de un prisionero de guerra que, tras ser por fin liberado de su cautiverio y después de un arduo viaje, llega una noche oscura a la pobre cabaña donde dejó a su esposa muchos años atrás. Al mirar por la ventana, descubre que ella tiene ahora a otro hombre a su lado. Comprende que lo ha dado por muerto y se aleja en la noche, pues prefiere desaparecer a causarle sufrimiento. Antes de marcharse, sin embargo, ata al pomo de la puerta un pequeño monedero de cuero en el que ha metido todo el dinero que posee, como donación al menesteroso hogar.

Aunque Sven Elversson leía con sentimiento aquellos versos que hablaban de la renuncia al amor, el pastor oía sus palabras sin entender en realidad lo que significaban, concentrado como estaba con todos los sentidos en su mujer.

Sigrun estaba sentada de modo que él no podía verle la cara. Pero, a pesar de ello, no cabía duda de que se trataba de ella. Reconoció su pelo y la hermosa curva del cuello, así como cada movimiento de la mano y el brazo al bordar. «¡Está viva!», exclamó para sus adentros juntando las manos en gesto de plegaria. «Así que de verdad es cierto: está viva».

Su corazón se le derretía de emoción. El volver a ver a Sigrun no le provocaba los sentimientos que se había imaginado. No sentía rabia, no quería pedirle cuentas por todo el dolor que ella le había causado ni hacerle ver la ignominia que se había echado sobre sí; tan solo, con lágrimas en los ojos, daba gracias a Dios por que aún estuviera viva y quisiera volver a su lado.

Se llevó la mano a los ojos y trató de imaginar qué habría sido de él si ella hubiera estado de verdad muerta. Se habría convertido en un

viejo eremita cargado de odio que se hubiese arrastrado por la vida sin esperanza, sin otro interés que contemplar sus recuerdos; en un hombre que hubiera buscado la compañía de otras mujeres solo para ridiculizarlas por no ser como ella, la única mujer de su vida. Ni siquiera alcanzaba a atisbar el fondo del abismo en el que podría haberse hundido.

De camino hacia ese lugar había deseado en su desesperación que Sigrun no se hubiera dado a conocer. ¡Qué deseo tan cruel y estúpido! ¿Cómo había podido albergarlo?

Todo este cúmulo de pensamientos y emociones le atravesó el alma como un vendaval. La voz del lector se perdió en el estruendo de la tempestad.

En un primer arrebato estuvo a punto de levantarse y correr hacia Sigrun. Pero se contuvo. «No. No ha de quedar sombra alguna de duda o sospecha entre nosotros. Por el bien de nuestra felicidad común, debo permanecer donde estoy».

***

—No leamos más por esta tarde —indicó Sigrun una vez Sven Elversson hubo terminado el poema—. Tengo algo que decirle.

Su voz le llegó al que se parapetaba detrás del seto como música para los oídos. Dulce como antaño, grave y con aquel entrañable leve ceceo.

Sven Elversson levantó la cabeza del libro para mirar a su interlocutora. El pastor percibió de inmediato lo cambiado que estaba. Mantenía la cabeza alta como el que más y hacía gala de la actitud natural y despreocupada del hombre educado. De aquel antiguo aspecto de predicador laico, de aquella exagerada humildad que lo caracterizara, no quedaba rastro.

—Sí, la verdad es que es una pena tener los ojos en un libro en una tarde como esta —asintió él—. Es mejor conversar.

Sigrun tardó un poco en comenzar a hablar. Se puso primero a recoger su labor y solo cuando hubo terminado dijo con voz firme y decidida:

—Ya está hecho, señor Elversson.

—¿El qué? —preguntó él con tono despreocupado—. ¿Ha terminado ya su labor?

—No, pero he hecho lo que me ha pedido que haga todos y cada uno de los días que he vivido bajo su techo.

—¿Ha…? —balbució mientras se levantaba consternado, sin terminar la frase.

La voz de Sigrun le respondió con firmeza y claridad, sin atisbo de temblor:

—Le he escrito a Lotta Hedman y le he pedido que se lo cuente todo a Edvard. En estos momentos ya sabe que estoy viva. Mañana vendrá a buscarme.

—¿Vendrá aquí? —La voz de Sven Elversson, en contraste con la de Sigrun, era débil y moribunda.

—Sí. Le he pedido que venga a buscarme a Hånger. Más tarde le

explicaré por qué. Antes de nada, quiero saber si a usted le alegra la noticia.

Al pastor le dio la sensación de que el hombre cambiaba de forma y aspecto ante sus propios ojos. Todo él se encogió y los labios se le curvaron con claridad en la mueca resignada de antaño. Bajó los ojos, tan alegres hacía un momento, hacia el suelo. Los brazos se le desplomaron sin fuerza a ambos lados del cuerpo. Cuando respondió a la pregunta de Sigrun, lo hizo con la antigua y embarazosa sumisión.

—Claro que me alegro, señora Rhånge. Pero es excesivo por su parte que me atribuya el mérito del paso que ha dado. Sé, o, mejor dicho, creo haber comprendido que, una vez calmada la euforia del primer arrebato, no ha pasado un día sin que usted se arrepintiera y añorara su hogar. Aunque tal vez se refiera usted a su miedo a exponerse a la ira de su marido y al duro juicio del mundo, a que he intentado infundirle valor para enfrentarse a todo eso. Es lo único de lo que puedo felicitarme.

El hombre que escuchaba la conversación tras el seto captó aquellas palabras no solo con los oídos, sino con todo su ser. «¿Qué hay de cierto y de falso en todo esto?», se preguntó. «¡Que Dios me ayude a discernir la verdad!».

Aunque seguía sin poder verle la cara a Sigrun, le pareció que se encogía un poco de hombros.

—No, claro que no. No ha tenido que ayudarme con nada más.

—Conviene recordar que, en efecto, así es —se oyó la suave voz de Sven Elversson—. Usted se dio cuenta casi de inmediato de la gran injusticia que había cometido contra su marido. Era inconcebible que quisiera condenar a quien tanto la amaba a toda una vida de soledad y pérdida. Estoy del todo convencido de que habría dado este paso hace meses si no hubiera caído enferma. Hasta ahora ha carecido de las fuerzas suficientes para arrostrar la conmoción que su regreso ha de provocar, las malas lenguas. No seré yo quien la culpe por su retraso en tomar la decisión. Sé lo que es ser repudiado y condenado al ostracismo por tus iguales.

Había algo en los gestos de Sigrun que sugería impaciencia, así como cierta guasa en el tono de la voz cuando respondió:

—Sí, ya sabía yo, señor Elversson, que usted se alegraría. Pero como esta es la última vez que nos hablamos a solas, quiero decirle que no es usted el único que me ha convencido de volver a casa. También he recibido mucha ayuda, creo que más incluso, de su esposa. Me parece que le amaba a usted sin mesura. De ella he intentado aprender a amar.

Una sombra se cernió sobre el rostro de Sven Elversson.

—Era una buena mujer —observó lacónico, sin su verborrea habitual—. La quisimos mucho mientras vivió aquí con nosotros.

—Su madre me ha contado algunas cosas sobre ella —continuó Sigrun—. Dice que fue a verle a Grimön el día después de que ardiera la escuela para decirle que tanto ella como el maestro habían hecho todo lo posible para que los niños estuvieran a gusto allí. Y le exhortó a que no se tomara tan a pecho esa desgracia. Al fin y al cabo, aquel

trabajo le había reportado muchas amistades. La gente empezó a darse cuenta de la clase de hombre que era usted.

Sven Elversson hizo un gesto paciente para indicar que no quería seguir hablando del tema. Pero Sigrun continuó.

—Yo conocía a su mujer desde que la vi en Applum y recuerdo lo poco agraciada que era. Tal vez fuera eso o tal vez fuera otra cosa lo que lo provocó a usted, porque, según su madre, parece que la trató todo lo mal que ha podido tratar nunca a nadie. «Si yo viniera a pedirle que se casara conmigo», le dijo con desdén, «veríamos en qué consideración me tiene». Y ella, sin sonrojarse ni palidecer, se levantó de inmediato con rostro macilento: «Me dice usted eso en broma, pero, si alguna vez me lo pidiera en serio, sería el día más feliz de mi vida». Parece que le conmovieron mucho estas palabras y unos años después se casó de verdad con ella porque aquella respuesta le había demostrado que era una mujer buena y magnánima.

—Sí, es cierto que era buena y noble —asintió Sven Elversson—. Debo hacerle justicia. Fue inaudito que quisiera casarse con alguien como yo.

—Su madre me ha contado que fue su esposa quien le aconsejó trasladarse aquí, a Hånger. Ella sabía de la existencia de esta quinta, sabía que estaba deshabitada y abandonada, así que podría usted comprarla por una miseria. Su mujer puso paz a su alrededor; gestionó sus asuntos; los hizo salir adelante mediante, tengo entendido, la venta de madera; amuebló su casa para que en cierto modo satisficiera los hábitos y necesidades que había usted adquirido gracias a su educación; y acogió a todos los necesitados que usted le traía, ocupándose de ellos hasta que lograban encontrarles empleo en otro lugar. ¿Acaso duda de que le amaba?

—No —respondió él—, creo que intentó amarme. Luchó contra aquello de mí que era difícil de tragar, pero al final fue demasiado para ella y entonces se marchó con Gustavsson.

—No fue así —se apresuró a corregirle Sigrun—. No se marchó con él por esa razón. Ella sabía que estaba enamorado de otra persona, usted lo había dejado traslucir de un modo u otro. Hay siempre una antología de poesía sobre su mesa. Su madre dice que a menudo la lee, si bien siempre el mismo poema, una canción de amor del islandés Bjarni Thorarensen.

Sven Elversson se levantó de un salto y se llevó la mano al pecho.

—¿Adónde quiere ir a parar? —exclamó con tono casi amenazador.

Sigrun levantó la mano:

—Solo quiero hablarle de su esposa. Mañana me habré ido —añadió con actitud apaciguadora.

Él volvió a sentarse, paciente y sumiso. Mas sus ojos habían perdido el brillo amistoso y miraban a Sigrun graves y severos.

El hombre que estaba escuchando se inclinó hacia delante, tenso. Reconocía la voz de Sigrun, pero había mucho en su ser que se le antojaba extraño. Hacía gala de una serena seguridad en sí misma, de una madurez que antes no poseía. «Ha pasado por muchas cosas desde la última vez que la vi», pensó. «Nunca ha tenido ese poder de

controlar a su interlocutor. Ahora nadie puede enfrentarse a ella».

—Digamos —continuó Sigrun— que el otoño pasado su esposa vio más claro que nunca que usted no la amaba. Tal vez leyó ese poema más a menudo, ¿qué sé yo? Y se marchó, pero de tal manera que no pareciese que se marchaba por amor a usted, para hacerle la vida más fácil. Por eso se fue con el afilador. Lo he hablado con su madre y está de acuerdo conmigo. El afilador me dijo lo mismo: «Vino a mí porque Sven Elversson no la quería».

Sven Elversson levantó las manos en gesto de desaprobación.

—¿Por qué me cuenta todo esto? ¿Qué la lleva a pensar que va a hacerme sentir mejor?

—Bueno, siempre está bien saber que una buena persona te ha querido mucho. Está bien no albergar ninguna duda acerca de la autenticidad y la constancia de su amor. ¿Se da cuenta? Ella estaba hecha de la misma pasta que el soldado que volvió a casa, el de la historia que acabamos de leer. Es ella quien me ha enseñado a amar. Me ha enseñado cómo el amor puede estar más allá de toda razón, cómo puede llenarte el alma hasta el punto de destruirte el cuerpo.

Sigrun se levantó y se colocó detrás de la silla de Sven Elversson. Al hacerlo, su marido pudo por fin verle la cara y casi dio un respingo ante la belleza sobrenatural que en ese momento le irradiaba de las maravillosas facciones.

Ella se lanzó a hablar a toda velocidad, poniendo en palabras sus ideas sin esperar respuesta.

—El poema que usted siempre lee en su antología de poesía, señor Elversson, se titula «Canto a Sigrun». Y ya fuera por el nombre o por otra razón, una cosa es cierta: su mujer creía saber a quién amaba usted.

Sven Elversson quiso interrumpirla, protestar ante lo que decía, pero Sigrun lo detuvo.

—Déjeme terminar: necesito que entienda cómo su mujer podía amar tanto en la vida como después de la muerte. Trate de imaginársela como un alma que solo es amor, que es amor hasta las profundidades más inconscientes, y que esa alma decide sacrificarse por aquel a quien ama. Trate de representarse que esa alma ve caminos y medios que nadie más podría haber imaginado; que se apodera de la voluntad de otra persona, que la dirige, la conduce, ejecuta sus acciones, le susurra pensamientos, le dicta discursos, la obliga a que todo vaya según sus deseos.

Sven Elversson negó con la cabeza.

—Habla usted igual que Lotta Hedman —dijo con su voz más suave, pero sin dejar de mostrar su oposición total a la idea.

—Sí —contestó Sigrun—, sé que hablo como Lotta Hedman. Y no niego que es Lotta Hedman quien me ha enseñado a creer en el poder de los muertos. Pero ¿cómo sabe que ella no tiene razón? ¿Cuál fue la estrella que guio a la moribunda hasta traerla a mí? ¿Y de dónde vino ese pensamiento que me dominó de pronto? Ya sabe lo asustadiza y frágil que soy. Es cierto que pensaba huir, pero ¿por qué iba a hacerlo de ese modo? Había otras salidas para mí. Sin embargo, desde el

momento en que su esposa yació muerta en mi lecho, no vi otra posibilidad, no podía pensar en otra. ¿Por qué Lotta Hedman tampoco fue capaz de oponerse a mi iniciativa? ¿Por qué el afilador apareció después de que yo ya me hubiera puesto en camino? ¿Por qué se mostró tan tranquilo y complaciente ese día? ¿Por qué no nos atraparon? ¿Por qué me robó el dinero? ¿Por qué no se descubrió nada? Yo, desde luego, no había trazado ningún plan minucioso. ¿Por qué las cosas ocurrieron así, señor Elversson, si no es porque la mujer que le amaba, en su infinito y poderoso amor, había decidido llevarle a la mujer que amaba usted?

Había hablado con entusiasmo, llena de inspiración, por completo absorta en el milagro que creía haber experimentado, pero sin atisbo alguno de pasión en la voz. El que escuchaba detrás del seto se dio cuenta de que Sigrun le hablaba al hombre que la amaba desde la certeza de que él comprendía que su amor no era correspondido.

Sven Elversson sentía lo mismo. Su voz brotó velada por la emoción, sin llegar a adoptar un tono apasionado.

—¡De acuerdo! ¡Hablemos como Lotta Hedman, ya que ese es su deseo! Pero si fue el alma de la difunta la que la envió a usted aquí, ¿no podría ser también con el propósito de atormentarme y castigarme? Ella sabía que mi amor aumentaría, del mismo modo que sabía que usted nunca podría amarme.

—Sí —concedió Sigrun con el mismo extraño tono de alta inspiración, casi como si hablase con un habitante de otro mundo—, por supuesto que lo sabía. Y también sabía que, si no hubiera habido algo en usted que lo resguardara de todo amor excepto del de ella, no me habría usted permitido quedarme aquí en Hånger. Pero acaso pensó que el darle la oportunidad de enseñarme cómo vivir la vida le aportaría algo de dulzura. ¿No podría ser ese también su objetivo? El día de mañana, cuando haya envejecido, cuando se hayan apagado todas las llamas y el ardor de la juventud, recordará este invierno en Hånger como una época feliz.

Él volvió a negar con la cabeza.

—No ahora —insistió ella—, pero sí más tarde y hasta el fin de sus días. Verá: como acabo de decir, creo que el propósito era que usted me enseñara a mí cómo ha de vivirse la vida. ¿Qué era yo hace unos meses, antes de venir aquí? No era una mala persona, no le deseaba mal a nadie, pero tenía miedo; desde luego que siempre intentaba hacer el bien, pero lo hacía a mi buen saber y entender. Carecía de un plan vital. No sabía que era posible seguir siendo bueno, sincero, fiel y misericordioso en todas las circunstancias. Eso es lo que he aprendido aquí con usted: a aborrecer todo aquello que ensucia el alma. Y eso es lo que quiero llevarme a mi casa con mi marido. Al ver lo que he cambiado, él confiará en mí mucho más que antes. Por fin seremos felices y será a usted a quien tengamos que agradecer nuestra felicidad. Alégrese de que así sea.

Él le tomó la mano, inclinó el rostro sobre ella y prorrumpió en sollozos.

—Mañana, cuando Edvard venga aquí —dijo ella— le contaré todo

esto. Él lo entenderá y le estará muy agradecido.

Sven Elversson se enderezó con gesto consternado.

—¿Le contará también…?

—Sí, le contaré que usted me ama, y también cuánto lo quería a usted su difunta esposa. Quiero contárselo todo. Compréndalo, no tiene que haber más reservas ni secretos entre nosotros. Quiero que sepa cómo he aprendido el misterio del amor. Le diré lo que ahora sé: que el amor no pide promesas ni mandatos, solo conoce su propia ley. Al amor no le importa nada salvo la persona amada; por eso se marcha cuando eso es lo mejor para ella, cuando ve que sería una carga para ella permanecer. Quiero hablarle a Edvard de todo eso aquí en Hånger, en la heredad de sus antepasados, en medio de esta naturaleza grandiosa y frágil al mismo tiempo. Él también es capaz de mostrarse así, frágil y grandioso.

El hombre que escuchaba hizo un movimiento. Avergonzado de estar espiándolos, sentía el impulso de adelantarse y hablar con franqueza con los dos, con Sigrun y con el hombre que la amaba, aquel a quien ella trataba de consolar e infundir coraje ahora que iba a abandonarlo para siempre.

Pero, al mirar a su alrededor en busca del camino que debía seguir para llegar hasta ellos, reparó en un viejo poste de verja que se alzaba sobre un montón de piedras, justo ante sus ojos. El poste se erguía allí solitario, sin verja a la que sostener ni compañero, podrido y tan deteriorado que se necesitaban innumerables soportes a su alrededor para mantenerlo en pie.

El pastor se estremeció. No se había fijado en el poste hasta ese momento, pero tampoco había dirigido la atención hacia ese lado. Al principio estaba convencido de que solo se trataba de una ilusión y de que no había poste alguno; luego pensó que tal vez lo habían conservado como curiosidad. En cualquier caso, aquello lo distrajo el tiempo suficiente como para que pasara el momento propicio de acercarse. Cuando volvió a su principal foco de interés, la conversación entre ambos había avanzado; Sigrun abordaba ahora una nueva cuestión:

—¿Es posible que en realidad no sepa usted cómo ocurrió todo? Su madre me ha dicho que estaba delirando, con fiebre, y que no recuerda nada de nada.

Sven Elversson guardó silencio.

—Entiendo que no quiera tocar este tema —insistió ella—, pero me gustaría mucho que hablásemos de ello. Recuerde que mañana ya no estaré.

—Claro que participé de ello —repuso Sven Elversson—, pero estaba tan enfermo que no recuerdo nada. Después oí a los demás hablar de lo que había pasado y se lo reproché. Entonces me dijeron que no era quién para afearles nada, pues yo también había sido partícipe. Y en ese momento recordé que me habían obligado a…

El esfuerzo que tuvo que hacer para decir esto fue ímprobo; las palabras le salían a duras penas de los labios y se vio incapaz de concluir la frase.

—Creyó recordarlo —lo corrigió Sigrun—. ¿No se da cuenta de que es imposible que hiciera algo así? Antes se habría dejado matar.

—Lo hice. ¡No crea que no fue eso lo que ocurrió!

—Sí, lo creo y quiero que lo sepa. Durante todo el tiempo que he vivido bajo su techo he tenido la firme convicción de que no es verdad. Nadie que le conozca es capaz de creerle capaz de ello.

Sven Elversson se inclinó hacia delante y la tomó de la mano.

—Me hago cargo de lo bondadosa que ha sido conmigo esta tarde. Nunca podré agradecerle lo suficiente este momento.

Sigrun comprendió lo que quería decir y se abstuvo de seguir hablando del espinoso asunto.

—Pero seguro que no me negará la oportunidad de que yo le dé las gracias a usted por estos meses en Hånger. Siempre pensaré en este lugar como en el mismísimo hogar de la misericordia. Me gustaría organizar mi propio hogar según el modelo del suyo.

—¡Dejémoslo para mañana! —exclamó él.

Ella se levantó para marcharse.

—¡No se vaya todavía! Es nuestra última noche.

—¡Léame entonces otro pasaje de Snoilsky!

Sven Elversson abrió el libro, si bien lo volvió a cerrar de inmediato.

—Está demasiado oscuro.

—¡Pues recite algo de memoria! ¡*La canción de Sigrun,* de Bjarni Thorarensen! Muchas veces he querido pedírselo, pero nunca me he atrevido.

Sven Elversson hizo un gesto para desechar la idea.

—Mañana me habré ido —le recordó ella en un tono que hacía imposible resistirse.

El hombre comenzó a recitar la apasionada súplica del poeta islandés a su amada para que no lo abandonara aunque ella muriera y estableciese su morada en los luminosos aposentos del cielo. «¡No creas que no quise besar a la novia muerta!», declamó. «¡No creas que no quise poner mi mano alrededor de la cintura del pálido cadáver amortajado!».

Había apartado la vista de Sigrun y, con la cabeza inclinada hacia adelante, fijaba la mirada en algún punto en la lejanía. Sin embargo, todo lo que había conseguido contener durante la conversación precedente, todo lo que ni el dulce embrujo de la tarde primaveral ni la presencia de la mujer amada habían tenido el poder de liberar, se desataba ahora por mor del salvaje y poderoso fervor amoroso que impregnaba el poema. Toda la pasión reprimida se derramó en el torrente de palabras:

—«¿Acaso el sol del estío no besa con el mismo calor la nieve de la montaña nevada y la más roja de las rosas? ¿No es el lirio blanco la más bella de las flores?». —La voz de Sven Elversson temblaba con el estruendo de la tormenta de amor que se desencadenaba en su interior.

Sigrun escuchó tensa durante unos instantes. Luego, de pronto, se apartó del rapsoda para que este no pudiera verle el rostro y lo volvió,

en cambio, al hombre que escuchaba detrás del seto. Este pudo así constatar que sus rasgos, magnificados por la pasión, cedían asimismo a las emociones emergentes. Con los ojos cerrados en una mueca de dolor y las manos juntas, movía los labios en un lamento silencioso. Su marido no oyó lo que decía, pero creyó leer las palabras en ese movimiento de los labios.

—¡Oh, y pensar que nunca, nunca, podré decírselo!

—«¡Ven a mí en otoño, cuando el viento agite las negras aguas!» —continuó Sven Elversson en un grito apasionado—. «¡Ven a medianoche, cuando la luna se cubra de nubes de tormenta!».

El hombre escondido tras el seto se estremeció de un gélido horror. Vio entonces cómo su mujer levantaba los brazos en un gesto de infinito anhelo, cómo los labios susurrantes emitían una y otra vez su lamento:

—¡Y pensar que nunca, nunca, podré decírselo!

—«¡Húndete en mi corazón con tu seno nevado!» —seguía Sven Elversson con voz quebrada—. «¡Quédate, doncella del sepulcro, hasta que hayas liberado mi alma de los grilletes del cuerpo!».

El pastor apartó la mirada de su esposa y la dirigió hacia el poste de la verja. Se le antojó que había sido conservado allí hasta ese momento solo para recordarle su pertenencia a una estirpe que no toleraba la injusticia y sabía cómo vengarse.

La pareja sentada a la mesa no intercambió palabra alguna una vez hubo concluido el recitado del poema. Sigrun se levantó deprisa y entró en la casa. Sven Elversson se marchó en dirección opuesta, atravesó el seto de coníferas y, dejando atrás el poste de la verja, bajó hasta un pequeño estanque donde se quedó mirando el agua reluciente. Había pasado a dos metros de distancia del párroco sin reparar en su presencia.

Y este sintió que el hombre a quien Sigrun amaba debía morir.

Sería fácil. Todo lo que había de hacer era acercarse con sigilo por detrás y empujarlo al agua. Tenía la sensación de que ese hombre, sin intentar siquiera defenderse, le daría la bienvenida a la muerte como a un huésped al que se recibe de buen grado.

Fueron unos momentos cargados de peligro. Entonces, al enardecido hombre le sobrevino un pensamiento, un pensamiento que acaso guardaba en lo hondo de su alma desde mucho tiempo atrás, pero que solo ahora emergió a su conciencia para salvarlo: «Una vez excomulgaste a ese hombre de tu iglesia por atentar contra un muerto y, habiendo hecho tal cosa, ahora quieres atentar contra un vivo».

Aquello fue lo que lo hizo detenerse en aquel difícil momento. ¿No era la vida mil veces más inviolable que la muerte? ¿Cómo podía él, que no había querido ver a un hombre de la calaña de Sven Elversson en su iglesia, seguir siendo tan salvaje que sintiera la tentación de apagar la vida de un hombre, de separar un alma de su cuerpo, de cometer un acto de un calibre tan insospechado y que acaso le acarreara consecuencias por los tiempos de los tiempos?

Cuando volvió a mirar hacia el estanque, Sven Elversson ya no estaba.

Y algo más había desaparecido también: el poste de la verja. Más tarde le parecería recordar que, durante su lucha con la tentación, se había acercado a él y lo había arrojado al suelo con todos sus soportes y que la pieza se hallaba podrida y descompuesta de un modo tan irremediable que se había desplomado sin hacer ruido, sin dejar tras de sí más que unas polvorientas cenizas.

Pero no estaba seguro de que fuera así como había ocurrido. Se le antojaba también que el poste de la verja hubiera estado clavado en su propia alma; que hubiera sido su violenta y despótica naturaleza salvaje, con todos sus puntales de costumbres heredadas, prejuicios innatos y prerrogativas arraigadas, la que había caído.

Porque, en efecto, había caído: así lo percibía con asombro y gozosa emoción. Lo comprendió por la poderosa corriente de benévolos pensamientos que ahora surgían en su alma. Lo supo por el poder del amor dispuesto a sacrificarse que ahora lo llenaba.

Se dio cuenta de ello por la alegría que ahora sentía de ser sacerdote. Pensó en su vida, en cómo era a la vez labrador que cultivaba los frutos de la tierra y guardián de almas, cabeza de familia y jefe espiritual de una congregación, dueño y señor y al mismo tiempo el servidor de todos: por primera vez sintió que de verdad amaba este como el más noble, grande y dichoso de todos los oficios.

Aquella luminosa noche de primavera, mientras recorría a solas el desolado, yermo y poco atractivo paraje montañoso hacia su pobre hogar, se vio a sí mismo como un hombre feliz. Y con asombro pensó en aquello que lo había salvado, que no era su amor ni su ministerio, sino la noción de la grandeza y sacralidad de la vida. Una noción que había brotado en él a partir de la desgracia de Sven Elversson y que había crecido y madurado hasta arraigarse, firme y clara, en su ser.

***

A la mañana siguiente, cuando Sigrun salió al patio, observó que el libro con los poemas de Snoilsky se había quedado sobre la mesa del jardín y fue a recogerlo.

Al agarrarlo, se dio cuenta de que había algo entre las hojas y, cuando miró para ver qué era, se encontró con un pequeño monedero de piel amarilla. Estaba metido justo al lado del poema sobre el regreso del prisionero de guerra y contenía sus dos sortijas sencillas más otro anillo, que también le había regalado su esposo, y algunas pequeñas joyas.

Tras unos momentos de perplejidad, al final comprendió lo que había ocurrido y se echó a llorar, embargada por una temblorosa emoción.

Así la encontró Sven Elversson un rato más tarde. Ella tardó en responder a sus preguntas. Por fin dijo entre sollozos:

—Edvard estuvo aquí ayer y oyó toda nuestra conversación. Se ha dado cuenta de que te quiero y me ha dejado esto.

—¿Que me quieres? —se asombró Sven Elversson—. ¿A mí?

—Sí, Edvard se ha dado cuenta, pero no está enfadado conmigo. No va a venir a buscarme. Quiere que me quede aquí y sea tuya, mi amor.

***

Por la tarde, Lotta Hedman llegó a Hånger con el encargo del pastor de preguntarle a Sigrun cómo quería que procediesen con los trámites del divorcio.

Además de eso, tenía muchas cosas que contar, entre otras que la noche anterior había visto por última vez la quinta de Hånger alzándose en todo su antiguo esplendor. Había visto a la vieja matrona en su ventana, el poste de la verja y todo lo demás. Pero de pronto se fijó en que la anciana alzaba las manos al cielo y el rostro le brillaba de alegría. Y se oyó una voz que proclamaba: «La estirpe de Hånger se ha redimido de su maldición».

En ese preciso instante, la vieja guardiana se desplomó y fue aniquilada, y cayó el poste de la verja, y se derrumbaron las casas de la quinta una tras otra. Lotta Hedman comprendió que aquello era la liberación definitiva y que la imagen de la heredad nunca más se le aparecería ante los ojos.

Capítulo 24

Joel hijo

Todo el mundo sabe de qué forma tan curiosa funcionan los pensamientos. Es como si una mano invisible los hubiera sembrado en la tierra. Uno puede pensar que ha tenido una ocurrencia hermosa y excepcional, y sentirse orgulloso y feliz por eso, hasta que se da cuenta de que la misma idea ha crecido de manera simultánea en otros cientos de cerebros. Así ocurrió con la idea del reverendo Rhånge acerca de la sacralidad de la vida: no fue ni mucho menos el único que llegó a ella.

Era junio, la época del año durante la cual en la provincia de Bahusia (para ser más exactos, en sus regiones costeras y su archipiélago) se esperaba la llegada de un aluvión de forasteros. Por todas partes la gente se había afanado en los preparativos para recibirlos. Las casas y las embarcaciones estaban recién pintadas, las habitaciones barridas, los jardines engalanados, las casetas de baño calentadas y las albercas limpias. Y ahora era cuando empezaban a llegar los trenes, repletos de visitantes oriundos de todos los rincones del país. Ahora desembarcaban en tropel todos aquellos que buscaban ya descanso, ya esparcimiento: enfermos y trabajadores exhaustos, niños y ancianos. Parecía como si toda Suecia estuviera en camino hacia los desnudos islotes del archipiélago occidental y el embravecido mar del Norte.

Sin embargo, todos estos preparativos se habían hecho teniendo en cuenta tan solo el habitual flujo de visitantes proveniente del este, de tierra adentro. Del oeste, en cambio, no esperaban ninguna visita. Nada estaba preparado para recibir a nadie que arribara a aquella orilla; no habían llegado órdenes, ni instrucciones, con respecto a los

visitantes del mar.

Y cuando, a pesar de ello, llegaron por mar forasteros no esperados, su recepción fue, por supuesto, bien distinta a la de aquellos que venían de tierra adentro. Su aparición no traía alegría, sino horror, confusión y tristeza.

***

La segunda semana del mes de junio de 1916, Sven Elversson se vio obligado a viajar a Applum a causa de aquellos invitados imprevistos. Su hermano, Joel hijo, que había sido marino durante los últimos años y se había dedicado al transporte de mercancías en Holanda, había regresado a su casa en Knapefjord, enfermo y extraño, después de haberse encontrado con algunos de ellos en el mar durante la travesía de vuelta y le había pedido a su joven esposa que llamara a su hermano Sven.

Cuando Sven Elversson llegó a casa de Joel hijo, se lo encontró caminando de un lado a otro por la recámara de la cocina, esa pequeña estancia donde la joven pareja había colocado todos sus muebles elegantes y que, por lo demás, no se utilizaba nunca. Se le veía pálido y cansado, aunque no exactamente enfermo. Los ojos, enrojecidos, parecían a punto de cerrársele en cualquier momento por falta de sueño, pero él no se concedía descanso alguno ni sentándose ni acostándose.

—¿Cómo te encuentras, Joel? —preguntó Sven Elversson.

Joel hijo, sin contestar a la pregunta ni dar muestra alguna de advertir la presencia de su hermano, continuó impertérrito su paseo. Alzaba los brazos en el aire de vez en cuando.

—Lo peor, sabes, lo peor es lo de las gaviotas —decía.

—Ojalá hubiera alguna forma de conseguir que se durmiera —susurró su mujer—, pero no se atreve a tumbarse ni a cerrar los ojos. No para de caminar de un lado para otro.

— Lo peor, sabes, lo peor es lo de las gaviotas —repetía Joel hijo, y sacudía de nuevo los brazos.

—Joel —intervino su hermano, que probó a hablarle de cosas del pasado para ver si así lo arrancaba de aquel ensimismamiento—, ¿te acuerdas de cuando viniste a Grimön con los del *Náyade* para hacerme comer serpiente?

Y, en efecto, Joel hijo detuvo el paseo.

—¿Eres tú, Sven? —Comenzaron a brotarle lágrimas de los ojos cansados—. Me alegro de que hayas venido, así podré pedirte perdón antes de volverme loco.

—No digas eso —repuso su hermano.

Sin hacerle caso, Joel empezó a relatar cómo unos días después de la gran batalla de Jutlandia había pasado por el cabo de Skagen y había visto hordas de muertos que flotaban en la superficie del mar. Los cadáveres no se hallaban en decúbito sobre el agua, sino que se mantenían en posición vertical gracias a los chalecos salvavidas, con lo que la cabeza emergía del agua y dejaba a la vista la expresión del semblante.

El vapor había avanzado durante horas por unas aguas infestadas de miles y miles de cuerpos sin vida, siguió narrando Joel hijo, quien procedió a describirle a su hermano las muchas imágenes terroríficas que había visto. Lo que más parecía haberle afectado era que las innumerables bandadas de gaviotas que daban vueltas sobre los muertos les hubieran arrancado los ojos a todos.

—¿Sabes lo que le pasó al segundo de a bordo? Tras un rato contemplando aquel horror, cerró los ojos y saltó por la borda y lo perdimos para siempre. Sabía que no podría soportar seguir viviendo después de haber visto aquello. Ojalá yo hubiera hecho lo mismo.

—¡No, ni lo pienses, Joel! —le imploró Sven Elversson.

—Todas esas imágenes espantosas se me han quedado tan grabadas que vuelvo a verlas con solo cerrar los ojos un segundo. No me atrevo a acostarme; debo permanecer despierto noche y día, no sea que se me cierren los ojos.

—Intenta pensar en otras cosas. Tienes mujer e hijos.

—Te diré lo que hicimos —continuó Joel—. Sacamos un par de rifles que había a bordo y nos pusimos a pegarles tiros a las gaviotas. Así teníamos a alguien en quien descargar nuestra ira; creo que eso fue lo que nos salvó. Pero fue una tontería por nuestra parte. ¿Qué culpa tenían las gaviotas? ¿Y qué importa lo que se les haga a los muertos comparado con lo que se haga a los vivos? Eso es lo que quería decirte, Sven. Cuando pienso cómo unas personas tratan a otras, cuando pienso en los miles de jóvenes flotando en el mar, me entran una vergüenza enorme y unas ganas de llorar tremendas.

»En el pasado, Sven, sé que muchas veces te he mirado por encima del hombro, creyéndome mejor que tú. Ahora te pido perdón por eso. Yo, que os acusaba a ti a y tus compañeros de expedición de haber maltratado a un muerto, nunca he hecho nada por ayudar a un vivo.

—Claro que lo has hecho, Joel.

—No. —Joel se echó a llorar y cayó de rodillas ante el sillón tapizado, adornado con decenas de paños, donde Sven Elversson había tomado asiento—. Nunca he ayudado a nadie, ni a los padres ni a nadie. Por eso el mundo es un lugar tan horrible.

—Sí, pero puede mejorar. —Sven Elversson le acarició con suavidad el pelo a su hermano—. Tú puedes contribuir a mejorarlo.

—No, ya todo se ha echado a perder. Ahora tengo esa visión que no consigo quitarme de la cabeza. Debo de estar volviéndome loco.

Sven Elversson le puso la mano sobre los ojos en una caricia llena de ternura.

—¡Inténtalo, Joel! ¿A que no ves nada malo cuando te tapo los ojos?

—No —confirmó Joel hijo—. Tu mano está bendita, Sven, porque has ayudado a mucha gente.

—¡Cierra los ojos entonces! ¡Y recuerda que a partir de ahora nos ayudaremos el uno al otro en la tarea de hacer del mundo un lugar mejor!

Joel hijo obedeció y, apenas un instante después de cerrar los ojos, apoyó la cabeza en el regazo de su hermano y se durmió.

***

Fue sin duda un día extraordinario el que vivió Sven Elversson en Knapefjord. Daba la sensación de que todo el mundo hubiera llegado a las mismas conclusiones que Joel hijo.

Tras meter en la cama a su hermano y dejarlo durmiendo un sueño reparador, Sven Elversson dio un paseo por aquel pueblo de pescadores. Apenas había caminado un trecho por las inclinadas y resbaladizas calles de piedra, cuando se encontró con la mujer de uno de sus antiguos compañeros de tripulación en el *Náyade*, Hjelmfelt. Esta se acercó a él en cuanto lo reconoció, le estrechó la mano y le pidió que entrara en casa a hablar con su marido. Poco después del estallido de la guerra, Hjelmfelt había estado en el barco cuando la red recogió una mina, con el resultado de que ahora solo le quedaban un brazo y dos medias piernas.

—Me prometí a mí misma —expuso su mujer— que, si alguna vez me encontraba con usted, le pediría perdón por lo que le hicimos. He pensado mucho en los que se dedican a fabricar esas minas de los demonios. Si uno de ellos se comparara con usted, apuesto a que se creería mejor persona.

—Sí, podría ser —concedió Sven Elversson.

—¡Pues me niego! —exclamó la mujer de Hjelmfelt, con gran fervor —. Si creen que está mal no tratar bien a los muertos, que recuerden que es mil veces peor fabricar esos artefactos del diablo que destrozan a los vivos y dejan a un hombre incapaz de moverse y lo condenan a sufrir de por vida. Usted nunca ha hecho algo así. Usted solo tenía buenas intenciones.

Sven Elversson entró con ella en su casa, se quedó un rato hablando con Hjelmfelt y dejó que este se desahogara con él. Luego continuó su paseo.

La siguiente vieja conocida con quien se topó fue Julia Lamprecht, quien también se le acercó para hablar con él.

—Una vez me pidió en matrimonio y yo le respondí que no quería casarme con alguien de su ralea. He pensado en eso muchas veces desde que la guerra empezó y ahora quiero que sepa que me arrepiento de lo que dije. ¿Qué me importaba lo que le hubiera hecho a un muerto? Pero los responsables de que todos los trabajadores de la cantera de Bahusia se hayan quedado sin trabajo y se mueran de hambre con su mujer y sus hijos, esos pecan contra los vivos, lo cual es mucho peor.

Cuando Sven Elversson siguió avanzando por el callejón, se le aproximó un joven al que no creía haber visto nunca.

—Es posible que no me reconozca —se presentó el hombre— porque no era más que un crío cuando se marchó de Grimön. Pero yo era de los que le perseguían gritando «caníbal». Y quería disculparme, ahora que me he encontrado con usted, porque he empezado a comprender que es peor pecar contra los vivos que contra los muertos. He servido como piloto durante la guerra y tres veces han torpedeado barcos bajo mi mando y las tres veces se han perdido vidas humanas. Al recordarle, me he preguntado por qué todos nosotros, que fuimos

tan crueles con usted, somos tan tolerantes ahora con la matanza. Es como si no estuviera mal que los seres humanos se ataquen unos a otros como bestias. Pero lo está.

Tras separarse del piloto, Sven Elversson subió a un monte que se alzaba a espaldas del pueblo de pescadores y se quedó largo rato contemplando el mar.

—Si a causa de mi desgracia la gente recordara que una persona viva es inviolable y no puede ser privada de su vida ni incapacitada para vivirla, entonces algo bueno habrá surgido de la amarga semilla de mi sufrimiento.

Capítulo 25

La pesca

Pocos días después, una vez que Joel hubo logrado dormir y estuvo casi recuperado, Sven Elversson bajó una tarde al puerto de Knapefjord y allí vio al *Náyade* fondeado en su lugar habitual. Olaus el de Fårön, Corfitzson y toda la tropa que conocía de tiempo atrás estaban a bordo, a punto de salir a pescar al cerco por el estrecho de Kattegatt, al igual que toda la flota pesquera del pueblo. A Sven Elversson le entraron ganas de acompañarlos y pasar una noche en el mar.

Daba la sensación de que Olaus hubiera querido decirle que no, pero no encontró excusa alguna para ello y aceptó. En cuanto consiguieron un equipo de ropa impermeable para Sven Elversson se hicieron a la mar. Aquel día el tiempo era mejor de lo que en general había sido el verano, de modo que albergaban la esperanza de volver con una buena captura. Pero Sven pronto se dio cuenta de que todos a bordo estaban de mal humor: no solo le hablaban con brusquedad a él, sino que también lo hacían entre ellos. Cuando les preguntó qué tal había ido la pesca de la caballa a principios de verano, se pusieron a jurar y a renegar, y le aseguraron que no había peor oficio que el de pescador.

Salieron al caladero y lanzaron la enorme jábega al mar sin que se oyera una palabra amistosa; así siguieron los ánimos más tarde, cuando tomaron el almuerzo en la cocina. Durante la noche, Sven Elversson se sentó en cubierta sin que ninguno de los que se turnaban para hacer de vigías aprovechara la ocasión para dirigirle la palabra. Se limitaban a ir de un lado para otro, resentidos, enfadados y en

silencio.

Sven Elversson se sentía abatido y bajo de moral ante toda aquella antipatía, pero esperaba que el ambiente a bordo mejorase cuando llegara la mañana y fuera hora de recoger las redes. Las cosas, en efecto, cambiaron un poco cuando el motor se puso en marcha, agarraron los dos extremos de la red y empezaron a recogerla.

Olaus y Corfitzson se encargaban de tirar, mientras que los demás estaban preparados para desenganchar los peces de las mallas a medida que subía la red. Y cuando la vieron emerger, repleta de coloridas caballas que la hacían brillar con todos los colores del arcoíris, el rostro se les iluminó.

—Como veis, no nos han molestado en toda la noche —dijo Corfitzson.

—¡Quieres callarte! —le espetó Olaus con una imprecación—. ¡No se lo recuerdes! Nos encontrarán pronto de todos modos. ¡Toca esto!

Levantó la red un poco por encima del agua, entonces todos repararon en un bulto grande y oscuro en medio de las relucientes caballas. Se hizo un silencio sepulcral a bordo y un instante después el cuerpo de un hombre subió a la cubierta envuelto en la red.

Cuando el muchacho que había reemplazado a Hjelmfelt a bordo intentó desatar al muerto, se oyó la voz del patrón, cortante y fría:

—¡Déjalo! Aquí viene otro.

Y poco después resonó una nueva orden:

—¡Déjalos! ¡Aquí vienen más!

En ese momento, Olaus y Corfitzson subían una espantosa masa: dos cadáveres entrelazados.

Cuando hubieron recogido la red en su totalidad, en el barco se amontonaba una enorme pila de cadáveres, de mallas de red marrón y de caballas. Los peces que aún no estaban muertos se agitaban y retorcían, de modo que aquel horrible montón parecía cobrar vida.

La subida de los cadáveres a bordo alteró tanto a Sven Elversson que se echó a llorar. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano, pero volvieron a brotar. Dio una patada al suelo, pero volvieron a brotar. Tuvo que dejar su trabajo en la jábega y situarse en la punta más alejada de la popa.

Allí se quedó hasta que los demás terminaron la faena y el motor se puso en marcha para la travesía de vuelta a casa. Los silenciosos miembros de la tripulación, que seguían igual de renuentes, malhumorados y descontentos, se habían puesto de nuevo a revisar las redes para sacar los peces y los mejillones y separarlos de los elementos extraños.

—¡Todo lo que queda en la red, a tirarlo por la borda! —ordenó Olaus.

Al oír la orden, Sven Elversson se acercó a los demás sin importarle que las lágrimas le corrieran por las mejillas. Tomó su puesto entre el resto de la tripulación, dispuesto a participar en la espantosa tarea.

Levantó a uno de los muertos mientras sus compañeros soltaban algunos hilos de la malla que se le habían enganchado alrededor de los botones del uniforme. Era un hombre mayor con barba de

marinero. Alguien lanzó la conjetura de que se trataba de un inglés. Una vez liberado, Sven Elversson extendió su cuerpo en la cubierta.

—¡Todo lo que queda en la red, a tirarlo por la borda! —repitió el patrón, inclinándose hacia el muerto.

Sven Elversson se opuso.

—¿No vas a dejar que este hombre descanse en tierra consagrada, Olaus?

—Será mejor que alejemos la muerte del barco —replicó Olaus sin responder de forma directa a la pregunta.

Apretando los dientes para contener las lágrimas, Sven Elversson dijo con el tono más firme de que fue capaz:

—Si tiras esto al mar, tendrás que tirarme a mí también.

Él mismo se sorprendió de haber hablado así, pero no podía evitarlo: se sentía obligado a mantener su palabra. Los demás también se dieron cuenta de que hablaba en serio y de que habría que pasar por encima de su cadáver para arrojar al muerto por la borda. El patrón maldijo y se dio la vuelta, mas sin contradecirlo de modo directo, lo que significaba que cedía a las demandas de Sven.

Este intentó mover al muerto, pero la carga era demasiado pesada para él. El joven nuevo en el barco fue a echarle una mano y ambos tendieron al muerto junto a la barandilla.

Cuando desprendieron al siguiente cadáver de la red, no hubo más remedio que colocarlo junto al otro. Dos hombres se lo llevaron a Sven Elversson.

—Ahora traemos a un alemán —dijeron.

Para su gran sorpresa, Sven Elversson se dio cuenta de que los hombres a bordo habían adquirido de repente una expresión diferente, un estado de ánimo distinto. Ya no echaban pestes: hablaban en voz baja y con calma. Ya no sentían odio por aquella tropa de muertos que venían a llevarse su sustento. Acostumbrados como estaban a mostrar respeto y honrar a los muertos, algo en su interior se complacía en que aquellos soldados ahogados recibieran debida sepultura.

Sven Elversson se vio asimismo invadido de una extraña paz. Encontró una serenidad de espíritu que no había sentido desde el primer día de su infortunio. A su alrededor creyó oír voces que le daban las gracias por haberles mostrado misericordia a aquellos cuerpos que una vez habían sido las amadas moradas de almas inmortales.

—Ya has redimido la carga que pesaba sobre ti —decían las voces —. Así es como debía ser. Estás libre de culpa. Al arriesgar tu vida para salvar a un muerto, has expiado todos tus actos.

Mientras el corazón le latía rápido y ligero, pensó: «Después de esto, ha de darme igual que la gente me condene, pues siento que he cumplido mi penitencia y he vencido».

Capítulo 26

El discurso sobre la sacralidad de la vida

En el pequeño cementerio situado frente a la iglesia de Applum se hallaba, entre una multitud de personas, Sven Elversson. Lo acompañaban su madre, Thala, su hermano Joel y la esposa de este.

Era el día en que los soldados muertos llevados a Applum tras la gran batalla de Jutlandia iban a ser enterrados. Se había cavado una fosa amplia, al menos para diecisiete ataúdes. Nunca se había visto un funeral tan grande en aquella parroquia y podría afirmarse que allí tampoco se había reunido jamás la cantidad de gente que en esos momentos llenaba el camposanto.

Era la primera vez en ocho años que Sven Elversson se acercaba tanto a una iglesia. No sin razón, había dudado si asistir al funeral, pero su madre, que se había desplazado hasta Applum para cuidar de Joel hijo, lo había convencido para que fuera.

—¡Oh, vamos! —exclamó—. A mí me apetece tan poco como a ti ir a la iglesia de Applum, pero hoy es día de diario, así que no puede haber ninguna duda al respecto. Y después de todo lo que te has esforzado para que esa pobre gente descanse en tierra consagrada, no vas a abandonarlos en su última despedida.

En efecto, así era. Durante la última semana, después de la salida con el *Náyade* a pescar, Sven Elversson y su hermano Joel habían recorrido los arrecifes e islotes del archipiélago en un pequeño velero ligero, buscando ahogados varados en las orillas. Aunque a varios de los que ese día inhumaban los habían traído desde otros lugares, los dos hermanos habían recogido al menos ocho cadáveres y los habían trasladado al embarcadero de piedra de Applum.

—Además —insistió Thala—, te habrás dado cuenta de que la gente te mira de un modo muy distinto al de antaño.

Esa era sin duda la razón de mayor peso. Lo abominable de la guerra, las innumerables desgracias recaídas sobre los pescadores, habían hecho que la gente mirara con mayor indulgencia a Sven Elversson y su falta. Ahora, más que antes, se fijaban sobre todo en el empeño que este mostraba por ayudar a las personas en su dolor y reparar los daños sufridos.

—Es una buena persona, después de todo —se les oía decir—. Intenta ayudar a los que lo pasan mal. Lo más importante de todo es cuidar de los vivos.

Al enterarse de los desvelos de Sven Elversson por que el mayor número posible de aquellos pobres marineros descansara en tierra consagrada, creían entender cuál era el motivo que lo impulsaba a hacerlo, pero la mayoría, a buen seguro, ya no lo consideraba necesario.

Él no era de la misma opinión. Acudía cada día a esa labor con una especie de embeleso. Cada hora que pasaba encontraba más paz, más calma. Sentía una ligereza de espíritu, una alegría, que no expresaba, pero cuyo reflejo le brillaba en el semblante. No había dicha amorosa, acto noble o elogio que hubieran podido darle la seguridad interior que experimentaba desde que amparó al marinero inglés en el *Náyade*. No acababa de comprender cómo había sucedido aquello, pues tampoco había sido un acto tan heroico. El riesgo de que Olaus, tomándole la palabra, lo hubiera en efecto arrojado por la borda con el muerto no había sido grande. Sin embargo, sentía que se había producido un gran cambio en él, que después de aquello se atrevía a ser feliz. Solo ahora empezaba a pensar que el futuro le ofrecería días y años de dicha.

Rebosaba en aquellos momentos de una energía que nunca se hubiera imaginado tener. Casi no le hacía falta dormir. El corazón le latía con tanta facilidad, tan libre de trabas, que se regocijaba por el mero hecho de existir. «Ay, qué pobre desgraciado era antes», pensaba. «Solo respirar me suponía un esfuerzo. Nunca supe lo que era estar vivo de verdad».

El hecho de que la gente fuera con él más amable que antes aumentaba, como era natural, su felicidad, pero al mismo tiempo creía que, aun si hubieran seguido aborreciéndolo, eso ya no lo habría hecho desdichado. Sentía el poder de la liberación, de la expiación.

Al día siguiente del funeral regresaría a Hånger. «Volveré a casa con Sigrun renovado por completo». Si su liberación significaba tanto para él, era precisamente por ella. ¡Qué felicidad tan completa los esperaba!

En el cementerio, mientras presenciaba los ritos fúnebres, pensó, muy conmovido, en aquellos hombres que habían dado la vida por su patria, pero la alegría no lo abandonó. Vio que el antiguo párroco de Applum, Edvard Rhånge, también había asistido a las exequias. Por un segundo experimentó cierto temor e incomodidad que pasaron enseguida. El corazón le siguió latiendo con la misma facilidad

maravillosa. «Ese hombre es mi amigo», se dijo. «¿Quién me ha hecho un regalo mayor que el de él?».

Una vez concluido el entierro, cuando hubo sonado la última estrofa del himno, Rhånge se acercó al sepulcro para hablar. Al verlo elevado por encima de la multitud, Sven Elversson sintió una simpatía indescriptible por aquel individuo que antaño le produjera rechazo. Seguía teniendo el mismo magnífico torso, pero los rasgos se le habían afinado, lo que le otorgaba un aspecto más espiritual. «¡Qué persona tan portentosa! Lleva en el rostro el sello del amor abnegado».

Mientras el pastor se dirigía a sus antiguos feligreses con unas palabras de presentación, alguien le tiró a Sven Elversson de una manga del abrigo. Al darse la vuelta, se encontró con Lotta Hedman, pálida, con los ojos ardientes y el pelo tan alborotado que parecía a punto de hacer que el sombrero se le despegase de la cabeza.

—No, no he venido en compañía del pastor —susurró Lotta en respuesta a su pregunta—. Él ya lleva aquí unos días. Yo he venido sola. He recibido una «llamada».

En ese momento, el orador dijo algo que atrajo toda la atención de Sven Elversson:

—Aquí, al borde de este amplio sepulcro, quería hablaros a vosotros, mis antiguos feligreses, de la sacralidad de la muerte y la sacralidad de la vida. Me atrevo a decir que no hay nadie aquí, entre nosotros, que no haya sido imbuido desde su más tierna infancia de la idea de la sacralidad de la muerte. Si alguien peca contra la inviolabilidad de la muerte, contra su carácter sagrado, se entiende que ha de sufrir el castigo más severo.

»Había una vez aquí en el pueblo de Applum un hombre llamado Sven Elversson. Su delito consistía en haber atentado contra la sacralidad de la muerte. Por eso todos pensábamos que no había una criatura más despreciable entre nosotros. Es posible que más de uno de los aquí presentes estuviera en la iglesia el día en que su falta fue dada a conocer desde el púlpito y que, por tanto, recuerde su aspecto humillado y miserable cuando salió encogido del templo. Más de uno habrá tenido ocasión de lanzarle algún que otro insulto; era un hombre que casi invitaba a ello. Cuando uno veía su mueca de resignación ante cualquier cosa que le hicieran, cuando uno observaba cómo se apartaba y se empequeñecía, le parecía su deber aumentar un poco su denigración.

»Así conseguimos que acabara alejándose de Applum. Y tengo motivos para creer que no se le ha echado mucho de menos. Pues, para colmo de males, el muchacho siempre se mostraba servicial. Cada vez que había que acometer alguna tarea penosa o desagradable, de la que los demás rehuíamos, él se ofrecía. Quería persuadirnos de que le devolviéramos el honor y la reputación perdidos. Mas para nosotros eso era algo imposible, pues considerábamos que había sido condenado por Dios mismo.

»Y de ese modo, sintiéndose condenado por Dios, ese hombre ha ido caminando por la vida, siempre con la misma actitud sumisa y siempre con miedo de ser un estorbo para los demás. Forzado a

apartarse de nosotros, se ha relacionado con aquellos que no eran tan escrupulosos: con los vagabundos que recorren los caminos, con los niños que no distinguen entre lo que está mal y lo que está bien. Eso no nos extrañó demasiado, pues era lógico que buscara algún tipo de compañía. Y cuando nos enteramos de que a los niños de la calle, uno tras otro, se les había acogido en buenos hogares gracias a su intervención, o de que los vagabundos habían conseguido trabajo, tampoco le dimos mucha importancia, pues sabíamos que con eso el muchacho perseguía el mismo objetivo: todos sus desvelos iban encaminados a recuperar el honor y la reputación. Me atrevo a afirmar que empezaban a cansarnos sus esfuerzos constantes en ese sentido.

»Porque ¿qué podíamos hacer por él? No nos había ofendido a ninguno de nosotros en particular. No había pecado de tal manera que pudiera expiar su ofensa con un castigo. Había infringido una costumbre sagrada, por lo que no estaba en nuestra mano perdonarlo. Incluso creíamos percibir cómo Dios lo juzgaba con la misma severidad que nosotros.

»Y mientras él se esforzaba por ayudar a la gente a progresar en la vida, me imagino a la Muerte, apostada detrás de su silla, mofándose de él, pues sabía que lo tenía en sus garras. Él era el prisionero de la Muerte, de la que no podía escapar. ¿Quién iba a tener el poder de liberarlo?

Sven Elversson reparó en que su madre se había puesto a llorar. También a él las palabras de Rhånge le hacían revivir todos aquellos intentos de recuperar el honor y la reputación, pero no lograron arrancarle las lágrimas. Permaneció mirando a la cara del orador con ojos claros y porte audaz.

—En los últimos tiempos que nos ha tocado vivir —continuó este —, el devenir de los acontecimientos ha dotado a la Muerte de un poder aún mayor, un poder nunca visto. La Muerte nos domina y nos oprime, recoge sus cosechas antes de hora, pone a su servicio a la violencia y a la crueldad, desata el crimen y el vicio. No hay infamia a la que ponga coto y su dominio no parece tener fin.

»Ahora, mientras sufrimos bajo la dura tiranía de la Muerte, empezamos a preguntarnos: ¿en verdad no existe en la tierra nada lo bastante poderoso para emprender la lucha contra la Muerte? Y en la tierra, lo sabemos, solo hay una cosa capaz de hacerle frente a la Muerte, algo que es su constante y fiel enemigo: su nombre es Vida.

»En medio de esta guerra atroz, mientras a decenas de miles de personas se las arroja al mar como si nada, mientras a otras tantas se las lleva al cautiverio como si eso fuera algo de lo que vanagloriarse, mientras otras a tantas se las masacra a punta de cañón como si se tratara de un acto loable, mientras a otras tantas se las expulsa de sus hogares como si fuera la cosa más natural del mundo, en medio de todo este horror creo que está creciendo en nosotros un amor por la vida mayor de lo que jamás hayamos sentido.

»Porque la vida ha sido la humilde sierva que ha cumplido las órdenes de todos y que no ha pedido nada para sí misma. La vida ha

sido el pan nuestro de cada día, pan del que apenas éramos conscientes al consumirlo. La vida no reviste un carácter solemne, no se la representa en cuadros ni acecha como un fantasma en el crepúsculo. La vida ni siquiera tiene una forma propia que permita reconocerla.

El orador hizo una pausa y clavó la mirada en su auditorio.

—Ahora tal vez penséis que todo esto no son sino palabras necias, pues, al fin y al cabo, la vida es lo que más amamos todos. Pero, amigos, el amor no basta. La vida, diría yo, es como el niño malcriado, aquel al que se educa con más amor que juicio, de manera que acaba siendo un martirio y una vergüenza, y al final no sabemos qué hacer con él.

»O bien, amigos, podríamos comparar la vida con una joven esposa a la que traes a casa y a la que le brindas todo tu amor. Pero esto no es suficiente para ella: también es tu deber rodearla de paz y santidad, darle lo que le corresponde y mostrarle bondad, o de lo contrario la joven esposa te abandonará y te dejará sumido en la soledad y la desesperación, porque los caminos por los que la guiaste no eran los correctos.

»En fin, podría estar hablándoos de esto hasta que el día diera paso a la noche y luego otra vez amaneciera, pero no terminaríamos nunca. Y no debo olvidar el mensaje que hoy se me ha encargado transmitiros.

»Partiré de la premisa de que en estos años la vida ha comenzado a ser un bien más preciado y sagrado de lo que jamás haya sido. Y a cada día que pasa lleno de horror y desgracia, su cualidad sagrada aumenta. Por esta razón también comenzamos a dirigirnos con mayor amor a aquellos que son los verdaderos servidores de la vida, aquellos que desean conservarla en la más alta estima y proteger a los vivos.

»Oigo decir a muchas personas de aquí, de Applum, que lamentan el desprecio con el que trataron a Sven Elversson, y creo que es porque han empezado a tomar conciencia de la grandeza y la santidad de la vida. Son conscientes de que salvar a los niños de la calle y a los vagabundos es una buena obra. Son conscientes de que la vida es más grande que la muerte.

»Así que en estos momentos puedo decirte a ti, Sven Elversson, fiel servidor de la vida, que nosotros, tus antiguos compañeros de feligresía, ya no vemos la mancha de la vergüenza que llevabas incrustada en la frente. Lamentamos haberla visto alguna vez. Lamentamos el sufrimiento que te hemos causado.

El pastor extendió una mano y se volvió hacia la gran multitud de oyentes:

—¿No hablo acaso en nombre de toda esta congregación? —preguntó.

Nadie lo contradijo. Muchos tenían lágrimas en los ojos.

Sven Elversson permanecía tranquilo, con la misma alegría interior que antes. «Es bueno que esto ocurra», se dijo a sí mismo. «Pero no es lo más importante. Lo principal es que me he liberado de la culpa en mi interior, en mi propia alma».

—Me alegro de hablar por todos vosotros —continuó el pastor—. Me alegro de que hayáis absuelto a Sven Elversson en el corazón antes de que sea absuelto de otra manera.

Acto seguido, el sacerdote empezó a explicar que en varios de los cuerpos rescatados de las aguas se habían encontrado carteras con cartas y notas aún legibles. Como era lógico, las habían conservado para entregárselas, en la medida de lo posible, a los familiares de los fallecidos. Pero en el caso de un inglés, el primer cadáver que izaron al *Náyade*, habían hallado una carta de apenas unas pocas líneas, sin terminar y carente de señas, que les había llamado tanto la atención que él, el pastor de Algeröd, había sido convocado para que diera su opinión sobre ella. Ahora quería leerle esa carta, traducida al sueco, a la audiencia.

La misiva decía lo siguiente:

Se dice que mañana habrá batalla. Y te ruego, querida Mary, que vayas a casa de los Springfield en Handley Park y les cuentes lo que te voy a decir sobre su hijo adoptivo. Él no estuvo involucrado en el acto inicuo que el resto de nosotros cometió. Tenía fiebre y, de hecho, lo dábamos ya por muerto, de modo que nadie pensó en él. Cuando volvió a la vida, le dijimos que él también había tomado parte a fin de que no testificara contra nosotros. Escribo esto para lavar mi conciencia y poder descansar en paz, ahora que…

El pastor prosiguió, muy serio y tranquilo:

—Teniendo en cuenta que Springfield es el nombre de los padres adoptivos de Sven Elversson y que él mismo nunca tuvo un recuerdo claro de lo sucedido, sino que solo creyó lo que los demás le contaron, hay que concluir que gracias a este mensaje de un muerto su inocencia ha quedado probada.

La voz del orador tembló por un momento, si bien no tardó en recobrar toda su fuerza. Dirigió la mirada hacia Sven Elversson.

—No hemos querido darte esto a conocer hasta este momento, Sven Elversson, para que así todo el mundo lo sepa al mismo tiempo. Aquí me hallo yo, tu antiguo pastor, el que una vez te infligió el tormento del desprecio, la excomunión y el asco, y proclamo tu inocencia ante la puerta de la misma iglesia de la que una vez te expulsaron mis palabras. Considero que es por la gracia de Dios el que sea precisamente yo el encargado de darte esta noticia. Recibe ahora la bendición del desagravio y lleva la cabeza bien alta; la deshonra que durante tanto tiempo te ha hecho sufrir ya no pesará sobre tu nombre.

Una oleada de emociones recorrió a la multitud. Los allí reunidos se preguntaban unos a otros el significado de lo que acababan de oír. Hubo lágrimas de alegría por el hecho de que la inocencia del hombre hubiera salido a la luz después de tantos años de dolor.

—Ya no tendrás que ocultarte ni encogerte —declaró el pastor—. No tendrás que soportar los insultos con una mueca resignada. No tendrás que sospechar que despiertas repugnancia incluso entre aquellos que más te quieren. Se te tratará como a uno de los mejores

entre nosotros y el mismo trato se les otorgará a las personas de tu familia.

«Está pensando en Sigrun», se dijo Sven Elversson. «En su alegría. Y tiene razón: esto la hará muy feliz».

Cuando el orador hubo pronunciado estas últimas palabras, se apartó de la zona en la que estaba Sven Elversson y se dirigió a la multitud del otro lado, el opuesto.

—Los sufrimientos que ha padecido este hombre han sido inmerecidos —declaró.

Al oír estas palabras, el corazón de Sven Elversson empezó a acelerarse, los latidos se hicieron cada vez más enérgicos y violentos. «Mi pobre corazón soporta mejor la pena que la alegría», pensó.

—Sé —continuó el pastor— que todos vosotros os estaréis preguntando en estos momentos: «Pero entonces, ¿por qué Dios ha sido tan duro con él? ¿Por qué nos ha confundido?». Eso mismo me he preguntado yo. Y creo que he recibido una respuesta. Sobre la primera cuestión solo diré que sé de buena tinta que, merced a su desgracia, Dios le ha dado tal dicha que el sufrimiento le ha merecido la pena y que de buen grado volvería a experimentarlo si la recompensa fuera la misma .

Al oír estas palabras, Sven Elversson pensó de nuevo en Sigrun y en toda la felicidad que le esperaba. Sintió que el corazón le saltaba de alegría en el pecho, pero también cómo al mismo tiempo se le partía de algún modo. Incapaz ya de permanecer en pie, cayó de rodillas al suelo.

—Y en cuanto a lo segundo, quiero creer que Sven Elversson nos ha sido dado como una señal. Porque en estos tiempos que corren Dios no nos habla con palabras, sino por medio de las acciones de los hombres, de modo que en la vida de una persona podemos leer un pensamiento de Dios.

El orador respiró hondo y miró a la multitud. Era consciente de que todos aguardaban con expectación algunas palabras esperanzadoras que los aliviaran de la enorme angustia que pesaba sobre ellos.

—Si consideramos la época en que este hombre ha venido a nosotros, creo que es porque, sirviéndose de él, Dios ha querido mostrarnos la forma de salir de la desgracia que nos aflige, si no de inmediato, sí en un periodo de tiempo que nuestra conciencia humana pueda abarcar de un modo razonable.

En ese instante, Sven Elversson se desplomó en la hierba sin emitir queja ni grito algunos. Su madre, que estaba a su lado, pensó que se había agachado para evitar las miradas que se clavaban en él, o acaso que quería descansar un rato después de unas emociones tan numerosas como intensas.

—Pues ha llegado a mis oídos que este hombre ha hecho un instrumento y un arma de aquello que ha sido su cruz. A menudo tuvo la ocasión de comprobar, cuando intentaba apartar a alguien del mal camino, que no eran de gran ayuda ni las buenas palabras ni el noble ejemplo, y que tampoco servía de mucho intentar despertar en el sujeto el deseo de aprobación o la esperanza de una vida honorable y

ordenada. En cambio, lo que sí surtía efecto era infundir en el individuo descarriado un enorme horror al vicio y la decadencia, conseguir que los aborreciera de tal forma que ese sentimiento de aversión le penetrara en el cuerpo y en el espíritu hasta hacerse insoportable.

»Y ahora os invito a todos los que os habéis reunido en torno a la tumba de estos marineros a que me sigáis con la mente mar adentro, un poco más allá de los arrecifes más lejanos, aunque tampoco os distanciéis demasiado, porque aquellos que quiero que conozcáis están ahora muy cerca de nosotros. Yo mismo fui ayer a verlos, a los que han viajado desde las costas de Dinamarca hasta las nuestras flotando en el chaleco salvavidas, a esos miles arrojados al mar como basura de la que hay que deshacerse.

»Os pido a todos que me acompañéis hasta allá, al menos de pensamiento, y os hagáis una imagen del espectáculo. Quiero que veáis las cuencas negras de los ojos abiertas en el rostro gris y pálido de los cadáveres. Quiero que veáis las mejillas hundidas; las manos que de alguna extraña manera se mantienen en alto, saludando y haciendo señas al compás de las olas. Quiero que veáis cómo algunos flotan boca arriba con el vientre hinchado, mientras que de otros sobresalen las piernas, si bien a veces giran hasta asomar la cabeza, como si fueran acróbatas dando volteretas. Quiero que veáis también los cuerpos que ya llegaron al agua mutilados y hechos pedazos.

»Quiero que veáis las cabezas vueltas a derecha e izquierda, como si tuvieran algo que deciros. Quiero que veáis las bandadas de pájaros que chillan en torno a la carroña y a los peces que dan saltos de alegría en el mar. Quiero que veáis todo esto y que fijéis la imagen en la memoria de tal modo que nunca se desvanezca.

»Y ahora me preguntaréis: "¿Por qué quiere que veamos todo eso? Somos gente tranquila y recta que vive una vida pacífica; no tenemos la culpa de que haya guerra ni podemos impedir lo que está ocurriendo entre los combatientes". Pero yo os digo que debéis ver a estos mensajeros del horror y no olvidarlos nunca. No han sido arrastrados a nuestras costas sin motivo. Habéis de llevar siempre con vosotros todos los pensamientos de tristeza y compasión que la visión os despierte en el alma, conservad siempre fresco el recuerdo del asco y la repugnancia que os ha producido ver la corrupción de la carne. Habéis de dejar una aversión insuperable nazca en vosotros, que os eche raíces en cada rincón del cuerpo: la repulsión a la guerra.

»Porque pensad que todos nosotros, aunque no tengamos culpa ni parte en esta contienda, leemos acerca de ella todos los días en los periódicos. Tal vez nos haya fascinado ser testigos de tan magnos acontecimientos. Acaso nos hayamos asombrado e incluso maravillado ante las hazañas bélicas. Nuestras simpatías se han inclinado hacia uno u otro bando, de modo que nos hemos alegrado cuando ese bando ha triunfado. Pero ahora estos muertos han llegado hasta nosotros para enseñarnos lo repugnante que es la guerra.

»Algunos de vosotros habéis sacado provecho del conflicto, o bien habéis esperado que traiga importantes y beneficiosos cambios; otros

sois de la opinión de que los pueblos se fortalecen y elevan gracias a la lucha armada. La guerra está en nuestra mente, en la de nuestros hijos. Pero ahora estos muertos han venido a mostrarnos lo que antes éramos incapaces de entender en profundidad: que la guerra es repulsiva y abominable.

»Los cuerpos que flotan en nuestro mar no son producto de una visión fantasmal ni de una fabulación fantasiosa, sino que son la cruda realidad. Una realidad que puede volver de nuevo en cualquier momento.

»Por lo tanto, os pido que, al menos de pensamiento, me acompañéis al estrecho de Kattegat para conocer a estos mensajeros del horror y que os fijéis la visión en la mente de tal manera que nunca podáis olvidarla. Y quiero que difundáis este conocimiento a los demás para que nunca puedan sobreponerse al estremecimiento del cuerpo al oír la palabra «guerra»; quiero que contéis todo esto para que quienes escuchen vuestra historia aborrezcan la sola mención de la guerra; para que la palabra «guerra» resulte tan intolerable a los oídos humanos que nadie se atreva a pronunciarla.

»Acaso otros hayan visto cosas aún más horrendas: hagamos que ellos también hablen y escriban acerca de la guerra hasta que se tejan en torno a ella un miedo y un estremecimiento sobrenaturales, un temor que nadie logre vencer.

»¿Quién sabe? Podría ocurrir que dentro de unos años se borre el recuerdo de la tristeza, la devastación y el dolor causados por esta contienda, y podría ocurrir que las nuevas generaciones quisieran volver al campo de batalla con alegre espíritu combativo. Así que ahora nos corresponde a nosotros despertar en la humanidad una repulsión tan grande e inamovible ante la guerra que no haya soflama alguna acerca de la gloria o los actos heroicos que pueda suprimirla.

»Porque, a pesar de que se han pronunciado grandes discursos contra ella, a pesar del noble ejemplo que han dado los hombres de paz y a pesar de que los razonamientos más sabios han demostrado su locura, la guerra sigue viva. Pero del propio horror de la guerra podemos hacer un arma, una coraza y un antídoto, todo lo cual dejaremos como legado a nuestros hijos, quienes habrán de vencer al mayor enemigo de toda la humanidad.

»Y ahora, para terminar, quisiera decir algunas palabras sobre la santidad de la vida en el tiempo venidero en que la guerra desaparecerá de la faz de la tierra…

El pastor no pudo continuar, pues alguien lo agarró de una manga:

—Sven Elversson se ha puesto enfermo. Se está muriendo. No ha podido soportar tanta dicha.

El pastor se levantó de su asiento y se dirigió hacia Sven, quien se hallaba tendido en el suelo con la cabeza en el regazo de su madre. No estaba muerto, pero sí muy enfermo. Los violentos latidos del corazón hacían que le temblara el pecho.

Cuando el enfermo vio acercarse al sacerdote, lo saludó con una sonrisa indescriptible, llena de amor, libre de miedo, aquella que les habría dedicado a sus seres más queridos. Intentó tenderle la mano y

balbuceó unas palabras de agradecimiento o de disculpa.

El pastor se arrodilló a su lado, embargado asimismo por una enorme ternura, temeroso de perder a un amigo como el que Sven Elversson ya era para él.

—Sven Elversson, hermano —le susurró—, ¡vive! Tienes que vivir por ella.

Llevaron al agonizante a la rectoría. Un médico que andaba por allí se apresuró a entrar para examinarlo e informó de que tal vez aún podría vivir algún tiempo: un día, una semana, un año como mucho.

Mientras tanto, la multitud que rodeaba el sepulcro se quedó esperando. Tenían la sensación de que Rhånge tenía algo más que decirles, algo que les permitiera despedirse con sentimientos de luz y paz. No podían marcharse sin oír esa conclusión.

Enviaron a preguntar a la rectoría, donde les dijeron que el pastor tenía que permanecer junto a Sven Elversson. El abrazo de su amigo era lo único que le daba fuerzas al enfermo para seguir viviendo, lo único que impedía que la chispa de la vida se apagase en él.

Capítulo 27

El quinto mandamiento

Mientras la gente esperaba la conclusión del sermón, se oyó una voz que no provenía del lugar que antes ocupara el pastor ante la sepultura, sino que emergía de entre la multitud. Era una voz de mujer, aguda y chillona, pero a la vez, de un modo extraño, clara y perceptible.

Al girarse hacia el sitio del que procedía la voz, vieron a una joven de rodillas con los brazos extendidos, la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos cerrados. Parecía no ser consciente de sus propias palabras, que pronunciaba en una especie de trance.

—Veo a los muertos —decía—. Veo a los que acabamos de enterrar. Los veo caminar hacia el reino de la muerte y entrar en él. Los veo caminar un trecho hasta llegar a un edificio, algo así como una escuela, donde ruegan ser admitidos. «Somos almas que han pasado por la escuela terrenal», dicen al portero, «y hemos venido aquí para mostrar los conocimientos que hemos adquirido».

»Veo que el portero niega con la cabeza. Les dice que han terminado sus estudios demasiado pronto. Pero aun así les abre la puerta y los deja pasar. Los veo entrar en una gran sala. Noto su angustia: tienen miedo y tiemblan, como todos los que van a ser examinados.

»Entonces les sale al encuentro un hombre. Va vestido con ropajes de seda y el pelo se le ensortija en rizos que le enmarcan el rostro.

»—Almas que habéis pasado por la escuela terrenal —les dice—, ¿sabréis recitar mis diez mandamientos, tal y como rigen hoy en día sobre la tierra?

»Veo que las almas de los muertos se alegran de que no se les haga

una pregunta más difícil. Responden todas a la vez:

»—No adorarás ídolos.

»—No tomarás el nombre de Dios en vano.

»—Santificarás las fiestas.

»—Honrarás a tu padre y a tu madre.

»Los oigo decir esto, pero a regañadientes, con gran dificultad. Ellos mismos se sorprenden de que les resulte tan difícil pronunciar las palabras. No saben por qué hablan con voz tan entrecortada y débil.

»—Hasta aquí habéis aprendido la lección, aunque con errores y equivocaciones —dice el maestro—. ¡Oigamos el resto!

»Y entonces las almas de los muertos comienzan a proclamar con claridad y sin traba:

»—¡Matarás!

»—¡Fornicarás!

»—¡Robarás!

»—¡Darás falso testimonio!

»—¡Codiciarás los bienes ajenos!

»—¡Despojarás a tu prójimo de sus bienes, de su mujer, de sus siervos, de su ganado y de todo lo demás!

»Y dicho esto, veo que los muertos se alegran de haber pasado tan bien la prueba. Pero el maestro les pregunta:

»—¿Quién es el que os ha ordenado pervertir así mi ley, la que yo he puesto como salvaguardia en torno a la vida humana para proteger su santidad?

»Y ellos le responden:

»—Somos soldados. Somos súbditos y servidores de la Muerte.

»Entonces el maestro los exhorta:

»—Despertad, muertos, y sabed quiénes sois y quién es vuestro amo.

»Los veo despertar de la ilusión terrenal como de un largo sueño. Ven con horror que son almas inmortales que pertenecen al cielo, empiezan a lamentarse por lo que han hecho en la tierra y se estremecen ante el castigo que se les va a infligir.

»Pero entonces el maestro les habla de nuevo:

»—Yo soy el Señor de la Muerte y de la Vida. Y he enviado a la Muerte a la tierra como sierva de la Vida. Hago que las hojas marchitas caigan para que al año siguiente broten hojas jóvenes y sanas. Hago que las estrellas del universo ardan y se apaguen para que surjan nuevos astros en su lugar. Hago que el cuerpo del hombre que ya ha llegado al final de sus días sea depositado en su tumba para que de la tierra florezca nueva vida.

»Pero, puesto que la Muerte ha dejado de ser mi servidora y se ha hecho dueña, yo he de perseguirla. Porque no es de mi agrado que se siegue el grano antes de que esté maduro ni que el cazador mate al pajarillo antes de que haya hecho su nido y tenga descendencia.

»Así que trazaré una frontera entre el tiempo presente y el tiempo por venir, dentro de pocos años estableceré el límite. Y este tiempo presente se llamará “la era oscura”.

»Pero vosotras, almas, regresad a la tierra y enseñad a los hombres

a respetar mi quinto mandamiento, que es el mandamiento del amor al prójimo y la clave de todos los demás. ¡Decidles que mi reino milenario se cierne en el oriente como una aurora! Pero ¿cómo podrá elevarse por la bóveda celeste e iluminar el mundo, mientras permitáis que la Muerte tome a su servicio a la gran bestia?

»Pues la gran bestia es la guerra…

Lotta Hedman se despertó y vio que a su alrededor se había formado un tupido círculo de gente que escuchaba. Varias caras resplandecían con una emoción luminosa.

—¿Dónde he estado? —preguntó—. ¿Qué he dicho? ¿Ha hablado Dios por fin por mi boca?

Lágrimas de felicidad y gratitud le brotaron de los ojos.

Capítulo 28

Fin

Cuando hubo transcurrido cosa de un año, una mujer vestida de luto llegó cabalgando un día a la rectoría de Algeröd.

Su llegada no sorprendió a nadie, ya que, aunque nunca había llegado a hacerse oficial que seguía viva, algunos de los que habían visitado Hånger la habían visto y reconocido, de modo que el rumor se había propagado poco a poco.

Ella no había llegado nunca a separarse de forma legal de su marido. La enfermedad de Sven Elversson exigió que al paciente se le dejara vivir el resto de sus días en paz, sin ningún tipo de sobresalto ni perturbación, y todo el mundo había accedido a ello.

Cuando llegó, subió en silencio a una de las habitaciones del desván y allí se acomodó.

Aunque no pretendió desplazar a la anciana madre del pastor en su papel de ama de casa, se había convertido en una persona a la que nadie podía resistirse y, con el poder del amor, comenzó a disponer sobre ella y sobre los sirvientes, y le devolvió al hogar la paz y el bienestar.

Su marido la dejaba ir y venir a su antojo, sin poner ninguna traba a que viviera su vida, como él vivía la suya.

Pero al cabo de unos meses, un día ella entró en la habitación del pastor con una carta en la mano. Observó que había retratos suyos repartidos por toda la estancia, donde también se amontonaba todo lo que bordara y cosiera durante su matrimonio. En la estantería se alineaban sus libros y su devocionario reposaba en la mesita de noche. Sintió que una atmósfera llena de cariño la envolvía.

—Quizá no sepas que Sven Elversson dejó una gran fortuna —le

comunicó Sigrun a su marido—. Cuando su padre adoptivo de Inglaterra fue informado de su inocencia, cumplió su promesa y lo hizo su heredero. Murió a principios de año y la herencia va a ser repartida. Todo va a los viejos padres de Sven.

—Ese hombre se fue dejando una gran felicidad tras de sí —declaró el pastor.

—Acabo de recibir esta carta de Joel y Thala. Nos preguntan si tú y yo aceptaríamos la quinta de Hånger como regalo de ellos. Les gustaría que reanudáramos allí la labor piadosa de Sven Elversson. Pondrían fondos a nuestra disposición…

Vio que el rostro de su esposo se ensombrecía.

—Sería para ti un campo de acción mucho más amplio —añadió ella.

Él se levantó y dio unos pasos por la habitación.

—Si es tu deseo trasladarte a Hånger —concedió—, no te lo impediré.

Ella no dudó en responder:

—No, no abandonaré tu casa nunca más.

—Sí, Sigrun, pero es que, aunque me hace feliz verte ir y venir entre mis paredes, eso no me basta, comprenderás a qué me refiero.

—Tú eres mi primer amor, Edvard… —se apresuró a decir ella.

Sin acabar la frase, lo tomó de la mano y lo condujo hasta una ventana.

—¡Mira ahí fuera, en la hierba! Ese rincón estaba cubierto de pensamientos silvestres cuando nos mudamos aquí. Crecían solos todos los años, sin ayuda. Luego hice construir un parterre y planté otras flores, que también crecieron y prosperaron. Pero ahora las flores que traje de fuera han desaparecido y ¡fíjate!, ¡los pensamientos silvestres están empezando a brotar de nuevo!

Descarga la guía de lectura gratuita de este libro en:
www.librosdeseda.com